La Mata Perros



William Mercay

Aviso de Distribución Gratuita y Propiedad Intelectual

Esta obra, **"La Mata Perros"** (título original en español) / **"Gaelia, The Dog Killer"** (versión en inglés), se ofrece al público de forma gratuita como un aporte cultural y literario del autor Dr. William Mercay. El autor fomenta activamente su libre distribución y difusión digital para asegurar que el mensaje de resiliencia y justicia contenido en sus páginas alcance a la mayor cantidad de lectores posible.

Sin embargo, el acceso gratuito a la lectura no implica la renuncia a los derechos de propiedad intelectual. Bajo los términos de la licencia **CC BY-NC-ND 4.0** aplicada a la producción intelectual del autor, se establecen las siguientes condiciones estrictas:

- **Prohibición de Obras Derivadas:** Queda terminantemente prohibida la creación de cualquier obra derivada basada en este contenido sin la autorización expresa, por escrito y bajo fe notarial del autor. Esto incluye, pero no se limita a: adaptaciones cinematográficas, producciones audiovisuales, guiones de teatro, series televisivas o cualquier otra forma de transposición mediática.
- **Restricción de Impresión y Comercialización:** Está prohibida la impresión física masiva, la venta o cualquier uso comercial de este material con fines lucrativos. La reproducción física de la obra para distribución comercial requiere un contrato de licencia específico con el autor.
- **Atribución Obligatoria:** En cualquier caso de difusión permitida (compartir el archivo digital original), se debe citar siempre de forma clara y visible al Dr. William Mercay como autor original.

El incumplimiento de estas condiciones será sujeto a las acciones legales pertinentes bajo las leyes internacionales de derecho de autor y propiedad intelectual vigentes.

William Mercay

LA MATA PERROS

HORROR PSICOLÓGICO

William Mercay

La Mata Perros
Autor-Editor
© William Antonio Mercay Araujo
Av el Ejército No. 800 Piso 3 Oficina 308, Miraflores Lima – Perú
Telf. 918 189 010 / gerencia@teldiux.com

Diseño de Portada – Foto manipulación:
William Mercay

Primera edición, enero de 2024
Tiraje: 1000 ejemplares

HECHO EL DEPÓSITO LEGAL EN LA BIBLIOTECA
NACIONAL DEL PERÚ N° 2024-00220

ISBN: 978-612-00-9292-7

www.williammercay.com

Prologo

En las profundidades del alma humana, donde la luz y la oscuridad se entrelazan en una danza eterna, existe un rincón oculto que rara vez exploramos. Allí, en los recovecos más sombríos de la psique, reside la verdad más inquietante: que todos, en algún momento, somos capaces de abrazar la maldad.

En los anales del tiempo, han surgido historias de niños que, por circunstancias desconocidas o designios oscuros, se han convertido en criaturas de pesadilla. Entre ellas, la de Gaelia Márquez León destaca como un testimonio inquietante de la naturaleza humana.

En el mundo aparentemente ordinario que habitamos, la niñez es una época de inocencia y descubrimiento. Pero en el caso de Gaelia, esa inocencia se desvaneció temprano, dejando espacio para algo más oscuro y desconcertante. En su mirada, a menudo insondable, se ocultaban secretos que desafiaban la comprensión.

Esta es la crónica de una mente atormentada, de un alma atrapada en las sombras de su propia creación. En el transcurso de esta historia, te invito a adentrarte

en un mundo donde la línea entre el bien y el mal se desvanece, donde el suspenso se mezcla con el horror, y donde los misterios más profundos se revelan en los lugares menos esperados.

Prepárate para explorar los rincones más oscuros de la mente de Gaelia, una niña cuyo nombre será susurrado en los pasillos de la infamia. En este viaje, descubrirás que, a veces, las sombras son más que meros testigos; son fuerzas que se alzan para reclamar lo que les pertenece.

Así comienza nuestro viaje hacia el abismo. Las sombras de Gaelia esperan, y su historia aguarda para ser desvelada.

William Mercay

Once de la noche. David Boyer atendió esa llamada con normalidad, sabía que era ella. Del otro lado del teléfono la voz se oía natural, tal y como le había susurrado aquella mañana después de un largo y apasionado encuentro entre las sábanas. Apasionado solo para él, pues el tiempo confirmaría que ella fingía.

—Amor, alguien ingresó al terreno, creo que nos quieren robar los chivos. Estoy acá con un amigo de infancia; por favor, ven a ayudarnos.

Aunque la melodiosa voz de Gaelia expresaba calma, el eco del silencio de la noche le daba a la noticia un aire preocupante, pero Boyer no era un hombre de miedos. Al volante de uno de sus autos, un clásico y silencioso Ford Victoria de color gris, se dirigió con prisa al «Kilómetro 8», a su amplio terreno de 25 hectáreas. Al llegar allí, se encontró con Palué, un humilde vecino haitiano que ayudaba a vigilar la propiedad. Este, visiblemente asustado, no entendía cómo era posible que el señor Boyer llegara a esa

hora dispuesto a hacer frente a los presuntos delincuentes.

La avenida Duarte de Monte Cristi estaba oscura, y el silencio era tal que a lo lejos se podía oír vestigios del viento que soplaba del mar. Boyer estacionó el auto en la entrada, detrás de la camioneta amarilla de Gaelia. El terreno era tan amplio que se perdía a la vista, las luces tenues iluminaban algunos espacios, pero no era suficiente. En ese momento, recordó que cuando le obsequió aquel vehículo a Gaelia, la amaba con locura, quería complacerla en todo, aunque para ella nunca era suficiente lo que él hacía. Esa noche, la realidad era otra. Gaelia corrió hasta él y lo saludó con un suave pero frío beso en los labios.

—Estoy segura de que dentro del terreno están los delincuentes, amor; no podemos permitir que se roben mis chivos —le dijo, bajando la mirada. Luego, le explicó que además había llamado a un amigo de su infancia que estaba armado para que manejara la motocicleta y así entrar sigilosos y atrapar a los ladrones. Esa motocicleta también David la había comprado para ella hacía pocos meses.

Sin decir más, Gaelia ingresó al terreno junto con ese joven en la moto. A la distancia, Boyer observaba la figura de su amada que, con su mano

izquierda, sujetaba la cintura de aquel hombre, mientras que con su mano derecha echaba a un lado de su espalda el largo cabello postizo que él también había pagado. Gaelia lo había dejado parado en el portón, pero David, aturdido, no entendía totalmente su accionar.

El buen Palué se encontraba al lado del Ford Victoria, las llaves estaban pegadas al switch del auto. El teléfono de David sonó, era Gaelia: «Amor, entra, creo que ya tenemos ubicados a los rateros, ven despacito, poco a poco, por favor». En su voz no había miedo ni adrenalina, seguía siendo calmada.

«No vayas, te van a matar», escuchó David que le susurraron al oído derecho. Fue una voz tan clara que se le erizó la piel. En ese instante, aunque con cierto temor esta vez, entre la disyuntiva de entrar o no, habló en tono suave como contestándole a esa voz: «Es mi esposa, yo la escogí, debo ir». Decidió ingresar al terreno, *su terreno*, pero al subir a su auto vio que las llaves no estaban. Palué intentó ayudarlo a buscarlas, aunque tanto él como David tenían la seguridad de que las llaves quedaron en el switch. Ninguno de los dos las había tomado. Aquello no tenía sentido, era como si un ángel las escondiera.

Tres minutos, siete minutos, trece minutos y las llaves seguían ausentes. David empezó a sudar,

Palué no estaba seguro de la realidad. Todo era surrealista. Debajo de un único poste, cuyo faro alumbraba el auto, se oía el canto de los grillos en el monte y también el sonido de algunos tiros al aire que lanzaba el amigo de Gaelia para espantar a los ladrones. El frío de la brisa marina y la presencia de un miedo absoluto se apoderaba del ambiente, en el tenso silencio.

De pronto, allí estaban las llaves pegadas en la puerta del auto. Palué pensó que estaba loco, él no las había movido, pero David no se dejó llevar por la impresión; su intuición había despertado hace ya un tiempo con este tipo de sucesos. Ahora sí sabía que su esposa lo engañaba, aun cuando la esperanza ciega del amor seguía guardada en el fondo de su corazón. Se armó de valentía y lentamente ingresó al terreno en su automóvil. A lo lejos pudo ver a Gaelia, quien le hacía señas con la luz de su celular. Extrañamente su vestimenta había cambiado, ahora estaba ataviada de un singular vestido blanco. David se detuvo frente a Gaelia, apagó la luz del vehículo y ella, de espaldas al auto, intentaba iluminar estúpidamente la lejanía del terreno, como simulando buscar a los ladrones con la insípida luz de su teléfono.

«Ve hacia la izquierda, te van a matar», volvió a escuchar David la voz en susurros. Los años le habían enseñado a no ignorar sus dones y, haciendo caso a aquel consejo, observó con discreción. El amigo de Gaelia se estacionó detrás de él en la motocicleta, entrecruzó los brazos, se posicionó y luego apuntó un arma de cañón corto hacia Boyer, quien, sorprendido, observaba por el retrovisor. Al instante, se pudo escuchar el clic, pero el tiro no se accionó, una y otra vez la bala se quedó trabada en las manos del amante, casi a graduarse de sicario.

Boyer nuevamente escuchó con nitidez el clic, pero ahora una voz más ronca, como si tuviera autoridad sobre él, le dijo: «Sal de aquí de una vez que te van a matar». Su piel se erizó sin quedar rincón alguno electrificado, pero logró salir con vida de la emboscada que aquella noche en su propiedad habrían pactado para él aquella mujer que locamente amaba y su amante de turno.

Este fue solo el principio de una caída en picada, donde Boyer comprendió esta historia que está a punto de iniciar.

CAPÍTULO II
DAVID BOYER, UN JOVEN PECULIAR

Al norte del sur del país, en una ciudad calurosa de tierras fértiles y tradición militar, nace David Antonio Boyer, hijo único de un matrimonio entre una venezolana de carácter indomable y un emigrante suizo, inteligente y caballeroso. Apenas salió del cálido refugio que fue su hogar durante nueve meses, se decía que la suerte lo acompañó, pues nació enmantillado, es decir, envuelto en las tres membranas fetales, lo que es tenido por signo de buena suerte. El amor entre sus padres fue intenso pero corto; la separación como pareja llegó a los pocos años.

De niño, creció en dos hogares: en el de su madre aprendió el significado de ganarse honestamente la vida, el compartir con sus hermanos y el cuidado para sus hermanas; en el de su padre entendió el poder de las ideas, de la confianza en uno mismo, la grandeza del ingenio y el respeto hacia las mujeres.

David era un niño grande para su edad, ya que desde pequeño demostró habilidad para el amor y bien supo su madre que no tendría madera de

sacerdote. Escondido en los rincones, nunca perdió la oportunidad de abrazar y besar, desde la inocencia, a la linda niña de piel canela que en ocasiones visitaba su casa. Ella los separaba, pero al menor descuido, ya fuera debajo de la mesa, detrás de una cortina, allí estaba él besando a «su niña morena».

Creció siendo algo tímido pero perspicaz para el amor. Callado, aunque con carácter; inteligente y noble. Si bien no siempre fue socialmente abierto, tenía gracia y soltura, lo que agregó popularidad, amistades y algunas conquistas a su adolescencia, mas estos atributos nunca lo alejaron del hambre de conocimiento y la genialidad que poseía para hacer, de grandes teorías, prácticos y efectivos procesos. Entendió también el valor del dinero, sabía que era un medio necesario, pero no un fin. Era un artista innato y con capacidad para percibir ideas e incluso presentir sucesos. Sin duda alguna, había nacido con una sensibilidad elevada.

Cuando la juventud se hizo presente, David se había convertido en un joven alto y de sonrisa franca. A los quince años se interesó en cumplir con los deberes militares de su nación y así ingresó a las fuerzas navales, en donde se integró a sus equipos de forma dedicada y disciplinada. Cada fin de semana

salía a descansar y visitar a su madre, hasta que el destino lo cruzó con Riana, una joven de firmes piernas y cuerpo de guitarra, oscura como la noche y con pequeñas marcas blancas de carare, como la luna, en sus labios. El joven Boyer quedó prendado de su belleza, de la sensación de su piel y más tarde del olor de su sexo. Sus salidas los fines de semana de aquella base naval eran más ansiosas que antes, sabía que afuera estaba ella esperándolo apasionadamente. Pero cuando por fin había pensado que su servicio a la nación terminaría, le dieron una noticia que acabó con su ilusión: debía permanecer un año más en sus filas. El desborde emocional, las ganas y necesidad de perderse entre las sábanas con Riana no podían esperar.

Una tarde, bajo el sol inclemente de la costa, había desaparecido una billetera en su comando conformado por más de treinta marineros y no se sabía quién la había robado. El suboficial de turno decidió castigar a todos, parándolos firmes con la mano en la frente en posición de saludo. Tras tres horas en pleno sol se habían desmayado dos marinos. Fue entonces que a él se le ocurrió la genial idea de «enloquecer» y, sin medir consecuencias, rompió filas. En una carrera de gritos, y sin importar las miradas de sorpresa de sus compañeros y superiores, se lanzó al mar, simulando un ahogo que causó

angustia a quienes intentaban rescatarlo. «El Guaro», su compañero de camarote, quien fue el único que se dio cuenta de la ficción, sonrió discretamente al ver que su amigo había logrado montar una excelente escena, pues sus habilidades en nado superaban las de cualquiera de sus compañeros y sus posibilidades de locura eran nulas. Hasta el psiquiatra militar se las creyó y le diagnosticó «psicosis reactiva breve», una alucinación temporal por estrés y deshidratación.

Su ingeniosa actuación dio resultado: salió antes de lo previsto de su servicio militar. Su libertad la compartió entre las artes escénicas y las tardes de pasión con Riana. David descubrió su amor por las artes y dedicó tiempo y estudio al teatro. Desde las tablas tenía el poder de trasmitir a los espectadores un mundo de vívidas emociones que daban fe de su talento innato para la interpretación. Entendió también el poder de la química entre un hombre y una mujer, parecía que la pasión por Riana era interminable. Las tardes se volvían más calurosas en la sala de aquella pequeña vivienda en donde al descuido temporal de los padres y hermanos, él lograba humedecer sus manos al sur del cuerpo de Riana, mientras ella, con la adrenalina de poder ser descubierta, saboreaba la virilidad del joven Boyer con excitante picardía. Los juegos poco a poco subieron de nivel y, entre la vigilancia intermitente de

la familia, los actos de amor se consumaron entre los dos, trayendo con ellos la consecuencia de la falta de prevención, pues ante un retraso menstrual, creyó estar embarazada. Él no dudó un segundo en asumir su responsabilidad y, con el respaldo del padre de Riana, se convirtió en un hombre casado.

Las pasiones de la juventud y el matrimonio no van siempre de la mano. Aunque la alarma de embarazo fue falsa, David se había comprometido en matrimonio y así su vida cambió, pues la convivencia en una habitación en casa de la familia de Riana y el trabajo duro y constante empezó a producir asperezas en la pareja. Reclamos constantes de Riana hacia él, celos sin fundamento, enfriaron las ganas de ambos y agotaron la paciencia y disposición del joven, quien en poco tiempo acordó la separación, finalizando así su primera y fogosa historia de amor.

El teatro se volvió su refugio y fuente de inspiración. Regresó a las tablas y estas le dieron algún sustento económico y emocional. En la preparación de un encuentro teatral, Boyer se percató de la presencia de un actor, moreno y de amplias caderas. Aquel representante masculino era la joven Yelena, ataviada en un personaje de la obra. Al quitarse el disfraz allí estaba ella, con largos y azabaches rizos que caían en sus hombros, cual

cascada. David quedó hechizado y a partir de ese momento se dedicó a conquistarla.

Yelena, estudiante de odontología, lo invitó a acompañarla a sus clases como oyente. Él asistió mucho más interesado en estar cerca de esa chica que en el posible aprendizaje. Su ingenio se desarrolló de tal forma que comprendió aquellas teorías bucales sin falla alguna. La emoción que le produjo este nuevo conocimiento fue tal que en pocos meses devoró libros técnicos y revistas médicas sobre el tema y optó por capacitarse académicamente como protesista.

La relación con Yelena prosperó de forma armoniosa: ambos estaban enamorados y fungían como un buen equipo en el área laboral. Él la impulsó a crecer como profesional y por un buen tiempo todo marchó bien, pero poco a poco ella empezó a crear situaciones incómodas e intolerables para David, pues peleaba de forma recurrente y así la convivencia se hacía cada día más pesada. Aunque él lo intentaba, no entendía por qué razón la mujer dulce y alegre de la cual se enamoró, ahora se presentaba con celos sin fundamentos, además con actitudes de competitividad intelectual y laboral que resultaban ilógicas porque ambos, desde un principio, habían funcionado como equipo.

Una mañana, él despertó de forma súbita y con la visión clara de tener todas las respuestas. La imagen de aquel sueño la recuerda como si hubiese sido una vivencia palpable: la calle cercana a una base militar era larga, al final se levantaba una edificación un tanto descuidada con un letrero que resaltaba «Tacita de Plata», un hotel conocido y visitado por miembros de la milicia. Allí, de espaldas, estaba Yelena, del brazo de un hombre alto y robusto, ingresando al recinto entre risas de coquetería, y desde el aire, como si fuera un espíritu, la mirada de David todo lo observaba.

Al despertar, no dudó un segundo en contarle su sueño, como si de una afirmación se tratara. La impresión en el rostro de ella, al verse descubierta y su imposibilidad de negar lo sucedido entre excusas absurdas y titubeos, solo le confirmó a David que aquella visión que lo despertó le había mostrado un hecho real. La infidelidad había ocurrido tal cual, como el sueño; ello fue una dolorosa experiencia que puso punto final a la relación.

Boyer, desde entonces, se dio cuenta de que poseía un don que no podía explicar, pues estos sueños, que de vez en cuando tenía, se darían tal cual, como que si de viajar en el tiempo se tratara.

Muchas veces sintió inquietud por el hecho de ser una persona especial. No comprendía cómo podía ser una caja de talentos en lo artístico, en lo espiritual, en varios campos del arte y en algunos puntos objetivos de la ciencia. Él escuchaba la voz de su madre, quien en varias ocasiones le había dicho: «¡Dedíquese a una sola cosa en su vida!» Él no lo entendía en profundidad, pero la realidad es que era una persona multipotencial.

Mientras en Venezuela David forjaba un futuro a pasos agigantados e ingeniosos, al otro lado del Caribe, en República Dominicana, una familia vivía experiencias contrarias al amor.

Capítulo III
Ingenua Maldad

El aire denso de la tarde se aferraba a las paredes desgastadas de la humilde vivienda donde Gaelia, una niña de cuatro años se encontraba sola. Sus pequeños ojos, oscuros como la noche, observaban la puerta cerrarse tras una breve ausencia de sus padres y sus dos hermanitos. La soledad llenó la estancia, solo rota por el sonido lejano de risas y conversaciones de los vecinos, que se desvanecían en el viento.

Gaelia, de aspecto inocente, escondía algo más profundo bajo su mirada. Se movía silenciosamente por la casa, sus pasos eran apenas perceptibles. Mientras sus diminutas manos exploraban la oscuridad de un rincón, encontró a un cachorro, un ser vulnerable de apenas mes y medio de vida. El animal, con ojos temerosos, se acurrucaba en la penumbra, soltando leves ladridos de temor. Pero los ojos de Gaelia, aunque tiernos, tenían cierta expresión de misterio. Agarró al animalito con una destreza inusual, sus dedos apenas dejaron marcas en el pelaje de él. Sin vacilar, se acercó a un viejo pozo séptico en el patio trasero, una boca oscura que parecía tragar la luz del día. Sus labios formaron una

sonrisa macabra mientras dejaba caer al cachorro en la negrura, en el vacío de aquella letrina. El silencio se apoderó del lugar. Solo el eco lejano de risas familiares y el lamento de aquel infortunado perrito penetraba en la conciencia de la pequeña Gaelia. Se quedó allí, al borde del pozo, como si esperara algún susurro inaudible que confirmara su acto de maldad, mientras el sonido que emitía aquella criatura se desvanecía al igual que su existencia.

El sol comenzaba a ceder ante la llegada de la noche, y ese rancho inmundo o quizás maldito, en su quietud, albergaba secretos que solo las sombras conocían. A medida que la penumbra se apoderaba del entorno, el suspenso se tejía en la atmósfera, marcando el comienzo de una historia que llevaría a explorar los recovecos de la mente de Gaelia. La niña, ajena a la culpa, recorría la casa con pasos ligeros, sus pequeños dedos trazaban líneas invisibles en el aire. Al llegar al dormitorio principal, se detuvo ante el espejo desgastado que reflejaba su imagen. Sus ojos, ahora, parecían captar la maldad que residía en su interior.

La noche avanzaba, y con ella el susurro de las sombras se intensificaba. ¿Era acaso el rancho un testigo silencioso de los horrendos secretos que se escondían entre sus paredes de metal? Cada crujido,

cada sombra danzante, parecía tejer un velo que envolvía la realidad de Gaelia. Mientras los destellos de la luna penetraban tímidamente por las ventanas, la pequeña niña, de algún modo, parecía conectada con la esencia misma de la noche. En su mirada no había rastro de inocencia perdida, sino más bien una complicidad siniestra con las fuerzas malignas que acechaban en la oscuridad. La casa, que en el día era un refugio familiar, se transformaba en la noche en escenario donde la realidad y lo soñado se entrelazaban.

De pronto despertó llorando, sin saber si lo que había vivido era un sueño o fue real, dejó en el olvido toda esa maldad como si un ser siniestro hubiese ocupado por un momento el cuerpo y la mente de una niña inocente. Por algún tiempo, ese extraño suceso desaparecería de su recuerdo.

William Mercay

CAPÍTULO IV
LA FAMILIA MÁRQUEZ LEÓN

La localidad de Monte Cristi se sentía como un lugar mágico. Su posición geográfica y estratégica permitía a sus habitantes y a los turistas disfrutar de una costa caribeña de azules aguas y arenas blancas; las playas invitaban a apaciguar aquel calor constante y húmedo que ofrecía el clima. Asimismo, su cercanía con el místico país de Haití, más las creencias religiosas locales compartidas por los pobladores, daban lugar a la práctica de diferentes ritos ocultistas que, si bien pertenecían a la cultura local, también eran requeridos por extranjeros.

Era el 30 de mayo del año 1982 y el pueblo de Monte Cristi se vestía de fiesta, ya que la iglesia católica celebraba el Día de San Fernando y toda la comunidad la acompañaba. La procesión estaba pautada para el atardecer, los alrededores del parque del reloj empezaban a llenarse de creyentes, curiosos y personas de paso. Entre todos ellos se encontraba Martha León, una mujer de estatura promedio, piel café y dudosa reputación. Su fe en San Fernando no era mucha, pero la curiosidad de los eventos que se llevarían a cabo aquel día la había traído hasta allí. La procesión iniciaba y era la observadora crítica de

los feligreses, hasta que algo llamó su atención: entre el grupo amplio de personas destacaba un hombre con pantalón color arena perfectamente planchado, chacabana blanca impecable y una boina negra a juego con sus zapatos de suela. Cogida de su brazo iba una mujer algo rellena y baja, de largas trenzas de colores, con un vestido naranja. Eran, a simple vista, un matrimonio: se trataba de Ricardo Márquez y su esposa Doménica. Para Martha, aquel hombre era interesante y su esposa tenía poco valor, de tal manera que este se convirtió en su próximo objetivo.

Habían pasado solo tres semanas desde la celebración de San Fernando, y Martha había logrado introducir en la cama a Ricardo, a quien logró enamorarlo hasta el punto de la obsesión y llevarlo con ella. Así, Ricardo dejó en desamparo a Doménica y, por ende, a sus dos hijos.

La vida de Martha y Ricardo se convirtió de miel a hiel progresivamente. Aunque Ricardo tenía un buen empleo y sus ingresos eran estables, nada parecía ser suficiente para Martha. A los cinco años, Ricardo se aburrió de la relación, dejando, como prueba de que existió, tres hijos en común: Simón, Gaelia y Valeria, que para entonces esta última solo contaba con meses de nacida. Las últimas palabras que Ricardo escuchó de la boca de Martha fueron

William Mercay

«¡Lárgate de aquí, hijo de tu maldita madre, solo manda la comida para tus hijos!».

Ricardo buscó el perdón de su esposa Doménica y volvió a su hogar. Por su parte, Martha era poco tolerante a la soledad; su instinto materno, casi inexistente, y sus necesidades de mujer eran prioritarias. Salía noche tras noche, dejando solos a los niños o bajo el cuidado de Crisanta, una vieja y noble amiga. Martha vivía visitando bares en una zona llamada «La Curva». Una noche como cualquier otra conoció entre copas a Manuel Laguerre, un hombre de altura promedio, de presencia grotesca y vellosidad abundante, que estaba de pie junto a la barra. El encuentro pasional no se hizo esperar: luego de un par de noches entre alcohol, risas y sexo, este hombre se instaló en el rancho. ¡Para ella ya él era su hombre!

Manuel, de cuarenta años y haitiano de nacimiento, era perezoso para el trabajo, entregado a las facilidades de la vida. Martha encontró en él la compañía y la complicidad de las malas costumbres. Él decía querer a Valeria, Simón y Gaelia como a sus propios hijos, intentaba dar una imagen de bondad que no era nada creíble entre aquellos que conocían a la pareja y sus costumbres. Un hombre que tenía una mirada particularmente maliciosa, la uña de su

dedo meñique larga en ambas manos y vivía con la obsesión constante de pasar la lengua por sus labios mientras observaba a las crías.

Los niños mantenían una relación distante con él, cada uno por razones particulares. A Valeria, que apenas cumplía dos años, le causaba miedo estar cerca de él debido a la brusquedad de su carácter, era común que perdiera la paciencia ante la pequeña. Una tarde, Valeria, al intentar subirse a una banca de la cocina de forma accidental, derramó un poco de leche que quedaba en un vaso. Esto desató la furia de Manuel, quien le gritó de forma tal que la niña quedó petrificada con sus ojos abiertos y llenos de lágrimas, para luego soltar un grito de llanto entre aterrador y angustiante. Martha, su madre, desde el otro lado de la habitación gritó sin siquiera acercarse a ver lo ocurrido: «¡Ya callen a esa niña!».

Sin pensar, el hombre tomó por su pequeño bracito a Valeria y la sacó del rancho a jalones, obligándola a sentarse afuera, expuesta al sol, a manera de castigo.

—¡Allí te quedarás hasta que yo lo ordene! — le gritó. Desde entonces, la infanta solo asociaba a Manuel con miedo, así que permanecía callada, alejada de él.

William Mercay

Por su parte, Simón, con sus siete años, era un niño rebelde desde pequeño. No hacía falta mucha presión para que su carácter volátil y descontrolado representara escenas dignas de un manicomio. Cuando estos episodios sucedían, Martha nuevamente ignoraba la situación, no asumía responsabilidad alguna, pero Manuel sentía cierta emoción y adrenalina al controlar con fuerza bruta a Simón hasta someterlo. Le agradaba verlo reducido en el suelo, agotado, después de tratar de defender su histeria a gritos, mordiscos y patadas, aunque al final la fuerza de Manuel fuese superior a la de él. Con el tiempo, el niño se volvió sumiso ante Manuel, quien lo utilizaba llevándolo a trabajar a los terrenos de la zona para «charapear», es decir, cortar la maleza de los altos montes hasta volverlos grama bajo el sol inclemente. Luego, al recibir la paga, se la arrebataba, sin derecho a reclamo alguno.

Por otro lado, Gaelia, de cuatro años, poseía una característica hermosa de nacimiento que, para mentes enfermas, podría ser su desgracia: unos labios carnosos, prominentes y totalmente simétricos, de suave color rosado, que en contraste con su piel morena eran dignos de atención. Manuel era maliciosamente atento y cariñoso con ella, quien no entendía bien el porqué. Él, todas las tardes, cuando Martha no estaba en casa, le pedía a la niña que se

sentara en su regazo para ver el atardecer. Mientras se ocultaba el sol, Gaelia podía sentir cómo crecía algo rígido bajo sus piernitas, a la vez que se agitaba más la respiración de aquel pervertido.

Las mañanas no eran diferentes: al despertar, el sujeto iba directo a la colchoneta donde dormían los hermanos y daba un beso a Gaelia en su boquita, rozándola con la lengua. La niña solo atinaba a limpiarse los rastros de saliva que le dejaba, pues ello le era muy desagradable, más aún cuando la lengua de Manuel intentaba entrar en su boca. Por su parte, Martha jamás había prestado atención a su cuidado, nunca les había hablado a los niños sobre las partes delicadas de su cuerpo y cómo debían cuidar de ellas. Mucho menos les había enseñado que nadie tenía el derecho de tocarlos o hacerlos sentir incómodos. La niña Gaelia, en su inocencia, creía que era solo un juego, pensaba que cada roce o acercamiento de él era un acto de cariño. El quedarse quietecita, aunque no le agradara lo que sucedía, suponía que la recompensaría con un poco más de pan con mantequilla de maní en las tardes. Cada día dichos «juegos» eran diferentes y más frecuentes por la constante ausencia de su madre, quien, totalmente despreocupada por el cuidado de sus hijos, se mantenía en la calle, según ella, trabajando.

La madrugada del 21 de enero de 1990, Gaelia cumplía tan solo cinco años. La fecha no era celebrada por su madre y a su padre no se le permitía acercarse. Fue justo en aquel día en que Manuel dio rienda suelta a los oscuros deseos que había escondido durante mucho tiempo: aprovechó el sueño profundo de los niños para escabullirse y llevarse en brazos a Gaelia, que aún permanecía dormida, balanceada de un lado a otro, hasta que al abrir los ojos se percató de que estaba sentada en un muro en plena oscuridad, donde apenas podía distinguir la silueta de aquel hombre negro.

—¿Dónde estamos? —preguntó la pequeña estrujando con su mano sus ojitos que, llenos de lagañas, no distinguían lo que pasaba.

—Shuuu… —respondió Manuel, a la vez que posaba su dedo sobre los labios de la niña—. Hoy voy a darte tu regalo de cumpleaños.

Cargó a la niña a la altura de su cintura, mientras que ella intentaba zafarse dando pequeños golpes con sus manitas, pero el sueño y la pesadez no le permitían saber lo que sucedía. En un instante, él alzó su camisón y desprendió la pequeña y rosada ropa íntima que cubría su fragilidad. Por instinto, la niña cerró sus piernitas, pero un extraño susurro le

decía «en este juego el que haga menos ruido gana, solo debes estar quietecita y todo terminará rápido».

Gaelia, entredormida, pensó en ganar el juego, así que sonrió y se quedó callada. En un instante sintió algo grande que quería entrar entre sus piernas, y soltó un alarido de dolor. Manuel entendió que aquella acción no sería posible por ahora, su vagina infantil por lógica estaba cerrada y la noche hacía que hasta el más mínimo ruido se convirtiera en eco, así que simplemente con fuerza y algo de desesperación pasional apoyó el rostro de la niña contra su pecho para asegurar el silencio de su víctima. Con su mano izquierda abrió las piernas de la asustada criatura e introdujo su dedo índice y medio hasta donde la estrechez se lo permitió. Los quejidos de dolor quedaron ahogados y las lágrimas absorbidas por el poloche que llevaba puesto aquel abusador, que con su mano derecha se masturbaba ferozmente, perdido en el idilio de la horrible fantasía que estaba haciendo realidad en aquel momento.

Fue mucho para una pequeña de solo cinco años: el dolor, la falta de aire, la fuerza de su agresor y por supuesto, el miedo. Su mente se apagó para resguardar su **cuerpo.** Gaelia se había desmayado.

Al finalizar, Manuel, empapado en sudor y poco aturdido después del clímax, se quitó su harapo y limpió el semen y las pequeñas gotas de sangre derramados en las piernas de la niña, muestra de la invasión a su espacio más íntimo. Cargó a la pequeña desmayada aún y la dejó en el viejo catre durmiendo entre sus dos hermanos y regresó satisfecho al lecho matrimonial, en el que, desde hacía un par de días, Martha estaba ausente.

La mañana llegó y Gaelia despertó con dolor. Lloraba por el ardor constante que sentía y que no le permitía orinar. No estaba segura de lo que pasaba. En su inocencia, recordaba que un monstruo oscuro como Manuel la había llevado a jugar. Todavía adolorida, de pronto sintió una mano recorrer su cuerpo, una voz familiar y dulce que le confortaba, ¡era su madrina! Gaelia la vio por un instante, y luego intentó encontrar la mirada de su madre, que estaba parada al pie de la puerta. La niña se acercó a Martha y jalando suavemente su vestido, con la intención de llamar su atención, le contó lo que recordaba:

—Mami, alguien me despertó, creo que fue Manu, con su mano me llevó a jugar afuera, me subió al murito de las gallinas y con algo duro me tocó aquí, pero me dolió y me quedé dormida y ya no pude

William Mercay

jugar más y ahora no puedo hacer pis, me duele mami.

Martha escuchó a la niña sin siquiera verla. Un fuego de celos le quemaba la boca del estómago, era imposible que su hombre buscara alivio en otro lugar, ella era la única mujer que él necesitaba. Pensó que solo se trataba de manipulación y mentiras de Gaelia, no permitiría que esas palabras llegaran demasiado lejos. Desde la ira contenida tomó a la niña del brazo y a tirones se la llevó afuera, quería evitar que el eco de su ira fuese escuchado por los vecinos. Se agachó al nivel de los ojos negros y grandes de su hija, llenos de lágrimas en ese momento, sin percatarse de que entre sus piernitas le recorría una orina sangrienta.

—¡Cállate, maldita carajita mentirosa! Nada te pasó, a ti nadie te hizo nada, menos mi Manuel —dijo y, levantando la mano y con una bofetada, le volteó la cara con enojo—. Manuel nada te hizo. Y mira, ya te orinaste, eres una cerda.

Gaelia sacó la manito con la que sostenía el dolor y ardor en su parte íntima, soltó un par de lágrimas gruesas y no volvió a mencionar el dolor que sentía. Pensó que había sido su culpa por haber jugado y que su mamá la había regañado porque ella era una mala niña.

Crisanta, su madrina, sintió en su pecho un mal presagio. Aquella escena le despertó las alarmas de su instinto materno más que de aquel don mágico que poseía. Alzó en brazos a la pequeña Gaelia, pasó sus manos por las mejillas húmedas y mugrientas de la niña y con voz dulce le preguntó mientras la limpiaba:

—¿Quieres contarle algo a la madrina?

Gaelia negó con su cabecita.

—Está bien, mi negrita. Vamos a comer dulce de piña y coco, ¿sí? —Y la ilusión regresó un poco a los ojos de la niña, mientras Crisanta cuestionaba con la mirada a Martha.

Aquella pequeña de tan solo cinco años sufrió sus primeras heridas que más tarde serían cicatrices que no todos comprenderían.

William Mercay

CAPÍTULO V
CRISANTA MARCELÍN Y MARTHA LEÓN

Eran las cinco de la tarde, ya el calor se había convertido en brisa, el sol pintaba de naranja, rojo y amarillo el cielo. Martha entró al rancho sin el alboroto de la llegada, escuchó al fondo a Simón que enseñaba a Valeria a corretear las gallinas, cuando vio en una esquina a Gaelia, parada, silenciosa, con la mirada perdida. Martha siempre se había ufanado de su instinto de hembra, pero al parir con dolor no hay nadie que pueda negar en su totalidad el sentimiento de madre. Al ver a su hija de tan solo cinco años sentía una mezcla de ira contenida y celos encendidos, pero a su vez de tristeza, la tristeza de saber la verdad.

Desde tempranas horas, Martha pensaba en la idea de partir con su hombre para no volver. Pero era un pensamiento más, no una decisión tomada, hasta el momento en el que no tuvo más remedio que enfrentar a su vieja amiga, Crisanta Marcelín. Más temprano, ese día, Martha salió de casa antes de que el sol alumbrara las calles de Monte Cristi. Se dirigía hacia la playa «El Morro» a dejar una ofrenda a Yemayá, la divinidad de la fertilidad en la mitología del pueblo yoruba. Martha tenía días trabajando entre

dos magias, pecando entre muertos y santos, y esto era algo que ella bien sabía que no debía hacer.

Diecisiete días atrás había ido al antiguo cementerio en una noche de luna menguante. Con sus propias manos, sacó de una tumba el cráneo y el fémur de un cadáver sin nombre ni familia y, con la ayuda de un brujo palero haitiano, enterró los huesos en distintas tierras; se quedó con un pequeño pedazo de ellos, ofreciendo su sangre a esa alma en pena para que fuese su esclava y estuviese a su servicio sin descanso alguno. Martha, desde el día que el padre de sus hijos, Ricardo Márquez, la abandonó, deseaba vengarse de él; estaba herida y resentida porque había retornado a su hogar y su esposa lo había aceptado. Cegada por la ira, quería destruir su vida y felicidad. Así fue como tomó la decisión de mezclar lo blanco con lo negro y puso un alma en pena a servirle utilizando a Oyá, una de las deidades de la religión yoruba, su madre de santería.

Al día siguiente, luego de que Martha realizara el trabajo de magia negra, Crisanta despertó con la premonición de que algo malo se avecinaba. Al consultar sus caracoles, los santos le advirtieron sobre fuego, muerte, dolor y abandono. De inmediato supo que Martha había roto todas las reglas y que al mismo tiempo hacía su ofrenda.

Con los primeros rayos del día, Martha iba de regreso del cementerio a su vivienda, cuando tuvo que detener su paso al ver venir a Crisanta. A pesar de que las casas de ambas se encontraban a muy pocas calles, las amigas tenían algunos días sin coincidir, y es que Crisanta había estado evitando encontrarse con Martha; pero como aquella mañana, consultando a sus santos el paradero de Martha, descubrió que su amiga estaba manchada por la muerte, decidió salir a buscarla. Al verla sintió pena y vergüenza a la vez, pues alrededor de Martha la energía oscura se movía.

—Crisanta, mija, ¿qué haces tú por acá tan de mañana?

—Vengo en tu búsqueda, Martha. Quiero que hablemos y también quiero ver a los niños, así que caminemos al rancho.

El trayecto fue largo e incómodo, llegaron al rancho ya con la luz del sol. Manuel no simpatizaba con Crisanta y el sentimiento era mutuo, por lo cual, al momento de verla llegar con su mujer, se levantó del colchón con malcriada actitud y salió del recinto. Crisanta fue a ver a los niños. Simón despertó con la energía de cinco toros: imparable corría por doquier y hacía caso omiso a los llamados de atención de Martha. En cambio, Valeria estaba en una esquina,

William Mercay

sentada, pasando sus manitas por sus ojitos. Crisanta le decía con dulce voz:

—Pero qué grande estás, mi negrita.

Mientras le daba cariño a Valeria, buscaba con su mirada a Gaelia, quien estaba en un rincón de la vieja colchoneta acostada en posición fetal. Destapó la cara de la niña, levantando la sucia sábana que la cubría, y allí vio las marcas de las lágrimas que habían caído y se habían secado. Gaelia levantó la mirada y le expresó con la voz bajita «hola, madrina», luego se levantó caminando de a poquito y buscó a su madre, la jaló por la falda y le dijo algo que Crisanta no logró escuchar del todo. Luego vio cómo Martha tomaba a la niña llevándola a la parte de atrás del recinto. A los minutos, Martha entró a la casa sin la niña y Crisanta preguntó:

—Martha, ¿pasa algo con Gaelia?

—Nada, Crisanta. Solo se ha meado, tenía que ponerle otra ropa que estaba colgada afuera.

Crisanta vio en ese momento entrar a la casa a Gaelia vestida exactamente igual, contrario a lo que había dicho Martha.

—Crisanta, vamos a tu rancho. Quisiera que me des una protección pa' poner detrás de mi puerta.

Por ahí he oído que las almas andan tocando los techos.

Crisanta sabía que esto era solo una excusa de Martha para sacarla de su casa, pero lo aceptó, pues debía tener una conversación con ella que no podían escuchar los niños, así que salieron ambas de la casa. Martha siguió los pasos de Crisanta en silencio, pero, aunque estaba callada, su cabeza seguía altiva y en su caminar había arrogancia. Al entrar al rancho, el rostro de Crisanta se transformó en ira. Tabaco en mano y en tono gutural reclamó a Martha su proceder.

—¿Es que crees que puedes escapar del Santo después de que manipulaste al muerto, Martha León? —increpó Crisanta en una voz poco audible, pero directa, para Martha—. Se acabó el juego. ¿Qué es lo que pretendes con tu forma de actuar, Martha?, quisiera entenderlo. ¿Dónde está el sentimiento de amor que toda madre debe profesar a sus hijos? ¿Dónde está la responsabilidad de protegerlos y cuidarlos?

Martha solo dejó caer su cuerpo sin preocupación alguna en el viejo sofá del pequeño rancho, mientras una neblina de polvo se regó por el espacio para desaparecer segundos después.

William Mercay

—Si te duelen tanto esos niños, ve y hazte cargo tú de ellos, Crisanta. Si su padre pudo volver con su mujer y juega a la vida feliz, yo soy libre de tener otro hombre.

—¿No lo ves? ¡Qué ciega estás, mujer! Manuel es un hombre sin principios, Simón le teme y he notado cómo observa a las niñas. Martha, no pases por alto un signo de abuso, eso no se perdonará, debes proteger la integridad de tus mujercitas y de tu hijo.

Esta afirmación enfureció a Martha, quien se puso en pie y confrontó a Crisanta.

—¡Te exijo que te calles! —gritó, perdiendo el control—. Manuel es mi hombre y yo soy su única hembra para satisfacerlo, él solo debe tener ojos para mí, para nadie más.

Angustiada por la respuesta tan sórdida de Martha, Crisanta entendió, por fin, que ella se había separado del lado blanco de la magia; había dejado de trabajar en buenos actos a través de la santería para entregarse al lado oscuro y obtener así lo que su ego le solicitaba: la atención de Manuel como hombre únicamente para ella, y para lograrlo había recurrido a la muerte. Crisanta no dudó en hacerle ver a Martha que ella sabía la verdad de los actos ocultos

William Mercay

cometidos, así que sin más se dirigió a ella con precaución, pero sin temor, y mirando fijamente sus ojos, le dijo:

—Profanaste una tumba, Martha, tomaste el cráneo y pusiste a ese espíritu a trabajar para ti, por el capricho de tener a Manuel atado a tu cuerpo y a tu alma, y al final manchaste tus manos sin recompensa alguna. Has sido egoísta, inútil y no has medido las consecuencias de tus acciones. Así como abandonas al fruto de tus entrañas, así como manchas tu casa de santo, así como usaste el poder de tu madre Oyá para obtener venganza, así mismo tú y tu descendencia están malditas y no existirá generación que se salve de la sangre de tus manos, porque ese muerto hoy y para siempre caminará junto a ti.

Martha no bajaba la mirada, no había en ella un ápice de arrepentimiento ante los reproches, manteniéndose en silencio; su mirada era retadora. Cuando vio un pequeño espacio, en forma de burla y renegando de su suerte, arrancó los collares protectores que colgaban de su cuello y descansaban en su escote. Una lluvia de cuencas de colores cayó al suelo del rancho delante de la mirada de asombro de Crisanta.

—Me cago en tus santos, tus reglas y signos, Crisanta. El muerto conmigo camina y a mí me

William Mercay

obedece, y no hay santo ni bruja que pueda hacer nada para evitarlo.

—Entonces tu camino has elegido, Martha. Sal de mi casa y lleva contigo tu maldición. Desde esta tarde y hasta el último día que tus ojos vean caer el sol, la muerte caminará a tu lado, y tú vagarás en la tierra sin protección ni bendición, y serán tus hijos quienes padecerán tu legado de sangre y maldad —sentenció Crisanta.

Martha salió de la que había sido su casa de santo por años, dejando atrás los caminos que un día le abrieron las deidades, olvidando la amistad y hermandad entrañable que la había unido por más de dos décadas a Crisanta. Se fue enferma de ira, quebrantando cualquier promesa y desafiando los designios de la naturaleza y de la magia blanca. Emprendió su camino y, a su lado, de forma casi imperceptible, caminaba una sombra negra que, si se reflejaba a la luz del sol, se observaba como dividida de la sombra natural de Martha. Esa sería su compañía y la responsable del destino de sufrimiento y dolor que le deparaba a ella y a los frutos de sus entrañas: los tres pequeños que aquella misma tarde abandonaría.

Por su parte, Crisanta jamás olvidó ese día; la tristeza la invadió por el irrespeto de Martha hacia los

santos que cuidaban de ella. En silencio, lloraría por el abandono de los tres pobres niños, y más aún por el horrible destino que sabía tendrían Martha y toda su descendencia.

Al volver de casa de Crisanta, Martha era alguien diferente y Manuel lo pudo sentir en el silencio con el que ella observaba la dinámica de los niños. Él estaba sentado en una silla de patas de hierro y tiras plásticas, su barriga algo desbordada por los lados del asiento; de los pliegues de la papada de su ausente cuello salían gotas de sudor que, en carrera lenta, caían en los pelos enroscados de su pecho donde quedaba atrapada la humedad que su cuerpo emanaba. Martha, al verlo, sintió una especie de adrenalina que no podía explicar en ese instante, pero intentó ignorar su sentir y tomó una bolsa de tela en sus manos, metiendo dentro lo que para ella era más importante, mientras en tono bajo le ordenó:

—Toma tus cosas, Manuel, apúrate que nos largamos.

Manuel no hizo pregunta alguna, solo observó por última vez a Gaelia parada bajo el sol viendo a sus hermanos correr. Salió de la casa con Martha, quien evidentemente estaba decidida a no volver.

William Mercay

El camino se hacía largo y pesado para Manuel, en cuya cabeza pasaba una película de opciones, pero la principal era cómo explicarle a Martha sus abusos hacia Gaelia. Él sabía que Martha era volátil y la mirada que llevaba esa tarde estaba llena de angustia, así que, como siempre, cobardemente la siguió; sin embargo, nada sucedió. Aquella misma noche, Manuel y Martha cruzaron los caminos verdes, y sus vidas fueron a dar hasta Puerto Príncipe, en Haití. Martha dejó atrás a sus hijos y en silencio compartió el secreto de Manuel, sin importar nada. Este seguía siendo su hombre.

Manuel y Martha llegaron a Haití casi sin recursos económicos. Ninguno era bueno para el trabajo, pero les tocó apañarse y buscar la forma de sobrevivir. Manuel, bajo la presión de Martha, empezó a trabajar en mecánica con su hermano Martín, quien los recibió en su casa en un principio. El dinero no era suficiente, al menos no como Martha deseaba, así que con el paso de los días su carácter empezó a agriarse y a ser insoportable su compañía para los habitantes de la casa.

Una tarde, Martín encontró una bolsa de terciopelo rojo en un cajón. Un hilo dorado la cerraba con tres nudos continuos. Este tipo de amuletos era algo común en Haití, pero llamó su atención que

estuviese en posesión de Martha. Decidió abrirlo aun cuando temía las consecuencias: adentro encontró el nombre completo de su hermano Manuel en papel de bolsa manchado con sangre, seguramente menstrual, atado en partes iguales con tres sogas, una blanca, una negra y una roja. Aquella bolsa contenía un popular amarre de vudú, cuya función básica era dejar atado al amante, lo desease o no.

Ante su descubrimiento, Martín, presuroso, le comentó a Manuel su hallazgo. Manuel no tomó la información de forma graciosa o incrédula. Él, al ser haitiano, conocía a la perfección la consecuencia de realizar aquellos rituales. Lleno de ira, se fue en búsqueda de Martha para reclamar sus acciones y, al encontrarla de espalda en la cocina, fue hacia ella con violencia mientras gritaba reclamos sobre el hecho. Martha giró su cuerpo de manera instintiva y con el cuchillo con el que cortaba unos trozos de plátano verde, atravesó el abdomen de Manuel, quien, de ojos abiertos entre el dolor y la sorpresa, cayó de rodillas al suelo. Martha se lavó con agua fresca las manos que goteaban sangre, tomó su bolsa de tela blanca y partió apresuradamente de Haití. Sin mirar atrás, y olvidando su vida en Monte Cristi, siguió su camino hasta internarse al noreste de República Dominicana, en las hermosas selvas de Samaná.

CAPÍTULO VI
EL ABANDONO

La tarde en que Martha había abandonado su vivienda, los niños no se percataron de su soledad hasta entrada la noche. Entre fantasías y juegos se entretuvieron por horas, pero cuando la brisa marina empezó a refrescar y el cielo a oscurecer, extrañaron no escuchar voces de los adultos dentro del rancho. Al entrar, así sin más, vieron que mamá no estaba, tampoco Manuel. Al principio fue divertido, no había quién les gritara «cállense», tampoco quién los mandara a dormir, pero poco a poco la madrugada se hizo más fría, más oscura, y sintieron miedo. Tomados de sus manitas se protegieron entre los tres en el rincón donde aún se encontraba el viejo catre de mamá. Allí, escondidos de los monstruos de la oscuridad, les fue ganando el sueño.

Faltaban quince minutos para las cinco de la mañana. Crisanta abordaba un auto que la llevaría con destino a la ciudad de Santo Domingo para realizar la coronación de su santo a un ahijado muy querido. Al cerrar la puerta del rancho, sintió un hueco en la boca del estómago, una ausencia, una honda tristeza, pero por el ajetreo del viaje no se detuvo a pensar de qué se trataría, sin saber que ese

acto solo estaba aumentando la situación de abandono de aquellos pequeños que tanto quería.

La mañana se hizo presente, los rayos del sol dieron de forma directa, despertando a Gaelia y a Simón, que buscaron a su madre. Pero mamá no estaba. Valeria seguía sumida en el sueño, hasta que la sed de la leche materna la despertó en un llanto nostálgico con necesidad de su madre. A Simón y a Gaelia la tripa les empezó a doler, sentían hambre y sed. Salieron del rancho solos por primera vez, caminaron, y la bondad de las madres de la vecindad les brindó un pedazo de pan y un poco de agua.

Fátima, vecina de la comunidad, observó la situación y entendió que Martha se había marchado dejando a sus hijos a su suerte. Ante esta certeza, tomó su viejo bolso y corrió rumbo a la municipalidad, pues deseaba comunicar al padre de los niños, Ricardo Márquez, la situación en la que se encontraban sus hijos. Al llegar a la recepción del impecable y fresco recinto, le informaron que el señor Márquez hacía tres días se había marchado a Haití para cumplir la función de traductor de unos importantes diplomáticos y que regresaría una semana y media después. Frente a tal noticia, la angustiada mujer dejó el urgente mensaje para

William Mercay

Ricardo y regresó a casa sin solución para la situación de los hermanos Márquez León.

En Monte Cristi existía un sentido de lealtad tácita para los habitantes del pueblo, como si de una secta se tratara; los más poderosos lo llamaban «el núcleo». Este se basaba en cierta complicidad cubriendo acciones o circunstancias de sus habitantes, sin importar si estas eran buenas o malas. Este sentimiento extraño de unidad jugó a favor de las almas desamparadas de estos tres pequeños y fue así como la vecindad cercana, sin hacer preguntas, se encargó de mantenerlos con vida. La comunidad entendió que la señora Martha León no volvería y que esos niños estarían en las calles como cachorros, a la buena de Dios.

Durante quince días, quince largos días, entre los niños y la vecindad se formó una especie de rutina silenciosa que sin explicaciones todos cumplieron y repitieron una y otra vez. En las mañanas salían de casa: Simón, cargando como un pequeño bulto a su hermanita Valeria, solo de a ratos y delante de él, caminando como si de llevar el ritmo se tratara, se podía ver a Gaelia, mucho más delgada que antes; los tres hermanos andaban en las mismas condiciones. A pesar de la solidaridad de los vecinos, se les veía

adelgazar, debido al vómito incesante que les había provocado el tomar una leche rancia.

Eran las nueve de la mañana y Ricardo Márquez retornaba desde Dajabón por carretera. Apenas bajó del auto que lo trasladó al recinto de las oficinas de la municipalidad, la señorita encargada de la recepción le comunicó la situación por la que pasaban sus tres pequeños hijos desde hacía algunos días. Sin soltar la maleta que lo acompañaba, Ricardo corrió al encuentro de sus pequeños. Al llegar a la comunidad de viviendas donde se encontraba el rancho de Martha, pudo ver a lo lejos que sus hijos andaban solos, hambrientos, sucios de pies a cabeza, además de estar envueltos en lágrimas, por los días de soledad y miedo.

Aquel hombre negro, alto, amable y callado, se conmovió, al punto de que sus inmensos ojos, que eran capaces de iluminar cualquier oscuridad, se llenaron completamente de lágrimas. Ricardo abrazó a sus hijos con fuerza y compasión, pero ellos apenas correspondían a su acción, la debilidad era mayor. Presuroso, los alimentó con lo poco que podía en ese momento, pero estos apenas lo masticaban, ya que intoxicados, solo devolvían lo que comían. La peor parte se la llevó la pequeña Valeria, que se encontraba tirada como un saco de huesos sin

William Mercay

moverse. Desesperado, Ricardo intentó reanimarla, pero apenas escuchaba su latido y su respiración que disminuían con el tiempo. Entonces salió gritando a pedir ayuda.

—¡Mis niños se me mueren! —gritaba sin cesar, hasta que juntó sus fuerzas y tomó en brazos a Valeria, casi agonizante, con los labios craquelados y completamente pálida; la acomodó en la carretilla oxidada que encontró en el patio, tomó a Simón y a Gaelia, y los llevó al hospital de Monte Cristi, donde fueron internados de emergencia. Ricardo, atónito por lo acontecido, miraba de un lado a otro, analizando la nueva realidad a la que de ahora en adelante se enfrentaría. Su salario como traductor del municipio no sería suficiente, ahora sí tenía que mantener a sus tres hijos, sin contar con su otra familia de la cual era responsable.

Ante esta situación, él buscó la forma de apañarse, no era una opción para él dejar a sus hijos a su suerte. Siempre fue un hombre trabajador y honesto, pero tenía que asumir la responsabilidad de sus hijos sin desamparar a su otra familia y no sabía cómo tomaría su esposa la situación.

La primera noche luego de que les dieron de alta en el hospital, Ricardo se quedó cuidando a los niños en el destartalado rancho que en algún

momento quiso convertir en un hogar. La mañana siguiente, luego de darles un buen desayuno y pedir a la familia más cercana que le prestara apoyo para su cuidado, se dirigió a su casa, dispuesto a conversar con su esposa sobre su realidad. Doménica borró su sonrisa de felicidad por el retorno de su esposo cuando escuchó la noticia, y su respuesta fue fría: «Yo no recibiré en nuestro hogar a tres bastardos fruto de tu aventura, y no pienso permitir que desmejore la educación y alimentación de nuestros hijos, así que tú solo debes solventar esta incómoda situación». Las palabras de Doménica acababan de dejar a Ricardo sin muchas opciones.

Al principio, él pasaba con sus hijos unas pocas horas de la tarde, luego del trabajo. En este tiempo limpiaba sus espacios, les dejaba fruta, pan y algún platillo preparado y se iba a casa confiando en Simón y Gaelia el cuidado de la pequeña Valeria, y que siguieran sus instrucciones. De los tres hermanos, fue Gaelia la que admiraba más a su padre, en quien encontró el amor y cuidado que no recibía antes. Se quedaba horas y horas escuchando a su padre hablar otras lenguas, y a pesar de no entender nada, amaba cuando este les cantaba en francés, entonando canciones de Gilbert Bécaud, sustituyendo en la letra el nombre de «Nathalie» por su nombre «Gaelia», mientras bailaba y tocaba un pandero improvisado

hecho de chapas de botellas. Esto la hacía sentir tan feliz y dichosa que en su mente quedaban grabadas las letras que apenas sabía pronunciar.

Un día, su padre trajo una radio vieja y le hizo escuchar la canción completa. La melodía la envolvió sintiendo pequeñas mariposas en el pecho y el estómago, pues no había escuchado nada más dulce y voz más romántica que la del autor original, Gilbert. Sujetó la muñeca de su pequeña hermana que caminaba tambaleante y bailó junto a ella mientras su padre tocaba y bailaba alrededor de ellas a la vez que la música se aceleraba hasta terminar. Dichosos, echaron a reír. Gaelia no había disfrutado algo así en toda su vida, amaba la canción tanto como amaba a su padre, quien, exhausto, se recostó en la cama y le empezó a contar que él deseaba llamarla Nathalie como la chica de la canción, pero fue su madre quien insistió en ponerle ese nombre, Gaelia.

—A pesar de todo, tu nombre es hermoso, hija, y serás la niña más dichosa de este pueblo, te lo prometo —le dijo ya casi dormido—. Serás una gran mujer.

Mientras Gaelia cargaba a su pequeña hermanita, apenas entendía lo que le decía su padre, pero guardó esas amorosas palabras de su progenitor

William Mercay

para el resto de su vida. Ella sería grande algún día, sería diferente y tendría lo mejor de lo mejor.

William Mercay

CAPÍTULO VII
UN INCENDIO DEVASTADOR

El crujir de la madera y el chispear del zinc eran aterradores, las llamas tomaron altura en muy poco tiempo, el lugar se vio ensombrecido por un humo negruzco que se expandía por todos lados haciéndose imposible distinguir los espacios y las salidas. El calor era insoportable, las paredes se consumían y del techo caían trozos carbonizados que en algún momento habían sostenido aquel rancho. Atrapados en el interior de la vivienda se encontraban los tres pequeños. En una esquina, Simón, de ocho años, abrazaba a su hermana Gaelia de solo seis años, intentando protegerla de las llamas. Un poco más allá, debajo de un viejo mueble plástico, se encontraba Valeria ya de cinco añitos, con su frente herida y sin poder parar de llorar. La escena era desgarradora. Simón intentaba encontrar opciones para sacar a sus hermanas del rancho, pero cada vez que hacía algún movimiento para acercarse a Valeria, algún trozo de madera encendida caía de arriba. Su manito derecha estaba enrojecida y adolorida debido al fuego que lo alcanzó, lo cual impedía su movimiento, mientras el humo que emanaba le hacía imposible ver con claridad. Los ojos de los niños ardían y por instinto se cerraban solos; el oxígeno se

contaminaba haciendo que respirar fuese un doloroso ejercicio que los hacía terminar ahogados y con picor en la nariz y la garganta. Poco a poco se perdían las esperanzas.

Las llamas iluminaban las casas alrededor, el calor se hacía sentir, los gritos desesperados y ahogados de los pequeños alertaron a los vecinos más cercanos. Impactados y angustiados ante la tragedia, solicitaban ayuda de todas las formas posibles. De las viviendas salían los hombres y mujeres con grandes cubetas repletas de agua que lanzaban al fuego con la esperanza de mitigar el incendio, sin éxito alguno.

La altura de las llamas iba en aumento debido a la brisa marina, así fue como entre los colores rojos y naranjas se alcanzó a ver los brazos alzados de dos niños que se aferraban el uno al otro. Un par de pescadores armados de valor humedecieron sábanas y atravesaron las llamas al rescate de Simón y Gaelia. Tumbaron la puerta de la vivienda, y el oxígeno, al abrir ese espacio, causó expansión de las llamas. Estos hombres sabían que debían actuar con rapidez, de modo que cada uno de ellos tomó a un niño en brazos, lo envolvió en los húmedos trapos y así los sacaron de aquel infierno. Los vecinos, al ver el acto de heroísmo de estos pescadores, les manifestaron su

William Mercay

gratitud con gran algarabía y se acercaron a ayudar y auxiliar a los pequeños que habían sido rescatados.

Simón y Gaelia, al estar fuera de la estructura en llamas, se encontraban en el suelo casi inconscientes; sus pulmones buscaban el aire que adentro les faltó, sus cuerpos estaban completamente llenos de cenizas. Los vecinos de cierta forma festejaban el rescate de los dos niños, pero luego los gritos de alegría se opacaron al escuchar el llanto de una niña que aún permanecía en el interior.

Como poseída por el espíritu de un adulto, Gaelia escuchó a lo lejos los desesperados gritos de su hermanita. Se levantó con la rapidez de una pantera, sin poder ser detenida por las personas a su alrededor, en un acto de valentía y amor incondicional, ingresó al rancho para rescatar a su pequeña hermana, quien aún se encontraba de rodillas debajo de aquella vieja mesa plástica que se consumía lentamente. Tomó lo primero que consiguió para cubrirse de las llamas, una piel dura y tratada que tiempo atrás había pertenecido a un chivo y al ser sacrificado se había quedado en casa como parte de la decoración. Sin medir espacios y obstáculos, se abalanzó al rescate de su hermanita.

Valeria se encontraba desmayada, había sido demasiado el humo, el miedo y el llanto: su pequeño

cuerpo había colapsado. Gaelia, al intentar alcanzar a su hermana, dio un mal paso y se lastimó el tobillo; intentó ponerse en pie y apoyar a su hermana sobre su hombro para hacer el intento de salir, pero el peso de su hermana era mucho. Gaelia se refugió con Valeria lo más adentro que la vieja mesa le permitía. En ese momento el aire ya no le alcanzaba y, en medio del miedo de no poder salir del fuego y la posibilidad de morir, Gaelia se perdió en su memoria recordando cómo se inició aquella terrible desgracia.

Horas antes, finalizando la tarde, dentro de casa Simón corría buscando a Gaelia y Valeria, jugando al escondite. Era divertido y a su vez una forma de burlar el hambre que ya sentían, pues no comían desde la mañana en que su padre se fue a trabajar. Debajo del catre donde dormían, Valeria y Gaelia trataban de tapar sus risas para no ser encontradas, pero Simón ya sabía que allí estaban, así que las tomó de sorpresa y con un grito las hizo saltar de susto. Ambas niñas, con la impresión, golpearon su cabeza con la destartalada estructura del catre, pero a Valeria le rozó la frente un viejo tornillo, que de manera inmediata abrió una herida que empezó a sangrar.

La sangre brotaba de forma escandalosa y Simón intentaba consolar a su asustada hermana,

William Mercay

pero solo provocaba que la pequeña se pusiera aún más nerviosa y su llanto aumentara de forma desesperada. Gaelia observaba lo que sucedía y, al ver el líquido rojo de la frente de su hermana, tomó con sus pequeñas manos su cabeza de lado y lado y pasó su lengua por la herida, lamiendo la sangre, tal y como solía hacer siempre cuando se lastimaba las rodillas. La saliva detonó un ardor insoportable para Valeria, quien, en acto de defensa, tiró con fuerza a su hermana mayor, que cayó al suelo. Gaelia empezó a llorar de forma inmediata al verse en el suelo, lloraba más por la reacción de su hermanita que por el tropezón de la caída. La sangre cesó, dejando visible la forma de una futura cicatriz que ya empezaba a coagular. El tiempo pasaba y las dos niñas no paraban de llorar. Simón esperaba ansioso en la puerta, mirando en todas direcciones la pronta llegada de su padre, para que este solucionara el problema, ya que nada de lo que él hacía podía consolarlas.

Ya eran las siete de la noche, el sol se empezaba a ocultar y el señor Márquez no daba señales de cercanía. Gaelia y Valeria continuaban en un llanto constante que desesperaba a Simón. Ya no lloraban de dolor, sino de hambre, pues habían pasado muchas horas desde que habían hecho su única comida ese día. De pronto, Simón decidió

William Mercay

tomar acciones como hermano mayor para apaciguar el hambre de sus hermanitas y, en un acto de ternura y protección, se dirigió a la cocina para buscar algo que pudiese servir de alimento.

El espacio dedicado a la cocina era solo una pequeña zona de aquel humilde rancho. Su aspecto era completamente desordenado, cubierto de una capa de grasa quemada que había ennegrecido las paredes y el piso. Simón rebuscaba el lugar con la esperanza de encontrar algo de comer, cuando de una caja de cebollas sacó dos plátanos verdes, algo medianos y duros, pero aun así le causó alegría el hallazgo.

—¡Mangú! —exclamó emocionado— ¡Comeremos mangú!

Al escuchar a Simón decir que comerían el platillo favorito de todos, Gaelia y Valeria, de genuina emoción, pararon de llorar y limpiaron sus lágrimas. Simón recordó que su madre en varios momentos les daba aquel delicioso puré de plátanos y él deseaba prepararlo como ella lo hizo alguna vez. Tomó el par de plátanos y un viejo cuchillo sin filo en su hoja, cortó con esfuerzo los extremos y trató de sacar la cáscara. Era tan poca su experiencia que grandes trozos de la cáscara quedaron pegados al plátano que llevaría a cocinar. Tomó una pequeña olla deformada

William Mercay

por el uso y los golpes del tiempo, la llenó con agua que contenía un viejo balde, el cual servía para atajar las gotas del techo, y echó los plátanos en la olla para hervirlos. Cogió una caja de fósforos llena de grasa e intentó encender la cocina de gas líquido, pero al notar que el contenedor estaba vacío, fue por la botella de combustible ubicada en una gaveta alta. Este obstáculo no fue impedimento para el niño, quien, apoyado sobre una silla de tronco viejo intentando alcanzar la botella, estiró sus dedos todo lo que pudo y tomó el recipiente, derramando combustible en el camino. De pronto cayó al suelo, pero se levantó y continuó hasta lograr su cometido; así pues, abrió la botella e intentó recargar la cocina, pero sobre esta cayeron algunas gotas del líquido inflamable. Ignorando por su inocencia aquel peligro, Simón empezó a ejercer presión llenando el envase de vidrio del destartalado artefacto, hasta que con un ágil movimiento encendió el cerillo que, al caer a la hornilla, se inflamó, consumiendo todo a su alrededor, en especial la palma de su mano que se encontraba empapada de combustible.

Así empezó el incendio. Para Gaelia, su hermano no era el culpable, sino su madre, quien los había abandonado dejándolos completamente solos. Para Simón, aquel incidente sería el detonante de la

William Mercay

culpa, el desconcierto, la rebeldía e incluso la locura a mediano plazo.

Si alguien pudiera verlas, allí estaba Gaelia saliendo de este recuerdo, debajo de la mesa, junto a su hermana. Ambas desfallecían lentamente, mientras que sus pulmones se llenaban de humo y la vivienda se consumía poco a poco bajo las llamas. Fue el pellejo del animal lo que las cubría de los chispazos del fuego alrededor y de las gotas de plástico fundidas. Antes de que Gaelia perdiera la conciencia, comenzó a gritar de dolor por el ardor que sentía en su pierna derecha. Sí, su pierna, que era lo único que sobresalía de la protección de aquel cuero de chivo, fue alcanzada por el fuego. Pero, como si de un milagro se tratase, la niña vio cómo unos brazos emergían de las llamas estirándose hacia ella y su hermanita. Apoyadas contra el pecho de su propio padre, las pequeñas salieron de aquel rancho en llamas a punto de colapsar.

Los vecinos terminaban de apagar el fuego, pero ya nada quedaba. La escena era desoladora, no quedaba nada más que cenizas, troncos carbonizados, el esqueleto del catre y un montón de chatarra. Ricardo Márquez se acababa de quedar sin techo para sus hijos. A pesar de dicho evento trágico, Gaelia no mostraba sentimiento alguno, estaba de pie

William Mercay

frente a la gran fogata, sorda ante los gritos y comentarios alrededor, mientras veía cómo se llevaban a sus hermanos envueltos en mantas. La mano de Simón chamuscada por el fuego y su pequeña hermana inconsciente del humo que tragó, eso, no salía de su mente; la trajo en sí, el ardor de aquella piel enrojecida y supurante de su pierna. Detrás llegó una mujer impresionada por la magnitud de la quemadura y en ese instante la cargó en brazos cubriendo su pierna con una manta húmeda un tanto sucia, pero este acto de bondad tuvo como consecuencia una infección que más tarde se convertiría en la marca que acompañaría a Gaelia de por vida.

William Mercay

CAPÍTULO VIII
LA CONSECUENCIA DE LAS LLAMAS

La realidad se dibujaba poco alentadora. Los días pasaban y la situación apretaba para Ricardo, que trataba de organizar en su cabeza su próximo paso a seguir. Los espacios del rancho habían quedado reducidos a cenizas y escombros imposibles de recuperar, y realizar una reconstrucción en aquel terreno suponía una inversión económica que no estaba a su alcance en aquel momento. Tenía a su cargo a Doménica y sus dos hijos, aunado a la responsabilidad de Simón, Gaelia y Valeria. No existía ni una leve posibilidad de unir ambos hogares.

Raúl, vecino de la comunidad, observaba la situación de Ricardo y no tardó en encontrar una solución que supusiera un beneficio propio. Hacía ocho meses, Hilario, el hijo de veintiún años de él y Herminda Domínguez, en complicidad de malas compañías, había ingresado a una vivienda en la «Villa del Morro», luego de haber robado el juego de llaves que por confianza le había sido otorgado a su madre. Logró un asalto limpio, saliendo de casa con el botín de dólares y joyas, pero no contó con la presencia del vigilante de la propiedad, quien lo enfrentó acompañado de dos grandes perros. Sus

acompañantes lograron saltar la barda, pero Hilario no pudo lograrlo y fue alcanzado; desde entonces esperaba su juicio en prisión preventiva. La familia Domínguez estaba incompleta y la madre de Hilario, Herminda, devastada. Raúl vio la necesidad de Ricardo y la oportunidad de liberación de su hijo.

—Ricardo, tu trabajo en la municipalidad te ha permitido entablar buenas relaciones con la fiscal titular del Palacio de Justicia y, como todos lo saben, mi muchacho ya lleva ocho meses encerrado en espera de sentencia —le dijo sin filtro alguno y prosiguió—: Ayúdame, mueve tus influencias para poder sacar a Hilario y enviarlo lejos de aquí. Yo, a cambio, le ofrezco a tus hijos mi casa, que la niña grande trabaje en las labores de limpieza para ayudar a Herminda, y que Simón venga conmigo a la maderera. A la pequeña la podemos cuidar en casa si nos colaboras con unos cuantos centavos, algunos «chelitos» para los alimentos.

La franqueza de aquel hombre le pareció a Ricardo descarada y a la vez conmovedora. Él era un hombre correcto y nunca hubiese utilizado sus contactos en la política para lograr intereses personales, pero en esta ocasión el ofrecimiento de Raúl le haría las cargas más livianas y le aportaría el tiempo necesario para obtener los recursos

económicos y así reconstruir el rancho de sus hijos y poder devolverles un techo seguro. La respuesta de Ricardo fue positiva ante Raúl, y de forma inmediata ambos caballeros cumplieron su palabra. Hilario salió en libertad y fue enviado por sus padres a Santo Domingo con el fin de alejarlo de las malas compañías, mientras que Simón, Gaelia y Valeria obtuvieron el refugio seguro que necesitaban.

Luego del incendio, la limpieza del rancho avanzaba de a poco. Gracias al talento de Raúl, las paredes y divisiones de la casa, aunque eran de tablas, tenían un bonito acabado. Cuando Simón, Gaelia y Valeria entraron por vez primera a la vivienda de los Domínguez, dos días después de la tragedia, aún tenían su ropa manchada de hollín. Tenían calor, hambre, estaban cansados y aturdidos. Herminda los metió al baño y se aseguró que se lavaran con jabón y estrujaran bien su piel. Al salir, a Simón le dio ropa de uno de sus hijos, mientras que a Valeria y a Gaelia las vistió con ropa donada por los vecinos que deseaban contribuir. Luego les ofreció un delicioso plato de comida, mangú con huevos fritos y cebolla picada. Simón, Gaelia y Valeria esa noche durmieron en una cama con sábanas limpias, en una casa bien terminada, y por vez primera entendieron que eso era un hogar.

William Mercay

La intención de Herminda y su esposo era noble; ellos estaban acostumbrados a tener disciplina en sus labores, y trataron de educar a sus hijos inculcándoles humildad y buenas costumbres. Para el matrimonio, parecía sencillo brindar hogar y herramientas de buena educación a los hermanos Márquez León, mucho más si contaban con el apoyo y la disposición de Ricardo Márquez, el padre de los niños. Ello, sin embargo, no sería como en teoría pensaban, ya que pronto se darían cuenta de que la crianza de Simón, Gaelia y Valeria había sido no solo carente de alimentación y aseo, sino que traía consigo una carga emocional, moral y educativa totalmente ausente.

La convivencia con normas, responsabilidades y educación era algo nuevo y retador para los tres hermanos, más aún cuando debían compartir con Renato, el hijo menor del matrimonio Domínguez. La señora Herminda era una mujer católica, amorosa y estricta; en su casa debían de cumplirse normas. Hubo cambios que fueron rechazados por Renato, pues sentía que aquellos niños habían venido a casa a invadir su espacio. Sin embargo, la buena educación de la que gozaba lo mantenía callado y colaborador. Raúl decidió levantar unas tablas que servirían de pared divisoria entre los espacios para dormir de los niños: los varones deberían compartir

William Mercay

una cama y las niñas la otra. Este cambio fue rechazado de forma directa y brusca por Simón, quien perdió el control en un gran derroche de malcriadez que incluía gritos, patadas y lágrimas. Las niñas se asustaron mientras Renato hacía burlas silenciosas de sus lágrimas, comparando su actitud con la de una niña. Raúl Domínguez intentó contenerlo y recibió un gran mordisco en su brazo izquierdo como respuesta. Herminda actuó con una calma sepulcral: tomó a Simón que se revolcaba en el suelo como si estuviera poseído, le inmovilizó ambos brazos con fuerza y, como si de un papelito se tratase, lo llevó al espacio que era utilizado como baño. Allí lanzó sobre él dos baldes de agua helada, que mágicamente le devolvieron la tranquilidad. Herminda le dio la espalda y lo dejó allí parado, como a un pollo mojado por la lluvia.

—¡En esta casa hay normas, y las normas deben acatarse! ¡Las niñas con las niñas y los varoncitos con los varoncitos! ¡Al levantarse deben tender su cama y asearse todos los días! ¿Queda claro o lo repito? —le increpó, mirando también a los otros niños.

Renato y Gaelia asintieron con la cabeza, pero Valeria se asustó y empezó a llorar bajito, escondida

William Mercay

detrás de su hermana, quien trató de callarla con su manito.

William Mercay

Capítulo IX
El Ingenio Y La Experiencia

El avance intelectual de David Boyer era digno de admiración, pero también lo eran los logros que este alcanzaba basado en sus ideas y proyectos, utilizando solo los recursos que a su alcance poseía. A sus veinticuatro años ya había creado una escuela de prótesis dentales, la cual le servía de buen sustento. Una tarde cualquiera, Boyer se encontraba meditando, buscando dentro de su mente las ideas para continuar; elevaba oraciones a la energía más poderosa del universo, deseaba saber qué camino tomar para avanzar y salir adelante económicamente. Como si de un milagro se tratase, una idea se le hizo presente, allí estaba, acostado en una camilla, una caricatura con gracia: un diente.

«El Hospital del diente» fue una idea innovadora en su ciudad. En corto tiempo un equipo de odontólogos atendía diferentes especialidades en un proyecto que era liderado por David. El crecimiento se avecinaba sin detenimiento y, con los buenos augurios de aquel tiempo, llegó de nuevo el amor. Por medio de una entrevista laboral, conoció a una hermosa odontóloga, blanca, curvilínea, de largos cabellos castaños y mirada sincera. Su nombre

era Pamela Giménez y el romance no se hizo esperar. Pamela provenía de una familia estable y pudiente. En principio, a los padres de la joven no les agradó su relación con él, dudaban de su procedencia y del futuro como pareja, pero estas dudas Boyer las disiparía con hechos más temprano que tarde. La relación entre Pamela y David se fortaleció, tenían peculiares acuerdos que alejaban los celos de Pamela ante las posibles aventuras de él, siempre desde la lealtad y el trabajo en equipo y con visión de familia.

La ilusión de los hijos no tardó en hacerse presente en la vida del joven matrimonio, pero, tras intentarlo en diversas oportunidades, los médicos llegaron a la conclusión de que él tenía muy pocas posibilidades de procrear. Sin embargo, la esperanza se mantenía viva en el corazón de Pamela y Boyer lo sabía. Una tarde, como cualquier otra, Pamela le pidió que la acompañara a la iglesia; ambos asistieron, Pamela por fe católica y David por complacerla. Ante sus ojos, una virgen de manto azul con un recién nacido en brazos se levantaba. Aquella hermosa escultura de yeso parecía mirarlo a los ojos y del corazón de David brotaron palabras acompañadas del ego del hombre: «Si es tanto tu poder y son tan ciertos los milagros que se te adjudican, demuéstrame que padre de un varón puedo ser».

Los ojos de Boyer se abrieron después de aquellas palabras pronunciadas, al ver, atónito, que delante de él aquella imagen de yeso se había transformado, mostrando a la virgen esta vez con un bebé de meses sostenido por su brazo izquierdo, mientras que su mano derecha hacía el ademán de bendición. Él no comentó el suceso, pero se quedó pensando en lo que presenció. Los dos salieron de aquella iglesia, admiraron y comentaron la hermosa arquitectura, y el camino continuó como siempre.

Las diarias labores en los centros odontológicos, el crecimiento financiero y los cambios políticos y económicos del país mantenían ocupado a Boyer, olvidando por completo lo ocurrido en la iglesia. El trabajo continuaba, no había tiempo para pensar en milagros o peticiones mágicas. La nación se encontraba pasando por un proceso revelador a nivel político, se acercaban las elecciones presidenciales y la división de opiniones en esta ocasión estaba siendo alarmante. Como es evidente, los cambios políticos traen consigo consecuencias económicas; así pues, los hogares estaban sufriendo las consecuencias del alza de los precios que empezaban a elevarse sutilmente.

Luego de unas semanas, Pamela manifestó un extraño malestar, por lo que, junto a David, acudió a

William Mercay

la clínica pensando que se trataba de alguna enfermedad, ya que estaba convencida de que un embarazo era improbable. Sin embargo, luego de una espera de veinticuatro horas por los resultados de las pruebas sanguíneas, en aquel sobre sellado que fue abierto con más preocupación que ansias, se encontraba un gran «POSITIVO». Pamela estaba encinta. Nueve meses más adelante, nacería José Gabriel, el primogénito varón que David había pedido desafiante, como prueba de milagro, a la Virgen del Carmen.

David por fin se divorció de ese amor de su juventud y convirtió a Pamela, ante la ley, en su esposa. La sociedad en la empresa odontológica marchaba bien y el Hospital del diente y sus diferentes núcleos se mantuvieron estables por un determinado tiempo. Pero todo proceso debe enfrentar altas y bajas, y más aún aquellos que no dependen directamente de la administración empresarial y son el reflejo de una economía nacional que iba en descenso de forma estridente. Todo el esfuerzo no fue suficiente, ya que cuando todo parecía ir bien y el éxito se olía cada día, ocurrió un hecho inesperado para David: el negocio se vino en picada, la ruina total tocaba su puerta. Su país estaba sufriendo una especie de locura colectiva debido a la adoración popular a un nuevo líder político que

recientemente llegaba a la presidencia, sin imaginar que sería él quien causaría estragos profundos y fuertes cambios en la sociedad. Se elevaron las tasas de intereses bancarios casi al 84%, al poco tiempo se expropiaron empresas, entidades financieras y terrenos, se asesinaban estudiantes en las marchas de protesta, predominaba un cruel conflicto social marcado por una alta violencia, inestabilidad jurídica, económica y social. Todo un caos donde familias enteras peleaban entre sí por ideales políticos. En el país solo resonaban las voces de aquellos que estaban a favor de un eminente dictador e hipnotizador de masas que gritaba por todos los medios de comunicación: «O estás conmigo o estás contra mí».

CAPÍTULO X
EL QUIEBRE DE LA FEMINIDAD

El paso del tiempo es una constante irreversible. Los sueños, metas y planes o incluso proyectos están sometidos a las tormentas que se enfrentan en el camino, lo que hace que se creen vínculos permanentes. Crisanta Marcelín era una constante en la vida de los hermanos Márquez León. Luego de la partida de Martha y el incendio voraz que acabó con la vivienda y dejó en la calle a Simón, Gaelia y Valeria, a Crisanta le fue difícil acercarse a los niños debido a que el padre no tenía un buen concepto de ella. Ricardo recordaba que en los años de convivencia con Martha era Crisanta quien la asistía en todos y cada uno de los eventos de magia y hechicería; también fue ella quien estuvo presente recibiendo el nacimiento de cada uno de sus hijos. Ricardo, un hombre que poseía un respetable intelecto, no era creyente de las artes mágicas de ningún tipo y si a algo le tenía fe, era a un Dios sin nombre particular que asociaba con la energía de la vida, nada más. Por tal razón, las costumbres religiosas que Martha compartía con Crisanta no eran bien vistas para él. Crisanta, sin embargo, era una mujer paciente y leal; con insistencia y sin descanso se ganó la confianza de Herminda y Raúl, y, de a

poco, el permiso de Ricardo para visitar a los pequeños y estar pendiente de ellos.

Tres veces por semana, al caer la tarde, Crisanta caminaba a paso lento siete calles en compañía de Cereza, una perra regordeta, pequeña y de solo tres patas que Crisanta había rescatado de las calles años atrás. Con ella llevaba pan de fruta, aguacates y papayas para colaborar con la alimentación de los niños. Al llegar a la casa de la familia Domínguez, observaba el ambiente y sabía que allí, Simón, Gaelia y Valeria tenían más estabilidad que la que habían tenido en toda su vida. Herminda siempre recibía a Crisanta con cariño; luego solían sentarse al fresco de la noche a conversar de preocupaciones cotidianas. Los niños comían de las frutas que Crisanta reunía para ellos y Cereza se escondía debajo de la banca donde descansaba Crisanta para evitar el alboroto y las peleas que armaban entre ellos durante la visita.

Era un jueves, olía a viento de tormenta. Pese a ello, Crisanta decidió ir a ver a sus muchachitos, como los llamaba. Al llegar al hogar de los Domínguez, encontró a Gaelia visiblemente feliz: saltaba de un lado al otro abrazando una prenda de ropa que Crisanta no lograba aún determinar.

William Mercay

—Muchachita mía, muéstrale a tu madrina qué te tiene bailando como tómbola.

Gaelia, con la ilusión de una niña y la emoción de una adolescente, le mostró un hermoso vestido a la rodilla, color crema de tela fresca. En las terminaciones de las cortas mangas y la parte inferior de la falda tenían un voladillo color tierra con pequeñas flores en rosa y amarillo bordadas en hilo fino. Cada detalle hacía del vestido una hermosa prenda que contrastaba con la piel color chocolate de la pequeña.

—Madrina, madrina —repetía Gaelia con emoción al mostrarle el vestido—, mi padre ha venido y me lo ha obsequiado, dice que él compró la tela y lo han cosido y bordado solo para mí. La señora Herminda me dijo que, si hacía el aseo de la casa y tenía buen comportamiento, el sábado, luego del baño, podría ponérmelo, solo debía tener cuidado de no ensuciarlo.

—Muy bien, Gaelia, muy bien. El sábado te verás hermosa con ese vestido y debes cuidarlo mucho porque ha sido un regalo de amor de tu padre, no lo olvides.

Crisanta abrazó con fuerza a sus muchachitos, aunque a Simón los abrazos le molestaban y lo hacían

correr por la casa y gritar sin sentido. Aun así, ella repartía su amor para los tres lo mejor que podía pues sentía que era su deber. Al despedirse, los bendecía y volvía con calma a caminar las mismas siete calles de retorno a su casa, con el alma en paz de estar haciendo lo correcto.

La mañana del sábado, Crisanta despertó a las tres de la mañana sin entender el porqué. Sentía un aire frío visitando su pecho y, aunque lo intentó, no pudo recuperar el sueño. Se puso en pie, encendió la estufa y preparó un café con canela bien cargado, el cual bebió con calma mientras escuchaba una vieja radio que entonaba una bachata de Raulín Rodríguez. Mientras la escuchaba, pensaba que ella, en su juventud, siempre había preferido bailar un buen merengue dominicano.

Seis de la mañana. Gaelia ya estaba en pie. Era un día importante, ansiado por ella: ese día se pondría aquel hermoso vestido que le obsequió con amor su padre. Herminda sonrió cuando la vio de pie a su lado en la cocina. Gaelia la ayudó a calentar el agua para el café de Raúl, empacó el almuerzo en la bolsa de su trabajo, luego lo puso en el comedor, tendió la cama y se sentó a la mesa a tomar desayuno sin quejarse de aquella avena espesa con pasas que no le agradaba. Levantó los trastes, los lavó y cepilló el

William Mercay

exceso de tierra del piso. A las diez de la mañana se lavó el cuerpo con agua refrescante y jabón.

—Herminda, ¿puedo ponerme el vestido que me trajo papá?

—Sí, Gaelia. Has tenido un buen comportamiento. Ponte el vestido y sal a comprar el pan del almuerzo. Solo recuerda, no lo debes ensuciar, hoy en la tarde vendrá Ricardo y le hará ilusión verte con el vestido puesto.

Gaelia sintió en su tripa una emoción que no sabía cómo explicar. Metió los brazos y la cabeza en el vestido y lo vio caer. Se sentía tan bonita, así como esas niñas que van en las tardes al parque del reloj con su mamá, o las niñas de la casa donde ella iba a limpiar. Daba vueltas cual carrusel solo por el placer de ver su falda volar. Gaelia estaba segura de que su padre se sentiría feliz al verla y entendería que ella era su niña más bonita, la favorita. Herminda vio a Gaelia saltar por la vivienda con emoción; eran pocas las veces en que Gaelia dejaba salir de sí a la niña dulce que, Herminda estaba segura, se escondía debajo de tanta rebeldía y extrañeza.

—Gaelia, ya ve y compra doce bollos de pan. Recuerda, anda con cuidado.

William Mercay

Gaelia tomó las monedas que estaban sobre la rústica mesa de madera y salió de la casa. Detrás de ella corrió Valeria.

—Elia, llévame, yo también me pondré el vestido que nos trajo papá, llévame contigo.

—Valeria, te vas a ensuciar, espérame que yo regreso rápido —le respondió Gaelia a su hermana con una singular sonrisa.

Valeria se quedó de pie en la puerta de la vivienda observando cómo se alejaba su hermana. Gaelia caminaba despacio por las calles, estaba atenta a que ningún charco de agua le salpicara la tela, tampoco deseaba que la tierra empolvara su hermoso vestido. Para ese momento su alrededor era lo menos relevante, en su corazón existía el sentimiento de alegría de que pronto vería a su padre y él estaría feliz de verla tan bonita. Dos calles antes de entrar a la tienda de abarrotes, un grupo de adolescentes se había percatado del paso de Gaelia, pero ella jamás se dio cuenta de su existencia.

Gaelia entró a la tienda, pidió doce bollos de pan y, con una moneda que había llevado de su mesada, se compró un pequeño bombón de chocolate. Era un obsequio de ella para ella, celebrando el día. Salió de la tienda saboreando el

William Mercay

dulce sabor del cacao, la leche y el azúcar y se sorprendió al encontrar en el centro un relleno pegajoso, un poco ácido y delicioso. Gaelia caminaba entretenida de regreso a casa y los chicos la vieron volver; esta vez se aseguraron de que ella supiese que allí se encontraban. Silbaban, reían y comentaban entre ellos «qué bonita negrita se habían encontrado». Gaelia sintió náuseas, su corazón empezó a latir con fuerza y la sonrisa de alegría cambió por la respiración acelerada al caminar, su mirada se nubló y las gotas de sudor caían sin cesar por sus sienes. Pensaba que había sido bueno no traer a Valeria porque hubiese tenido que cargarla para poder caminar tan rápido como lo estaba haciendo en ese instante y que debía ser cuidadosa con sus pasos para no salpicar su vestido. Cada pensamiento y emoción fue en vano: Gaelia no fue lo suficientemente rápida, ellos eran varios y ella solo una, ellos eran jovencitos viciosos y ella una niña asustada, ellos tenían la adrenalina, las ganas y la excitación del momento, y ella el miedo de dañar su vestido. La tomaron, ella no gritó o por lo menos no recuerda si su voz salió, quizás fueron un par de minutos para cada uno de ellos, pero Gaelia sintió el dolor y el asco de una vida entera. Allí quedó, en aquel callejón de poca luz, con olor a la humedad de las aguas estancadas, recostada del basural. La sangre caía a lentas gotas por su muslo derecho, sentía el

William Mercay

ardor de su labio inferior roto, y sus brazos y piernas dolían tanto como si hubiesen sido amarradas por sogas. A lo lejos se escuchaban las carreras y las risas de aquellos jóvenes escapando después de la macabra travesura.

Crisanta pasó la madrugada con sensación de miedo, pero no reconocía de qué se trataba. Salió a su patio trasero y revisó a las gallinas, estaban completas. Acarició a los chivos, y ellos parecían estar bien. Revisó a Cereza y seguía teniendo solo tres patas, pero la sensación de frío que helaba el alma de la mujer no desaparecía. Se sentó en su estera y delante de Elegguá encendió un tabaco, el tabaco se apagó, no quería prender en fuego. Agarró manteca de corojo y la untó en sus manos, tomó a Elegguá y lo untó hasta que la piedra de ojos y boca de caracoles empezó a brillar y en ese momento volvió a encender su tabaco; este se prendió en fuego de inmediato y se partió en dos. Crisanta se levantó de golpe, tiró el tabaco al suelo y con voz quebrada pronunció: «Gaelia». La mujer salió del rancho rumbo a la casa de los Domínguez. En el tabaco había el reflejo de una tragedia y la figura de la niña. Crisanta no sabía con qué se encontraría, pero deseaba con toda su alma llegar antes de que algo sucediera para poder evitarlo. Su paso era rápido, pero sus piernas regordetas y pies anchos no le daban

William Mercay

mucha agilidad; contaba las calles, ella sabía que eran solo siete, en siete calles llegaría a ver a sus muchachitos. Pero no fue necesario contar hasta siete, allí, en la calle número tres, tirada como parte de los desperdicios, vio un bulto que a los lejos parecía ser su muchachita. Crisanta cruzó la calle, su corazón latía como si de un infarto se tratase, sus ojos se llenaron de lágrimas al comprobar que ese bulto que vio a lo lejos en el basural era Gaelia.

—Madrina —le dijo Gaelia al verla—, mi vestido se ensució, mi vestido se manchó. - La niña rompió en llanto escondida en los grandes brazos de su madrina.

Crisanta tomó a Gaelia, observó el lugar y vio los bollos de pan derramados en el suelo. Le preguntó qué había pasado y ella, con la mirada fija en la nada, solo dijo:

—Eran tres chicos, yo no fui rápida y me alcanzaron. Perdí el pan y ensucié mi vestido.

La mujer no necesitaba más explicaciones, no quería más detalles. Caminó con paso decidido, pero no para la casa. Crisanta decidió que necesitaba justicia y la llevó hasta el comando de la Policía. Hacía muchísimo calor, los funcionarios paseaban el recinto charlando amenamente de un lado al otro. En

la puerta, un oficial mal encarado le preguntó a Crisanta a dónde se dirigía, ella le comentó que debía denunciar un abuso sexual que acababa de ocurrir. El hombre de uniforme observó a Gaelia de pies a cabeza; su mirada era una mezcla de ganas y curiosidad. Volteó la cara y, sin mirar a los ojos a Crisanta, le dijo que entrara. En el centro del lugar había una isla de concreto, detrás, un oficial pasante de cabello bien arreglado y uniformado. Crisanta sentó a Gaelia muda y perdida de la realidad en las bancas plásticas y duras de la estancia, y se dirigió al oficial:

—Buenas tardes, deseo presentar una denuncia.

—Buenas tardes, señora, ¿qué le ha ocurrido?

—Mi ahijada ha sido abusada por un grupo de jóvenes.

—¿Cuándo ocurrió el hecho? —indagó el agente sin siquiera voltear a ver antes a Gaelia.

—Hace una hora u hora y media.

—¿Dónde ocurrió el hecho?

William Mercay

—Entre las calles 3 y 4, cerca de la tienda de abarrotes «Monte Piedad», en el callejón del basural —respondió Crisanta con la voz quebrada.

—Entiendo. ¿Y quién es la abusada?

—Mi ahijada, Gaelia Márquez León, tiene solo diez añitos, por Dios, solo diez —respondió la mujer sin poder contener las lágrimas.

—Muy bien —dijo el agente sin un ápice de empatía hacia el hecho, señalando a su derecha —. Por favor, espere sentada con su ahijada, pasaré la información al departamento encargado, ya la atenderán para hacerle las pruebas pertinentes y remitir a la Fiscalía.

Crisanta caminó hasta Gaelia y se sentó a su lado, tomó su mano que parecía inerte, fría y sin vida, esperó y esperó pacientemente mientras en su corazón ardía la ira. Unos cuarenta y cinco minutos después, por el pasillo que llevaba a las oficinas salió un hombre alto, negro como el carbón, de sonrisa amarilla y panza prominente. En su pecho lucía una placa dorada que, por la distancia, Crisanta no podía leer su grabación. Tenía un cigarrillo a medio fumar en sus labios y en su mano derecha una taza con un líquido que bien podría ser café. Este señor se dirigió a la oficial de la recepción.

—Oficial Galíndez, páseme el caso de la violación.

A Crisanta le indignó que no tuviese tacto con el uso de las palabras, pero lo que más le enojó fue que todas las personas presentes en el recinto siguieron actuando con normalidad. ¡Por Dios!, se trataba de un abuso a una de las niñas del pueblo, ¿cómo podían tomarlo con tal ligereza? El oficial le hizo una seña a Crisanta para que pasara. La niña se levantó, tomó del brazo a Crisanta y juntas avanzaron por el pasillo detrás de la estela de humo que dejaba el cigarrillo del caballero; llegaron a una oficina. Al abrir la puerta, el frío del aire acondicionado las golpeó y refrescó. El olor a humo estaba concentrado en cada rincón de aquella habitación, donde se observaba un escritorio demasiado grande para lo necesario, un sillón de cuero color marrón que justificaba con su comodidad la prominente barriga del oficial, y sobre una repisa de libros y títulos una foto familiar, aparentemente su esposa y sus dos hijas, en traje de graduación una de ellas. Y, finalmente, un par de sillas de madera donde Crisanta y Gaelia tomaron asiento.

—Muy bien, soy Gerardo Guzmán Peña, comandante de la Policía Nacional. Me comenta el oficial Galíndez que usted viene a denunciar un

William Mercay

presunto caso de violación hacia su ahijada —dijo el hombre mirando dudosamente a Gaelia.

—Perdone usted, comandante, no se trata de una presunta violación. Mi ahijada ha sido abusada por un grupo de jóvenes hace más o menos un par de horas, la encontré después del hecho en el basural entre las calles 3 y 4 y vine a poner la denuncia que corresponde —respondió Crisanta, ya alterada de tanta indolencia.

—Señora mía, cálmese un poco, que todo acá tiene que seguir un proceso judicial, por eso necesito que la supuesta víctima sea la que relate los hechos —dijo y luego, mirando a la niña, le preguntó—: ¿Me quieres contar qué fue lo que te pasó?

Gaelia apretó la mano de su madrina y la miró de reojo sin levantar la cabeza.

—Anda mi muchachita, cuéntale al señor qué fue lo que te pasó, yo estoy aquí, yo te cuidaré —le murmuró Crisanta al oído, amorosamente.

La niña respiró profundo y en voz baja y húmeda relató:

—Mi papá me regaló un vestido, bordado con flores. La señora Herminda me dejó ponérmelo hoy, pero no debía ensuciarlo porque mi papá vendrá a

visitarme en la tarde. Yo fui a comprar los bollos de pan, debían ser doce para que alcanzaran para el almuerzo de todos. Esos chicos me asustaron, eran tres, me decían cosas, «negrita bonita», me gritaban. Yo corrí, pero ellos eran más rápidos, me agarraron y me llevaron hasta la calle que estaba sucia, me tocaron por las partes que Herminda dice que son privadas y me han hecho doler entre mis piernas, también han ensuciado mi vestido. —Dicho esto, Gaelia le enseñó las manchas de sangre y suciedad que tenía en la falda del vestido y rompió a llorar.

—Bien —dijo por fin el comandante después de una breve pausa que pareció ser eterna—. Y niña, ¿por qué tú estabas en vestido por la calle sola? ¿No será que esos muchachos eran tus noviecitos y quieres tapar tu travesura?

Ante tal interrogación, Crisanta se puso de pie. De la ira se veía mucho más grande de lo que en realidad era. De sus ojos brotaban lágrimas de enojo e indignación.

—Usted es un hombre sin alma en el cuerpo, ¿cómo puede preguntar tales tonterías? La niña solo iba a comprar unos bollos de pan y fue salvajemente atacada por tres jóvenes, ¿cómo es capaz de siquiera pensar que el ataque y abuso fue responsabilidad de mi muchachita? —le gritó al comandante.

William Mercay

—¡Señora, ya cálmese y vuelva a su asiento! —gritó el comandante—. Mire, hoy en día es muy común que las jóvenes quieran experimentar y luego se asusten porque sus padres las descubran y por eso inventan estas cosas. Además, su ahijada iba en vestido, sola, y eso es una clara provocación para los jóvenes.

—Por Dios Santísimo, comandante, es usted padre de dos mujeres —dijo Crisanta señalando la fotografía del muro—. ¿Cómo puede ser tan indolente ante semejante abuso?

El comandante, visiblemente incomodado por el señalamiento ante sus hijas, se levantó con dificultad de su sillón de cuero y apoyó los puños sobre el escritorio.

—Mis hijas son jóvenes de bien, no salen solas porque saben que las niñas de su casa deben salir acompañadas. Tampoco visten vestidos que provocan los instintos de los jóvenes. Mire, señora, le recomiendo que se lleve a su ahijada a casa y le enseñe a ser más precavida. El proceso de una denuncia por violación es muy largo y podría ser muy traumático para la niña. Es mejor que deje las cosas como están —dijo.

Crisanta no podía creer lo que oía. En ese momento entendió que la justicia del hombre está corrompida por el poder. Tomó de la mano a Gaelia y ambas salieron del Palacio de la Policía con el alma tan abusada como el cuerpo. Esa tarde, al llegar a casa de los Domínguez, Gaelia se escondió en el espacio dedicado al baño, sacó su vestido, lo hizo trizas rasgando la tela poco a poco y lavó su cuerpo con baldes de agua helada. Luego vistió sus viejos pantalones y la playera desgastada.

Dentro de la casa estaban reunidos Raúl, Herminda y Ricardo alrededor de Crisanta, quien contó lo sucedido con dolor y desesperanza. Ricardo quiso abrazar a Gaelia, pero ella no correspondió en ese instante el abrazo; en cambio, miró a Herminda cuya expresión reflejaba lástima.

—Lamento haber perdido el pan, lamento haber ensuciado mi vestido —le dijo.

Volteó la mirada y vio a Valeria que, en su inocencia, bailaba con su vestido puesto pidiéndole a su papá que la viera, caminó hacia ella y con ira haló el vestido de su hermana por la falda, logrando rasgar la tela. Valeria rompió en llanto. Gaelia solo dio la espalda y se echó en un viejo catre de madera donde el dolor y el cansancio ganaron la batalla. Así,

William Mercay

Gaelia se sumió en agotador sueño, mientras que el resto decidió no interrumpirla ni cuestionarla.

William Mercay

CAPÍTULO XI
LA VIDA DESPUÉS DEL ABUSO

La preadolescencia es uno de los procesos más complicados que puede enfrentar el ser humano. Entre los ocho y los doce años no se califica como niño, pero tampoco como adolescente. Esta confusión y cambio de la mente y el cuerpo casi nadie es capaz de entenderlo en profundidad. Para Gaelia, el proceso estaba siendo más cuesta arriba de lo que es realmente aceptable. Una infancia inestable y sin formación de hogar, un incendio, un padre intermitente y una larga lista de abusos eran los recuerdos más frecuentes que pasaban por su mente. Pero fue luego del ataque en aquel basural que Gaelia quedó fragmentada y la convivencia con los Domínguez empezó a ser insostenible. En cuanto a Simón, sus frecuentes ataques aumentaban con el paso del tiempo y cada día controlarlos era más complicado. Raúl Domínguez, en búsqueda de la paz de su esposa, entregó al jovencito a las autoridades con la finalidad de que recibiera atención médica o rigor, lo que fuese que funcionara, y ese fue el inicio de un declive entre centros de psiquiatría juvenil y escapadas a las calles donde el muchacho daba rienda suelta a su particular modo de actuar.

William Mercay

Por su parte, Gaelia se mantenía siempre callada y encorvada. Era como una sombra eficiente que limpiaba, lavaba y ordenaba cada rincón de las casas que visitaba para ayudar en el trabajo a Herminda. Todo lo oía y en su cabeza lo transformaba; absorbía la información y la atesoraba como herramienta que estaba segura de que en algún momento utilizaría. Ella sería grande, grande y poderosa un día muy cercano. Gaelia quería estudiar, pero no contaba con los recursos, tampoco era mucho el apoyo que podía encontrar en su padre, pero eso no la detendría. Una tarde, cerca de la una, observó a un grupo aglomerado de jóvenes en uniforme que salían de las grandes instalaciones del Centro Educativo San José. Decidió pasar entre ellos y se acercó a una monja de ceño fruncido.

—Mi nombre es Gaelia, Gaelia Márquez León. Puedo limpiar los pasillos y salones, barrer, cepillar y trapear, también sé lavar y planchar. Déjeme estudiar y yo le pago con lo que sé hacer —expresó.

La hermana Ángeles Vicuña no sabía cómo tomar aquel ofrecimiento. Sintió admiración por el ímpetu de Gaelia —era evidente que no era una niña común—, pero le negó la oportunidad por falta de cupos disponibles. No obstante, le dio su palabra de que, si en algún momento del año se abría un cupo

William Mercay

por la ausencia o aplazamiento de algún estudiante, ella se lo informaría y podría estudiar. Afortunadamente, Gaelia no esperó mucho: al poco tiempo el suceso se dio cuando un joven no fue lo suficientemente aplicado y en su lugar Gaelia ingresó como nueva alumna a la institución.

Era 1996 y Gloria, la hija mayor de Ricardo y Doménica, escuchó entre las señoras del pueblo que Gaelia parecía ser una joven aplicada en el trabajo y los estudios. Esta información la motivó a invitar a su hermana a convivir con ella y su hija Francia, que tenía solo un año menos que Gaelia. Encantada de salir de casa de los Domínguez, quienes se habían convertido en padres cada vez más estrictos y molestos, aceptó, dejando a Valeria bajo sus cuidados.

Vivir bajo el cuidado de Gloria, para Gaelia representó en un principio la oportunidad de estudiar sin la presión de trabajar de forma constante. Seguía realizando labores de limpieza, pero ahora las ganancias le pertenecían a ella. No prestaba mucha colaboración económica, tampoco Gloria le hacía exigencias al respecto. Gaelia disfrutaba de forma peculiar el compartir con su sobrina Francia de ser adolescentes. Francia era extrovertida, graciosa, simpática y femenina, y aunque Gaelia era más

William Mercay

suspicaz, reservada, persuasiva y ambiciosa, ambas tenían una relación amistosa, hasta el momento apreciada por Gloria.

Las mañanas de los sábados, su día favorito de la semana, Gaelia despertaba más temprano de lo común. No había clases, no debía ir a limpiar las casas de las bonitas urbanizaciones y Gloria le permitía ir, desde que el sol se asomara hasta antes de que se apagase, a la casa de Crisanta. Vestía playera grande, pantalones cortos a nivel de la rodilla y sandalias de goma. Se despedía con una sola palabra y salía a paso rápido. Cuando debía pasar entre las calles 3 y 4 se detenía un instante ante aquel basural, lo miraba, y apretaba puños y dientes, y una voz en su cabeza le repetía: «Tranquila, Gaelia, hoy no llevas vestido». Entonces corría con todas sus fuerzas hasta la calle 5, donde de nuevo contaba las calles hasta llegar a la puerta de su madrina.

La casa de Crisanta era blanca como la leche, pero estaba manchada de sepia por el óxido del salitre. En la puerta se podía ver una penca de sábila colgada con una herradura y una cinta roja, detrás de la puerta se encontraban Elegguá y sus guerreros, y en la pequeña sala un grande y colorido altar. Crisanta vivía de la adivinación y los trabajos de magia blanca, era buscada por pobladores y turistas por ser una

mujer acertada en sus consultas y leal con su palabra. Su esposo había muerto hacía una década ya, y ella decidió dedicar su vida a los santos. Tenía dos hijos, ambos hombres, que muy poco la visitaban desde que habían hecho sus vidas en Santo Domingo, así que el sábado se había convertido en su día de alegría.

Gaelia llegaba donde su madrina y entraba a la vivienda sin tocar; allí se sentía tan segura y en paz que solía quitarse la gran playera y quedar solo en top sin mangas. Crisanta siempre le guardaba mangos cortados en trozos y en silencio ambas escuchaban las canciones que en la radio se entonaban. Gaelia no tenía interés alguno en la práctica de la santería, al contrario, la adivinación le parecía algo tonto e indiferente, pero en ocasiones dejaba que su madrina le hiciera lo que ella llamaba «rogaciones de cabeza», un proceso que consistía en escuchar a Crisanta repetir una oración constante mientras cubría su cabeza con un pañuelo blanco que adentro tenía algunos trozos de coco y algodón, todo esto frente a dos velas blancas.

—Mi muchachita —le decía Crisanta—, yo deseo curar tu alma.

Gaelia se reía sin que su madrina se percatara, le parecía chistoso que Crisanta creyera en la magia,

William Mercay

pero le permitía hacerle rezos; incluso, si estaba de buen humor, aceptaba alguno que otro baño de flores y esencias que le hacía su madrina. Cada sábado ambas compartían el día en una convivencia de pocas palabras. Gaelia ayudaba a alimentar a las gallinas y los chivos, y en ocasiones bañaba a Cereza. Crisanta le hacía platillos que sabía que le gustaría: mangú, cocadas, dulce de piña y coco. Ambas sentían algo muy parecido a la felicidad de la complicidad.

Antes de que los rayos del sol se apagaran en el mar, Crisanta le preparaba a Gaelia una bolsa de tela con dulces y bollos de pan hecho en casa, para que pudiese compartirlos con su hermana Gloria y su sobrina Francia al volver. Gaelia se metía dentro de su gigante playera y emprendía el camino de regreso a casa con la claridad del atardecer, sabiendo que el sábado siguiente allí estaría su vieja madrina, esperándola como siempre. Crisanta, parada en la puerta, la despedía, y mientras la veía alejarse por la calle la envolvía en el rezo: «Si tienen ojos, que no la vean. Si tienen manos, que no la toquen. Si tienen pies, que no la alcancen… Yo, Crisanta, cabeza de mi padre Obbatalá, te protejo y cuido de ti, Gaelia, mi pequeña hija de Oshun. Hasta el próximo sábado, mi muchachita».

William Mercay

CAPÍTULO XII
EL AMIGO SALVADOR

Era viernes y Gloria pidió a Gaelia ir por pan, pues ella estaba muy agotada para volver a caminar bajo el sol de las tres de la tarde. Gaelia salió presurosa; la calle estaba despejada con un sol radiante de por medio. Durante su trayecto, caminaba pegada contra la pared intentando cubrirse del sol, cruzó la calle de una acera a la otra y de repente fue embestida por unos hombres adultos que le obstruyeron el paso, lanzando comentarios incómodos para ella: «Niña, ven, ¿quieres jugar?». Reían mientras sujetaban con las manos unas botellas de licor.

Gaelia no tardó en volver al recuerdo de aquel basural, habían pasado apenas un par de años. Se observó vestida de poloche ancho, pantalón y sandalias de goma y no entendía por qué aun así la veían con deseo. Había ocultado sus curvas, su cabello era un nido de pájaros mal tejido y pocas veces tomaba una ducha. ¿Cómo era posible que, aun en esas condiciones, los hombres vieran en ella una pieza de carne comestible? Aquellos sujetos cerraban su paso, al punto de lograr que ella no sintiera en su piel los rayos del sol. «Con esa linda boquita puedes hacernos cariños», decían y reían. La niña aceleró el

paso aprovechando un pequeño espacio abierto entre sus acosadores, el corazón le brincaba y, sin prestar atención por dónde pisaba, tropezó debido a una grieta en el asfalto y salió disparada golpeándose contra un muchacho que pasaba por ahí.

Salvador tenía el cuerpo delgado, los ojos grandes, la mandíbula fina y un tono de piel oscuro como el café. Se encontraba parado frente a un puesto de revistas, leyendo los titulares del día, con el uniforme puesto y la camisa un tanto desabotonada. No se movía más que para acomodarse las rastas que le caían en la cara obstruyendo su vista, hasta que su atención se desvió al escuchar risas de picardía masculina: eran de aquellos individuos aparentemente ebrios que molestaban a una niña que venía hacia su dirección. Sin prestar atención, volvió a lo suyo; cuando, de pronto, Gaelia lo golpeó con la cabeza. Así, sin más, como un acto del destino, se conocieron. Salvador se sintió un tanto incómodo por la descuidada niña que apenas le llegaba al hombro.

—¿Acaso no sabes por dónde caminas? —le recriminó mirándola a los ojos, que se encontraban húmedos de lágrimas, lo que causó en él un sentimiento abrumador por su comentario.

Salvador vio cómo Gaelia temblaba con la mano en el pecho, producto del miedo que sentía por

los comentarios y miradas malintencionadas de aquellos hombres que intentaban acercarse, por lo que, en un acto heroico, se puso delante de ella, agarró su brazo y caminaron sin rumbo alguno, para así evitar que la siguieran molestando. Con la compañía de aquel desconocido, Gaelia se sintió aliviada, pero aún desconfiaba de su acompañante, que ahora la seguía detrás de ella como si fuera su propio guardaespaldas.

El muchacho de diecisiete años la seguía sin preguntar su trayecto, no le importaba el tiempo, después de todo no tenía nada que hacer esa tarde. Caminaron un gran tramo cuando Gaelia se detuvo en una tienda. Al percatarse de que aquel joven permanecía detrás de ella en silencio, armándose de valor, volteó a encararlo.

—¡No tienes por qué seguirme! —le dijo alzando la voz, que se oía temblorosa.

—Bueno, yo sentía que era lo mejor. Solo cuidaba que no se te acercaran esos hombres o te siguieran porque te vi asustada. No tengo hermanas, pero si tuviese las cuidaría de hombres así.

—¿Seguro que tú no eres como esos tipos?

William Mercay

—¿Cómo crees?, a mí no me interesan esas cosas. Además, me gustan las chicas de mi edad y tú solo eres una niña. Deberías conseguir a alguien que te acompañe, ¿acaso no tienes un hermano por ahí?

—No… bueno, sí, pero él está enfermo. Igual no necesito que nadie me defienda o cuide, yo puedo cuidarme sola, no soy tonta.

—Cálmate, niña, sé que te puedes defender sola, pero esos hombres eran varios y estaban borrachos, por eso te ayudé —dijo el joven sonriendo divertido.

Gaelia no pudo evitar sonreír y notar que aquel chico no parecía ser una amenaza. Le recordó el corto tiempo en que Renato y Simón jugaban con ella en casa de los Domínguez, cuando su hermano no estaba enfermo o cuando Renato no tenía que ir a la maderera con su padre. Era divertido salir a las calles y jugar descalzos en la tierra.

—Mi nombre es Gaelia… —finalmente dijo.

—Mucho gusto, Gaelia, yo soy Salvador —respondió el joven extendiendo su mano—. Te acompaño a tus compras y a tu casa, esos hombres al verte conmigo no volverán a molestarte. ¿De acuerdo?

Gaelia dudó de la propuesta de Salvador, pero no la podía desaprovechar. Aún se encontraba asustada, mas no estaba dispuesta a pasar por situaciones similares. Además, a pesar de recién conocer a Salvador, se sentía cómoda con su compañía, algo que no le sucedía, ya que no se juntaba con ningún chico que no fuera su hermano.

La vida de Gaelia empezó a tener un poco más de sentido. Ya no tenía mucho miedo de salir, pues fue Salvador quien con su carisma, osadía y valentía le brindó protección, alejándola de las miradas malintencionadas de tipos morbosos, y hasta de los comentarios hirientes e inapropiados de sus compañeros de clase, que solían burlarse de ella por ir a clases en sandalias de goma, despeinada y, por supuesto, por ser la alumna que hacía la limpieza.

Desde entonces, se formó una amistad confidencial, como la de hermanos, donde Gaelia recurría a Salvador cada vez que tenía problemas o simplemente deseaba hablar con alguien, pues, a pesar de la diferencia de edades, ambos supieron entenderse bien. Salvador la acompañaba todas las tardes del colegio a la casa, y a veces salían juntos por unos helados, Era muy común verlos corretear por el parque del reloj, entre risas, mientras conversaban y se compartían sus secretos. Ahora, con la locura de

William Mercay

su hermano y la rebeldía de su hermana, para Gaelia era refrescante la compañía de su amigo. Ya no solo tenía a Crisanta, Francia y Gloria; tenía también a Salvador a su lado.

William Mercay

Gloria tenía un pequeño colmado, un puestito en el que trabajaba con honestidad y ahínco vendiendo frutas, verduras y demás comestibles que eran adquiridos con frecuencia por los vecinos de la zona. El padre de Francia era un hombre ausente en la vida de la joven, así que Gloria llevaba toda la responsabilidad de la crianza de su hija, en una casa humilde construida en un pequeño terreno que le había obsequiado su padre, Ricardo. Allí vivían Gaelia, Francia y Gloria, quien, en medio de todas sus obligaciones, trataba de cuidar a ambas adolescentes. Gaelia acababa de terminar la secundaria y, aunque su padre la impulsaba a que comenzara una carrera universitaria, a ella le era imposible costear la universidad con lo que percibía por sus trabajos de limpieza. Ricardo no ganaba lo suficiente como para cubrir sus estudios, así que esa opción fue quedando descartada con el tiempo.

Para quienes conocían a Gaelia por las labores domésticas que realizaba en las casas grandes del pueblo, ella tenía una reputación de hacendosa, honesta y cumplida; esto le permitía que la recomendaran entre las familias más pudientes. La

madre del doctor Arturo Pardo había contratado sus servicios para planchar y quedó tan satisfecha con los resultados que contrató a Gaelia una vez por semana de forma fija. La señora Encarnación se compadeció de ella desde sus ojos de madre; por ese sentimiento, recomendó a su hijo que lleve a Gaelia a Santo Domingo como ayuda para su esposa en el cuidado de sus dos pequeñas, y así darle la oportunidad de seguir una carrera universitaria.

Cuando la señora Encarnación le comunicó a Gaelia que existía la posibilidad de un cambio de vida, su emoción fue indescriptible. Nunca había salido de Monte Cristi y la oportunidad que se le abría de iniciar estudios universitarios suponía para ella una especie de sueño, algo que colaboraba con sus ambiciones de grandeza. Esa noche le comentó a Gloria sobre la propuesta recibida; tal noticia la alegró mucho, ya que deseaba lo mejor para Gaelia. Ricardo, su padre, al conocer la noticia, estuvo un poco inseguro; pero luego lo pensó, confió en Gaelia y le ofreció ayuda económica con los libros que pudiese necesitar.

Era sábado por la tarde y Gaelia, feliz con su próximo viaje, convenció a Francia para dar un paseo con los jóvenes de la zona. Gloria les permitió salir. Las jóvenes no dejaban de conversar sobre las

expectativas que tenía Gaelia de su futura vida universitaria. Braulio y Tomás, dos jovencitos amigos de barrio, las acompañaron en aquel paseo, entre risas y palabras con picardía en su contenido. Gaelia se sentía excitada, emocionada, y la adrenalina la transformó de una chica callada y un poco reservada a una joven seductora de un momento a otro, así que propuso celebrar con más intimidad, quiso saber qué se sentía entrar en la habitación de un hotel. Francia, al oír la propuesta, no pudo evitar sonreír, ya que hacía mucho tiempo sentía atracción por Tomás y estar a solas con él significaba un deseo cumplido. Y así fue: Gaelia y Francia entraron cabizbajas y risueñas a aquella vieja casa, con más aspecto de pensión que de hospedaje. Braulio y Tomás juntaron las moneditas que llevaban y las entregaron en la recepción a una señora de uñas muy largas y rojas. Aquella mujer los recibió y entregó un par de llaves numéricas sin siquiera ver de quiénes se trataba. En ambas habitaciones, una al lado de la otra, se desarrolló una historia, un espacio corto de vergüenza antes de dejar en el suelo la ropa y la excitación entre las sábanas que en algún momento fueron blancas. El tiempo pagado fue de dos horas, pero el que realmente se utilizó no pasó de cuarenta minutos; los nervios y la emoción aceleraron todos los procesos. Al salir de allí, Gaelia volvió a cambiar,

William Mercay

como si de otra persona se tratase. Seria y de mirada ausente, solo quiso volver a casa.

Los pueblos pequeños no ocultan historias y eso sería confirmado por Francia y Gaelia. Al llegar a casa, Gloria escondía furia en la mirada.

—¡Jamás pensé que darte la oportunidad de tener un hogar iba a traer como consecuencia que guiarías a mi hija por malos caminos! —le imputó a Gaelia, mirándola fijamente.

Francia, al observar a su madre, rompió en llanto. Sus nervios no le permitían más que, entre balbuceos y palabras cortas, aceptar aquello que ya sabía que su madre conocía. Por su parte, Gaelia estaba inmutable. Con el mentón arriba y mirada soberbia, no sentía vergüenza alguna de los actos cometidos, ni siquiera tenía la intención de disculparse por su comportamiento. Gloria no podía entender por qué Gaelia actuaba de forma tan desagradecida y altiva; pensó en la seguridad y futuro de Francia y pidió a Gaelia salir de su casa.

Esa tarde, en un mar de lágrimas, Francia se despidió de quien había sido como su hermana por los últimos años y entre la rabia y la tristeza, le reprochaba a Gaelia no haber dicho la verdad: que ambas eran responsables de lo ocurrido, y tener que

irse de la casa como consecuencia de ello. Pero eso no era algo que a Gaelia le afectase, y con la calma de las olas del mar cuando baja la marea en una noche sin luna, tomó sus pocas pertenencias. Al final, no le daba importancia alguna a no tener hogar, pues tan solo en un par de días se iría a Santo Domingo con la familia Pardo.

William Mercay

CAPÍTULO XIV
VALERIA

La tarde en que Valeria vio a Gaelia irse de casa de los Domínguez con su hermana Gloria, en su cabeza detonaron cientos de interrogantes: ¿Por qué solo a Gaelia llevaban? Pero más importante aún: ¿por qué su hermana la estaba dejando? La familia Domínguez le tenía un cariño especial a Valeria, y es que la adoptaron como hija desde muy pequeña, y también porque su personalidad se desarrolló, a ojos de Herminda, como la de una niña normal. Herminda siempre había soñado con tener una hija, pero la vida le dio dos hombres para criar, así que con Valeria había cumplido de cierta manera aquel deseo oculto.

Valeria no estudiaba, pues los Domínguez no podían darse el lujo de cubrir los gastos que la educación formal suponía. En aquella casa, el privilegio de estudio le pertenecía únicamente a Renato, el hijo del matrimonio; sin embargo, Renato enseñaba lo que podía a Valeria. En las tardes cantaban el himno nacional juntos, él le enseñó a leer y a escribir, restar y sumar, también le contó que las tortugas marinas viven más de ciento cincuenta años y que las algas salen de las aguas del mar y terminan en la arena, porque es una forma de limpieza natural

de contaminantes del océano. Valeria escuchaba a Renato con atención hasta que Herminda la llamaba para llevarla a limpiar casas o para salir a vender dulces de coco con piña.

Las visitas de Crisanta a Valeria seguían siendo frecuentes. Aunque ella no tenía un apego grande hacia su madrina, le gustaba que fuese a verla. Así, de alguna forma, sentía que no todos la habían dejado allí, sola, a su suerte, más aún ahora que las visitas de su padre eran cada vez menores. Valeria tenía solo diez años, era cariñosa, alegre, poco cuidadosa y muy curiosa. Creció rápidamente y la transformación de su cuerpo era algo que le agradó sin duda alguna. Cuando de su pecho empezó a brotar la redondez de sus senos, ella hacía lo posible para que se notaran a través de su poloche sin mangas; peinaba su cabello con largas trenzas y empezó a no obedecer las órdenes de Herminda. Para ella no existía ya interés alguno en limpiar, tampoco quería escuchar a Renato contarle sobre las tortugas o las ballenas de la costa; al contrario, no perdía oportunidad para tentar a Renato a tocarle la rodilla debajo de la mesa. Renato, un joven de diecisiete años, con la certeza de poseer la verdad en sus manos y el ímpetu de la excitación juvenil, no dudaba en tocar los muslos de Valeria. Estos actos ocurrieron un par de veces más hasta que una tarde, aprovechando la ausencia de Herminda y

William Mercay

Raúl, aquellos dos jóvenes inexpertos se enredaron en las sábanas en una danza torpe de toqueteos, jadeos y finalmente una penetración corta, dolorosa y excitante.

Valeria conoció los placeres que su cuerpo era capaz de producirle y no hubo forma de que ella se detuviese; tampoco hubo alguien con el carácter necesario que dedicara tiempo para orientarla y apartarla de aquella carrera por la vida que, aparentemente, empezaba a emprender.

Una tarde como cualquier otra, Valeria venía de regreso a casa luego de realizar un trabajo de limpieza. Juan Vicente, un joven de unos diecinueve años, la observaba sentado en la acera del parque, debajo de un gran árbol que le regalaba su sombra. Sin siquiera pensarlo se acercó a ella y le dijo que era muy bonita, a lo cual Valeria contestó con un coqueteo natural, sonriendo y contoneando su caminar. Él la siguió y la invitó a fumar un cigarro sin filtro que sostenía en su mano, el cual emanaba un fuerte y extraño olor. Valeria sonrió y tomó aquel extraño cigarro, haló su esencia y empezó a toser al sentir que el fuego quemaba su garganta y el humo ahogaba su pecho. Juan Vicente sonrió y, por fin, ella se percató de los hermosos ojos verdes que aquel joven poseía. Se sentía un poco mareada, pero

extrañamente feliz. Juan Vicente le invitó un trozo de chocolate y, al comerlo, Valeria podía jurar que estaba saboreando el cielo.

Juntos se fueron caminando a la playa, mientras fumaban y conversaban. Juan Vicente le contaba que vivía de la pesca. Acaso fue el atardecer o el efecto de aquel cigarrillo que parecía trasladarla a otra realidad, o también pudo ser el mar que tambaleaba las olas en sus pies delante de los verdes ojos de aquel recién conocido, pero allí, ocultos en la lancha de pesca del joven, Valeria se entregó sin prejuicio alguno.

Los últimos dos años de convivencia de Valeria con los Domínguez habían sido un conflicto tras otro, así que aquella noche Herminda la estaba esperando llena de furia; eran las once de la noche y aquella jovencita de catorce años no aparecía. De pronto, a lo lejos, la vio venir tambaleándose y riendo sola. Herminda pensó que estaba ebria y se lo reprochó a gritos, pero Valeria solo sonreía, parecía no escuchar o no entender. La mañana siguiente Herminda echó a Valeria a la calle; esa había sido la gota que rebasó el vaso.

En lugar de afligirse, Valeria se sintió libre. Fue a buscar a Juan Vicente a la costa, más para que le regalara un cigarro que por su situación de calle. En

William Mercay

su pensamiento, planeaba buscar refugio en casa de su madrina, pero esto no fue necesario, ya que Juan Vicente la recibió y la llevó a un destartalado rancho donde ocasionalmente dormía cuando no se encontraba de pesca. Allí, entre paredes de madera maltrecha y techo de zinc, con un gran catre cubierto con dos gruesas gomas de espuma a manera de colchón, empezó el declive en la salud mental de Valeria. Aquella sustancia que llenaba sus pulmones y daba felicidad a su cerebro tenía un costo y Juan Vicente no estaba dispuesto a pagarlo de forma constante. Para Valeria esto no fue un inconveniente: aprendió rápidamente cómo conseguir lo que deseaba, perdiendo cada día un poco más de dignidad, convirtiendo esa y otras drogas en su refugio.

William Mercay

CAPÍTULO XV
MIGRANDO EN FAMILIA

Emigrar es una condición innata del ser. Lo hacen los animales por mares y tierras, casi siempre en manada. Para los seres humanos esto no ocurre con frecuencia, pues en la normalidad de lo cotidiano suelen acomodarse y quedarse en su zona de confort; en función de ello, crecen con la cultura, educación y familia rodeados en su mayoría de un mismo ambiente. Sin embargo, las migraciones masivas de la historia de la humanidad están, en gran porcentaje, normalmente atadas a sucesos históricos, políticos y económicos, y el caso de la joven familia Boyer Giménez estaba dentro de estas estadísticas.

La necesidad y el ingenio van tomadas de la mano para formar oportunidades de avance, y eso era algo que David Boyer conocía desde muy niño, cuando recuperaba frutas y verduras que serían desechadas de su carreta de vendedor y con ellas hacía platillos deliciosos que alegraban el alma de su madre y hermanos. Pamela, su esposa, había nacido en la hermosa nación colombiana, sus padres la habían traído a tierras venezolanas siendo aún muy niña. Esta doble nacionalidad de su esposa le abría nuevas esperanzas a David, quien, sin dudarlo, tomó

William Mercay

lo poco que tenía y se movilizó con su familia a Colombia.

David Antonio Boyer amaba profundamente a su familia y quería mantenerla lejos de un gobierno que evidenciaba ser una locura. Sabía que la devaluación de la moneda en su país no le permitiría dar valor a sus ahorros, de modo que hizo una inversión en monedas de plata para así proteger su capital y partió con la maleta llena de expectativas y proyectos. Esta pequeña familia de tres llegó una mañana a Bucaramanga, capital de Santander, ubicado al noroeste de Colombia. La ciudad era grande, calurosa de día y fresca en las noches; los estratos sociales estaban marcados en cada uno de sus espacios, desde la educación hasta el pago de los servicios más básicos dependían del nivel socioeconómico del habitante. La señora Pastora, abuela de Pamela, los recibió en su humilde hogar, una pequeña vivienda ubicada en el barrio «El Mutis». Albergados en aquella casa, se acomodaron en una pequeña habitación; era una vivienda de ladrillos de cemento con techo de metal en el segundo piso, y sus paredes sin acabados, rústicas como una lija, sin pintura, de vez en cuando dejaban caer el polvo arenoso que se desprendía, seguramente por una mezcla de concreto mal preparada y envejecida con el tiempo.

El lugar donde llegaron correspondía a uno de los estratos de menores recursos de Bucaramanga. El mismo día de su llegada, la vecina del frente había peleado con su marido y le había causado a este una pequeña herida en la cara, pero sangraba lo suficiente para dejar ver que la sangre manchaba de rojo su camisa. El hombre le rogaba que lo dejara entrar, mientras que su mujer en la puerta lo amenazaba con un cuchillo en mano: «Hijo de puta, vete si no quieres que te destroce la cara».

Desde el otro lado, Boyer observaba a través de la reja, mientras bloqueaba con su cuerpo y manos para que su pequeño hijo no husmeara los hechos causados por la violenta riña de esposos en un barrio evidentemente marginal.

La primera noche no se sintió pasar, el agotamiento por el largo viaje no le dejó tregua al insomnio. La abuela Pastora, acercándose a ellos a paso lento, los llamó para sentarse a desayunar un rico caldo de costilla acompañado de arepas de queso y una fresca agua de panela. Pamela le comentó a su abuela con cierta preocupación acerca de aquella escena de violencia marital que habían presenciado apenas llegaron el día anterior.

—No se angustie, mija, esa es Consuelo, que bota a su marido y después lo recoge, y así andan, se

William Mercay

pelean cada fin de semana —respondió la señora Pastora, sin dejar de tomar sus alimentos.

David, ante la evidente preocupación de Pamela, tomó asiento en la mesa y posó su mano sobre el muslo de su esposa, que no paraba de moverse con ansiedad. La miró con ternura y le habló en susurros para evitar ofender a la abuelita Pastora que había ofrecido su casa con toda amabilidad.

—Tranquila, amor, nos iremos pronto a un lugar seguro, confía en mí.

Cayó la tarde y David seguía plasmando una lluvia de ideas y posibilidades en una vieja libreta. Una tras otra iba abriendo paso a la que pondría en práctica, solo era cuestión de tiempo. Había recordado lo importante que se había vuelto en aquella época la papelería e impresión de documentos y allí estaba, en la mañana, sin siquiera sentarse a tomar desayuno.

Salió de la casa con algunas monedas de plata en su bolsillo, vendió el metal que era su único capital. Con lo recaudado, inició lo que sería su nuevo emprendimiento: la recarga de tintas para las impresoras. Era una idea innovadora, y con un plus que lo haría posicionarse en el mercado de manera inminente: realizar recargas funcionales para

impresoras láser. Definitivamente, un proyecto ambicioso, como todos los que David solía emprender, muy poco complicado y de alta rentabilidad. Una nueva oportunidad para él.

Boyer volvió a casa aquella tarde con una sonrisa por lo logrado. Le comentó a Pamela lo que había hecho, pero a ella le costaba mucho salir de los estándares regulares de ser un empleado respaldado por una empresa sólida financieramente. Fueron muchas las objeciones ante la idea y la inversión de David, pero cada una de esas objeciones tenían una respuesta lógica y objetiva de parte de él, y así terminó vendiéndole a su esposa el sueño de un nuevo inicio. De hecho, Pamela se volvió la mano derecha de su esposo en dicho proyecto.

Esta nueva forma de generar ingresos hizo de Pamela y David un equipo: ella se encargaba de hacer todo lo pertinente a los marcos de legalidad y manejo de papeles y permisos, mientras David se educaba y formaba constantemente de manera empírica, logrando mejores técnicas de reciclaje y reutilización de las tintas en todo tipo de impresoras. Por su carisma lograba hacer ventas efectivas. Al poco tiempo pudo alquilar una oficina en el centro de la ciudad y en Ecoplotter, su pequeña empresa, David y Pamela reciclaban y vendían sus productos y

William Mercay

servicios a empresas y particulares. Incluso llegó a desarrollar con investigación propia la fabricación de tintas a granel para impresoras, lo que rápidamente le permitió elevarse una vez más en el aspecto económico. Logró vender franquicias de fabricación de tintas Inkjet para Ecuador, México, Perú e incluso para Venezuela. Así, de a poco, el negocio dio buenos frutos que mejoraron claramente la calidad de vida que tenían en aquella nueva ciudad.

William Mercay

Capítulo xvi
Grandes Riesgos, Grandes Ideas

La oficina de Boyer contaba con diversidad de clientes, por lo que sus días estaban copados de tareas por realizar. Era mediodía y el almuerzo en familia seguía la misma rutina: la mesa bien servida, su hijo José Gabriel peleando con su mamá por no comer los vegetales de su plato, y David observando la dinámica. Por un instante recordó el camino que lo trajo hasta allí y la promesa que una tarde, con ilusión u optimismo, hizo a su esposa:

—¿Ves aquella colina, Pamela? Allí construiré con mis propias manos nuestra casa. Y luego viviremos dentro del exclusivo condominio Ruitoque Golf.

Aquella afirmación no fue del todo en vano. Pamela y David habían salido de «El Mutis» y ahora vivían en un cómodo departamento que pertenecía a los padres de Pamela, pero solo hasta que David terminara de construir —con sus propias manos— su nueva casa en un terreno que había adquirido gracias a su esfuerzo y crecimiento en la colina que un día le había señalado con gracia a su esposa, justamente a

William Mercay

unos pocos kilómetros del Ruitoque Golf, la zona de estrato social más elevado de Bucaramanga.

El pensamiento de David era inquieto, y si bien era cierto que había logrado sus objetivos a mediano plazo, también lo era que no sentía haber cumplido por completo los sueños que tenía desde pequeño. En su cabeza se paseaba un proyecto ambicioso e innovador que no lo dejaba descansar: fabricar un vehículo eléctrico. Desde niño disfrutaba leer la colección de revistas de su padre y nunca olvidó un par de volúmenes publicados en junio y julio del año 1958 (más de diez años antes de él nacer) de la revista *Mecánica Popular*, que su padre guardaba intactos. Se trataba del artículo «Hágalo usted mismo: Carro eléctrico», parte I y II, sobre un prototipo de vehículo eléctrico. Pronto, David anunció a sus contactos que se dedicaría en adelante a materializar uno de sus sueños de infancia: fabricar un vehículo eléctrico.

Rápidamente, ese sueño se fue haciendo realidad, ya que muchas personas quisieron invertir en lo que sería el primer carro eléctrico verdaderamente funcional hecho en Latinoamérica. Se involucraron pequeños inversionistas de varios países del mundo en este proyecto titánico, incluso ocho meses antes del proyecto de Tesla Motors.

William Mercay

David era un apasionado de su trabajo; sus socios de entonces lo catalogaban como un profesionista, pero muy pronto demostró que era mucho más que eso. Era un gran ingeniero de proyectos, con la capacidad de llevar los sueños a metas sustentables en el tiempo y con una productividad innegable, tal como el gran Hans Tholstrup, un aventurero que en el año 1982 viajó por todo el continente australiano con un vehículo que funcionaba únicamente con paneles solares.

Los hijos nacen, se desarrollan y abren sus alas; de igual manera sucede con los proyectos exitosos, que se hacen grandes y abren camino a nuevos sueños, que con fechas y planes de acción se convierten en realidad. Boyer lo sabía, era el momento de soltar el ingenioso trabajo con las tintas y dar paso a una meta de gran perspectiva económica y con impacto social. En ese tiempo, él estaba seguro de que podría, algún día, desarrollar aquellos proyectos. No pasó mucho tiempo para que vendiera las participaciones que poseía en las pequeñas empresas de tinta, y anunciara a sus contactos que se dedicaría en adelante a materializar unos de sus más grandes sueños: fabricación de autos sustentables que funcionen con energía eléctrica, los cuales tendrán impacto ambientalista y cambiarán la industria motora de Latinoamérica.

Un proyecto tan ambicioso tendría de por sí detractores. Por suerte, un grupo visionario de personas confiaron en invertir en lo que serían los primeros autos eléctricos de ingenio y mano de obra latinoamericana. Se involucraron pequeños inversionistas de varios países del mundo para tratar de materializar un proyecto titánico que incluso se adelantaba en ocho meses a los proyectos publicados por la ingeniería europea y asiática. Este era un emprendimiento de gran envergadura. David confiaba totalmente en que haría historia.

William Mercay

CAPÍTULO XVII
NICOLÁS UN OBSEQUIO

La ingeniería de proyectos es un reto en sí misma; se trata de la defensa de las ideas sustentadas en teorías viables. Como todo proyecto ambicioso, tiene un alto nivel de riesgos a suponer y enfrentar. David tenía el conocimiento, la técnica y el poder de persuasión; sin embargo, también entendía que la única forma de avanzar en esta creación tan innovadora era establecer planes de acción y encontrar aliados. En poco tiempo se posicionó económicamente con la ayuda de inversionistas de México y Colombia. El desarrollo del primer auto eléctrico, un prototipo elegante, funcional, con espacio suficiente para compartir entre dos, enamoró por completo a quienes en él confiaron. Rápidamente la empresa creció y las bendiciones empezaron a arropar a los Boyer Giménez.

En su hogar, David era un padre estricto, responsable y dedicado. Pamela admiraba la forma en que procuraba la mejor educación para su hijo José Gabriel. Por ello, en el momento que ella confirmó su segundo embarazo no dudó de que David estaría feliz de ser padre nuevamente, y de

William Mercay

saber que José Gabriel crecería con hermanos, tal y como él pudo disfrutarlo en su niñez.

La mesa estaba servida para la cena, pero en esa ocasión el ambiente era diferente. José Gabriel dormía, aunque era muy temprano para ello. Pamela lucía un hermoso vestido dorado con un escote ligeramente pronunciado; sus senos eran grandes, lo que inmediatamente desvió la mente de David. Un par de velas iluminaban la mesa y un aroma indiscutible a vino embriagaba el ambiente. En la vajilla blanco perla de cuatro puntas, oculto dentro de una charola de plata, había un papel que intrigaba a Boyer, aunque no más que la sonrisa de Pamela. Ambos ya estaban sentados a la mesa y tomados de las manos cuando él encontró aquel «Positivo» que lo haría padre por segunda vez. No hubo lágrimas, ni un novelesco grito de felicidad, pero sí una promesa: sus hijos tendrían lo mejor y así como lo había hecho con José Gabriel, lo cumpliría a cabalidad con el que vendría en camino.

La presión era innegable: un auto eléctrico, inversiones internacionales y un nuevo hijo en camino. A cualquiera se le movería el piso, pero a David no. Y esta fe en sí mismo, que viene quizás más del ego del hombre, fue lo que le permitió defender a

su familia aquella tarde en que la extorsión tocó su puerta.

David se encontraba en la oficina, lápiz y papel en mano, midiendo y graficando lo que sería el plano de un auto eléctrico familiar. Cerca de dos millones de dólares había en su poder, provenientes de la confianza de sus inversionistas. En Latinoamérica, específicamente en tierras colombianas, el conocimiento del poder económico siempre representó un riesgo. En principio, las notas llegaban anónimas y en sobres blancos exigiendo pagos exorbitantes con la finalidad de «garantizar la seguridad de la familia». Boyer no les prestó atención y los descartó. Luego, un pequeño acto de persecución que alarmó a Pamela al buscar a José Gabriel en el colegio encendió las alarmas protectoras de David, quien de forma inmediata procuró proteger a su familia, su inversión y su integridad física.

El tiempo en que construyó la hermosa casa con sus manos en aquella colina se daba por terminado; ahora era momento de buscar para su familia la seguridad de los estratos sociales más altos. Nuevamente, en cajas y maletas, Pamela empacó la vida de su familia. Boyer no se había equivocado en

William Mercay

su premonición: a partir de ese momento vivirían dentro del estatus del Ruitoque Golf.

Pamela no cabía en sí de la impresión al ver aquel lugar; ella siempre había vivido en excelentes condiciones, pero aquella casa representaba un sueño arquitectónico: altos techos de dos aguas, blanco mármol en el suelo y topes de granito negro en la cocina; ventanales y la radiante luz solar que por ellos ingresaban; el espacio en los jardines donde celebraría los cumpleaños de sus hijos. Y entre desempacar y redecorar, Pamela rompió fuente. La emoción y los nervios por el proceso de parto eran abrumadores, pero ella conservó la serenidad. Por su parte, David, paso a paso, y convencido de que todo el proceso saldría bien, llevó a su esposa a la clínica. Su doctor la recibió con la sonrisa de quien sabe que observará el milagro de la vida y allí; unas cuantas horas después, el sonido de un llanto agudo hizo eco en aquel frío quirófano y la alegría volvió a reinar. Nicolás, un niño de mejillas rosadas, blanco y esponjoso como nube, entre los brazos de Pamela, era observado feliz por su orgulloso padre.

William Mercay

CAPÍTULO XVIII
GAELIA VA A LA UNIVERSIDAD

La señora Cecilia Pardo manifestaba su elegancia y glamur sin necesidad de excesos. Era de estatura baja, pero suficiente para hacer lucir unas bonitas y definidas piernas; su piel era morena muy clara, debido a sus raíces españolas por parte de madre. Su cabello negro azabache caía con suavidad un poco más abajo de sus hombros, siempre al natural, con rulos grandes y abundantes. Docente de profesión, con un excelente trato hacia los niños, y esposa dedicada, se caracterizaba por hacer las cosas de la manera correcta y fue exactamente esa cualidad la que la hizo destacar delante de su esposo Arturo, un reconocido médico cardiólogo de la ciudad.

El matrimonio Pardo, estable y con bases firmes desde hacía más de una década, tenía dos hijas: Iris de cuatro años y la pequeña Rocío de tan solo dos años. La llegada de Gaelia a la residencia de los Pardo aparentemente funcionó como una bendición para ambas partes, ya que las niñas se emocionaron al ver que tendrían a alguien con quien salir al parque cada tarde; Cecilia podría volver a dedicarse a su proyecto de abrir una pequeña escuela comunitaria, y Arturo no tendría la preocupación del

William Mercay

constante estrés que era expresado en cada cena por su esposa.

Cecilia acondicionó una sencilla habitación de servicio para que Gaelia estuviese cómoda. Aquella habitación de solo cuatro metros cuadrados era un sueño para Gaelia, después de haber pasado la vida entera entre un colchón en el suelo y un viejo catre. Por primera vez en la vida tendría una cama, una cama de verdad. Su colchón era alto, suave y no tenía resortes que la lastimaran; frente a los pies de su cama había un pequeño baúl de madera que guardaba sábanas y toallas blancas y limpias. Además, había un pequeño escaparate solo para ella, con dos puertas, gavetas y un espejo donde se podía mirar de pies a cabeza; una ventana amplia que dejaba entrar la brisa con olor a mar; y, por si fuese poca ya su suerte, tenía un sanitario con inodoro y sin baldes de agua, una ducha que salía del mismo techo, y una repisa con jabón, champú y una colonia de lavanda solo para ella. Los ojos de Gaelia se abrieron como quien ve por vez primera los fuegos artificiales que iluminan el cielo.

—Descansa, Gaelia, mañana acordamos tus actividades y clases, buenas noches —le dijo Cecilia al cerrar la puerta, conmovida por la alegría de la joven.

La noche para Gaelia pasó volando, los rayos del sol al amanecer iluminaron por completo su habitación. Sintió una necesidad de ducharse, algo que no era común en ella, pero el agua que caía del techo de la regadera parecía ser tan limpia y refrescante que no dudó un solo segundo en quitarse toda la ropa y meterse debajo de aquel agradable diluvio; lavó su cuerpo y su cabello mientras observaba con gracia que el agua que caía de su cuerpo al desagüe tenía tonalidad a tierra. Al salir de la ducha sonrió delante del espejo mirando su cuerpo desnudo, y sintió que hasta ya era un poco más clara. Tomó el frasco de lavanda y se lo roció por todo el cuerpo, incluso entró en sus ojos, lo que le provocó un fuerte ardor, ante lo cual lanzó un par de maldiciones que terminaron con ella echada en la cama riendo a carcajadas. Tomó aquella playera azul que había cogido de la ropa de su padre, un pantalón algo roto y desgastado que le quedaba a nivel de las rodillas y no porque ese fuese el diseño, más bien porque había acompañado a Gaelia en los dos últimos estirones de la juventud.

Salió de la habitación y observó con algo de vergüenza que ya la señora Cecilia estaba sentada en la isla de la cocina con la pequeña Rocío en brazos, y tan solo eran las seis y treinta de la mañana. Apenada, no atinó a decir palabras; sin embargo,

William Mercay

Cecilia la miró con gracia ante la evidente vergüenza de su rostro.

—Buenos días, Gaelia —la saludó—. Deseo que hayas podido descansar. Hoy será un día lleno de mucha información para ti, así que te recomiendo estar atenta. Ven, toma una taza de café y en el cesto hay bollos de pan con crema, desayuna prontamente para explicarte la rutina en casa.

Gaelia, sin decir nada, tomó dos bollos de pan con crema que aún se sentían tibios, una taza de café y lo devoró como si tuviese años sin probar bocado alguno. Enseguida se puso en pie y recolectó toda la vajilla que encontró sucia en su camino, la llevó hasta el lavadero, lavó, enjuagó y secó, dejándola en perfecto estado colocada al costado en un hermoso escurridor de acero que hacía juego con los topes de granito de la cocina. Cecilia la observaba con cierta admiración por haber hecho el trabajo sin tener que solicitarlo. Luego se dirigió a la habitación principal y de allí salió con un pantalón de chalís color crema y una playera sin mangas de algodón color rosa.

—Gaelia, creí que esto te podría quedar bien —le había dicho Cecilia—, es ropa que ya no uso, aumenté un poco mi talla con el embarazo de Rocío, por favor, cámbiate. Por cierto, ¿cuál es tu talla de zapatillas?

—Creo que 37 —titubeó Gaelia, sintiendo en sus manos la suavidad del pantalón de chalís que acababa de entregarle la señora.

—Toma —dijo Cecilia—, estas zapatillas deben ser cómodas para ti. Fueron un regalo para mi hermana, pero por error pedí la talla incorrecta. A ti te deben de quedar muy bien.

—Gracias —solo atinó a decir la joven.

Gaelia salió de la habitación vestida decentemente y se sentía diferente. De pronto, una nube de ego empezó a formarse a su alrededor: aquella vida con bollos de pan caliente, una cama suave y baños de agua cristalina era la que ella se merecía.

—Bien, Gaelia, siéntate por favor, vamos a establecer tus funciones —dijo Cecilia tomando asiento en el sofá con la pequeña Rocío durmiendo en una manta a su lado—. Nuestro día de lunes a viernes inicia a las seis de la mañana, a esa hora el desayuno debe estar preparado y servido, pues mi esposo empieza a pasar consulta a las ocho y debe salir de casa a más tardar a las siete. El desayuno lo tomamos juntos en la isla de la cocina: yo me encargo de alimentar a Rocío; Iris ya come por sí sola. Mientras tomamos el desayuno, puedes comer en la

William Mercay

mesa pequeña de la cocina; al terminar, la cocina debe quedar impecable. Mi esposo se va a la clínica y de paso deja a Iris en su preescolar, yo me alisto y me voy al terreno donde construimos el maternal. Te dejaré a Rocío durante la mañana y mientras cuidas de ella debes realizar el aseo general del departamento: barrer, desempolvar y trapear; los baños y cristales se asean todos los viernes. Mi esposo y yo regresamos con Iris aproximadamente a la una de la tarde; para esa hora debe estar servido el almuerzo y Rocío debe estar bañada y cambiada.

Gaelia oía las palabras de Cecilia, pero no las escuchaba, entendía a la perfección sus labores ya que tenía años ejecutándolas en las casas de Monte Cristi. En esta ocasión, más que saber qué iba a realizar, deseaba conocer los beneficios que obtendría de estar en aquella ciudad. De sus pensamientos la sacó Cecilia:

—Gaelia, ¿me estás escuchando?

—Sí, señora, la escucho —respondió Gaelia con la mirada fija en un punto invisible de aquel departamento.

—Bien. Luego del almuerzo, yo me haré cargo de Iris y Rocío; mi esposo vuelve a la clínica y tú podrás ir a la universidad. Hoy iremos juntas a

William Mercay

formalizar tu inscripción, también te compraré algo de ropa; no puedes asistir a la universidad con la ropa que has traído. Además, te daré una pequeña mensualidad para tus gastos personales. ¿Estás de acuerdo con tus funciones?

—Sí, señora. Lo estoy.

—Muy bien, Gaelia, debes estudiar con mucho empeño. Ser profesional te ayudará a sacar adelante a tu familia.

Gaelia observaba todo lo que a su alrededor sucedía, se maravillaba ante tantas novedades que para cualquier ciudadano eran cotidianas, pero para ella representaban una nueva forma de vida. Más tarde, Cecilia la llevó a una tienda departamental y le compró ropa interior, pantalones y blusas de corte femenino. Gaelia se negó a que le compren algún vestido o falda por más hermosos que estos fueran. Las zapatillas fueron parte del cambio de imagen. Gaelia, que no podía estar más feliz, llevaba las bolsas con las compras realizadas y aún no creía que fuesen solo para ella. Pensaba en lo celosa que estaría Valeria si viera todo lo bonito que ella vestiría.

Cecilia y Gaelia pararon a descansar de los rayos de sol de pleno mediodía en una heladería-café con vista al mar. Cecilia pidió jugo de fruta para

William Mercay

ambas y algo de sandía en cubos para la pequeña Rocío. La brisa marina hacía a Gaelia cerrar sus ojos y, aunque Cecilia no paraba de hablar sobre lo siguiente en cumplir, la joven no la escuchaba del todo, pues se encontraba dispersa entre tanta novedad.

El Instituto Nacional de Ciencias Exactas, INCE, se encontraba en la avenida Gustavo Mejía Ricart y fue escogido por la señora Cecilia para que Gaelia tomara clases en Administración de Empresas. Cecilia, desde su óptica docente, había podido ver en Gaelia virtudes como la habilidad numérica y la organización; estas, si se desarrollaban correctamente, iban a ser herramientas de éxito en el área administrativa.

La entrada del instituto estaba copada de estudiantes de distintas carreras. Las jóvenes eran hermosas, al pasar despedían aromas suaves, ácidos y dulces de los diferentes perfumes que las acompañaban; los chicos eran graciosos y galantes con ellas. Gaelia estaba conociendo, definitivamente, otro comportamiento social, que le agradó. Además, le parecía increíble el estar en la posición que aquellas chicas tenían. Ingresó con la señora Cecilia y en admisión formalizó su inscripción. Ya de camino a casa, Gaelia observaba a la señora Cecilia con un

gesto de sinceridad y emoción. Solo atinó a decir «muchas gracias por la oportunidad, señora».

Gaelia abrió los ojos y aún los rayos del sol no se asomaban, la brisa marina era algo helada y por un momento se perdió en la fantasiosa idea de que había amanecido en el camarote de uno de los tantos yates que veía en la costa, pero que no conocía. Eran las cuatro y cuarentaicinco del lunes, habían pasado tres meses desde el día en que fue inscrita en la universidad INCE y por fin había llegado el día de inicio de clases. La emoción la embargaba, esa semana empezaría su formación universitaria. Corrió a la ducha y lavó su cuerpo dos o tres veces, deseaba que el aroma de aquel jabón de tocador permaneciera en su piel. Sus cabellos retenían el agua y el champú en sus apretados crespos; frente al espejo lo peinó y trenzó, y vistió la ropa de casa para así empezar sus labores. A las seis de la mañana, cuando el sol ya había iluminado el cielo, la isla de la mesa lucía copada: jugo de naranja recién exprimida, café negro, mango y sandía en cubos para las niñas, tostadas de pan de semillas para la señora y huevos con tocino para el señor.

Arturo era el primero en ocupar su asiento y siempre saludaba a Gaelia de forma cordial, le sonreía. Gaelia fantaseaba con el olor de aquel

William Mercay

elegante hombre, lo observaba mientras tomaba el desayuno. Arturo tenía porte de caballero: medía cerca de 1,80 m y mantenía su físico bajo cuidados estrictos de deportista; sus brazos, piernas y abdomen estaban formados con dedicación; su piel era oscura y brillante, sus uñas siempre lucían cortas y limpias, su aroma invadía toda la habitación. Pero lo que más atraía a Gaelia era la delicadeza y dedicación de Arturo hacia su esposa Cecilia, a quien siempre besaba en los labios con cuidado y amor, y no salía de casa sin antes decirle lo mucho que las quería a ella y a sus princesas, como llamaba a sus hijas.

Gaelia llegó a la entrada del INCE hecha un mar de expectativas y nervios. Según su criterio, lucía alucinantemente bonita, una sensación que no tenía desde hacía tiempo cuando la tragedia le había arrebatado la feminidad. El espacio era amplio, las personas iban y venían, y ella sostenía en sus manos una hoja de papel con el horario y las materias que debía cumplir. Gaelia se sintió perdida, así lo notó Altagracia.

—Hola, ¿te puedo ayudar? —le preguntó Altagracia con una amable sonrisa.

—Sí, gracias. Es mi primer día y no sé a qué salón debo ir, no entiendo estos cuadros —respondió Gaelia sin sonreír, extendiendo el horario de clases.

Altagracia tomó el horario y con alegría le informó que eran compañeras de facultad y que verían las mismas clases, que ella sabía dónde era. Halándola suavemente por el brazo, guio a Gaelia tras ella hasta el salón de clases. Aparentemente, Gaelia había hecho su primera amiga. Pero no todo era color de rosa, no todo sería fantástico como en una película, ya que apenas ingresó al salón, notó cómo la observaban de pies a cabeza. Intentó tomar asiento en la parte de adelante, y una chica puso su bolso repleto de libros en ese asiento y sin mirarla simplemente le dijo «está ocupado». Esto la llevó a dirigirse hasta la última fila en compañía de Altagracia, pudo escuchar las risas a su paso y sintió un nudo en la boca del estómago cuando un guapo chico le comentó a su amigo entre risas «huele a pueblo». Para ese momento, Gaelia no se había preparado, de hecho, nunca lo hubiese podido imaginar. Ya en la escuela había aprendido a lidiar con las burlas y comentarios sobre su delgadez, su cabello difícil de manejar o su dentadura o falta de ella. Pero en esta ocasión los comentarios y actitudes la habían tomado por sorpresa; con la ilusión que le causaba estar en aquella ciudad y los cambios constantes que estaba experimentando, jamás pudo sopesar el hecho del rechazo.

William Mercay

Gaelia regresó a casa esa tarde con una mezcla de emociones que no sabía explicar. Altagracia la había acompañado todo el día, conversaron de todo aquello que a ella le interesaba. Había entendido a la perfección cada teoría que habían explicado en clase, pero no podía olvidar las miradas que la escudriñaban de arriba abajo, acompañadas de comentarios que parecían graciosos, pero no lo eran en realidad. Sirvió la cena en la mesa principal y ella tomó su espacio en la cocina para comer, desde donde observaba la dinámica familiar. Cecilia parecía estar un poco enojada, pues gritó a la pequeña Iris cuando derramó su leche tibia sobre la celeste cerámica, y aunque Gaelia corrió a realizar la limpieza, la señora continuó el llamado de atención ante el descuido de la niña que lloraba ahogada en el drama de su infancia. Arturo alzó la voz queriendo detener el absurdo episodio y terminó convirtiéndose en villano ante los ojos de su esposa, quien se levantó de la mesa y se fue a la habitación cerrando la puerta con fuerza.

El día había sido agotador. Ya cuando todo el alboroto acabó y ocupaban su habitación, Gaelia terminó la limpieza y se desplomó tras un suspiro en su cama. Su mirada se perdió en aquel techo blanco y recreó en su mente una historia que la hizo sentir

segura: «Ella era la esposa de Arturo y se besaban con pasión en la gran cama de la alcoba matrimonial; él sonreía cuando le acariciaba el cabello y le decía lo mucho que la amaba, mientras Iris y Rocío, llamándola "mamá", corrían ilusionadas a la cama». Con aquella ilusión y una sonrisa que nadie al verla la entendería, Gaelia se sumió en un sueño profundo, convencida de que Cecilia no merecía el lugar que tenía en la vida de aquella familia; estaba segura de que la posición de esposa y madre sería mejor ejercida por ella misma.

Esa noche, en Gaelia nació una idea inquebrantable.

William Mercay

Capítulo xix
La Seducción Como Arma

El primer año de estudios de Gaelia la había convertido en una joven diferente. Su mentalidad cambió de forma radical e incluso había hecho efecto en sus emociones y acciones. Su aspecto había mejorado visiblemente, se preocupaba un poco más de su aseo personal, ya no ocultaba sus pequeños senos y, aunque le faltaba elegancia y feminidad, intentaba delinear sus labios de color carmín y tejer su cabello cada vez con más perfección antes de ir a la universidad. La convivencia en casa se manejaba en la calma de la rutina, las pequeñas Iris y Rocío estaban bastante apegadas a ella, a quien llamaban con cariño «Tata». La confianza de Cecilia hacia Gaelia había aumentado de forma exponencial y se sentía con libertad de entregarle el dinero del mercado mensual en efectivo, encargar el cuidado de ambas niñas durante el día y una que otra noche para poder socializar con amigas o salir con su esposo a cenar.

Arturo, por su parte, había tenido algunas diferencias con Cecilia por todo el espacio que estaba de pronto ocupando Gaelia en la vida familiar. Él era un hombre callado y observador, disciplinado en

todos los aspectos de su vida; esto le permitía cumplir sus horarios sin fallas, pero en alguna oportunidad llegó antes a casa y descubrió que las cosas no marchaban perfectas, exactamente, en su ausencia, como lo hacía ver Gaelia. En efecto, un miércoles llegó de improviso a casa: su hora de regreso estaba pautada para las siete u ocho de la noche, pero aquel día se suspendió una cirugía en la clínica y, en lugar de quedarse atendiendo pacientes, decidió volver a casa, ya que se sentía quebrantado de salud. En teoría, Gaelia estaría allí cuidando solo a Rocío porque Iris debía encontrarse en clases de danza. Gaelia debía de haber alimentado a las niñas y aseado la casa, puesto que por su horario académico aquella tarde estaba disponible. Sin embargo, al ingresar a la vivienda encontró a la joven sentada en el sofá de la casa, piernas sobre la mesa de cristal, conversando con ambas niñas, que atentas escuchaban una historia en donde al final Gaelia no era su «su Tata», sino «su mamá».

Cuando Arturo hizo evidente su presencia, Gaelia se levantó casi de salto de donde se encontraba sentada, alegando que la danza se había suspendido y que ella estaba por terminar el aseo de la casa, que solo había tomado asiento unos minutos para atender requerimientos de las niñas. Eran demasiadas explicaciones que Arturo no había

William Mercay

solicitado, por el contrario, se limitó a tomar en sus brazos a la pequeña Rocío que saltaba de emoción al ver a su padre; con un pañuelo limpió la mejilla de Iris que tenía una mancha, aparentemente de chocolate.

—Por favor, termina tus obligaciones, yo me haré cargo de las niñas —le dijo a Gaelia y, dándole la espalda, se retiró hacia la habitación matrimonial con ambas niñas, quienes le contaban a su padre sobre un perrito que vieron en la mañana en el parque de la urbanización.

Gaelia se quedó en la sala sin sentir vergüenza alguna. Por el contrario, en su pecho una bola de fuego se formó, sentía la boca seca y los ojos le ardían. Su sentimiento era de enojo, enojo con ella misma por haber perdido el control de la situación en aquel momento, por no ser precavida y suponer que en cualquier momento los horarios podrían variar. No estaba segura si Arturo había escuchado lo que les decía a las niñas; lo que sí era seguro es que él la veía como una simple persona a su servicio, no la tomaba en cuenta como mujer y eso la enfureció aún más. «¿Cómo es posible que no se dé cuenta de que soy mucho mejor que la insípida Cecilia?», solía pensar Gaelia.

Aquella tarde todo pareció terminar en buenas condiciones. Al llegar Cecilia, la rutina de la cena fue como usualmente lo era, no hubo comentario alguno sobre lo sucedido, por lo menos no en la mesa. Gaelia pasó la noche inquieta: en ella se había instalado la imagen de Arturo como un premio que debía alcanzar, y el hecho de que él fuese totalmente indiferente ante ella era algo que no podía tolerar. El sueño la visitó de manera intermitente, así que en la mañana estaba de muy mal humor. Al levantarse se dio una rápida ducha y atendió el desayuno como de costumbre, y allí estaba la familia totalmente feliz, la miel de caricias y palabras amorosas entre Cecilia y Arturo. Esto le causaba ira, más aún cuando intentó tomar en brazos a la pequeña Iris y esta rompió en llanto pidiendo los brazos de su mamá, quien, al cargarla, la calmó por completo. Definitivamente, no fue un buen inicio de día.

La tarde no mejoraba, y así se lo hizo saber a Altagracia apenas la vio. Claro, no podía decirle la realidad de su molestia, pero necesitaba desahogar su enojo, así que contó la historia a su conveniencia, en donde ella, por supuesto, lucía como el cordero en peligro.

William Mercay

—Alta —inició Gaelia casi en sollozos—, debo contarte algo muy delicado, pero debes prometerme que serás discreta.

Altagracia, evidentemente preocupada, le aseguró a Gaelia que contaría con su silencio y lealtad delante de cualquier situación. En ese instante, Gaelia sonrió desde adentro y entendió que ese terreno ya estaba ganado; así fue como le contó a su amiga Altagracia, en un mar de lágrimas muy bien derramadas, que el señor de la casa en donde vivía la acosaba constantemente e invitaba a tener encuentros a solas cuando la esposa se encontraba ausente. Fue tan bien narrada la historia de Gaelia que Altagracia le ofreció una habitación en el pequeño departamento que ella arrendaba en Santo Domingo, mientras culminaba sus estudios universitarios. Gaelia no se esperaba tal reacción de Altagracia, pero rápidamente aceptó la propuesta; estaba segura de que tener un espacio en donde refugiarse ante cualquier eventualidad era una decisión inteligente.

A partir de aquella dramática conversación, la novela de Gaelia hizo que Altagracia la asumiera como una hermana que debía cuidar y proteger. Gaelia no se quedaba frecuentemente en el apartamento de Altagracia, pero cuando le daban

permiso de descanso, se las arreglaba para hacer una que otra reunión bastante desordenada con unos conocidos de la universidad, ninguno era su amigo, pero en el poco tiempo que tenía en la ciudad había comprendido que las relaciones políticamente sociales eran una buena carta para manejar. Gaelia había adquirido algunos pocos muebles que tenía en la habitación que amablemente le cedió Altagracia: una bonita mesa de madera pulida, un baúl con ropa, una pequeña cama y una cómoda con un espejo en el que le encantaba observarse fijamente, costumbre que había presenciado más de una vez Altagracia y le causaba un poco de miedo, pues ella podía jurar que en la mirada perdida de Gaelia en el espejo había una transformación, una en la que parecía otra mujer.

Era jueves en la tarde y la casa de la familia Pardo era un desastre. No se había podido realizar las limpiezas diarias, mucho menos completar las rutinas semanales, todo debido a que el martes Iris amaneció con la temperatura rozando los 39 grados con evidente dolor y ronchas por toda su piel. Por precaución, aunque Arturo sabía por experiencia médica que se trataba de sarampión viral, algo común en los niños durante su desarrollo, prefirió aislar a Iris en una habitación, pero aparentemente la reacción fue tardía. El miércoles en la madrugada fue la pequeña Rocío quien sorprendió con fiebre e

William Mercay

inflamaciones en la piel. Cecilia, con ambas hijas enfermas, se sintió desesperada y, como es típico en estas condiciones, solicitó ayuda de su madre, quien se llevó a las niñas junto a Cecilia a su casa a las afueras de Santo Domingo, mientras pasaban el virus.

Aparentemente, las condiciones estaban dadas en ese momento para Gaelia, quien pensó que sería su oportunidad de demostrarle a Arturo que ella era realmente la mujer que necesitaba en su vida, pero él no le daba tregua alguna, ya que en las mañanas salía sin desayunar y había indicado a Gaelia no preparar más almuerzo porque él comería en la cafetería de la clínica. En las noches, Arturo viajaba unos cuarenta y cinco minutos a ver a sus hijas y verificar su avance, y regresaba tarde, muy tarde a casa, cuando Gaelia ya se encontraba dormida. Una tarde, cinco días después de ver a su mujer irse con las niñas, recibió una llamada de su esposa informándole que las niñas se encontraban mejor y que deseaba volver a casa, que a la mañana siguiente regresarían.

Ese día, Arturo ordenó a Gaelia hacer limpieza profunda y, para su sorpresa, ella vio a Arturo llegar temprano a casa, cenar un plato de frutas, darse una ducha e irse a la cama. Gaelia limpió con disciplina cada espacio; al terminar se fue a su habitación y se dio una ducha de agua tibia. Al salir, el espejo estaba

empañado de vapor; con su mano retiró la humedad que no dejaba ver su reflejo. En ese momento, la Gaelia frente al espejo sintió que su cuerpo desnudo era lo más sensual sobre la tierra. Pasó sus manos lentamente por todos sus espacios mientras se untaba de crema, se sorprendió de la redondez de sus senos, ligeramente tumbados por la gravedad, tocó sus piernas y sintió la firmeza de sus muslos, y una voz femenina en su oído izquierdo le susurró «lo mereces». Entonces, envuelta en una toalla blanca suave, salió descalza de su habitación, se dirigió a la habitación principal y empujó con delicadeza la puerta entreabierta. Allí estaba Arturo, con bóxer corto color arena, tumbado en la cama con una fina sábana, cubriendo solo su pierna izquierda, dejando en libertad el resto de su piel. Dormía profundamente con los anteojos puestos y la televisión encendida en el canal de las noticias, donde una hermosa mujer oscura como el ébano y de cabello ondulado, largo y abundante, comentaba sobre las posibilidades de una tormenta en camino. Y de nuevo, allí, esa voz femenina de su lado izquierdo «es tu hombre».

El corazón de Gaelia se aceleró y su boca se humedeció. Dejó caer aquella toalla que cubría su cuerpo juvenil y, tal como lo haría una pantera en cacería, subió por el cuerpo de Arturo, aún dormido, olfateando su aroma, hasta que su rostro quedó al

William Mercay

nivel de un beso. Gaelia pasó suavemente la lengua por los labios color chocolate de aquel hombre. Esta acción lo despertó de forma inmediata y reaccionó como lo haría una manada de leones que ven su espacio invadido.

—¿Qué carajos te sucede, Gaelia? —gritó Arturo con enfado mientras la tomaba por ambos brazos y la lanzaba lejos de él.

—¿Por qué te niegas a lo que más deseamos? ¿Acaso no quieres que yo sea tu hembra? —le dijo Gaelia, incorporándose.

—Hazme el favor y sal de mi habitación, Gaelia, eres tan solo una niña confundida —le increpó Arturo mientras le lanzaba la toalla que antes ella misma había dejado caer.

—Por lo que puedo ver, tu cuerpo no desea que haga caso a tus palabras —respondió Gaelia cubriendo levemente su desnudez y mordiendo su labio inferior mientras observaba la erección de Arturo.

—Soy un hombre y mi cuerpo reacciona por instinto, pero tengo conciencia y eso es algo que tú deberías intentar tener —cerró Arturo la vergonzosa escena mientras levantaba a Gaelia por el brazo y la

lanzaba fuera de su habitación, cerrando la puerta en su rostro.

Gaelia volvió a su habitación más enfurecida que avergonzada; caminaba de un lado al otro como un gato enjaulado. El pronóstico de posibilidades de sucesos después de aquel encuentro entre ella y Arturo era desfavorable para ella. Debía pensar, debía tener un plan de acción por si Arturo le contaba a Cecilia lo ocurrido. Gaelia no sabía en qué momento el sueño la había vencido, despertó sobresaltada al escuchar el alboroto de la llegada de Cecilia y las niñas. Gaelia corrió con rapidez al baño, lavó su rostro y se vistió; al salir de la habitación estaba alerta ante las reacciones que encontraría, pero solo vio a Iris correr a sus brazos al grito de «volvimos ya, Tata». Gaelia la tomó en brazos, saludó a Cecilia y no notó nada inusual en su mirada. Arturo tomó por la cintura a su esposa y la besó de forma apasionada. Quedaba claro que ese era un mensaje directo a Gaelia.

—Amor, te he extrañado tanto estos días —dijo a su esposa con ternura—. Por favor, ponte más hermosa aún, hoy quiero que pasemos el día juntos, Gaelia se hará cargo de las niñas —agregó Arturo sin cruzar siquiera la mirada con Gaelia.

William Mercay

—No hay problema, señora Cecilia, vaya con su esposo, yo puedo cuidar de las niñas —aceptó Gaelia con amabilidad forzada.

Arturo y Cecilia entraron a la habitación entre juegos divertidos y risas. Había pasado un par de horas cuando ambos salieron con el cabello húmedo y la notable satisfacción que da el haber derrochado pasiones. Se despidieron amorosamente de las niñas y, como par de enamorados, se fueron del departamento. La escena fue demasiado para Gaelia, quien por dentro explotaba de cólera, pensaba que las ganas que Arturo le tenía a ella las había desfogado en aquella mujer sin gracia alguna, y eso la enfureció. Encendió el gran televisor de la sala y allí dejó a las niñas, sentadas al cuidado de las caricaturas. Fue entonces cuando, mientras caminaba por todo el departamento, volvió a escuchar la voz que salía de su lado izquierdo: «Ese hombre no tiene carácter, seguro le contará todo a su mujer y ella vendrá a sacarte de aquí». Entró a la habitación y vio un joyero delicado y repleto de alhajas, cadenas y anillos de oro y plata. Gaelia abrió sus ojos como si de un tesoro se tratase, revisó atentamente cada prenda poniéndola en sus manos o cuello, mientras pensaba que ella era quien merecía tales accesorios. Y allí estaba, al fondo de aquel cofre, una cadena de eslabones pequeños dorados con un dije en forma de

William Mercay

corazón color esmeralda que de ella colgaba. Gaelia la colgó en su cuello y le pareció que allí estaban los ojos de su padre y eso bastó para decidir que la cadena era de ella, que a ella le pertenecía.

Dos meses de cotidianidad habían pasado ya desde el incidente en la habitación de Arturo. Gaelia estaba en calma y seguía su rutina de costumbre; nunca imaginó que aquella noche era el inicio de una caída en picada. Se acercaba la hora de la cena y Cecilia, dentro de su habitación, se preparaba para asistir a un evento de reconocimiento que se le realizaría a su esposo por cumplir una década de una carrera clínica impecable. Cecilia llevaba un hermoso vestido color esmeralda, con abertura en la pierna derecha, que lucía mágicamente hermoso en su esbelta figura, acompañado de zapatos de tacón de aguja color dorado: era el conjunto ideal para la cadena con aquel corazón de piedra preciosa que su esposo le había obsequiado el pasado aniversario. Cecilia buscó, vació el joyero y aquella joya de gran valor sentimental no estaba allí. Consternada por no encontrar la gargantilla, pero a la vez apresurada por llegar con puntualidad al evento, Cecilia dejó pasar por alto el incidente, luego buscaría con calma. El evento fue exitoso y ameno, y Cecilia se sentía orgullosa de que su esposo, en su labor de destacado médico, contribuyera con los avances de la ciencia

William Mercay

para ayudar a comunidades menos privilegiadas. De regreso a casa, Cecilia le comentó a su esposo la ausencia de la joya; este, con un poco de dudas, le recomendó que buscara con calma al siguiente día.

La mañana se hizo presente y con ella la alegría de un sábado. Gaelia salió temprano, pues era su día de descanso. El plan de la familia era pasar la tarde en la piscina del conjunto residencial, así que luego de tomar desayuno, y mientras Arturo se hacía cargo del lavado de la vajilla, Cecilia ponía el vestido de baño a las pequeñas, que saltaban de emoción. Notó que las sandalias de piscina de Iris estaban ausentes, las buscó y no las encontró; empezó a revisar bajo las camas y, como última opción, ingresó a la habitación de Gaelia, pues, en ocasiones, las niñas entraban a buscar a su Tata o incluso a saltar en su cama. Se asomó debajo de la cama, no tenía intención de averiguar nada más, pero allí había una caja, algo pequeña para ser de zapatos. La curiosidad de Cecilia ganó más que el respeto a la privacidad, por lo que la tomó y la abrió: adentro encontró una bolsita de terciopelo roja atada con un cordón dorado, que por alguna razón le causó escalofríos. Había unos cuantos cientos de dólares, que asumió eran los ahorros del dinero que se le otorgaba como mesada y, justo cuando pretendía cerrar la caja y devolverla a su lugar, un destello dorado llamó su

William Mercay

atención; buscó bajo los billetes sueltos y, sin imaginarlo, allí encontró lo que había perdido: su gargantilla de oro y esmeralda.

La impresión de Cecilia tras el hallazgo fue grande; en su corazón existía un sentimiento de cariño hacia aquella joven a la que le brindaron ayuda y apoyo, pero, por otra parte, la confianza estaba quebrantada, y para Cecilia no había perdón posible ante la deslealtad. Salió de la habitación con la gargantilla en mano, mostrándole a su esposo la decepción en la mirada. Para Arturo no fue nada relevante, ya que después del suceso en su habitación no le sorprendía nada con respecto a Gaelia, pero él había decidido no contarle a su esposa lo sucedido para evitar inconvenientes que pudiesen afectar su matrimonio. Aun así, el hurto cometido por Gaelia le trajo la tranquilidad de tener la justificada causa para despedirla y recuperar el equilibrio de su hogar. La decisión ante el hecho era irrevocable: el matrimonio Pardo esa misma noche le pediría a Gaelia desalojar la vivienda.

Eran las nueve de la noche cuando se escuchó la llave entrando a la cerradura de la reja del departamento; Gaelia había regresado. Las niñas dormían y se sorprendió al ver a Arturo y Cecilia sentados en la sala principal, esperándola.

William Mercay

—Buenas noches, Gaelia. Toma asiento, por favor.

—Buenas noches —dijo Gaelia mientras se sentaba frente a ellos.

—Seré directa —inició Cecilia, sacando del bolsillo de su bata de seda aquella gargantilla y mostrándola a Gaelia—. Pensamos que eras una joven con futuro y madurez, por ello te dimos la oportunidad de estudiar, ¿pero robarnos, Gaelia? Después de todo el cariño y la confianza que te otorgamos es una decepción muy grande.

Gaelia, en lugar de asumir una posición de arrepentimiento, transformó su mirada y aquella voz que le hablaba desde su lado izquierdo le dijo «pero niña, no seas tonta, él es un hombre y tú solo una pobre joven de pueblo». Siguiendo tal imaginario consejo, Gaelia rompió en llanto y, con todo el drama del caso, contó a Cecilia cómo su esposo intentó seducirla en su ausencia y le obsequió aquella gargantilla en un intento de conquistarla. Al contrario de lo que Gaelia hubiese imaginado, Arturo reaccionó con caballerosidad.

—Gaelia, lamento tanto que tomes semejante actitud delante de los hechos —dijo Arturo con severidad en la voz y viendo a los ojos a Gaelia con

evidente enojo—. No había querido comentar lo sucedido en la ausencia de mi esposa por respeto a tu integridad, pero, siendo este el caso, lo que sucedió fue —dijo Arturo mirando a los ojos a su esposa— que Gaelia, la noche antes de que volvieras a casa con las niñas, entró a nuestra habitación y me tomó por sorpresa mientras dormía, se echó sobre mí y me besó. Yo desperté y la saqué de la habitación; mi mayor error fue no haberlo comunicado, mi amor, pero me conoces y puedo jurar por nuestras hijas que te he sido fiel y leal, no he traicionado nuestro hogar.

Para Cecilia, la noche se estaba convirtiendo en un infierno, y aunque Gaelia aseguraba con lágrimas en los ojos que las palabras de Arturo eran falsas, los años al lado de su esposo le hacían creer en su palabra; conocía sus defectos y debilidades, y las infidelidades no eran parte de ellas. Por su parte, los años de estudio en psicopedagogía le hacían notar las alarmas en los gestos y palabras de Gaelia, cuyos actos eran sujeto de manipulación.

—Gaelia, toma tu maleta y retírate de inmediato de mi casa —dijo Cecilia, poniéndose de pie. Luego, señalando una maleta previamente empacada colocada al lado de la puerta de salida, y extendiendo su mano con un sobre que contenía su mesada y un poco más, solo por consideración,

William Mercay

agregó—: Allí está todo empacado, nada falta, incluso me aseguré de que tu caja de ahorros estuviese bien guardada.

—Pero Cecilia —respondió Gaelia tuteándola por vez primera y con la cara transformada entre la ira y la desesperación—, ¿no ves que Arturo miente, que está enamorado de mí y que debes dejarnos ser felices? Ya tu tiempo ha pasado.

Delante de tal escena de irrespeto y descaro, en Cecilia se despertó el carácter de una leona que defiende su hogar de las hienas, y con su metro cincuenta de altura, llena de furia, tomó a Gaelia con fuerza del cabello, mientras le decía: «Esta es mi casa, este es mi hombre y esta es mi familia y ninguna maldita mujer, por muy joven que sea y por muy astuta que se crea, va a crear discordia o desconfianza. Ya lárgate de aquí». Ante la mirada atónita y orgullosa de su esposo, arrojó fuera del departamento a Gaelia, arrebatándole las llaves y lanzando al pasillo la única maleta que le pertenecía, siendo sorda por completo de las palabras que Gaelia pudiese decir en su defensa.

Aquella noche, Gaelia llegó arrastrando su maleta y con los cabellos totalmente descuidados al departamento que compartía con Altagracia, quien la recibió con empatía sin entender muy bien lo

sucedido. La conversación fue amplia y, por supuesto, para Altagracia su amiga Gaelia era solo una víctima de un hombre seductor y una mujer celópata. La vida de Gaelia había cambiado nuevamente y las consecuencias estaban solo empezando.

William Mercay

La empresa crecía y tenía múltiples inversiones. Luego de cuatro años, que no habían pasado en vano, el proyecto creció y ya se vendían los primeros vehículos; el producto era innovador para el país. Apostar en ello fue la inversión asegurada, ya que cada día crecían más sus utilidades, dando pasos a un concepto más grande en el que ahorraría muchos costes.

Pasó un tiempo, cuando uno de los inversores colombianos se acercó a David para hablarle del fomento económico que el país estaba sacando adelante. Este estaba dirigido a empresas que desarrollaran estrategia de innovación tecnológica y generaran mayor productividad, así como competencia en el sector económico, patrocinado por el propio Estado. La noticia era buena. Boyer pensaba en participar, pues, al margen de salir favorecido o no, sería una buena ventana publicitaria que podría transformar el concepto de su proyecto a una envergadura mayor, lo que tanto quería. «Qué mejor si tienes un aval del Estado», consideró. Además, la idea de competir contra otros proyectos lo alentaba más.

Al final, más de 170 empresas fueron inscritas y el proyecto «La Movilidad Eléctrica» se posicionó en el número uno, por lo que, en una ceremonia, este honor le fue entregado a David Boyer por el mismo presidente de la República. Las lágrimas de triunfo y esfuerzo no se hicieron esperar; entre la audiencia se encontraban su esposa y sus dos amados hijos, que lo aplaudían orgullosos, mientras Boyer se inclinaba para recibir la medalla, así como el diploma correspondiente. Pamela lo miraba atenta a cada movimiento que daba; estaba embelesada, sus vidas no podían ir mejor. Ella sabía en el fondo que, a pesar de todos los inconvenientes y las dudas que tenía respecto al proyecto, su esposo había demostrado que sí se podía, que su idea era rentable y respetada.

Los meses pasaron, el trabajo no descansaba. Boyer estaba agotado de las extenuantes noches en las que investigaba y buscaba la manera de que la empresa tuviera mejores oportunidades. Los autos eléctricos funcionaban correctamente, ya había hecho pequeñas pruebas a menor escala, pero no era suficiente; debía encontrar la forma en que los autos tuvieran la capacidad de movilizarse a grandes kilometrajes con el peso de una familia de por lo menos cuatro personas. En consecuencia, se veía envuelto entre estadísticas, elementos bioquímicos y celdas de luz (celdas que se encargan de convertir los

William Mercay

rayos del sol en electricidad). Pensó que quedándose quieto, tendría la mayor concentración posible para sacar a relucir su ingenio. Sabía que el mínimo ruido lo bloquearía y acabaría todo.

«Si hay más celdas correctamente distribuidas con un material puro que ayude a generar más fotones, necesito un material mejor. ¡Claro! ¿Cómo no lo supuse antes? Era sencillo, estábamos usando correctamente el silicio, pero lo que necesitamos es refinarlo más», pensaba David.

Todo lo que decía tenía sentido en su cabeza, sabía exactamente qué hacer y a quiénes acudir, pero parecía que el destino se había empeñado en hundirlo ese día. El timbre de su casa sonaba, por lo que la ira recorría sus venas. «¡Qué imprudencia, a estas horas!», decía entre dientes, mientras se levantaba; no sabía que ya había amanecido. Estaba tan concentrado, con las cortinas totalmente cerradas, que no imaginaba que ya era tarde para ir a trabajar, ocho de la mañana en punto. Salió presuroso cuando Pamela se interpuso en su camino extendiéndole su brazo con unas notificaciones en mano.

—Me las acaba de entregar un mensajero del Premio INNOVA, es importante —dijo Pamela y le entregó unos sobres sellados. David los tomó y

guardó en su portafolio, sin imaginar que su contenido le arruinaría el día.

Ya sentado en su oficina, abrió los sobres con una cuchilla y leyó un tanto desconcertado. Uno de ellos le anunciaba que, debido a irregularidades, no podría recibir el dinero del premio presidencial hasta que regularizara la situación de la empresa como es debido. Esto no estaba claro para Boyer, quien sabía muy bien cómo consolidar una empresa con todas las de la ley, ya que no era la primera vez que lo hacía. Además, dicho fundamento era ilógico, puesto que se lo hubieran notificado inmediatamente cuando participó en el concurso, pero ese no era el caso; eran irrazonables los términos que le implantaron. Esto no terminaba ahí: otro de los sobres contenía un comunicado de la hacienda pública; serían investigados por indicios de lavado de dinero, ya que no figuraban de dónde provenían los ingresos. «Esto es estúpido ¿cómo que no saben?», se preguntaba. David había declarado cada moneda gastada en la empresa, el dinero procedente de los inversionistas extranjeros y nacionales. «Esto es un timo», expresó enojado.

De inmediato llamó a su contadora y armó una estrategia rápida; su cerebro funcionaba meticulosamente. Juntó todos los comprobantes de

William Mercay

cada centavo utilizado, los movimientos bancarios, las tasas, todo, además de ensamblar uno de los paneles, el cual funcionaba perfectamente: lo empaquetó y envió todo a los agentes públicos. Sabía muy bien que todo estaba limpio y nada debía ni temía. Todo ello llegó al día siguiente de ser enviadas las notificaciones, con toda la información competente. Los agentes se impresionaron, sabían ellos lo que hacían, lo que querían: embaucar a una empresa en pleno crecimiento. Pero con todo eso no les quedó nada más que dejarlo tranquilo, pero la ira consumía a esos burócratas de saco y corbata que hicieron mil y un malabares para no soltar el dinero que la empresa de David había ganado y que le pertenecía limpiamente. Aun así, a él no le importaba el dinero, ya había ganado el reconocimiento de todos y eso era algo que disfrutaba más que cualquier otra cosa.

William Mercay

CAPÍTULO XXI
GAELIA REGRESA A MONTE CRISTI

Altagracia sintió compasión por Gaelia desde que la conoció. La historia que conocía de ella la movía a cuidarla y protegerla. Una tarde, Gaelia regresó sedienta de la universidad; abrió la pequeña refrigeradora del departamento y bebió a grandes bocanadas toda el agua helada que en la jarra se encontraba. Altagracia, entre divertida y asombraba, preguntó: ¿Desde cuándo no bebías agua?, a lo que Gaelia respondió con tranquilidad que no había bebido agua desde la mañana y que ella estaba adaptada al hambre y la sed, pues en Monte Cristi, desde muy pequeña, se había visto restringida de saciar estas necesidades básicas.

Si algo era cierto, es que Gaelia, en medio de todas sus circunstancias, había logrado desarrollar una extraña habilidad de resiliencia. Era ella la única de los hermanos Márquez León que había culminado su secundaria. Gaelia recordaba con cierta gracia cómo se había apersonado delante del colegio católico del pueblo y había ofrecido realizar labores domésticas a las monjas a cambio de educación; que en un principio las monjas pusieron algunas trabas innecesarias, como la falta de cupo escolar, pero el

William Mercay

tiempo y su insistencia le hicieron ingresar a la institución y culminar sus años de educación básica. Francamente, ese era un mérito propio.

Sin embargo, ser una estudiante universitaria era una oportunidad que Gaelia misma había tirado a la basura. Luego del vergonzoso incidente con la familia Pardo, sus ciclos universitarios quedaron sin posibilidad de pago. En los primeros meses, Gaelia sobrevivía de la bondad de uno y otro compañero que le manifestaba su amor; en algún momento Altagracia le prestó ayuda financiera, pero al final Gaelia estaba sobreviviendo de sus ahorros.

Una tarde, quizás por algo de nostalgia, cogió un teléfono público y llamó a su antigua cuidadora, Herminda Domínguez, a Monte Cristi. La intención era saludarla y también saber de su padre y hermanos. Herminda le comunicó las malas noticias: su hermano Simón había cambiado por completo su comportamiento y sus reacciones iban desde los gritos hasta lanzar piedras en sus enojos, por lo que tal situación lo mantenía en las calles. Por su parte, su hermana Valeria estaba sumida en el consumo de drogas; Crisanta de vez en cuando la llevaba a su rancho a regañadientes, la ayudaba a asearse, la alimentaba y le daba refugio, pero al final de la historia el resultado era el mismo, pues Valeria se

escapaba a mitad de la noche y siempre se llevaba algo de valor de Crisanta para cubrir su vicio. Pero la noticia que más golpeó a Gaelia fue enterarse de que su padre, Ricardo, estaba enfrentando una batalla de salud contra un invasivo cáncer de estómago, situación que lo había dejado solo, pues su esposa Doménica y los hijos de aquel matrimonio se habían establecido en Santo Domingo, dejándolo a él en su rancho de Monte Cristi.

Toda la información recibida aquella tarde fue demoledora para Gaelia, quien después de mucho tiempo se volvió a sentir desamparada, como aquella niña delgada, alta, encorvada y desaliñada que limpiaba casas por unos cuantos pesos. Regresó al hogar de Altagracia entre la tristeza y la euforia de partir, sin dar muchas explicaciones. Tomó sus cosas al vuelo y las metió en su maleta sin orden alguno, y le pidió unos cuantos dólares a su amiga en calidad de préstamo. Altagracia se los dio, aunque sabía que jamás volvería a ver aquel dinero, pero era un precio bajo por recobrar la tranquilidad que, con sus conflictos, Gaelia le había robado. La cama, el baúl de madera y aquella cómoda con el espejo donde Gaelia solía hablar consigo misma al punto de asustar a Altagracia quedaron en aquella pequeña habitación, como prueba de que allí estuvo alguien y que ya no está.

William Mercay

El viaje de Santo Domingo a Monte Cristi se le hizo eterno en aquel autobús. Movía sus piernas en el asiento porque las sentía adormecer, no logró descansar ni dormir, solo pensaba en llegar y descubrir qué herramientas eran necesarias para que ella pudiese solventar la situación de su padre y hermanos. Por fin, casi diecinueve horas después, a lo lejos divisó aquel mar azul profundo que le daba la bienvenida a su pueblo. En su corazón existían muchas emociones; la Gaelia que había regresado a Monte Cristi no era la misma que dos años atrás había partido. Ahora conocía el verdadero potencial de una mujer, o por lo menos creía conocerlo.

Gaelia bajó del autobús con premura y por un instante tuvo la sensación de que el tiempo se había detenido en aquel mágico pueblo. Pensó en Salvador, su viejo amigo; se preguntó si habría cambiado su vida en esos dos años. Todo parecía andar igual: las mujeres alegres haciendo tin-tan con sus grandes caderas mientras llevaban cestas de dulce de coco y piña sobre sus cabezas; jóvenes de largas trenzas de colores patinaban por el paseo en la playa; los vendedores de papaya y plátanos con sus cestas en bicicleta; el calor húmedo y agotador. Y ese olor, ese olor a sal, a mar, a cielo, ese olor a su pasado.

William Mercay

Antes de enfrentar el drama que vivían su padre y hermanos, Gaelia quiso ver a su madrina Crisanta. Llegó al rancho, encontró todo tal cual lo recordaba. Tocó a la puerta. Crisanta, al abrir, la abrazó con aquel cariño que siempre le profesó, solo que, en esta oportunidad, la vieja sabia intuía que Gaelia había transformado su personalidad y esa transformación no sería del todo bondadosa. Pese a ello, la recibió y compartió con ella música y pequeñas historias como en aquellos sábados que representaban esperanza en la adolescencia de su ahijada. Crisanta le confirmó a Gaelia la situación de su padre y hermanos.

—Madrina, ¿cuánto tiempo de vida le queda a mi padre?

—Según los médicos, quizás unos meses —respondió Crisanta con algo de tristeza.

—Yo volví para cuidar de él, dejé la universidad para encargarme de la salud de mi padre.

Crisanta escuchó esas palabras con algo de duda. Su intuición le decía que había algo más escondido detrás de esos profundos ojos negros, solo que no estaba segura de qué se trataba. Vio a Gaelia levantarse del viejo sofá y salir del rancho cargando la maleta que la acompañaba, rumbo a casa de su

William Mercay

padre, con la promesa de volver. La vieja perra Cereza se levantó en sus tres patas y le gruñó, para luego ladrarle; algo extraño en aquel tranquilo animal. Crisanta entendió que Cereza olía o veía algo que para ella aún estaba difuso, pero que se aclararía tiempo después.

Ricardo estaba tendido en la cama cara arriba. Su pérdida de peso era evidente, pero su fuerza no había disminuido. A su lado derecho, sobre una mesa de madera algo coja de una pata, se podían ver diferentes medicamentos, todos y cada uno parte del tratamiento que llevaba para mitigar dolores, síntomas e incluso el progreso del cáncer de estómago contra el cual luchaba. Gaelia estaba de pie delante de la cama. Minutos antes, Gloria, su hermana mayor, la había dejado pasar. Gloria y Gaelia estaban enemistadas por razones pasadas; aun así, Gloria dio un paso al costado dejando que su hermana se hiciese cargo, como manifestó desearlo, de la salud de su padre.

Gaelia observaba a este hombre alto y delgado, dormido en la cama, cubierto por una fina sábana algo desgastada por el uso, pero limpia, tan limpia y lisa como el aspecto elegante que siempre llevaba su padre en cada una de sus prendas. Recordaba lo poco compartido con él desde niña,

William Mercay

cuando los acompañaba por las noches después de que su madre los abandonó; el día que sus brazos surgieron del fuego para sacarla a ella y a Valeria de aquel incendio; el tiempo en casa de los Domínguez cuando algunas tardes iba de visita con algún obsequio; pero también recordaba de forma insistente cómo de niña lo observó un par de veces masturbarse bajo las ligeras sábanas que lo cubrían del aire nocturno al dormir. Su padre jamás había pasado las líneas del respeto con ella o su hermana; sin embargo, Gaelia nunca supo si él tenía conocimiento de que, en las noches, cuando solía masturbarse, ella podía verlo y sentir el movimiento debajo de la sábana. Lo que sí sabía era que jamás olvidaría aquel recuerdo que la acompañaba tanto como las canciones que cantaba en perfecto francés mientras tocaba la pandereta.

William Mercay

Gaelia se instaló en el rancho de su padre, decidida a cuidar de él. Ricardo, por ser un trabajador honesto y de valor para la municipalidad, contaba con ayuda económica en su situación y, aunque esta no era mucha, le permitía mes a mes cubrir las necesidades básicas de su enfermedad y alimentación. La sensibilidad de Gaelia era poca, pero solía aumentar a conveniencia. Tenía una imagen de hija abnegada que muchos en el pueblo creían, aunque para otros no era tan verídica. Esta dualidad no era algo que la afectase y solo ella conocía la verdad de sus emociones.

Ricardo disfrutaba de la compañía de su hija, aunque en ocasiones llamara su atención lo distante y cambiante que se volvía: una tarde podía darle fruta picada con dedicación y cariño, acompañada de una sonrisa, y otras le decía que su dolor era inexistente o exagerado, mostrando que carecía de empatía ante su situación. Ricardo se adaptó con el tiempo a estos constantes cambios y dejó de darles importancia, y los tres meses de vida que le pronosticaron se extendieron a un periodo más amplio del cual

alardeaba Gaelia, indicando que ese hecho se debía a sus cuidados.

Cuando Gaelia volvió a Monte Cristi, buscó en varias ocasiones a su entrañable amigo Salvador, sin poder dar con su paradero, pero al pasar quince días de su regreso, este tocó a su puerta, trayendo a Gaelia una gran alegría. El muchacho estaba un poco cambiado, fumaba tabaco y algunas tardes acompañaba a sus amigos en el bar tomando cervezas, pero con Gaelia seguía siendo gracioso, cómplice y amable. Salvador vio en Gaelia a una mujer, distinta a aquella niña despeinada que conoció años atrás. Ahora su forma de vestir había mejorado y su feminidad era un poco más notoria. Para él, Gaelia se había convertido en una hermosa mujer. Salvador siempre había notado la singularidad de los labios de Gaelia, definidos tan simétricamente que parecían tallados y con degradado perfecto de líneas al centro, dejando ver la carnosidad que causaba tan frecuentes fantasías en los hombres. Salvador se mantuvo cercano, atento y colaborador con Gaelia y su padre, y el tiempo hizo su trabajo: Gaelia se enamoró de su viejo amigo.

Una mañana, Gaelia despertó sintiendo un frío inusual. Al pueblo parecía amenazarlo una pequeña tormenta tropical, de aquellas que mecen las

William Mercay

palmeras de un lado al otro, traen gotas de lluvia pesadas que inundan los espacios y alteran el choque de las olas en el malecón. Se puso en pie y fue a la cocina por una taza de café. Al retornar a atender a su padre y tocarlo para darle su medicina, la sábana de líneas azules y moradas se deslizó al suelo dejando ante ella una imagen que jamás olvidaría: aquel hombre yacía tendido en la cama de largo a largo con el torso desnudo que mostraba claramente sus costillas, debido a que un hueco hundía su cavidad estomacal. Sus ojos habían quedado abiertos, fijos al techo, vacíos, sin alma; su mandíbula también estaba abierta como si un grito se le fuese a escapar. Se encontraba rígido y frío como el hielo, sin capacidad alguna de reaccionar. Ricardo Márquez había muerto.

Al contrario de cualquier pensamiento que pudiese parecer evidente, Gaelia no lloró. Dejó la taza de café sobre la mesa repleta de medicamentos que ya su padre no consumiría, tomó un rollo de papel higiénico y lo colocó bajo su barbilla con la finalidad de mantener cerrada su boca; pasó su mano por sus ojos y los cerró también; tapó su cuerpo con la sábana que en el suelo se encontraba; tomó nuevamente su taza de café y se sentó frente a la ventana, observando la tormenta, inmutable, mientras comía un trozo de pan.

El funeral se llevó a cabo prontamente. Gaelia aceptó ayuda de Salvador y de todo aquel que quisiese aportar. Sus hermanos estaban presentes. Gloria y dos caballeros lloraban observando el ataúd, ellos eran el fruto de la unión de Ricardo con Doménica; Simón, sentado en una banca, sin nada que decir o lágrima por expresar; Gaelia, extrañamente desesperada, lloraba a mares de dolor repitiendo cada vez que podía, a quien a ella se acercaba para consolarla, lo buena que había sido al dejar la universidad y correr al auxilio de su padre. Llegada la hora de trasladar la urna al campo, apareció Valeria con un vestido largo de color negro que dejaba asomar unas muy delgadas pantorrillas; asimismo, sus mejillas hundidas reflejaban el abuso de las sustancias. Su actitud graciosa e irrespetuosa confundió a los presentes. Pero lo que causó más impresión fue aquella barriga perfectamente redonda que sobresalía en el centro de su cuerpo. Valeria estaba embarazada.

Ricardo reposaba bajo tierra, su tiempo había terminado, y para Gaelia este hecho significó un alivio que no dudó en hacer ver. Ricardo siempre había sido precavido y con sus ingresos realizaba inversiones pequeñas, pero significativas; antes de fallecer dejó en orden los documentos de un par de terrenos y algo de dinero en el banco,

William Mercay

sorpresivamente todo a nombre de Gaelia, ignorando así los derechos de sus otros hijos; ello causó discrepancias entre los hermanos. Simón parecía estar perdido en otro mundo, por lo cual no dio importancia al derecho que le fue arrebatado, y Valeria no se enteró por su condición de drogadicta. Por su parte, Gloria y sus dos hermanos mayores no dudaron en reclamar lo que por derecho les pertenecía, de manera que Gaelia se vio obligada a hacer una división, no tan justa como debiera, pero sí lo suficiente para salir del ojo de aquel huracán.

La tranquilidad parecía hacer una parada en la vida de Gaelia. La casa de su padre había quedado bajo su propiedad y su relación con Salvador parecía ser un romance que, luego de una sencilla petición, terminaría en matrimonio. El dinero no parecía ser una problemática real, pues Salvador se las ingeniaba para obtenerlo y las necesidades básicas se cubrían. Pero las ambiciones de Gaelia eran otras y, aunque tenía una relación establecida, siempre estaba atenta a obtener mejores opciones.

La mañana del 6 de junio de 2004, Gaelia recibía la visita de su madrina Crisanta, a quien no veía desde la tarde del funeral; ella era portadora de noticias. Valeria se encontraba en su rancho, hacía solo un par de días había dado a luz a un hermoso

niño color chocolate, grande y, contra todo pronóstico, sano. Gaelia, mostrando genuino interés por vez primera, corrió a casa de su madrina y allí encontró a su hermana, delgada como aguja y con el humor volátil que le producía la abstinencia. En un rincón de la sala, sobre el sofá, en una canasta acolchada artesanalmente por las recursivas manos de Crisanta, se hallaba un pequeño que, aunque contaba con tan solo dos días de nacido, parecía tener quince días de formación adelantada. Gaelia lo observó sin sonreír y, como si de un adulto se tratase, solo dijo «hola» y lo tomó en brazos. En ese momento, aquel bebé abrió sus ojos y Gaelia se sorprendió al descubrir que eran tan verdes como las esmeraldas que perdió en casa de los Pardo. Ese día, Gaelia salió de casa con Gustavo en brazos, quitándole el hijo a Valeria y tomándolo como suyo. El matrimonio entre Salvador y ella desde ahora contaría con un hijo.

William Mercay

Al fondo de la vivienda se escuchaba el llanto constante y ahogado de Gustavo, lloraba bajito como quien no quiere ser escuchado. Gaelia yacía boca arriba totalmente descubierta. En su vientre una barriga prominente de embarazo se asomaba, pero en su rostro no se reflejaba aquella luz de las futuras madres de la que tanto hablan, tampoco el brillo en sus ojos. Crecía una vida, la primera en salir de sus entrañas, no obstante, parecía que mientras su vientre aumentaba ella se apagaba.

Eran casi las seis de la mañana y el sol apenas asomaba sus rayos para iluminar el cielo despejado. Salvador ya estaba parado en la puerta del rancho, desnudo del torso y con los pies en la tierra, tabaco en mano. El tiempo pasó y dejó de ser aquel joven respetuoso que un día salvó a Gaelia de las miradas callejeras; ya él era igual a aquellos hombres. Gustavo gateaba y daba sus primeros pasos por la tierra por los costados de la casa. Sus ojitos verdes estaban constantemente llenos de lágrimas, y Salvador odiaba haber aceptado aquella adopción de Gaelia. Ahora serían dos bebés, los gastos aumentaban y las ganas de producir disminuían.

Piero nació de improviso, un mes antes de lo planeado. Gaelia caminaba risueña hacia el rancho después de haber conversado de forma amena y coqueta con un caballero que mostró interés en sus labios, con algún morbo escondido por sus caderas amplias motivadas por el embarazo. Las sonrisas de Gaelia tenían otra razón: aquel hombre era Guillermo, el gerente de BanReservas, una importante entidad bancaria ubicada en el centro del pueblo. Los pasos de Gaelia eran lentos debido al peso de su redondez; sus tobillos inflamados y agrietados salían de los bordes de sus sandalias de goma. De pronto, la humedad cayó entre sus piernas como si un globo de agua hubiese explotado. No hubo dolor, solo una molesta presión y unas gotas de sangre mancharon su short. Se dirigió al hospital donde la atendieron eficazmente. Cuando llegó el momento de entrar a la sala de parto, en horas de la tarde, el rostro de Gaelia expresaba ira, y esta aumentó al ver llegar a Salvador en compañía de su madre. A las cuatro y cuarenta y siete nació Piero: ojos abiertos grandes, llanto agudo y profundo que inundó el espacio, delgado y largo cual lombriz.

La enfermera puso al recién nacido sobre el pecho de su madre, quien volteó al lado contrario en un gesto de frialdad y falta de maternidad. Había otro niño en su vida, otro hombre más a quien servirle sin

William Mercay

provecho alguno; ese no era su deseo, para eso no había nacido.

Los días siguientes al nacimiento de Piero, Gaelia se desprendió por completo de la existencia de aquel bebé. Si ya antes le costaba muchísimo establecer vínculo con Gustavo, que apenas tenía dos años, aquella personita dependiente que había salido de sus entrañas le resultaba totalmente ajena. Gaelia sentía la necesidad de correr lejos de aquella realidad y apenas pudo ponerse en pie identificó su próxima meta a cumplir.

Las oportunidades laborales se abrieron ante ella de mano de Guillermo Hernández, dominicano, casado, nada guapo, audaz en las finanzas, gerente de la entidad bancaria BanReservas. Su ingreso a esta entidad como cajera le dio a Gaelia algo de estabilidad, ya que contaba con un sueldo constante. Estar fuera de casa para no aturdirse ante el llanto de sus hijos, y mucho menos soportar las constantes borracheras de Salvador, le daba cierto prestigio y, por supuesto, le permitía entrenar sus mañas de seducción en cualquier rincón. Claro, a todo ello se sumaba su habilidad nata para el aprendizaje y sus dos años truncados de estudios administrativos.

La vida laboral dio a Gaelia nuevas esperanzas, un poco de ego y grandes ambiciones.

Esta nueva actitud no fue recibida con agrado por su madrina Crisanta, a quien visitaba cada vez menos, pero el real afectado fue Salvador. Sintiendo que era burlado como hombre, se dedicó cada vez más a ganar algunos chelitos solo para terminar de gastarlos en bebida y tabaco. La violencia física hacia su mujer empezó. Primero fue una bofetada que dejó ardiendo la mejilla izquierda de Gaelia, luego el puño terminó cerrado ante su labio inferior, dejando el sabor metálico de la sangre diluirse en la lengua, hasta que finalmente la violencia sexual se hacía presente y constante. Gaelia se negaba, pero para Salvador no había negación posible; ella era su mujer.

Cada vez que Salvador la violentaba de noche, Gaelia se vengaba de día. El mármol blanco del banco, su olor a limpio y el aire acondicionado a dieciséis grados hacían el ambiente perfecto para la seducción típica de una novela televisada. Encontrarse con Guillermo en los baños, rincones y oficinas a puerta cerrada era experimentar una adrenalina y poder que parecía ser droga para Gaelia; pero como toda adicción, no siempre era suficiente. Un viernes al mediodía en que se disponía a salir a almorzar, la puerta giratoria del banco se abrió y vio entrar a un caballero de traje claro, maletín de piel y zapatos de suela. Gaelia lo atendió con cordialidad y picardía. Al finalizar, el hombre había quedado

William Mercay

atrapado por el encanto de observar a Gaelia morderse suavemente el labio inferior. La invitación a cenar no se hizo esperar. Ese mismo viernes, pasadas las ocho de la noche, Gaelia estaba en un motel, cabalgando con soltura la virilidad de quien sería su nueva adquisición, el abogado André Carbajal.

Carbajal era un político y el esposo de una eminente médica de la región que años más adelante se convertiría en gobernadora. Él era un pillo que ante mañas legales se apropiaba de tierras y dinero de inversiones extranjeras.

Varios domingos iban a Santiago de Los Caballeros, a una hora y media de Monte Cristi. Mientras el chofer conducía, Gaelia y el abogado, apasionados, en la parte de atrás hacían de las suyas. Gaelia succionaba sin descaro el miembro viril de Carbajal, como si de un helado se tratara, sin importarle la presencia del chofer, quien trataba de no girar sus ojos concentrándose solo en la carretera hasta llegar al destino que se le indicaba. Carbajal perdió la cabeza y, tras profundas penetraciones sin protección, embarazó a Gaelia.

Ella había aprendido a manipular a los hombres dándoles lo que ellos más querían, pero su locura cruzada con su fuego uterino parecía no medir

consecuencias. No solo eran las aventuras con Guillermo Hernández y con André Carbajal: en su búsqueda desmedida se escapaba con otros clientes del banco, con compañeros de trabajo, con turistas, y cualquier comerciante o empresario de la zona, aunque el estatus social no importaba. Era como si tuviera múltiples personalidades, lo que podía sacar de provecho con alguien de buena posición económica lo tiraba a la basura, acostándose con cualquier hombre desgraciado y sin recurso alguno, de esos que nada aportan.

Pero esta vez Gaelia, sin quererlo, se había dejado llenar de la esencia líquida de Carbajal. Con los días, cuando se hicieron presentes los síntomas propios de la nueva gestación, dos veces tomó pastillas para interrumpir el embarazo; ella entendía que si Salvador se enteraba iba a ser un problema difícil de manejar. Tras no funcionar los dos intentos de aborto, se encerró en el baño de su rancho a golpearse una y otra vez la barriga, sin resultado alguno. Esa criatura se resistía a morir.

Una de las escenas más crueles que ella podía recordar, era mirándose en cuatro patas con su barriga pequeña, gimiendo de dolor y pidiendo piedad, mientras Salvador le pegaba con una correa. Esa noche él la hizo dormir en el piso de tierra, al

William Mercay

siguiente día la levantó por el cabello e intentó asesinarla con un cuchillo en mano: quería degollarla.

—¡Eres una perra, Gaelia, venir a salir embarazada de un maldito que no soy yo! —le gritaba.

Gaelia se salvó por el llanto de los niños que hicieron reaccionar a Salvador. Ese fue el inicio del fin aparente de dicha relación.

CAPÍTULO XXIV
SU NOMBRE ES GAIA

La madrugada del 20 de febrero de 2007, Monte Cristi yacía bajo una extraña tormenta que retumbaba en el cielo. Se descargaba sobre el pueblo un furioso aguacero que formaba un gran lodazal en las calles de tierra, acompañado de aquel sonido intermitente y agudo de la lluvia que impactaba sus gotas sobre los techos de zinc de las precarias viviendas. Casi todo el ambiente era ensordecedor, pero esto se acrecentó con los gritos desgarradores de Gaelia, que se encontraba de cuclillas, apoyada en un sucio retrete, gritando desesperada, las inundaciones hacían imposible el traslado al hospital. Tenía un vientre prominente que la hacía lucir como una soga con un medio nudo, el cabello completamente enredado y tieso, consecuencia de su poca higiene. La mujer no dejaba de apretar la mandíbula con una respiración agitada, emitiendo gruñidos de dolor que se incrementaban cada vez más, mientras que, de entre sus piernas, le brotaba un líquido viscoso que se mezclaba con la sangre que de igual forma emanaba de su propio cuerpo. Lanzaba maldiciones a diestra y siniestra que atravesaban todo el espacio.

William Mercay

Por su parte, Crisanta pacientemente abría las piernas temblorosas de Gaelia y verificaba la dilatación de su canal uterino con sus dedos. Salvador, recostado en el catre matrimonial con el torso desnudo, observaba la escena mientras fumaba, indiferente al doloroso parto de su esposa. Los niños estaban resguardados en una casa vecina para no presenciar aquel momento. Crisanta no tardó en tomar el control: con la calma de la experiencia se niveló a la altura de Gaelia, la miró a los ojos y, con firmeza, metió sus ásperas manos dentro del canal de parto, dando un anuncio en voz alta.

—¡Aquí está la cabeza! ¡Puja, Gaelia, puja con fuerza, saca a esa criatura de ti!

La destruida mujer escuchaba la voz de la anciana, pero ya no tenía fuerzas; le dolían las piernas y sus brazos ya no eran suficiente ancla en aquel retrete. Sentía unas ganas inmensas de defecar, al mismo tiempo que un dolor quemante le desgarraba la vagina. Pujaba y pujaba sin remedio, intentando, de una vez, terminar esa lucha entre ella y ese bebé que no deseó. Los minutos pasaban y la mujer no encontraba consuelo ni paz. De pronto, levantó la mirada pidiendo que la tortura cesara, pero solo se encontró con los ojos de su marido.

William Mercay

Gaelia le lanzó una mirada rencorosa, de ira e impotencia, a ese hombre odioso que solo la ignoraba y que de vez en cuando volteaba su mirada para ver si ya había terminado. Salvador le devolvió la mirada con una sonrisa irónica, acrecentando en ella un deseo infinito de sacarle los ojos con sus propias manos, para que borrara esa risita de sus labios. Las contracciones volvieron y la labor de parto se reanudó, por lo que solo atinó a cerrar los ojos y seguir pujando como una bestia.

En un intento por dar fin a este tormento, Crisanta metió la mano, logrando acomodar al bebé con precisión e hizo un rápido movimiento sacando de un tirón un bulto oscuro y viscoso. Sigilosa, la anciana rompió la placenta, sacó a la criatura que parecía no responder, y con una navaja cortó el cordón umbilical, para luego introducir sus dedos en la pequeña boca del recién nacido, quien, manchado de sangre, vomitó un líquido negruzco, desprendiendo un llanto ensordecedor que dejaba en claro algo: ¡estaba viva!

Doce horas de dolor y contracciones por fin terminaron con el nacimiento de la pequeña Gaia, una bebé de piel morena, también de ojos redondos y profundamente negros. Tenía los pulmones llenitos de aire y la garganta dispuesta a no callar con su

William Mercay

llanto constante, estridente y ensordecedor. Al escuchar el llanto de la recién nacida, Salvador inmediatamente se levantó y huyó de la escena. Tan solo ver su expresión iracunda, daba por entender que no le interesaba la niña, perdiéndose entre la oscuridad sin importarle la intensidad de la lluvia.

Por otra parte, la madre también evitaba ver a la bebé. Gaelia parecía huir dentro de sus propios pensamientos y no escuchaba el hambriento quejido de su propia hija; mientras tanto, Crisanta, con la niña en brazos, caminaba de un lado al otro susurrando una oración, pasando suavemente su mano izquierda por el centro de su cabecita. Agitada y cansada de la actitud malcriada de Gaelia, Crisanta la tomó por la barbilla con fuerza, obligándola a mirarla a los ojos.

—¡Esto es lo que sucede cuando abres las piernas en lugar de abrir la mente! —gritó, mostrando a la niña en brazos—. Tienes una responsabilidad y ¡ay de ti, Gaelia Márquez, con que la contraria me lleves! —le advirtió—. Tomarás a la niña en brazos y dejarás que acampe en tus pechos hasta que su sed de leche esté saciada.

—¡No! —gritó Gaelia, retando a su madrina— ¡Yo no la pedí, no tengo por qué alimentarla!

William Mercay

—¡Es que no estoy preguntando si deseas o no darle de comer! ¡Te lo estoy ordenando!

Crisanta cerró la discusión con determinación, observando fijamente a Gaelia, que permitió que colocara en su regazo a Gaia, quien inmediatamente, con un instinto nato, buscó los senos desbordantes de leche de la madre y empezó a mamar, causándole un dolor agudo que provocó que maldijera la hora en que la vida de esa niña se había instalado en sus entrañas y que ahora estaba entre sus brazos.

Los días pasaron y a Gaelia no se le despertaba instinto materno alguno. El calor atravesaba las paredes del rancho como si fuera pleno verano. Gaelia no podía abrir los ojos pues las lagañas le abundaban, le dolía la comisura de sus labios resecos y agrietados, sus senos parecían querer estallar debajo de esa desgastada playera donde se encontraban sus pezones rotos de tanto dar de mamar, la vida le pesaba y la frustración le ganaba. Al menos, el ambiente era silencioso en aquel instante. Cruzó sus piernas y se incorporó en el colchón, frotó sus ojos y, cuando por fin pudo ver con claridad, se encontró con un escenario diferente. Vio cómo el pequeño cuerpo de la bebé reposaba a su lado envuelto en unos trapos y sintió como si un interruptor encendiera un pensamiento en su cabeza,

William Mercay

Una idea macabra se apoderaba de ella mientras ponía la mano encima del pecho de la bebé; quería saber si era capaz de estrujar su pequeño cuello hasta romperlo. Pero muy en el fondo sabía que no debía hacerle daño, era una lucha en su mente que se incrementaba junto al sonido de un chirrido que aturdía su tímpano, hasta que su hijo Gustavo, de tan solo tres años, le tocó la mano con delicadeza, volviendo en sí a Gaelia. Se puso de pie, pasó a un lado de los infantes sin preocupación alguna y como si le hablara a un adulto comentó:

—Ahora la niña es tuya, Gustavo. Si tanto te gusta, pues quédate con ella. A ver si me dejan en paz y paran de llorar y de hacerme enloquecer.

La madre de Salvador llegó a la vivienda rebosante de emoción por la llegada de Gaia a la familia. Doña Eva era una pequeña y delgaducha mujer que derrochaba dulzura maternal, pero que, a falta de carácter, había criado a un hijo machista, lleno de vicios y mala vida. La inexistencia de límites en su educación fue el alimento de aquella personalidad detestable que Salvador poseía. Por su parte, doña Eva nunca intervenía en la vida marital de su hijo, pero cada vez que podía, acogía a Gaelia con cariño y más ahora que la había hecho abuela de una mujercita.

Ya por la tarde, doña Eva se dispuso a alimentar con caldo de pollo a Gustavo, mientras Gaelia, con la bebé en brazos, caminaba de un lado a otro del rancho tarareando en voz alta, exhausta y descompuesta por los días que tenía sin poder dormir bien. De pronto, empezó a sentir que su corazón se aceleraba y sus alarmas internas se encendían; detuvo su andar y clavó su mirada en un infinito invisible. Sin poder siquiera parpadear, lágrimas gruesas caían por su rostro, una tras otra, mientras que la bebé se aferraba a su pezón. El miedo, ese miedo que le secaba la boca y le erizaba los vellos de la nuca, esa sensación de desesperación que paralizaba su cuerpo y llenaba su pecho de una angustia, hizo que por un instante se perdiera en su mente, sorda ante cualquier palabra, ciega ante cualquier hecho.

Gaelia había palidecido y, sin quererlo, había cerrado sus puños, apretando los bordes de la playera que aquella tarde vestía. Lloró con la ansiedad y la angustia de no estar viviendo la vida que merecía, paralizada, iracunda ante su realidad.

Doña Eva alimentaba al pequeño Piero cuando se percató del repentino cambio de Gaelia quien, inmóvil y con sus ojos llenos de lágrimas, parecía que iba a colapsar. Rápidamente, la suegra

William Mercay

reaccionó, agarrándola de los hombros e intentando estabilizarla, poniéndola en cuclillas.

—¡Gaelia! Hijita, ¿estás bien? —decía doña Eva, temblorosa.

Gaelia, con dificultad, se puso en pie. Con una mirada desorbitada y un grito mudo en su interior, quebrando la mandíbula y encorvando el cuerpo, observó a su bebé y con brusquedad intentó lanzarla como un bulto contra el piso. Doña Eva, por instinto y en un acto de fe, saltó y se hizo con la niña en brazos, logrando alcanzarla antes de que tocara el suelo. Sin saber qué decir o hacer, la madre de Salvador se incorporó y, de una bofetada, trató de traer a Gaelia de vuelta, pero solo logró que el grito atorado saliera con fuerza ensordeciendo el pequeño espacio del rancho.

—¡Arañas, arañas! ¡De la maldita niña salen arañas!

Aterrorizada, Gaelia se hizo bola en un rincón de la vivienda, repitiendo que de Gaia salían arañas, que en los ojos de la niña podía ver las patitas, múltiples patitas asomaban por los orificios más pequeños, que las cabezas de las arañas entraban y salían por la nariz redonda de la pequeña. Gaelia estaba segura de que mientras estaba pegada a su

William Mercay

pecho, dichas arañas se escabulleron por sus pezones y ahora estaban por todo su cuerpo y dentro de su leche. Además, escuchaba un pitido que no la dejaba pensar y la desorientaba, por lo cual, intentando apagar esa horrible sensación de su cuerpo, se daba pequeños golpes en la cabeza con el puño, los cuales se intensificaban cada vez más. Doña Eva, para ir a controlar a Gaelia, dejó rápidamente a Gaia sobre la cama junto a los otros niños, quienes, asustados, estaban en un rincón cubiertos con una sábana; pero solo presenció cómo su nuera ahora estrellaba su cabeza contra el muro, quedándose inconsciente.

La tarde transcurrió y doña Eva quedó agotada después de curar la herida que se hizo Gaelia en la cabeza. Tras dejarla recostada, se acomodó en un improvisado mueble hecho de mimbre, acariciando a sus nietos que se encontraban aterrados. De repente, un fuerte sonido la asustó: era su hijo Salvador, que abrió la puerta de un golpe con unos víveres en la mano.

Ya de noche, doña Eva dejó dormidos a Gustavo, Piero y Gaia y se dispuso a retornar a su casa, dejando a su hijo al cuidado de Gaelia y sus nietos, pero Salvador solo se quedó viendo el estado de vulnerabilidad de su esposa. Con las caderas amplias y el pecho a punto de explotar de leche era

William Mercay

deseable; despertaba sus instintos más oscuros. Su mirada brillaba y solo deseaba tenerla, domarla como si de una yegua se tratara. Gaelia sabía qué pasaría, sabía que no podría evitar la embestida de su esposo en ese instante, mas no tenía fuerza en sus piernas porque el ataque de ansiedad la había dejado devastada, así que, antes de que la fuerza de aquel hombre la lastimara aún más, cerró sus ojos y escapó, escapó en su mente: se vio vestida de señora, con un fresco conjunto de pantalón dorado a juego con hermosas zapatillas, sonreía y tarareaba una canción que hablaba de su nombre, mientras iba al volante de una hermosa camioneta con el aire refrescando su cara. En su mente, Gaelia estaba feliz y se sentía libre. En la realidad, su esposo la embestía una y otra vez con fuerza, con ganas, con esa libido que raya en el sadismo, algo de lo que el cuerpo de Gaelia no podía escapar.

Al ver a Salvador, agotado, desnudo y sudado, tumbado a su lado, Gaelia recordó a su buen amigo, su compañero, con el que solía reír, con el que jugaba a las carreras en el parque del reloj, al que le contaba lo bonito que era escuchar a su padre hablar en francés, y dentro de ella la nostalgia se instaló. No entendía cómo ese hombre que una vez tanto la cuidó, hoy solo fuese un salvaje capaz de lastimarla sin compasión.

CAPÍTULO XXV
UN RETO ARTÍSTICO

En un mundo de competencias, donde las iniciativas de éxito deben presentarse en función de la inversión económica, levantar un proyecto de envergadura como el que lideraba David Boyer necesitaba además de un impulso social que causara impacto. Esta oportunidad se presentó en la vida de él con una propuesta artística que no pudo rechazar.

El 2008 se perfilaba como un año de renovación en el aspecto laboral. David se encargaba de que cada uno de los inversionistas confiara en su visión empresarial. En cuanto a su hogar, a pesar de los cambios que hubo en la rutina de pareja, él seguía siendo un esposo cariñoso y un padre presente y estricto que garantizaba la mejor formación académica para sus hijos y, por supuesto, alimentación, salud y un hogar establecido. Pamela tenía el control de la casa y, dado el estatus que le proporcionaba su esposo en ese momento, podía permitirse ser madre a tiempo completo.

Boyer, después del desayuno que tomó en el jardín, salió de casa. Pamela le dio un beso en los labios casi imperceptible, como se había hecho

William Mercay

costumbre. La diferencia fue que aquella mañana ese roce lo sintió frío y recordó que hacía mucho que ambos dormían en la misma cama, pero no juntos. Eso le dio un aire de tristeza a su rostro, que pasó desapercibido para Pamela, quien ya no lo vio porque el programa en la televisión de la cocina parecía ser más interesante, así que Boyer subió a su carro y manejó a la oficina absorto en aquel pensamiento.

La puerta de su oficina rotulaba su nombre en letras doradas. Daniela, su secretaria era una mujer amable, de sonrisa fácil, inteligente y audaz para el comercio; él la apreciaba de forma sincera. Boyer ingresó y dos caballeros ataviados de traje ya lo esperaban con ansiedad, y en la cara de Daniela había una sonrisa que no ocultaba la emoción. También, sentado en uno de los sofás de color verde oliva de la sala de espera, con una taza de café en la mano y vestimenta extravagante, se encontraba un joven con lentes de sol tan dorados como las múltiples cadenas que ocupaban su cuello. Boyer no entendía el ambiente de emoción, supuso que posiblemente era un cliente interesado en el proyecto; no se imaginaba lo que minutos más tarde supo a puertas cerradas en privado, que aquel joven era una promesa de la bachata romántica. Darío, así se llamaba, tenía treinta años, era alto, con cuerpo de gimnasio y actitud de casanova; a ello se sumaba su

suave voz. La propuesta era clara: los managers de Darío eran unos inversionistas dominicanos que deseaban impulsar la carrera de Darío en el competitivo espacio de la bachata dominicana y, en su proceso de fama, promocionaría los autos eléctricos. Era una fórmula sencilla: marketing, inversión y, por supuesto, ganar.

El acuerdo había quedado pautado. Entre las condiciones estaría que Boyer debía hacer acto de presencia en Santo Domingo y que el lanzamiento de Darío se realizaría en uno de los pueblos más hermosos y llamativos de República Dominicana, Monte Cristi, tierra natal de aquel cantante.

La emoción por asumir aquel nuevo reto llenaba a David Boyer de adrenalina. Su admiración y gusto por la música lo motivó y así lo quiso compartir con su esposa en la cena.

—David, ¿de verdad piensas irte a República Dominicana detrás de un bachatero? —preguntó Pamela con incomodidad.

—Amor, ¡imagina lo importante que será que en los videos de Darío se promocione nuestro prototipo de auto! Es una oportunidad innegable.

William Mercay

—No sé cuándo te vas a estabilizar, no sé cuándo vas a parar y tranquilizar tu mente —dijo Pamela cabizbaja, dejándolo solo en la cocina.

La actitud de Pamela no le sorprendió, considerando que ella siempre había sido una mujer con gusto por la estabilidad y muy cuidadosa a la hora de asumir riesgos. Lo había apoyado en cada uno de sus proyectos de forma responsable y trabajado lado a lado, pero siempre, en cada inicio, ella se mostraba un poco distante y aprensiva. En esta oportunidad existía una condición para la que quizás no estaban preparados, y se trataba del factor distancia. David, sin embargo, no estaba dispuesto a perder esa oportunidad y empezó a idear las fórmulas correctas para que Darío fuese una estrella en poco tiempo. Aceptaría el reto y lo haría triunfar; ambos conseguirían el éxito anhelado.

William Mercay

CAPÍTULO XXVI
VALOR Y ORGULLO

La violencia de género ha sido un tema que por décadas ha afectado a las mujeres de todas las edades y condiciones sociales y económicas a nivel mundial. En un alto porcentaje de ocasiones, esta viene atada de forma intrínseca a la violencia sexual. Las denuncias recibidas son escasas y en muchas ocasiones ignoradas de manera frontal por las autoridades debido a que los agresores tienden a ser familiares cercanos. Y, peor aún, en caso de tratarse de violencia sexual en el lecho matrimonial, se pone en duda de ser calificada como tal, por el hecho de que el agresor es el esposo, pareja o novio de la agredida.

Gaelia estaba adaptada a un trato violento desde niña; no tuvo la educación o información necesaria que le permitiera separar el amor de la violencia. Salvador fue su buen amigo y con el tiempo el amor se hizo presente en ambos, por eso ella jamás imaginó un cambio tan drástico como el que él tuvo. Después de tres hijos y tras años de convivencia, Gaelia ya no sentía amor, más bien repudio por quien compartía su lecho.

William Mercay

Gaelia abrió los ojos observando la hora en el viejo reloj que adornaba el interior de la casa de doña Eva, su suegra. La despertó el calor nocturno, se sentía la humedad de un horno entre ella y la fina sábana que cubría el colchón; los niños dormían con su abuela en la cama grande. Esa noche Gaelia y los niños se quedarían acompañando a doña Eva. La puerta se abrió y entró Salvador tambaleándose de un lado al otro; el olor a licor barato inundaba el ambiente. Gaelia pudo ver cómo la miraba a la distancia mientras se desabrochaba, o hacía el intento de desabrochar el botón principal de su pantalón. Caminaba murmurando palabras que Gaelia no entendía. Llegó hasta el colchón con el miembro afuera, tomado con la mano derecha en un proceso de masturbación grotesca mientras le decía «debes atender a tu hombre». A Gaelia se le secó la garganta, parecía tener arena. Cerró los ojos como si eso le ayudase a desaparecer, y en ese instante sintió la violencia de la penetración. En seco su piel se desgarraba, ardía, picaba, dolía; él solo jadeaba, hasta que finalmente la borrachera le ganó, y quedó allí, desmayado con el miembro flácido dentro de la cavidad vaginal de su esposa.

La mañana llegó y con ella el desayuno. Los niños corrían y doña Eva cuidaba de ellos con dedicación. Gaelia, por su parte, se sentía harta,

asqueada, enojada; su sensación de ira era superior a cualquier otra. La frustración de estar atada a un matrimonio que solo le traía miseria económica y emocional la convertía en un animal con el deseo de huir. Recordaba que un día, sin imaginarlo, amaneció en casa sola con sus hermanos y su madre no se encontraba. Quizás por aquel amargo recuerdo fue al rancho dejando a los niños con su suegra; al llegar sacó las pocas pertenencias de Salvador y las lanzó afuera. Ese día se aseguró de que él no volviera a casa, pues encontraría a una mujer muy distinta a la que conocía. Nunca más podría volver a tocarla.

La vida después de la separación se tornó más libre y descansada. Doña Eva se encargaba de sus nietos en ausencia de Gaelia, lo que le permitió desarrollarse nuevamente en el banco y hacer algunas amistades de valor. Era innegable la habilidad de aprendizaje de Gaelia, pero también dejaba evidente lo buena que era para el arte de la manipulación. Una tarde como cualquier otra, antes de que el banco cerrara sus puertas, ingresó una dama de traje elegante y tacones finos que hacían eco en el blanco suelo con cada pisada, dejando un aroma a perfume caro de tonos ácidos en el ambiente. Fue directo a la caja donde Gaelia se encontraba y en voz baja y con la educación que solo se recibe en el hogar, le informó que ella era la esposa de André Carbajal.

William Mercay

Mirándola retadoramente a los ojos, Karina Andrade le exigió dejar de acostarse con su esposo, respetar a su familia y su lugar de trabajo y, sin darle tiempo para una respuesta, dio la vuelta y se retiró de la oficina bancaria.

La noticia del reclamo a Gaelia duró semanas dando vueltas entre los pasillos, de boca en boca para los compañeros, pero ella supo manejarla: bajando la voz y dramatizando a su favor, fingía que no sabía que aquel abogado era casado y, además, aseguraba que ella solo había aceptado una cena, nada más allá. Al final, Gaelia ganaría nuevamente su posición de popularidad con astucia.

CAPÍTULO XXVII
LA CRISIS DE LOS CUARENTA

Durante años se ha hablado de los efectos de la menopausia en la mujer. Han sido miles de investigaciones encabezadas por hombres y mujeres de ciencia intentando entender el proceso mediante el cual la producción de estrógeno se reduce en la fisiología femenina. En paralelo a esta realidad científica, se le ha dado eco a creencias populares referidas a los diferentes cambios en la personalidad y sexualidad de la mujer desde que afronta este proceso natural, hasta superarlo. Pero esta etapa de cambios no solo la viven las féminas; también los varones pasan por procesos de disminución hormonal, donde la testosterona no aparece en las mismas cantidades y, a consecuencia de esta situación, los caballeros asimismo atraviesan un proceso denominado andropausia, entre los cuarenta y los cincuenta y cinco años. Los efectos no solo se limitan a la virilidad, también se muestran cambios emocionales determinantes, los que socialmente llaman «la crisis de los cuarenta».

David Boyer era un hombre exitoso que había logrado levantarse desde cero en más de una oportunidad. Su familia estaba en buena posición,

podía costear la mejor educación para sus hijos, tenía proyectos de gran envergadura a nivel internacional y aun así se sentía vacío. Hacía mucho la rutina se había instalado en su casa y, lo que es peor, en su lecho matrimonial. Una mañana se descubrió observando su reflejo en el espejo; su rostro lucía molesto, ansioso, no sentía tener el físico de antes: se acercaba a una velocidad vertiginosa a los cuarenta. Había peleado con Pamela acerca del proyecto en Monte Cristi pues a su esposa no le gustaba la idea de que se marchara solo, pero él sentía la necesidad de hacer esto por sus propios medios antes de seguir sintiendo que se ahogaba en su propia piel.

Era curioso cómo, a pesar de todo el éxito que acumuló en su carrera, eso no fuese suficiente para él, que aún no se sentía el inventor innovador que había soñado de niño. Sí, su talento fue reconocido y cambió la vida de unas cuantas personas; pero cambiar la vida de toda una comunidad alejada en un país como República Dominicana era una oferta a la que no se podía negar, por mucho que Pamela estuviese en contra de aquello. Debía hacer más antes de envejecer. Aquel pensamiento lo recorrió como un escalofrío e hizo brotar de sus labios una risa amarga. No es que realmente estuviese viejo o sufriera de algún achaque, pero veía el tiempo pasar, y pasar con él, asentado cada vez más en una comodidad

perpetua. La búsqueda de ideas se había resumido a las labores propias de llevar adelante una empresa, pelear con la burocracia, los impuestos, los empleados, una u otra cosa. Todo se volvió rutinario.

Se levantaba temprano, se despedía de sus hijos, de su esposa, iba a la oficina, se encargaba del papeleo y punto. No recordaba la última vez que hizo algo solo por entretenimiento. Por otro lado, la relación con Pamela se enfrió bastante, ni siquiera estaba muy seguro del porqué; tal vez fue debido a la misma rutina o a la manía de Pamela de mantenerlo con los pies en el suelo cuando él podría volar hacia más grandes horizontes. Es cierto que en lo económico nunca le había faltado a su esposa, de cara al mundo eran la pareja perfecta; no obstante, por dentro, el vínculo entre ellos era otra cosa. Pamela se desvivía por sus hijos, y si bien David también los adoraba, era de la creencia que ellos tuvieran mayor libertad para enrumbarse de la misma forma en que él lo hizo; no comprendía los afanes sobreprotectores de Pamela y lo hartaban un tanto, mas era paciente en lo que podía. Su mejor forma de lidiar con todo aquello era alejarse un poco y dejar que los chicos hicieran sus cosas. David tenía altas expectativas en ambos, quería que siguieran de alguna manera su legado; aunque, por otro lado, verlos crecer tan aceleradamente también era un

William Mercay

signo de cómo el tiempo pasaba implacable contra él.

La crisis de los cuarenta le estaba pegando fuerte, sin duda. Aquello que antes le daba felicidad ahora se sentía rutinario y sin sentido. De alguna manera se había desviado del camino que idealizó, aquel que se trazó de joven. Sí, era un empresario, uno exitoso, pero comparado con otros innovadores de su edad había hecho muy poco para ganarse el ansiado título de inventor, para dejar huella en el mundo, su legado. Estaba cansado, apagado, mortalmente aburrido y era eso lo que más lo exasperaba; por otro lado, le daba ansiedad pensar en qué sería de su vida si permanecía en el mismo camino. ¿Llegaría a algo realmente importante así? El reconocimiento que le fue otorgado valía mucho para Colombia, el país en el que estaba, pero para el resto era solo un documento más que por cuestiones burocráticas no se pudo concretar.

Es por tal motivo que el viaje llegó en un buen momento. Tomar distancia de todos los problemas que tenía en mente, descansar un poco de la presencia agobiante de Pamela, de las obligaciones propias de la empresa, y enfocarse en un nuevo proyecto, era lo que necesitaba para sentirse vivo otra vez. Si su esposa no comprendía aquello, era algo que

no podía cambiar, pero no dejaría de embarcarse a la aventura. No es como si se fuese a vivir a Monte Cristi, solo necesitaba supervisar los avances del futuro proyecto y eso era todo. Reiniciaría el sueño de los autos eléctricos, en un destino que, según le comentaron, era paradisíaco. Así que cuando sus nuevos socios se lo indicaron, tomó el primer avión hacia República Dominicana y partió hacia Monte Cristi.

William Mercay

CAPÍTULO XXVIII
PEDIDO A LOS SANTOS

El 4 de diciembre, Gaelia ingresó a toda prisa a la humilde vivienda perteneciente a Crisanta, quien, llena de paz y en comunión con el silencio, ignoró su presencia. Gaelia se detuvo delante de ella con desesperación y, hambrienta de ambición, de su boca salieron palabras de exigencia y ruego: «Madrina, entregaré lo que sea necesario para que un hombre de poder y posición se vuelva loco por mí y haga lo que mi voz mande». Crisanta, ya de setenta y cinco años, sin levantar la mirada, haló de su tabaco y con la calma de quien conoce los caminos respondió: «De rodillas ante tu madre Oshun, será tuya la riqueza, la belleza y no existirá hombre que a Gaelia le diga no».

Crisanta tenía el don de la magia y el conocimiento de las antiguas prácticas yorubas, con las que había logrado sobrevivir de forma digna. No obstante, ella no era practicante de las ciencias oscuras, procuraba no realizar trabajos por caprichos pues sabía que «el santo concedía, pero el muerto cobraría». Pero para ella, Gaelia era un punto débil, podía recordarla cuando tan solo era una bebé en los brazos de su madre, Martha, quien siempre fue amiga

y por desacuerdos religiosos entre ellas solo quedaba la distancia. Sin embargo, siempre trató con cariño y disciplina a Gaelia, quien nunca se había interesado por la religión, hasta ahora.

Esa tarde, el lugar era consumido por la humedad que hacía sentir que los treinta grados de calor eran el mismo infierno. El silencio aturdía, mientras que los olores de ramas y esencias invadían el espacio gris donde la anciana sospechaba que no había ya remedio alguno y sentía que algo cambiaba en la naturaleza de Gaelia. Ambas mujeres, frente a frente, con vestidos blancos teñidos de sepia por la acidez del sudor, se disponían a hacer caer los caracoles, llamando así el signo en Ifá que diera presagio de abundancia y triunfo para Gaelia. La anciana emitía oraciones en lengua lucumí invocando a los santos.

—Elegguá, ábrele los caminos; Shangó, que triunfe en esta batalla; Obbatalá, que domine con inteligencia; Oshun, entrégale a tu hija los dones de la sensualidad…

Palabra tras palabra, una y otra vez caían los caracoles sobre la estera, decretando los números, trece - siete - nueve, ante la mirada serena de la anciana y la ansiedad de Gaelia.

William Mercay

—Los santos han hablado —manifestó finalmente la santera, tomó aire y con firmeza agregó—: Gaelia, de tierras lejanas arribará un hombre de noble alma, inteligencia financiera y personalidad imponente. Su presencia representará un reto para ti, él no es tan común como para caer preso de tus caderas, pero será Oshun, a través de ti, quien dome su espíritu. Por ti todo dejará, a ti todo te lo dará, pero no debes olvidar esto: los caminos que abre Elegguá, Elegguá los cerrará si traicionas tus raíces. Con la sangre que hoy pactas tu triunfo, debes alimentar a los santos con agradecimiento en el camino.

En ese instante, las palabras de la anciana se vieron opacadas por el berrear de un pequeño chivo color crema que era halado desde una soga por un niño delgado, lleno de tierra, nieto de la anciana, de no más de ocho años. Crisanta se puso en pie y fue solo en ese momento cuando se pudo observar su oscura piel arrugada caer en los pliegues de sus piernas; sus pies cuarteados por la resequedad y el descuido expedían un vapor con un olor nauseabundo que se escapaba debajo de su larga falda blanca. La santera, con una fuerza que no es justificada con su físico, tomó al animal de cima de su cabeza y, sin piedad alguna y con cuchillo en mano, lo degolló, vertiendo toda la sangre sobre

William Mercay

aquella sopera color dorado donde se encontraba guardada la magia de la diosa Oshun.

—Has pactado hoy, Gaelia Márquez —dijo la anciana mirando a la esbelta y atractiva mujer—. El pacto de hoy incluye tu fortuna y tu futuro. Serás bendecida siete veces siete y todos tus deseos serán cumplidos en abundancia, pero no puedes olvidar que cada séptimo día del séptimo mes debes alimentar con sangre pura este pacto, de lo contrario, todo lo perderás.

Los labios de Gaelia se separaron suavemente, dejando ver una turbia y ahuecada sonrisa que escondía algo de dudas y preguntas, pero sobre todo una malicia que la carcomía.

—Madrina, ¿ahora qué debo hacer? —preguntó Gaelia.

—Debes ir a casa y ser paciente —le contestó Crisanta con un tono de decepción al ver tal grado de ambición de su ahijada, y añadió—: Baña tu cuerpo con agua florida y al final de la tarde ve al parque del reloj, justo cuando caiga el sol. Sé atenta a las señales, recuerda que nuestro tiempo no es igual al del reloj. Cuando veas a este hombre lo reconocerás por su impecable imagen y personalidad. Él será tu hombre y tú serás su hembra.

William Mercay

Ya caída la tarde, el sol amenazaba con ocultarse. Gaelia, de paso rápido y destilando olor a flores húmedas, se dirigía rápidamente a la plaza de su pueblo, tal y como se lo había indicado su madrina. Sus ojos buscaban ansiosos aquellos detalles que marcaban la diferencia en el hombre que cambiaría su vida. Se sentó en los bancos de la plaza, donde pensó que la luz del atardecer iluminaría su belleza, pero con el paso de los segundos la ansiedad aumentó y empezó a caminar frenéticamente, transformando su semblante de casi adolescente ilusionada a facciones más duras, frías y calculadoras.

—¡Maldición! —expresó para sus adentros, con la dentadura apretada. Maldijo y maldijo como el gruñido de una perra en celo, pero, aun así, renegando de su suerte, esperó y esperó pacientemente a un hombre que jamás llegó.

Al día siguiente, luego de no ver cumplida la palabra de la santera, su furia se hizo presente. Se levantó del colchón, las gotas de sudor corrían por su brillante piel. En el fondo, se escuchaba el llanto agotador y desesperado de Gaia, quien era observada tímidamente por sus hermanos. El hambre, la sed, el calor y la incapacidad de la inocencia no daban paso a la calma y esto desesperaba a Gaelia, cuyo instinto materno parecía no existir. Enloquecida, ignoró las

necesidades de sus hijos y salió como una leona en cacería, rumbo a la casa de su madrina.

Al llegar, casi tumba la puerta para abrirla.

—¡Eres una timadora! —le gritó a la anciana—. Me he bañado en flores, he recorrido todo el parque antes de la caída del sol y nada pasó. ¡Tus santos me han estafado, tu sangre no es sagrada!

La anciana levantó la mirada desde el sillón donde se encontraba descansando, y con suavidad le advirtió:

—Al que espera desde la esperanza en la vida cualquier sueño lo alcanza; pero aquel que no posee paciencia, cualquier sueño lo convierte en una mala experiencia.

Gaelia vivía tensa. En su cabeza existían voces que le hacían solicitudes: belleza, fortuna, poder; estos eran los nombres de sus obsesiones. Estaba convencida de que el universo escuchaba su voz. Su pudor era igual a cero y sus expectativas tan altas que no importaría los recursos que tuviese que utilizar para alcanzarlas, de ello segura estaba. Su mente divagaba entre los miles de posibilidades y factores que le permitirían llegar a la meta, quizás sea por Guillermo Hernández, el gerente del banco donde

William Mercay

ella trabajaba, o por André Carbajal, el abogado que había preferido su matrimonio antes que a ella. Sea como fuere, estaba segura de que su poder era tal, que convencería a las estrellas de crear una realidad a su favor.

William Mercay

CAPÍTULO XXIX
COSTA PARAÍSO

Los asientos estaban helados debido a la temperatura del aire acondicionado del aeropuerto Palonegro de Lebrija, en la ciudad de Bucaramanga. Boyer se sentía fresco, el calor afuera se acercaba a los treinta grados, así que la espera en aquella sala estaba siendo agradable. Aprovechaba el tiempo visitando páginas desde su móvil, para hacer una investigación de campo sobre su nuevo destino, el pueblo de Monte Cristi, provincia al noreste de República Dominicana.

Un par de horas después, de la bocina salía una agradable voz de mujer llamando a los pasajeros del vuelo con destino a Santo Domingo, República Dominicana. Se puso en pie y se acercó a su puerta de ingreso con su maletín de mano y su sonrisa franca, al agradecer la confirmación de aquel boleto.

El viaje hasta Santo Domingo fue todo lo tranquilo que cabía esperar. David Boyer llegó al aeropuerto de Las Américas en donde uno de sus contactos lo esperaba con un cartel. Se llamaba Manuel, y lo guio hacia el hotel en Santo Domingo en el cual pasaría la noche antes de embarcarse a Monte Cristi. Había algunos detalles que tenían que

William Mercay

coordinar, y el cansancio del viaje lo tenía molido, por lo que aprovechó la lujosa suite en la que se hospedaba para darse un buen baño y dormir un poco; fue la primera noche en mucho tiempo que pudo descansar tranquilo por completo.

A la mañana siguiente, optó por ir en auto para poder deleitarse y conocer los diferentes paisajes de la isla. El viaje duraría unas cuantas horas, en las cuales se dedicó no solo a observar, sino a captar con su cámara cada espacio interesante que veía.

El aire caluroso del Caribe hinchaba sus pulmones. El sol, el ambiente había inyectado en él una nueva dosis de adrenalina. David se encontraba ansioso por llegar y empezar con el proyecto; tenía toda una lista de cosas por hacer. Lo principal era coordinar el video del lanzamiento de la primera bachata de Darío, *Me hechizas*, donde se exhibiría el prototipo del auto eléctrico y, por supuesto, debía contar con el personal necesario para su producción, pero antes de eso, buscar un lugar en donde instalarse cómodamente.

Monte Cristi era conocido por ser cuna de quienes gestaron la independencia de Cuba, también por sus pintorescas playas y por haber sido, no hacía mucho, un puerto importante para República Dominicana. Existían muchos proyectos para realzar

aquella provincia y sacarle provecho a todo su potencial turístico y económico.

El proyecto de los autos eléctricos sería innovador, ecológico y traería mucho turismo a la zona, lo que era parte de toda la iniciativa. Sus socios querían que tuviera mayor participación en la empresa y en los trabajos a realizarse en el pueblo, pero él insistió en que, inicialmente, su función sería supervisar directamente el marketing y lanzamiento artístico de Darío. Boyer tenía una visión impresionante para los negocios y su vena artística le daba la sensibilidad necesaria para llegar a impactar en el público. Se sentía seguro de poder sacar a Darío al estrellato.

Las cosas con Pamela no habían quedado muy bien cuando decidió hacer este viaje; la relación era tensa, decolorada de esos matices de sus primeros años que los hizo estar juntos, ahora todo parecía reducirse a los hijos y al trabajo. Él bloqueó ese hilo de pensamientos; por lo menos, mientras estuviera en Monte Cristi, dejaría la preocupación por su matrimonio atrás y se dedicaría a lo que vino: sacar adelante su proyecto y hacer brillar al pueblo con el poder del sol, pensaba con optimismo.

El calor agobiante lo recibió al llegar, pero encontró un ambiente tal cual esperaba, una ciudad

William Mercay

un poco más que un pueblo, con playas paradisíacas, gente amable por todos lados. Sería una gran aventura, se dijo a sí mismo, y volvió a respirar profundamente el aroma del mar que lo rodeaba. Bajó del auto con sed y algo de hambre luego de tan largo viaje. Antes de dirigirse a buscar en dónde quedarse, le propuso a Manuel ir a tomar algo; este lo llevó a un establecimiento cercano, fresco, muy parecido a una cafetería de la costa. No era muy grande, pero al parecer se encontraba bien abastecido. Tomó algunas bebidas energéticas y unos snacks antes de ir a pagar a la caja. En la silla de madera, sentado sin bajar sus lentes de sol, preguntó a Manuel:

—¿Encontraste la casa para instalarme?

—Sí, todo está arreglado, es un departamento pequeño con vista al mar, allí estarás cómodo. También te vamos a proporcionar un auto para que te movilices cuando estés acá. Todo está arreglado.

—Agradecido estoy con todas las atenciones, Manuel, pero debemos poner en marcha el trabajo. Esta semana realizaré un casting, quiero mujeres de la zona, jóvenes y bonitas.

—Perfecto, haré los arreglos correspondientes.

David se instaló en el departamento. Aquella soledad en un lugar tan hermoso parecía hacerle bien, su alma sentía algo de paz después de tanta batalla. Se dispuso a hacer la descarga de su idea en su computadora portátil: ahora su enfoque debía ser artístico y estaba seguro de que se avecinaban cambios, lo podía presentir.

William Mercay

Capítulo XXX
La Rebeldía De José Gabriel

José Gabriel Boyer era un niño inteligente, afortunado en muchos aspectos; su familia tenía una posición acomodada y él estudiaba en las mejores escuelas, incluso había logrado adelantar un curso, esfuerzo que realizó empujado económicamente por su padre, quien quería verlo sobresalir tal y como él mismo lo hizo. José Gabriel quería cumplir con estas expectativas porque lo amaba y hacerlo sentir orgulloso era una de las principales metas de su vida. Su padre era una de las personas a las que más admiraba y en realidad quería llegar tan alto como su papá lo había hecho. Por eso, no importaron las horas de estudio y el sacrificio que tuvo que realizar. Fueron momentos de mucha presión, pero lo consiguió, solo que no pudo imaginar que ese logro, saltar tan rápido a la secundaria, cambiaría su vida.

Su padre era exigente con él y su madre, por su parte, nunca dejaba de expresarle lo orgullosa que estaba de él y lo protegía y cuidaba con mucho amor. Pero ambos padres no pensaron en las consecuencias que tendría para José Gabriel adelantar un año escolar. Era el más pequeño del salón, pero por su carisma sus compañeros lo recibieron de buen

agrado. Sin embargo, en secundaria comprendió que tener una ajetreada vida social no es compatible con obtener las mejores notas como en primaria. Durante aquellos sus primeros años en la escuela, José Gabriel se había esforzado mucho por complacer a sus padres, en especial a su papá, pues era la única manera de llamar su atención en estos días, con lo ocupado que siempre estaba con sus proyectos o empresas.

En primaria es más sencillo, ahí los niños tienen tiempo para jugar, no se les exige demasiado. En la secundaria, en cambio, el estudio es la prioridad, puesto que en esta etapa los adolescentes deben comenzar a tomar decisiones sobre la carrera que estudiarán. Sin embargo, algunos de ellos se dejan llevar por las emociones de aquello que los rodea y eso fue lo que le sucedió a José Gabriel, para quien las tardes de estudio se volvieron tardes de videojuegos, y las reuniones de grupo de estudio siempre eran una buena excusa para jugar cualquier cosa, conversar, reunirse con amigos. Habiendo vivido tan presionado, aquel cambio fue un respirar. Hasta ese momento no se había dado cuenta de hasta qué punto ser un niño bueno representaba estar sujeto a las reglas que sus padres establecían.

William Mercay

Le gustaba quedar con sus amigos fuera de clase. Su mamá no ponía peros, pues creía que era para estudiar, cuando en realidad iban a casa de uno de ellos a jugar videojuegos y perder el tiempo. Su papá, por otro lado, estaba demasiado ocupado en sus propios asuntos como para que eso le importara.

—José Gabriel, esta tarde tenemos partido en donde Díaz. No falte, ¿¡eh!?, necesitamos su apoyo —le expresó unos de sus amigos.

—¡Claro! —respondió encantado de saberse necesitado, de ser parte del grupo, de tener amigos. Si bien es cierto, en primaria no había carecido de amistades, ahora era completamente diferente: aquí había amistad y complicidad. Nada tan emocionante como reunirte con tu grupo de gente a jugar, contar y hablar de cosas de adultos, tal vez de chicas, de fiestas, de esas cosas; salir con los amigos a dar vueltas, a jugar con la patineta o hacer algún desmadre. Era todo nuevo y emocionante. Pero entre ese nuevo y emocionante mundo no había sitio ni ganas para los estudios.

—José, estas notas son una vergüenza, esperaba más de usted —dijo su profesor de matemáticas en cuanto le entregó la nota de su último examen.

Algunos de sus compañeros se rieron, y él se rio también para no verse fuera de lugar.

—Lo siento, profe, no tuve tiempo de estudiar —respondió sin ápice de vergüenza. El profesor volteó a verlo y frunció el ceño; sin embargo, prefirió no perder el tiempo y siguió entregando notas.

José Gabriel observó la hoja con marcas rojas y la arrugó. Creía que podía mejorar eso, no era la gran cosa.

No obstante, se acercaba una fiesta importante donde estaría Micaela, la niña que lo había hechizado, y nada más voluble que un adolescente enamorado. Así que el tiempo se hizo corto para estudiar y, además, todos esos textos y ejercicios eran tan aburridos… no dejaba de decirse a sí mismo que mañana repasaba, que mañana tendría tiempo para cumplir con la tarea. Siempre mañana, solo que cada mañana sus amigos lo llevaban por uno u otro camino de distracción y, ante eso, José Gabriel tuvo que priorizar y esa mañana de estudio terminó por no llegar.

Priorizó, por supuesto, a sus amigos. Sin ellos, sería el bicho raro del salón, el sabiondo, y ya había visto qué le pasaba a los que sabían de más: burlas y escarnio, como el caso del chico Figueroa, quien era

William Mercay

el mejor de la clase, pero sus amigos no dejaban de gastarle bromas en las que José Gabriel mismo participaba. No, no quería ser un Figueroa, le gustaba ser Boyer, el cachorro indomable, como lo llamaba su grupo, el mejor de todos en contar, el divertido, el relajado.

No obstante, ocultar sus notas para siempre era una ilusión por la que se dejó llevar hasta que el profesor se quejó con la dirección y de ahí llamaron a su madre para informar que no tolerarían tan bajo rendimiento, en una de las mejores instituciones educativas de la ciudad.

Pamela estaba enojada, pero aun así guardó la compostura. Lo sacó de la escuela en cuanto las clases terminaron y lo llevó a casa de inmediato para que pudiera explicar sus motivos.

—No sé, mamá –dijo José Gabriel, tratando de verse arrepentido—, la escuela secundaria es mucho más dura que la primaria.

—¡Claro que es así!, pero siempre confiamos, tu padre y yo, en que tú podrías con ese reto. ¿Qué está pasando, José Gabriel? ¿Qué dirá tu padre cuando se entere de esto?

—¡No se lo digas, mamá! – exclamó de inmediato el niño, sabiendo perfectamente el problema que se ganaría con su padre.

Pamela conocía también el carácter de su esposo. De saber que su hijo estaba tan mal en la escuela, sin duda le echaría en cara toda la situación. Y con la relación de la pareja pasando por una etapa de tensión, no necesitaba más problemas.

—Escúchame, José Gabriel. Tú eres un chico inteligente y, como tal, sabes la posición en la que te encuentras. Si bajas tus calificaciones aún más, podrías perder el año y nos costó mucho que llegaras hasta aquí. No querrás perder todo lo avanzado, ¿verdad?

Su hijo negó con la cabeza, luciendo arrepentido. Lo que para Pamela era buena señal, para José Gabriel era un acto magistral: si tenía a su mamá de su lado, su papá no representaría ningún problema.

—No reprobaré el año, mamá, te lo aseguro.

Pamela suspiró resignada. Confiaba en que su hijo, luego de este llamado de atención, haría lo que fuera por no decepcionarlos.

William Mercay

—Está bien, por ahora dejaremos a tu padre fuera de esto, pero debes prometerme mejorar esas notas.

—Lo prometo, lo prometo.

La promesa, sin embargo, no duró mucho. Volver a los libros no era un asunto fácil luego de haber probado lo que era sentirse libre de tanta presión. Además, ninguno de sus privilegios fue cortado, por lo que una vez más la noche de estudios se convirtió en una sesión de videojuegos en línea antes de un examen complicado. El resultado: un cero dibujado en tinta roja escalofriante.

—Vamos, José, no es para tanto —dijo uno de sus amigos—, si usted quiere podemos cambiar eso, así le presenta esta nota a su madre y ella lo dejará en paz. Intrigado, José vio cómo su amigo sacaba un lapicero con tinta similar a la de su nota y con algunos movimientos practicados transformaba el 0 en una nota satisfactoria.

Y con un truco tan sencillo, José Gabriel Boyer Giménez tenía la vida arreglada, por lo menos hasta final del curso. Su madre no notó el engaño hasta que salió la libreta de notas final y una vez más fue llamada a la escuela porque José Gabriel había perdido el año; entonces el teatro del hijo perfecto

William Mercay

que este tenía montado hasta entonces, inevitablemente, se derrumbó.

La situación no era para Pamela posible de ocultar, pues había recibido una llamada de su esposo indicando que pronto regresaría a Colombia para tramitar algunos formularios legales que tenían que ver con su proyecto. La mentira sería insostenible; por ello decidió que le diría la verdad a David cuando volviera a casa. En su alma, Pamela tenía la certeza de poder negociar la situación, un arreglo justo para que las consecuencias no fuesen tan duras para su hijo; al final, su corazón de madre solo le pedía protegerlo.

William Mercay

CAPÍTULO XXXI
INEVITABLES

La alarma sonó cerca de las siete de la mañana. David abrió los ojos con algo de pereza y apagó el irritante sonido que salía de su móvil. Bajo la sábana se podía notar su erección matutina. Suspiró, quizás recordando la fría despedida que le había dado su esposa al salir de Colombia, quizás añorando aquel ímpetu que produce el estar enamorado. Pero había una realidad, no había tiempo para pensar en amor; tenía en sus manos la producción del video musical que impulsaría su proyecto automovilístico que había soñado desde niño. Se incorporó y puso sus pies descalzos en el suelo frío, limpio y duro. La percepción del contacto de la cerámica con sus pies desnudos le daba una sensación de estabilidad y a la vez de temor, quizás ese miedo natural a los nuevos comienzos.

Del otro lado del pueblo, Gaelia se instalaba en la cabina correspondiente a la caja bancaria en la cual laboraba hace un año ya. Esa mañana en particular se sentía abrumada, buscaba con la mirada a Guillermo, necesitaba con desesperación un desahogo. Su objetivo se podía ver al otro lado de la oficina a través de los cristales del cubículo que

señalaba en la puerta su nombre en letras distinguidas negras. Gaelia tomó una carpeta con documentos, se puso en pie y cuando se disponía a ingresar al espacio de gerencia, Helena, empleada destinada a la recepción, la detuvo.

—Gaelia, ven, mira esto —dijo con una sonrisa blanca y extendida.

Gaelia se acercó hasta Helena y observó lo que en la pantalla del ordenador le mostraba: la red social Facebook se encontraba abierta y en ella una publicación colorida con la imagen de un buen amigo de la zona, Darío. En esta se anunciaba la solicitud de jóvenes para un casting. Las seleccionadas recibirían una buena remuneración por su participación en el videoclip de lanzamiento del cantante. Al inicio, Gaelia no parecía tener interés, pero decidió ceder ante la insistencia de Helena y así fue como coordinaron, al salir de sus labores cotidianas, presentarse en aquella audición. Al final, el ingreso extra no le caería nada mal, tampoco el reconocimiento.

La hora del almuerzo había pasado hacía un buen rato, pero David no lo había notado. Las diversas actividades que se avecinaban ante el lanzamiento musical de Darío lo tenían absorto en ideas y pensamientos. El orden de actividades era:

William Mercay

lanzar el sencillo, que el videoclip obtuviera muchas vistas en las plataformas musicales, realizar un concierto a un costo accesible y, por supuesto, en cada uno de los pasos, la presencia del prototipo de auto eléctrico, brillante, pequeño, cómodo y sustentable. De pronto el estómago ardía, el hambre se hacía presente y Manuel y David buscaron un lugar cercano y fresco para comer. Sentados frente a frente, conversaban sobre el espacio donde se realizaría el casting y lo conmocionado que se encontraba Facebook con más de mil comentarios de personas de Monte Cristi y sus adyacencias. Eran muchas las muchachas que deseaban asistir, unas por dinero, otras por fama, pero todas jóvenes, morenas, alegres y con la edad ideal, entre veinte y treinta años.

Las cinco de la tarde en punto. El banco cerraba sus puertas. Gaelia entró a los sanitarios quince minutos antes porque su ropa interior estaba mojada como resultado de los apasionados besos y caricias que Guillermo le había dado detrás de la escalera de urgencias, a escondidas, como siempre, de las vigilantes cámaras y los curiosos empleados, aunque era un secreto a voces el romance que desde meses atrás mantenían el gerente y Gaelia. Helena entró en el baño y la apresuró con emoción, juntas partirían a la audición. Ya afuera se encontraba el taxi que las llevaría hasta el lugar.

Al encontrarse la locación cerca de la plaza, la brisa era perfecta para el efecto deseado en la magia del video. El prototipo de auto creado por David lucía en el centro, con elegancia, un color azul eléctrico que combinaba con el mar, llantas perfectamente ajustadas y la marca Boyer & Asociados a los lados de ambas puertas, en doradas letras de forma elegantemente escrita. La fila de chicas en espera no era tan larga como se hubiesen esperado, pero lo suficiente como para poder elegir un par de buenos elementos que equilibraran baile, juventud y actitud caribeña. Una a una fue ingresando: debían dar unos simples pasos de bachata con picardía en la mirada. Boyer observaba con cautela y calma; no había mucho que pudiese llamar su atención más allá de una bachata bien bailada y unas caderas con ritmo exacto.

Gaelia y Helena llegaron a la fila del casting con tiempo suficiente para estar entre las primeras diez participantes. La emoción de Helena la volvía parlanchina con sus compañeras; en cambio Gaelia estaba en silencio, observando todo a su alrededor, sopesando, cuantificando, analizando. Al entrar, escuchó los parámetros expresados por el coordinado. Era algo sencillo: empezaría a sonar la bachata *Hechicera* y de allí en adelante la modelo debía ingresar de forma sensual, dar la vuelta al auto,

William Mercay

acercarse a Darío, dar un par de pasos de baile y retirarse. Gaelia quería destacar, así que, luego de los pasos de bachata, decidió tomar el riesgo y rozar sus labios con los del cantante, para terminar con una mirada pícara. Esta acción llamó la atención de Boyer, que bajó lentamente sus lentes oscuros para mirarla mejor. De inmediato le pidió a Manuel que tomara fotos a las siete seleccionadas, incluyendo a Gaelia. Ella sería la protagonista.

CAPÍTULO XXXII
PERSUASIÓN

La noticia de ser seleccionada como la imagen del video no fue sorpresa para Gaelia, a decir verdad. Su intención desde el principio fue ganar el lugar más relevante y sacar el máximo provecho de la oportunidad que claramente veía venir. Al ingresar al local de grabación observó la locación, las cámaras, los autos estacionados fuera y, por supuesto, vio aquello que quizás nadie más vería a primera percepción: a David Boyer. Su altura, contextura, olor y vestimenta reflejaban elegancia, su actitud era serena, no cambiaba su expresión o mirada por más que las aspirantes mostraran sus dotes en bachata. Boyer observaba en silencio, con discreción, realizaba algunas anotaciones y comentaba al oído de su asistente ideas puntuales.

Al volante de su auto de alquiler, David manejaba disfrutando del fresco atardecer. La imagen de aquellas jóvenes bailando de un lado al otro, el escuchar de manera repetida la misma canción, una y otra vez, había logrado aturdirlo. Necesitaba silencio, anhelaba calma y paz. En nada particular pensaba, estaba centrado en hacer realidad el proyecto y tal vez en Pamela, su esposa, quien no lo

William Mercay

había llamado hacía cuarenta y ocho horas, quizás por falta de interés, porque si algo grave hubiese sucedido confiaba ciegamente en que ella se lo comunicaría en primera instancia. Se detuvo en la playa, tomó su par de mocasines con las manos y, con los pies desnudos, sintió la arena entre sus dedos y cómo rozaban las olas su piel. Definitivamente, él necesitaba ese paraíso, ese espacio. Miró el cielo y agradeció. Grabaría aquel video y levantaría su proyecto, eso era algo seguro.

El paso del tiempo era una constante, quince días habían transcurrido hasta que por fin se grabaría la escena final del video. David se sentía aliviado, cumplir una meta garantizaría sin duda el inicio de la siguiente. Gaelia, por su parte, había grabado tantas veces los pasos y había rozado aún más los labios de Darío para el beso final, que ya se sentía un poco fastidiada porque, por más que ella intentara llamar la atención de Boyer, este se mantenía en su posición inquebrantable de director de escena y no caía ante las tentaciones que suponían sus intentos de seducción. Al contrario, parecía tener una protección especial, pero ella se encargaría de que esto cambiara, de la forma que fuese. Ese hombre representaba su pasaporte para una nueva vida.

La celebración del lanzamiento del video fue privada y divertida. A la hora de partir, Boyer ofreció llevar en su auto a Darío para evitar que este conduzca, pues tenía varias copas de más. Lo mismo les ofreció a Gaelia y a Helena, quienes debían recibir su pago. En el camino, con David al volante, Darío inició una serie de comentarios insultantes que llegaron a incomodar a las dos jóvenes, más aún porque Darío pertenecía a Monte Cristi y no estaba siendo lo suficientemente agradecido por la oportunidad que se le estaba dando. Al llegar a su destino, Gaelia bajó del auto y David procedió a darle el dinero que le correspondía; ella, negándose a recibirlo, se acercó a Darío y, mirándolo a los ojos, le dijo que debería avergonzarse de su actitud y su poco agradecimiento. La forma de reaccionar de Gaelia hizo despertar en David cierta admiración, algo que no entendía por completo, pero sucedió.

La debilidad de Gaelia siempre fue la inmediatez: quería todo para el momento y su paciencia era muy poca, tan poca como la fragilidad de sus emociones.

Frustrada, su carácter se amargaba cada día más. Un mes había pasado y nada, David Boyer aún no caía en sus redes. Pero esa mañana, sin pensar o imaginar qué desenlace tendría el día, lanzó un cubo

William Mercay

de agua helada sobre su cabeza para refrescar su cuerpo, vistió pantalones cortos, top de tiras y unas sandalias de goma. Mientras intentaba atar su cabello, se asomó a la puerta del rancho.

—¡¿Qué hora es?! —gritó.

Desde una destartalada bicicleta manejada con dificultad por un joven demasiado delgado, escuchó la peculiar respuesta:

—Hace trece minutos faltaban siete minutos para las nueve.

Ignorando a aquel muchacho, Gaelia sin más cerró la puerta del rancho y, murmurando maldiciones, se fue. La brisa golpeó su rostro como si el universo le estuviera comunicando algo; Gaelia, en su mente, solo pedía y pedía a las bondades de la magia de la tierra, pero esta vez había una gran diferencia. Ya su solicitud no era abierta, ya lo que pedía tenía nombre. Gaelia quería, deseaba, tenía empeño y esperanza en ese elegante y pálido hombre. Esta vez, ella pedía por David Boyer.

Así, caminó sin rumbo, tratando de manejar las emociones que cabalgaban en su pecho, planificando cuáles serían sus próximos pasos. Entonces, alzó la mirada y allí, al cruzar la calle,

William Mercay

estaba la casa de su madrina Crisanta; sus pasos sin sentido tuvieron por fin dónde ser refugiados. Cruzó, llamó a la puerta y como torbellino entró, sin percatarse de quién se encontraba allí. Su ego la hizo ciega y solo se dirigió a su madrina de forma frontal.

—Oshun lo trajo, Elegguá le hizo el camino para estar ante mí. Madrina, el hombre llegó, su olor, su olor enciende mis entrañas. Debo acercarme, tú debes acercarme a él y asegurarme que será solo mío y hará por mí lo que yo le pida.

Crisanta, con la calma que la caracterizaba, la observó de pies a cabeza y con su mirada la desaprobó.

—Ashé para ti también, hija mía. Te bendigo, aunque mi bendición no sea solicitada. Siempre andas como caballo desbocado, con esa alma tan bravía, y no observas a tu alrededor.

Gaelia, en ese momento, se percató de que su madrina no estaba sola: un hombre de gran tamaño y piel tan oscura como el propio carbón la acompañaba, era como un espectro. Gaelia sintió escalofríos al verlo y se quedó en silencio, no por voluntad propia, sino que por alguna extraña razón no podía emitir palabra alguna. Este hombre la miró y con una risa sarcástica expresó:

William Mercay

—Mujer, mujer… las hijas de Oshun siempre tan imponentes, tan coquetas, tan pasionales. Siempre quieren todo o nada, pero debes saber, y esto es una sentencia, a ese hombre que hoy deseas retener y dominar lo protege Shangó, ya que su hijo es. Y sí, será tuyo, pero del grado de tu avaricia será el tamaño de tu castigo, porque, óyeme bien, Shangó castiga con fuego a aquellos que tocan a sus hijos.

En medio del silencio, este caballero abrió la puerta y desapareció en las sombras. La garganta de Gaelia estaba seca, como si arena en ella hubiese; la impresión de aquella presencia quedó en su memoria para siempre. Del viaje a sus pensamientos la distrajo su madrina al tocarla. Gaelia volvió en sí y, como si de un reinicio se tratara, volcó todas sus exigencias.

—Madrina, he visto al hombre que deseo tener a mi lado. Lo he encontrado.

—Gaelia, Gaelia —dijo Crisanta con una sonrisa como si de un chiste se tratara—, tu necesidad de poder es tanta que, aunque las advertencias vengan del mismo santo, tú no escucharás. Aun así —continuó—, por el amor que te tengo te enseñaré qué harás, pero hay algo que no debes olvidar: «Lo que obligado con magia se queda, bajo la protección de Dios sin magia se irá».

—¡Deja de jugar a las adivinanzas conmigo, madrina! —dijo Gaelia luego de soltar una carcajada—, yo soy tan especial que ni tus santos ni tus muertos me podrán quebrantar. Tú solo entrégame el poder para hacer de ese hombre mío, que de lo demás yo me encargaré —le refutó a su madrina, sin ningún respeto.

Crisanta entendió que la ignorancia de Gaelia no se encontraba en su falta de estudios; su ignorancia estaba atada a las amargas experiencias de la vida que la habían endurecido y, así, con nostalgia y lástima, abrió una caja vieja de madera que tenía sobre la mesa y entregó a Gaelia un aceite.

—Úntalo en tus manos el día que puedas tocarlo; úntalo detrás de tus orejas el día que él se acerque a olerte; úntalo en tus labios el día en que él te bese. En ti solo pensará, a ti solo te deseará y siempre te verá como la más bella de las mujeres —aseguró Crisanta.

Gaelia tomó el frasco y salió de casa de la anciana, tarareando una vieja canción que llevaba por estrofa su nombre, con la ilusión de tener una realidad diferente a la que vivía.

Eran las seis de la tarde y Boyer tenía sed, pero no esa sed que se calma con agua. Era una sed

William Mercay

diferente, que le apretaba el pecho. Un whisky será suficiente, pensó. Subió a su auto y manejó en busca de un bar cercano; en el camino, a la orilla de la costa, las luces del auto reflejaron la silueta de Gaelia, que caminaba con calma y la mirada encendida. David paró el auto y le preguntó si necesitaba ir a algún lugar. Gaelia lo observó y con una media sonrisa dio la vuelta al auto para subir en él, no sin antes bañar sus orejas, labios, senos y entrepiernas con aquella solución aceitosa que le había obsequiado su madrina, todo al darle la vuelta al auto antes de subir, sin que David pudiese percatarse de ello. Gaelia subió despacio y con gracia al asiento delantero y a David lo embriagó un olor que le aceleró el corazón como a un caballo desbocado. Sus labios estaban húmedos y no podía dejar de observar la delicada línea que adornaban los labios de Gaelia y, por supuesto, saboreaba en su mente esa carnosidad.

—¿Te gustaría tomar un trago conmigo? —le preguntó al llegar al rancho de Gaelia, antes de que ella bajase del auto.

Gaelia sonrió, y disculpándose, le pidió que la invitación fuese para otro momento, pues sus hijos la esperaban en casa. Bajó del auto y con sensualidad en la mirada se despidió. Para entonces, sabía que

había logrado su objetivo: David Boyer sería su hombre.

William Mercay

Las obligaciones no deben ser soslayadas y David lo sabía. Desde joven había aprendido el valor de la responsabilidad y el cumplimiento de la palabra, de manera que no solía comprometerse en actos que no pudiese cumplir a cabalidad. Así lo había demostrado a lo largo de su trayecto como profesional, como padre, esposo y hombre. Existían compromisos en Colombia y en México a los que daba frente y, por tal razón, su estadía en Monte Cristi estaba limitada por constantes ingresos y salidas. En esta oportunidad debía regresar a Colombia, donde tenía socios inversionistas en el proyecto del vehículo eléctrico que necesitaban escuchar los avances en función del lanzamiento. Y, por último, pero no menos importante, estaban sus hijos, su educación y, por supuesto, el quiebre de su matrimonio con Pamela, que lo sentía inevitable.

Sentado en la butaca del avión, rumbo a Colombia, sintió una nostalgia que no se comparaba con el tiempo que había habitado en Monte Cristi, una sensación de desesperación por el regreso, ansiedad por coordinar todo lo necesario en tierras colombianas lo más rápido posible para poder

retornar. No podía dejar de pensar, de sentir, de oler, de idealizar a esa mujer de piel canela que tanto le recordaba a su «niña morena», la pequeña con la que jugaba al amor en su niñez. Partió con la promesa que, al volver, Gaelia sería su mujer y nada anhelaba más que anclarse en el puerto del mar de sus caderas.

El vuelo aterrizó en el aeropuerto principal de Bucaramanga y ya en las afueras se encontraba Pamela, quien tomaba de cada mano a José Gabriel y a Nicolás. Boyer bajó del avión sin la emoción del regreso, pero, al ver a su familia a las afueras, sintió la nostalgia de lo perdido; él amaba con locura a sus hijos y tenía un sentido de lealtad hacia su esposa. Abrazó a los dos pequeños que ya no eran tan niños y se prometió a sí mismo jamás desampararlos. El abrazo a Pamela fue distinto, aunque era un regreso, tenía un aire de despedida.

Su tiempo en Colombia se estaba volviendo un infierno, pues no podía dejar de pensar en Gaelia. Descubrió que su esposa le había ocultado el mal comportamiento de José Gabriel y la pérdida de un año escolar completo, lo cual lo hizo sentir profundamente traicionado, ya que él se esforzaba muchísimo para darles la mejor educación. Su hijo no solo estaba causando pérdidas monetarias, sino también pérdida de tiempo y decepción. David no

podía comprender cómo Pamela había protegido tal acción. La discusión trascendió la noche entera y él no podía callar más.

—Pamela, debemos separarnos. Nuestro matrimonio no está funcionando y eso es algo evidente. Conocí a alguien más en mi viaje, no te puedo mentir. Podemos llegar a acuerdos, mientras esté acá dormiremos en distintas habitaciones porque no te voy a pedir que compartas tu cama conmigo, pero sí deseo conservar un hogar para nuestros hijos, de ellos me seguiré haciendo responsable. A ustedes nada les faltará.

—¿Te enamoraste? —preguntó Pamela con los ojos inundados de lágrimas y el fuego quemándole el pecho.

—Me enamoré, no fue algo que busqué, simplemente sucedió. Ella es una mujer muy especial —dijo Boyer con la mirada iluminada.

—¡En esas tierras te embrujaron! —gritó Pamela llena de ira—. Pero no soy una mujer que ruega y no pienso retenerte. Si quieres terminar el matrimonio, hazlo, yo no me voy a oponer. Dormiremos en camas separadas y ante los niños seguiremos siendo sus padres. Me encargaré de que

en tu ausencia no se pierda el orden y la disciplina. Sé feliz.

Pamela salió de la habitación con el alma rota pero la dignidad intacta, con ese orgullo de mujer que todo lo puede, llorando, gritando por dentro, pero lo puede. Él estaba tan obnubilado en su emoción por volver a los brazos de Gaelia que no se percató de que en ese momento se echaban a la basura años de lealtad, trabajo duro y un matrimonio en donde Pamela fue una buena mujer y madre. Posiblemente más adelante vería la situación desde otra perspectiva, pero en esta oportunidad no había espacio para nada más.

Los días seguían transcurriendo y se volvieron complejos, no por Pamela, que conservaba su duelo en silencio y con dignidad, sino por él, que se dedicó a cubrir rápidamente todos los pendientes en Colombia para poder volver a Monte Cristi. Cuando al momento de comprar su boleto se dio cuenta de que su visa se encontraba vencida, la desesperación se apoderó de él, ya que sentía que no podía esperar más; los trámites migratorios siempre eran engorrosos y necesitaban de tiempo. David no podía manejar tanta ansiedad, necesitaba volver a República Dominicana de inmediato. Por ello, contra todo pronóstico y saltando sus estándares de moral y

William Mercay

cumplimiento de la ley, falsificó el periodo en las fechas de su visa y así pudo adquirir su boleto próximo.

Él había quedado prendado, quizás hechizado, hasta acariciaba en su PC la imagen de Gaelia. No veía el momento de aquel encuentro. Hasta que llegó el día y partió por avión desde Bucaramanga, hacia Bogotá, con escala en Panamá; desde allí continuaría a Santiago de los Caballeros en República Dominicana. Al llegar, alquiló en el aeropuerto del Cibao un sedán blanco, y sin conocer la vía emprendió el camino que para entonces era una vía llena de huecos que sorprenderían a cualquier foráneo. El sol ya se ocultaba mientras cruzaba inmensos sembríos de arroz, y en uno que otro tramo se oscurecía la vía por el humo de quema que algunos agricultores realizaban. Sin tener noción del tiempo, ya estaba a solo treinta minutos de Monte Cristi, pero repentinamente se le estalló una llanta al vehículo, como que si de un mal presagio se tratara.

Pudo orillarse en la «Curva del Diablo», llamada así por algunos lugareños de otros pueblos aledaños; observó a la derecha una pequeña choza de madera pintada de azul, la cual era alumbrada por un amarillento bombillo que colgaba en su frente y que a su vez casi se nublaba por enjambres de «hiede

vivo», una especie de chinche verde de la zona, que en temporada prolifera al punto de ser catalogada una plaga. Cuando estaba tratando de reparar la llanta podía sentir la peligrosa cercanía con la que pasaban las patanas, como eran llamados por los lugareños los vehículos de carga larga, a la vez que lidiaba con el enjambre de chinches que lo alcanzaba a momentos. Afortunadamente, un poblador que salió de la vivienda le ayudó con la llanta.

—Cuando quiera visitarme recuerde que me llamo Damián, estoy frente a la Curva del Diablo —le dijo al finalizar, mientras apuntaba a esa dirección—. ¡Vaya con Dios!

Lo cierto es que nunca más pudo encontrar ese rancho pintado de azul, pues no existía, y menos aún al frente de una curva tan peligrosa.

Al llegar a Monte Cristi, allí en una calle frente al pequeño Palacio de Justicia, pudo encontrarse con Gaelia, quien al parecer lo esperaba emocionada. Ella entró al vehículo y pocas fueron las palabras. Mientras él le tomó la cara para besarla apasionadamente, ella le expresó que el encuentro se daría el siguiente día, mientras una amiga suya lo ubicaba en una casa que se le alquilaría para su estancia. Él no podía creer que aquella mujer sería finalmente suya.

El día del anhelado encuentro llegó y David sucumbió ante el deseo. Todo en ella lo enloquecía: su piel suave, tersa, color chocolate, cuyo aroma ácido era casi comparable a los árboles de limones cuando daban sus frutos; sus piernas firmes con la fuerza de una jinete al cabalgar; sus pechos redondos con escrituras en un braille pasional en sus pezones enrojecidos por la succión del deseo; sus labios gruesos y suaves con una lengua experta en descubrir la virilidad de su hombre que, sin necesidad de nada más que el embriagante deseo, la embestía suave, dulce, dura y salvajemente una y otra vez, sorprendido de cómo se le erizaba la piel a su amante ante cada instante cercano al orgasmo. Gaelia, envuelta en sábanas con su nuevo hombre, domado por ella, lo miraba a los ojos, mientras él entraba a su ser.

—Al paso, al paso… —le susurraba ella.

En esa larga noche de pasión, fueron muchas las veces que ellos copularon en los rincones de aquella vivienda. Al amanecer habían contado seis encuentros totales, con múltiples orgasmos. Gaelia, con el cuerpo agotado, tomó una ducha y, con el olor del perfume de Boyer impregnado en la piel, se fue a cumplir sus labores en el banco, dejando extasiado a

William Mercay

aquel hombre que entre sus brazos era solo un adolescente obsesionado con su ser.

Él, ahora, se sentía joven y viril, como si hubiese renacido. Estaba sorprendido de cuántas veces había hecho el amor, de cómo le había cumplido minuto a minuto a esa mujer que ante sus ojos parecía una diosa. Cuando creía ya estar muerto sexualmente, para él esta era una nueva oportunidad que le daba la vida, una hermosa mujer de anchas caderas y de abundantes curvas que se elevaba casi a su misma estatura. No había vuelta atrás: Boyer estaba enamorado.

William Mercay

CAPÍTULO XXXIV
CAMBIOS Y MATICES

La luz del sol atravesaba la suave tela de las cortinas color azul que el viento lograba levantarlas levemente y refrescaba la habitación. David abrió los ojos y tardó unos segundos en entender dónde estaba; a su lado Gaelia dormía, o por lo menos eso parecía. Su cuerpo estaba medianamente cubierto por las sábanas blancas, sus piernas abiertas dejaban al descubierto la suave bruma que cubría su sexo, su vientre plano con algunas ondas color claro que simulaba las olas del mar, sus senos parecían conservar un dulce néctar, y de sus labios un suspiro se escapaba como si de un secreto guardado se tratase. David la observaba extasiado. El ardor que sentía por aquella mujer, que era más que una diosa para él, no le dejaba notar que bajo aquellos labios carnosos una dentadura maltrecha se encontraba, y que su cabello, grueso, reseco y enmarañado, no era nada similar a los copos de algodón. En cuanto a su aseo, este se limitaba al agua y jabón de tocador dejando reseca la piel, y sus manos y pies escondían bajo sus uñas la arena del mar. El amor o la ilusión habían dejado a Boyer sin estándares, parámetros e incluso, aparentemente, sin olfato.

Gaelia despertó de golpe. Su mirada encontró los ojos de él escudriñando su anatomía y una media sonrisa maliciosa salió de sus labios. Con su mano izquierda tocó su seno, mientras mordía su labio inferior y bajaba con su mano derecha en busca del miembro erecto de Boyer, quien se lo entregaba extasiado. La faena de ese domingo en la mañana incluyó orgasmos por desayuno; parecían dos recién casados. El pequeño departamento podría contar historias de las múltiples noches que hacían el amor hasta agotarse, de cómo David admiraba el movimiento de las caderas de su amante cuando la veía desnuda y descalza caminar hacia el baño entre una embestida y otra. Si esto no era felicidad, se le acercaba bastante.

Gaelia continuaba su trabajo en el banco, y ya había hecho notar ante sus compañeros que existía un hombre en su vida, no tanto por el hecho de que ella fuese una mujer feliz y enamorada, sino más bien porque el hombre que había atrapado era David Boyer, quien a paso firme se hacía un nombre en Monte Cristi. Era justo, creativo, de presencia impecable, inversionista y ahora era suyo.

Él se sentó delante del volante de su auto, encendió la radio y la melodía de *Hechicera* lo sorprendió. Darío estaba sonando en la emisora

William Mercay

principal de Monte Cristi y las reseñas que daba la locutora eran positivas y determinantes; había sido todo un éxito. Boyer sabía que el impulso de su marca definitivamente estaba atado al crecimiento de Darío. Esa misma tarde tomó llamadas de sus asociados en Colombia y México, quienes emocionados lo vitoreaban por el éxito del proyecto. Ya se harían arreglos económicos para adquirir una pequeña flota de vehículos en Monte Cristi, pero antes David debía viajar de nuevo a Colombia y cumplir con su palabra de seguir siendo el sostén económico de su familia.

Cuando Gaelia recibió la noticia de que él debía ausentarse, lo tomó con un poco de fastidio. Sus alarmas estaban aún encendidas, era solo un par de meses que habían pasado juntos y a ella aún le generaba dudas el pensar en las posibilidades de que Boyer, estando lejos, reviviese el amor por su esposa. Sin embargo, Gaelia actuó con astucia, entendió que la miel era más atractiva que la sal y esa noche le dio la mejor de sus mieles, actuando con la suficiente seguridad y hasta indiferencia ante su viaje, y no hubo nada más efectivo para aquel hombre ver que su mujer estaba erguida, orgullosa y posicionada en su vida. Boyer sintió que Gaelia estaba realmente a su estatura.

William Mercay

Colombia se había detenido en el tiempo. Cuando él retornó a Bucaramanga ya no hubo recepción en el aeropuerto, tampoco corrieron sus hijos a abrazarlo de emoción. En su lugar, encontró una mujer que cubrió la tristeza y la decepción con una capa de maquillaje que no podía, finalmente, disimularla. Sus hijos en completa rebeldía reclamaban su ausencia y aquel acuerdo de mantener un matrimonio social para la seguridad de los niños y Pamela se fue al suelo, pues una mujer herida no siempre consigue ser equilibrada y coherente, y Boyer estaba tan enamorado que no se percató de que arrastraba a su familia al vacío. Aceptó sin refutar la decisión de divorcio de Pamela y hubiese aceptado todo cuanto ella pidiese con tal de poder volver a República Dominicana. Sentía un hueco en el pecho y ese lugar vacío solo podía ser llenado por Gaelia.

Mientras tanto, en Monte Cristi, Gaelia deshojaba rosas blancas y amarillas y untándolas en miel las esparcía por su cuerpo invocando a Oshun el poder de su seducción.

«Si tu hija lo pide, tú, madre Oshun, se lo darás; si tu hija lo quiere, tú, madre Oshun, se lo entregarás; si tu hija lo desea, tú, madre Oshun, enloquecida se lo traerás», repetía una y otra vez este mantra con los ojos abiertos y la mirada fija. Cada una

William Mercay

de sus palabras hacían eco y daban vuelta en el pequeño departamento que habitaba algunas noches con Boyer y al que tenía completo acceso. Gaelia se había olvidado de ser madre y aunque delante de él parecía ser una madre estricta y abnegada, la realidad era que sus hijos convivían más y en mejores condiciones con doña Eva, su abuela. Los rastros de sus hechizos eran borrados con eficiente limpieza por Gaelia. Delante de Boyer era una mujer creyente en las fieles energías del universo y en el amor de Dios, así que sus artes mágicas eran algo personal y muy discreto.

El regreso de Boyer a las caderas de Gaelia fue inminente. Su amor se desbordaba y ya no deseaba dejarla ir. En silencio empezó a realizar búsqueda de hogar, un hogar donde se haría cargo no solo de Gaelia, sino de su futuro. La Navidad de 2009 trajo a Gaelia la noticia que esperaba con ansias: David le pidió convivir, ser oficialmente su mujer.

William Mercay

CAPÍTULO XXXV
CASI HOGAR

Tenía columnas y paredes bien terminadas, una bonita cerámica color azul cielo que servía de suelo, pisos en la cocina en perfecto acabado de cemento pulido, así como un alto y fresco techo de dos aguas que permitía pasar aire y luz. El impecable baño era sencillo y con tuberías directas. La cerca de madera trabajada bañada con pintura blanca daba a la vivienda un aspecto pintoresco. El espacio era suficiente: una habitación para Gaelia y David, otra habitación con espacio suficiente para que los niños Gustavo, Piero y Gaia durmieran cómodos.

La casa era un inicio para ambos. Gaelia jamás había tenido estructura de hogar, por noches enteras le había hablado a él de su doloroso pasado y su perspectiva de la vida. Él, atento, la escuchaba y sentía ganas de abrazarla, de protegerla, de cuidarla y, por supuesto, de cambiar su historia.

—Trae a los niños contigo, formemos una familia, vamos a intentarlo, negra —expresó él con emoción en la voz.

La mudanza fue inmediata. Gaelia vio aquella pequeña y bonita vivienda y, lejos de pensar en que

podría ser una nueva oportunidad, en su rostro se instaló una gran decepción, ella quería más. Estaba segura de que merecía mucho más que aquel pequeño espacio, pero no era momento de torpes exigencias. Gaelia sabía que su accionar debía ser delicado, ya con el tiempo obtendría lo que deseaba.

Boyer estaba en la puerta de la vivienda coordinando cómo ingresarían los muebles que había adquirido: una cama matrimonial, una litera de tres espacios para los niños, mesa para la sala, un lindo y cómodo juego de muebles color arena, una cocina con su horno y, por supuesto, una refrigeradora alta, delgada, color blanco perla. Él sabía cómo debía ser llevado un hogar; no importaba qué tan humilde fuese el espacio, era necesario el orden y la limpieza y de alguna forma estaba consciente de que era una enseñanza que debía impartir desde cero con Gaelia y sus hijos.

Piero corrió hasta la entrada de la casa y, en la emoción y falta de límites, casi se lleva de por medio a Boyer. Gustavo era más tímido, callado, miraba siempre hacia el suelo, como si escondiera una gran tristeza; el agobio de su alma y corazón era algo notable. De su mano llevaba a Gaia, como quien se hace responsable con cariño de alguien que no le corresponde. Atrás se escuchaba a Gaelia dando

órdenes de cómo bajar las cosas del carro de traslado. Quien la escuchara a lo lejos diría, sin duda alguna, que se trataba de una gran señora. David observaba todo con una gran sonrisa, se le inflaba el pecho y quería complacer a Gaelia en lo que fuese necesario. Él estaba seguro de que estaba ante su alma gemela.

Los arreglos de la casa se realizaron de forma ordenada y anticipada, más por Boyer que por Gaelia. Las paredes quedaron de color blanco perla y el aroma a mar se instaló por toda la casa. Al pasar quince días, la rutina de convivencia parecía funcionar a cabalidad: ella salía al banco temprano en la mañana dejando a sus hijos en horario escolar, doña Eva los buscaba a la salida y cuidaba de ellos en su casa hasta que, en las tardes, Gaelia los recogía en compañía de Boyer, quien siempre esperaba dentro del auto, más por orden de ella que por su deseo. Él realmente pensaba que era importante conocer a Salvador; al final, él era el padre de los niños y tenía derecho de saber con quién convivían. Hasta el momento, este razonamiento era absurdo para Gaelia y no lo secundaba.

David se dedicaba a su proyecto y a la par buscaba opciones para generar ingresos estables mediante nuevas oportunidades de negocio. Entre horas de trabajo recibía una que otra llamada de

William Mercay

Gaelia, que le decía algunas palabras cariñosas o también con sentido pasional implícito, lo cual lo enloquecía y aceleraba su regreso a casa. Con los niños, más que un padre, era un buen amigo: conversaba con Piero, quien a su corta edad tenía unas ideas algo avanzadas y las expresaba con elocuencia, aunque en ocasiones no reconociera los límites de respeto. Gustavo, en cambio, era más tranquilo, colaborador, respetuoso y obediente. No era cariñoso o expresivo, pero desde el principio simpatizó con Boyer. Con Gaia, la historia era otra: imponente, bravía, irrespetuosa y de voz alzada, imitación del carácter de su madre quizás, justificaba él. No obstante, David no se rendía ante la posibilidad de enseñar valores de hogar a estos tres niños, pues, al final él los veía con amor y respeto. Siguiendo la educación que recibió él mismo de su papá, se llenaba de paciencia y lo intentaba una y otra vez, hasta que Gaia comenzó a acercarse a él, lo escuchaba con atención y él la aconsejaba con cariño: «Gaia, no debes sentarte en las piernas de ningún caballero», «Gaia, debes cuidar y cubrir tus partes nobles» y así, de a poco, Gaia obtuvo de él las enseñanzas que debía escuchar de su madre.

Gaelia llegó a casa y lo encontró preparando equipaje, ya que debía volar a México por razones de negocio. Antes de viajar dejaba los gastos cubiertos

de casa, comida para los niños y, por supuesto, dinero para Gaelia. Aunque ella se encontrara aún empleada en el banco y los cargos que ocupaba fuesen estables, él cumplía con sus funciones. Al inicio, la idea de que él se ausentara incomodaba a Gaelia, pero luego empezó a ser un tiempo agradable para ella: llevaba a los niños con doña Eva y ella disfrutaba de su espacio. A fin de cuentas, sabía que él regresaría porque siempre en la cama, entre besos y caricias, ella le repetía: «Amor, yo te escogí, el universo te trajo hasta mí, yo pedí que fueses así tal cual eres. Tú eres el amor de mi vida».

William Mercay

Capítulo xxxvi
Uno y Uno Igual a Tres

La tranquilidad de David era absoluta, confiaba en Gaelia de forma ciega. Quizás, el haber tenido un matrimonio en donde la madurez y la lealtad siempre estuvieron presentes, no le hacían ver las señales de alerta. Aunado a ello, no se podría negar el éxtasis en el que se encontraba.

Aquella mañana, alrededor de las diez, Gaelia estaba dentro del sanitario del banco tratando de ocultar sus jadeos silenciosos a puerta cerrada con las piernas entrelazadas a la fuerza viril de Guillermo Hernández. Gaelia lo miraba como si se alimentara de la energía que ese hombre despedía en el esfuerzo de mantenerla alzada y el clímax que ella le generaba. Al terminar, la soltó, ella cayó de pie. Guillermo subió su pantalón con premura, salió del cubículo y se secó rápidamente el sudor con toallas de papel. Gaelia guardó sus senos dentro del brasier, metió las piernas dentro del pantalón del uniforme del banco y, mientras acomodaba el cinturón, tomó su móvil y marcó un número.

—Mi amor —dijo con susurro en su voz—, vine al sanitario y empecé a pensar en ti, en tus suaves

labios, en la fuerza de tus brazos, en lo rico que me haces el amor, y de solo recordarte por mis piernas bajó humedad, tal y como baja tu semen cuando me haces tuya.

Del otro lado de la bocina, Boyer escuchaba las palabras y se trasladaba al momento que Gaelia le describía. Se sentía excitado y afortunado de, aun en la distancia, poder ocasionar tal efecto en su mujer

—Pronto volveré contigo, amor, pronto iré y tomaremos unos días juntos para que descanses del trabajo y de la responsabilidad de los niños. Haremos el amor tal y como lo desees —respondió él con una sonrisa que nadie podría borrar en ese instante.

Un poco menos de noventa días habían pasado cuando él retornó de México. Al llegar a Monte Cristi, sentía que estaba en casa, dejó de sentirse extranjero pues Gaelia era su hogar y todo a su alrededor era familiar para él. En la calle lo reconocían y respetaban, admiraban su trabajo y consideraban que Gaelia había tenido mucha suerte, y vaya que la tenía. Al salir del banco, ella encontró afuera estacionado un hermoso Porsche de color negro que brillaba y lucía su elegancia. Dentro se encontraba Boyer, quien vestía un suave y elegante pantalón color beige combinado con una fresca camisa perfectamente blanca, lentes oscuros de sol y

William Mercay

su siempre fresca sonrisa. La negra subió al auto con actitud de diva, pues sabía a la perfección que la estaban observando desde todos los ángulos, incluido su jefe Guillermo Hernández, quien entendía que su estatus no llegaba a alcanzar al de Boyer.

El tiempo de David en Monte Cristi se basaba en productividad, pero también en hacer crecer y afianzar su relación con Gaelia. Constantemente le pedía que dejara su empleo en el banco y se dedicara a trabajar en los diferentes proyectos que él lideraba, pero ella temía dejar aquel puesto que le había significado cierta estabilidad por mucho tiempo, sin contar los múltiples beneficios socioeconómicos que sentía poseer solo por el hecho de poder ser atendida en el área de salud y tener un fondo de pensión. David entendía sus temores, las personas suelen sentir miedo de salir de su zona de confort. No obstante, el ofrecimiento de él era algo que Gaelia no podía rechazar.

—Mi amor, deja el banco, yo te voy a dar el doble de lo que allí ganas. Me seguiré haciendo cargo de los gastos de la casa y de los niños. No quiero que estés más allí.

—Amor, ¿pero estás seguro de que me vas a poder dar ese dinero mensualmente?

—Pero bueno, Gaelia, ¿qué pasa contigo? Yo soy un hombre responsable, si comprometo mi palabra, la cumplo.

Bajo la palabra de David, aquella misma semana Gaelia presentó su renuncia al banco. Al quedar libre de aquella responsabilidad con horario de oficina, se entregó al disfrute de una semana solo para dos en un hermoso hotel del pueblo. Él se aseguraba de que ella se sintiera como una princesa, que nada le faltara. En este punto, algunos cambios en ella le causaban cierta preocupación, por ejemplo, al pasar más de tres días a solas, la actitud de Gaelia denotaba algo de hastío o molestia ante la presencia de David. Él tomaba aquella percepción como un pequeño fastidio de Gaelia debido a la rutina de esos días o de los espacios que compartían; sabía muy bien que los seres humanos necesitamos ser útiles y avanzar, crecer no solo en el área sentimental, sino también en ideas y culturas. Fue por esta razón, y sabiendo que Gaelia era hábil para aprender, la animó a inscribirse en un curso de diseño de modas. David, en efecto, confiaba plenamente en las capacidades de su mujer. Este curso se impartía a las afueras de Monte Cristi, lo que le permitiría a Gaelia, aparte de adquirir nuevas destrezas, ver otras zonas de la ciudad, moverse de espacio. David pensaba en cada detalle y siempre encontraba la manera de que

William Mercay

Gaelia volviera, aunque sea por un tiempo, a mostrar esa felicidad de ser su compañera. Ante la propuesta, ella quedó encantada y aceptó gustosa aquella nueva actividad.

La convivencia en casa no siempre era tan romántica como las expectativas de David, pero él entendía las diferencias y conciliar era su especialidad. Existía un contrato tácito de no llevar las discusiones al lecho matrimonial: este era un espacio sin guerras. Sin importar las diferencias, siempre tendrían tiempo para disfrutar del calor y la compañía uno del otro. Gaelia jamás se negaba ante una caricia, pero era indiferente cuando David le comentaba que la habitación de los niños era un desorden y que ellos dormían incómodos por la cantidad de ropa acumulada sobre sus camas. La sala, la cocina y el sanitario se encontraban en perfecta pulcritud, pero el espacio de sus hijos parecía no importarle y aquello era algo que, por más que intentara ocultarlo, a él le causaba incomodidad.

Gaelia sentía que tenía el control de la situación, confiaba plenamente en el amor que le profesaba David. En ocasiones, ella misma le repetía que él era solo el resultado de sus peticiones al universo y, aunque para él aquella afirmación le sonaba romántico, no sabía que no estaba lejos de la

realidad y que la magia era parte de aquel encantamiento que sentía por Gaelia.

En función de los proyectos a los cuales deseaba dar cumplimiento, Boyer adquirió una camioneta de segunda mano y en muy buen estado. Su intención era realizar una reingeniería para mejorar su calidad, movilidad y aspecto desde sus bases iniciales. Cuando Gaelia vio aquella camioneta estacionada frente a la casa, se enamoró de ella; él le consintió el curso de manejo y las licencias necesarias para poder transitar en cualquier vehículo, ella al volante. En principio, Gaelia utilizaba la «jeepeta» en calidad de préstamo, pero luego, sin palabras terminó convenciendo a David que debía ser de ella. Él, gustoso de complacer a la mujer que tanto amaba, se la obsequió. El nivel de Gaelia subía como la espuma, las miradas estaban puestas en ella y, por supuesto, en David. Al principio era agradable para él, pero con el tiempo entendió aquella frase popular en la que se afirma «pueblo pequeño, infierno grande».

William Mercay

Con lápiz en mano, David graficaba sobre un trozo de papel un espacio que tenía en su mente. Se trataba de una pista de autos que correría alrededor de los galpones que servirían de planta para el ensamblaje de Boyer & Asociados. ¿Ambicioso? Puede ser, pero no se podía dudar de su genialidad y empeño en el logro de los objetivos. Gaelia lo observaba, trataba de leerlo, de presentirlo.

Ella puso su mano de forma delicada sobre los hombros de él, bajó a la altura de su oído y rozó su lengua casi de forma imperceptible por el lóbulo de su oreja. Esta acción hizo que la piel de David reaccionara de forma inmediata, por lo que su atención pasó de aquella gráfica al olor de Gaelia y su aliento en el cuello. Volteó su silla, la levantó a nivel de su cintura y entre besos ahogados de jadeos la llevó a la cama. El encuentro fue agotador, excitante y agresivo, justo lo que necesitaba él para liberar la tensión de la responsabilidad que sobre sus hombros había. Tumbados uno al lado del otro, la conversación fue fluyendo. A Boyer le interesaba conocer el pasado de Gaelia por completo, no con la intención de juzgarlo, al contrario, su intención solo

era poder sanar las heridas y brindarle oportunidades, como la de estudiar diseño, que la mantenía animada y ocupada, tomando en cuenta que era buena en aquella actividad. Entre besos y caricias fugaces ella le contó cómo en una ocasión un ganadero de la zona la invitó a su casa y ella aceptó luego de mucha insistencia. Al llegar, el hombre la tomó bruscamente y, aunque ella se negó, él igualmente la violentó.

Tan desagradable recuerdo no cambiaba la energía de Gaelia, pensaba David, tomando en cuenta la historia que le acababa de contar aquella mujer que en ese instante descansaba sobre su pecho, adormecida, abusada en más de tres ocasiones a lo largo de su vida. Él no entendía cómo podía haber sobrevivido con cordura a tanta violencia desde niña y aquello le despertaba el instinto de superhéroe, deseando cuidarla y protegerla. De sus pensamientos lo distrajo la llegada de los niños, a quienes los traía su abuela. Gaelia y David se pararon y vistieron para recibirlos, pero lejos de la alegría de verlos llegar, ella parecía disgustada. Debía darles de cenar, así que sacó un vaso con agua y tres bollos de pan, lo cual no fue del agrado de Gaia, quien pedía a gritos un poco de mantequilla de maní. La reacción de Gaelia fue perturbadora para David, pues, iracunda ante la malcriadez de la niña, la tomó de su pequeño brazo.

William Mercay

—Maldita carajita, vas a comer lo que te dé —le dijo y, alzándola, la lanzó con rabia unos cuantos metros, con la suerte de que la pequeña logró caer sobre la cama, llorando de dolor, de miedo y de hambre.

En medio de aquel suceso inesperado, Boyer por vez primera le alzó la voz a la mujer que tanto amaba:

—Pero mujer, ¿tú estás loca? Esa es tu hija, Gaelia. Allí hay comida, no pueden solo comer pan con agua. Además, no debes maltratarla de esa manera, mucho menos maldecirla.

—Ellos deben aprender que la vida es dura, amor —le dijo Gaelia fríamente.

Boyer necesitaba un poco de aire, así que salió de casa. Parado al lado de la pequeña puerta del jardín, solo podía sentir compasión hacia Gaelia. La justificaba, aunque muy dentro de su corazón sabía que su proceder no tenía excusa alguna. No obstante, la historia de Gaelia había sido tan dramática y dura que él entendía que no conociera otra forma de amor. Por ello, él estaba a su lado, para poder cambiar su realidad y educarla con base en los principios que le faltaron, o por lo menos eso creía. Después de respirar regresó a casa, donde encontró a Gaelia

mirando la televisión. Los niños dormían entrelazados a los montones de ropa que ocupaban sus camitas, pero ella inmutable, inerte e indiferente. Él, desde el amor, la justificaba, como quien justifica a una niña sin entender que esa niña ya era una adulta. Ella lo miró y sonrió.

—¿Ya estás mejor, mi amor? —le dijo como si de una tontería se tratase. Él se acostó a su lado y la besó en los labios.

–Sí, estoy mejor, amor —respondió David.

Era la mañana de un lunes, un tanto nublada. Gaelia se comunicó con David y le dijo que la alcanzara en un lugar que quería mostrarle. La curiosidad por saber de qué se trataba lo invadió; sin esperar, manejó hasta la dirección acordada. A la orilla de la carretera principal del pueblo estaba estacionada la jeepeta y Gaelia recostada en la parte delantera, observando al infinito. David se estacionó y bajó del auto, se acercó a ella y le preguntó si se encontraba bien.

—Amor —le dijo, luego de respirar profundamente—, este terreno está en venta, a un buen precio. Sé que deseas un espacio para tu proyecto y creo que este será suficiente.

William Mercay

Boyer empezó a observar el espacio: ubicación, extensión y utilidad. Y sí, Gaelia tenía razón, aquel espacio era suficiente. Necesitaría trabajo, pero él sabía que los sueños se trabajaban y se construían desde cero. A los pocos días, la compra ya se había realizado y 25 hectáreas con abundante vegetación le pertenecían. Así pues, puso manos a la obra, contrató personal y maquinaria para limpiar, desmontar y mejorar la visibilidad del espacio.

Cuando ya estuvo listo para verificar, subió en la camioneta de Gaelia y con ella al volante manejaron hasta aquel lugar, que en un principio era solo un espacio casi selvático. Al llegar, ella perdía la vista ante tanta inmensidad, David bajó y abrió la cerca que delimitaba y protegía el área. Ella ingresó la camioneta, pero en lugar de parar en espera de David, simplemente continuó adelante, sorda y maravillada del cambio que existía luego de la limpieza. El terreno era vasto, fresco y hermoso. Él apresuró su paso hasta donde por fin Gaelia había decidido detenerse, caminó casi un kilómetro bajo el sol. Acalorado, transpirado e incómodo se acercó a ella.

—Pero bueno, negra —le dijo—, ¿tú te volviste loca? Me dejaste botado en la entrada.

Gaelia ignoró esas palabras con un gesto de desdén. Lo importante en ese instante parecía solo ser aquel espacio.

—Mi amor, yo quiero tener chivos, por favor. Los chivos son animales muy nobles y siempre me han gustado, por favor, tengamos chivos.

—¿Qué ganancia podemos tener con los chivos? ¿Quién los va a cuidar? Tú aún tienes responsabilidades de estudio, los niños, la casa y quieres aumentarlas con esos animales.

—Por favor, amor —dijo Gaelia, mirando a David de la forma que ella sabía él no podría resistir.

—Lo voy a pensar, Gaelia.

David era un hombre acostumbrado a movilizarse de un lugar al otro. La genialidad y funcionalidad de sus múltiples proyectos lo habían llevado a conocer ciudades hermosas de Latinoamérica y Europa. Era un nómada del conocimiento y enfrentaba las situaciones a las que quizás nadie les hubiese hecho frente, pero en esta oportunidad la vida le exigía mantenerse en un solo lugar porque sus papeles habían vencido y no podía salir de República Dominicana. Intentó por todos los

William Mercay

medios ampliar la vigencia de su documentación, pero de la burocracia política es complicado escapar.

En medio de este torbellino y sin poder salir de Monte Cristi, Gaelia aceptó la propuesta de matrimonio que él le había hecho meses atrás y que ella había rechazado indicando que «no necesitaba un papel que la distinguiera como su esposa», pero en esta ocasión aquel matrimonio le ofrecía a él la oportunidad de solucionar de forma rápida y legal su situación migratoria. Cuando David propuso delante del abogado el matrimonio por bienes separados, ella rompió en llanto acusando aquella decisión de desconfianza o desamor. Sin embargo, David le garantizó que no le faltaría nada, que siempre estarían bien, pero él debía proteger la inversión y confianza puesta en manos por sus socios. No se trataba de un tema de amor, se trataba de responsabilidad ante las personas que habían confiado en su proyecto, aunque aquello Gaelia simulaba no entenderlo del todo. Los acuerdos fueron firmados con la decepción emocional de Gaelia, pero a partir de ese momento eran legalmente la familia Boyer Márquez, el inicio de una nueva historia.

William Mercay

—Gordo, mi amor, despierta —susurraba Gaelia al oído a David, quien yacía en sueño profundo—. ¡Amor, se hace tarde, despierta!

Él escuchaba a los lejos la voz de su mujer, pero sus ojos se sentían pesados, no podía abrirlos. En su cabeza resonaba una melodía que lo llevaba a su infancia, sintiendo esa tranquilidad que da la inocencia, cuando corría a treparse a los árboles del colegio, no quería levantarse. Pero la voz de ella era insistente, así que, haciendo un esfuerzo, movió su cuerpo de a poco y logró volver en sí. Las sábanas estaban totalmente húmedas, debido a que Gaelia transpiraba en las noches como si estuviese en forma permanente encendida de fuego. Sus pesadillas eran constantes, a veces despertaba con la mirada perdida. David ya se había adaptado a estas situaciones que al principio le causaban cierta incomodidad, le interrumpían el sueño. Con el paso del tiempo, él sabía cómo calmarla en las noches en que sus tormentas internas la invadían, justificaba esa inquietud nocturna con todo el daño sufrido por su mujer a lo largo de su vida.

William Mercay

Aquella mañana, Gaelia despertó como una niña emocionada, pues era la mañana de Navidad. Se había dado una ducha, vestía un fresco conjunto color rosa pálido, sus labios, ojos y sus pómulos lucían un fresco maquillaje y en su mano sostenía una taza de café. Él la miró con atención y, de no ser porque se trataba del mismo rostro de su esposa, hubiese estado seguro de que aquella mujer era otra: la dulzura que reflejaba su mirada no coincidía con el alma que ya David conocía a la perfección. Gaelia daba brinquitos de juego por la habitación, mientras le decía que esa mañana lo llevaría a conocer a su padre. David sabía que el padre de Gaelia había fallecido tiempo atrás, así que supuso que lo llevaría a visitar su tumba. Imaginó que aquella fase que estaba conociendo esa mañana, en la que su esposa parecía una niña en época escolar, se debía a los buenos recuerdos que ella tenía de su padre.

Boyer se desbordaba de amor al verla de esa forma, lo enternecía, así que se puso en pie y se unió a su emoción. Se duchó y vistió como si de una ocasión realmente especial se tratase y condujo con ella hasta el cementerio del pueblo. Allí, la ayudó a limpiar la tumba, despojarla de hojas secas y humedecerla para sacarle exceso de tierra, luego dejaron juntos flores abundantes y frescas. Bajo la sombra de un gran árbol, David escuchó que Gaelia

hablaba de los recuerdos que tenía de la voz de su padre al cantarle en francés, y lo orgullosa que parecía estar de haber sido ella quien alargara su vida, dejando sus estudios en Santo Domingo para venir personalmente a cuidar de él y cubrir sus necesidades. Mientras él la escuchaba, solo pensaba en lo bondadoso que era el corazón de esa mujer, que no se había equivocado al escogerla y haría todo lo necesario para hacerla feliz.

De retorno a la casa, la niña feliz que había salido desapareció. Volvió la Gaelia con el rostro prensado de seriedad que le regalaba una sonrisa dispersa a David de vez en cuando. Estos frecuentes cambios afectaban la estabilidad emocional de Boyer, quien por más que se esforzara por complacer a Gaelia, jamás lo lograba por completo. Pasaron recogiendo a los niños por la casa de su abuela, doña Eva, como cada domingo. Gustavo iba en silencio, mientras Piero y Gaia parecían que iban a tumbar la parte de atrás del auto. La incomodidad de Gaelia se acrecentaba más y más.

—¡Pero hagan silencio, malditos hijos del diablo! —terminó gritando, iracunda.

Boyer no toleraba las maldiciones, no comprendía cómo una madre era capaz de denominar a sus hijos de esa manera, por lo cual la

William Mercay

enfrentaba, aunque con delicadeza. Siempre le expresaba su incomodidad ante su trato tosco: «Son tus hijos, mujer», le repetía. Esa tarde, al llegar a casa, ella bajó del carro y él decidió regalarle unos minutos de soledad a su esposa, así que, con los niños aún en el auto, le dijo a Gaelia que iría por helados. La algarabía era mucha y hasta a Gustavo, que solía estar taciturno y en silencio, se le iluminaron sus ojitos color esmeralda. Fresa, doble chocolate y vainilla comían ansiosos los tres cuando encontraron un cachorro herido a un costado de la calle. Boyer lo tomó en brazos y, con la finalidad de dar ejemplo de compasión, decidió adoptarlo hasta que sanara.

Llegaron a casa con el pequeño cachorro dorado de pecas negras en brazos. Los tres niños estaban interesados en bañarlo, cuidarlo, ponerle un nombre. Gaelia no deseaba una responsabilidad más, pero al ver que la idea era de David, no expresó su inconformidad y hasta se ofreció para buscar ayuda veterinaria. El lunes en la mañana, luego de dejar a los niños en sus labores escolares, Gaelia llevó a casa al médico veterinario Wilfredo Reyes, lo presentó delante de David y procedió a atender las necesidades de Rubio, el nuevo integrante de la familia Boyer Márquez. Gaelia se mostraba amable, atenta a las indicaciones del médico, y David sintió que había tomado la decisión correcta. Aquello que

él no sabía, era que hacía un par de meses atrás Gaelia había conocido a Wilfredo en uno de sus viajes a las clases de diseño y, allí, en aquel pueblo cercano, habían ido a un par de hoteles, y que dentro de uno y de otro auto ella había desbordado la pasión de aquel veterinario que hoy se encontraba en su hogar, cobrando la consulta de Rubio.

William Mercay

La mesa era respetada por David. Él honraba los alimentos, aunque lo servido en el plato fuese simplemente un trozo de pan. Esta buena costumbre la aprendió en casa, atento a todo el esfuerzo de su madre para poner comida sobre la mesa. Sabía que detrás de los platillos que mitigaban el hambre de ellos se encontraba un proceso económico para producirlos, adquirirlos y además un valor emocional en su preparación, por ello le daba su justo valor.

Eran las ocho y diecisiete de la mañana y David se encontraba tomando desayuno, solo en la mesa de la cocina, perdido en sus pensamientos mientras saboreaba los huevos revueltos y la textura suave del pan. En ese instante, como si de un sueño con los ojos abiertos se tratase, vio tres casas ubicadas en una zona del pueblo que él jamás había visitado, estas se encontraban estratégicamente en puntos donde desde cualquier mapa podría divisarse un perfecto triángulo. Una voz le susurró que aquellos lugares eran espacios de magia, en donde se practicaban hechizos, limpiezas y otro tipo de expresiones religiosas. En el momento no entendió las razones de aquella rara experiencia.

—Negra, ven aquí —pronunció en voz alta, sin quitar la mirada de su desayuno que ya se enfriaba.

—Dime, mi amor.

—En una zona cercana hay tres casas en donde se practica brujería —dijo, mientras dibujaba en una servilleta los lugares—. ¿Tú sabes dónde queda?, ¿sí existe?

La cara de sorpresa de Gaelia no podía ser más evidente. Era imposible, o por lo menos improbable, que él conociera esos tres lugares que eran icónicos solo para los pobladores y para aquellos que visitaban el pueblo con fines esotéricos, y en ninguno de los casos era la situación de Boyer.

—Sí, gordo, tienes razón. En esos lugares desde hace mucho tiempo se realizan actos esotéricos, de vudú o santería, ¿cómo lo sabes?

—Solo lo sé, vamos, quiero que me lleves a ver esos sitios.

Gaelia se volvió un manojo de nervios, sus manos sudaban y un aire frío recorría sus pulmones, su garganta estaba seca. Ella estaba consciente de que una de las casas estaba abandonada, ya no funcionaba; la otra estaba ocupada por un anciano

William Mercay

que realizaba vudú desde hace muchos años, tantos que nadie estaba seguro de su edad y solo atendía por recomendación de algún conocido; y la última casa era la de su madrina Crisanta. En ninguna circunstancia él debía asociarla con la santería, no podía saber que Gaelia realizaba estas prácticas. Pero también sabía que, si no lo llevaba, eso despertaría mucho más su curiosidad, así que simplemente accedió a ir con David y mostrarle aquellos puntos que por alguna razón él había imaginado, soñado, o visto; ella misma no sabía cómo denominarlo.

Boyer vio la ubicación de las casas como si se tratara de un Déjà vu, pero cuando Crisanta abrió la puerta de aquella casa de madera envejecida sintió un hilo de frío que le recorrió la espalda. Gaelia actuó con indiferencia, como si no conociera a la anciana, Crisanta lo notó y le siguió el juego con exactitud, entendió que aquel hombre era el protegido de Shangó. Crisanta sintió pena, porque «lo que el santo le había dado, el muerto lo cobraría». No había forma de cambiar aquel Itá, la voluntad de los dioses.

En el retorno a casa, David hizo algunas preguntas, entre ellas destacaba el querer saber si Gaelia había tenido alguna práctica esotérica en el pasado o incluso presente. Aquella idea fue negada hasta el punto de la ofensa por ella, quien solo

afirmaba creer en las energías universales y en Dios, repitiéndole por enésima vez a David lo que solía mencionarle a menudo en momento de romance: «Gordo, tú eres exactamente el hombre que le pedí al universo. No sabes cuánto te amo, yo sería capaz de dar un riñón por ti si fuese necesario». Aquellas palabras alimentaban el amor desmesurado que él sentía, estaba seguro de que Gaelia era la mujer hecha para él. No existía forma de que fuese diferente.

Rubio tenía meses conviviendo en familia. Los niños jugaban con él constantemente, ya no deseaban quedarse en casa de su abuela con tanta frecuencia pues querían estar con el perrito. Boyer había logrado crear un vínculo con los niños a través de la presencia del perro, incluso había mejorado el comportamiento de Piero que siempre fue retador ante sus órdenes. Un par de meses atrás, David creyó necesario conversar con el padre de los niños, pues para él era importante darle la oportunidad a Salvador de conocer con quién convivían sus hijos e incluso saber hasta qué punto podría disciplinarlos. Al contrario de lo que se pudiese presumir, Salvador atendió a David con educación y asertividad.

—Señor Boyer, yo entiendo que es usted ahora el esposo de la madre de mis hijos, y tiene usted toda

William Mercay

la autoridad para reprenderlos ante malas acciones, si fuese necesario —apuntó Salvador con seriedad.

Ese encuentro no fue del todo agradable para Gaelia, pero al no pasar de ser solo eso, un encuentro, terminó sintiendo orgullo de ser la mujer de David, al ver que Salvador notaba que era un mejor hombre, de más porte, elegancia y estatus. Gaelia recordaba con amargura la noche cuando se encontraba en avanzado embarazo de Gaia, en que llegó Salvador tomado hasta la inconsciencia al rancho, se sacó el cinturón hecho de cuero de chivo y estando ella en el suelo, arrodillada y apoyada de sus manos, la golpeaba salvajemente con la dura hebilla de hierro mientras la maldecía y le gritaba que ella era una puta y que Gaia no era de él. Aquel recuerdo tan amargo permanecía en la mente y el corazón de Gaelia, haciendo inolvidable e imperdonable la acción de Salvador. Por ello, no perdería oportunidad alguna de verlo humillado, directa o indirectamente, eso realmente daba igual.

Por otro lado, Gaelia no soportaba al perro, le parecía un ser innecesario en el hogar, le fastidiaba cuando subía sus peludas patitas en sus piernas en búsqueda de cariño, también odiaba recoger sus heces o limpiar los lugares que dejaba húmedos. Sin embargo, delante de Boyer solía cargarlo y hablarle

con dulzura, le decía con voz de caricatura «Rubio hermoso, el defensor de esta casita» y eso enternecía a David y causaba extrañeza en los niños que la habían visto sacar al perrito a la calle en varias oportunidades, pero Rubio era tan fiel que siempre se quedaba echado cerca de la puerta para entrar en cualquier oportunidad. Eran las seis de la mañana y un grito, aparentemente de dolor, despertó a Boyer: era Gaelia quien en la cocina encontró al pobre Rubio temblando y botando espuma por su boquita. Gaelia, en aparente desesperación, intentaba salvarlo de un accidental envenenamiento, pero ya era muy tarde, el compañero fiel de la familia Boyer Márquez ya no estaba allí.

El sepelio de Rubio en el terreno grande fue un evento solo para los niños, y aunque Gaelia solo quería envolverlo en una bolsa y llevarlo a los desechos para «evitarle el trauma» a los infantes, Boyer consideraba necesaria la despedida, y así lo hizo. Enseñó a los niños el valor de la despedida. Para Gaelia ya no existía espacio para ningún perro en la casa y aprovechó la oportunidad de recordarle a David que deseaba tener chivos, que tenían el espacio para hacerlo. El deseo de Boyer, sin embargo, era adquirir dos avestruces, sabía que los huevos de estos animales eran muy bien pagados y además serían defensores del terreno por su comportamiento

William Mercay

territorial. Luego de aquella conversación, la compra de los avestruces fue inmediata. Dos aves grandes y alargadas, a los cuales los niños llamaron Lupe y Polo, recorrían el terreno. Aunque no interactuaban con ellas, les parecían graciosas y curiosas. Los chivos que tanto deseaba Gaelia quedarían en espera; aún David no se encontraba convencido de ello, pero seguramente el amor que sentía por ella conseguiría la forma de complacerla más adelante.

Lo que los niños y David ignoraban era que había sido la misma Gaelia quien envenenó en la madrugada a Rubio simplemente por celos, porque no toleraba la atención que los otros miembros de la familia le daban a ese ser inocente, y que mientras lo hacía en silencio recordaba con un placer enfermizo aquel cachorro que ella con pocos años había matado, arrojándolo al vacío en el profundo hoyo de una letrina.

William Mercay

CAPÍTULO XL
CAPRICHOS Y PESADILLAS

La puerta se abrió con un sonido chirriante. Dolía y se mantenía aun cuando se detuviese. Se instalaba dentro de su cabeza. Intentó ponerse en pie, pero no podía; la cicatriz que tenía en su pierna derecha supuraba un líquido viscoso y maloliente, se estaba pudriendo, dolía. Se arrastró como pudo hasta la puerta, volteaba, sabía que venía detrás de ella. En la oscuridad de aquel lugar eso se escondía y la acechaba. De las paredes chorreaban hilos negruzcos que bien parecían sangre o acaso eran sus ojos que aún se sentían pegajosos y no había podido abrir en totalidad. Sentía frío, sus pezones estaban tan duros que dolían. Él ya venía, lo sentía, él la quería matar, el filo de su cuchillo sonaba al pasar por las paredes, él se acercaba cada vez más, ella se arrastraba, no lograba ponerse en pie, intentó gritar y su voz no salía… Gaelia se sentó en la cama de golpe. Con la boca abierta y la mirada perdida, señalaba al espejo del armario. Boyer se asustó.

—Hey, negra, ¿qué te pasa? ¡Reacciona!

Él la tomaba a Gaelia de ambos brazos y la sacudía con la intención de despertarla de lo que él

William Mercay

estaba seguro era una extraña pesadilla o trance. Gaelia de pronto miró a los ojos de David y por un segundo parecía que el terror aumentaría. Sus ojos se llenaron de lágrimas y, al estar a punto de estallar, reaccionó y cayó en los brazos de David como una pequeña niña, ahogada en llanto sin decir palabra alguna; él la abrazaba, la protegía. Gaelia se limpió las lágrimas y se dirigió al baño. Aunque él le preguntaba si estaba bien o qué había soñado, ella lo ignoró por completo: ya no era la niña que necesitaba su protección.

La mañana transcurrió sin mucho sobresalto. Boyer respetó los espacios y silencios de Gaelia, hasta que ella se acercó a él y le recordó que deseaba tener chivos; le traían memorias de su infancia y lo mucho que le había gustado ver chivos en casa de la madre de Salvador. Quizás por la escena triste y de temor que él había presenciado temprano, por fin dio su brazo a torcer.

—Bien, Gaelia, voy a comprar los chivos. Como negocio serán la mitad tuyos y la otra mitad míos. No te preocupes, yo me encargaré de su alimentación y de adaptar el espacio para que ellos puedan estar seguros.

Ella sintió una felicidad arrasadora ante la respuesta de David, ya que por fin podría tener

aquellos animalitos que tanto deseaba. Aunque David no estaba muy convencido de poder obtener ganancia de aquella inversión, la amaba tanto que no podía más que complacerla, de manera que de inmediato compró y trasladó los cuarenta chivos. Ella no cabía en sí de la felicidad, y a él verla sonreír entre aquellos animales lo hacía sentir un hombre completo.

La rutina en casa empezó a cambiar desde que Gaelia dejó de trabajar en el banco. Los niños pasaban mucho más tiempo bajo el cuidado de doña Eva, porque Gaelia se iba luego del desayuno al terreno llamado «el ocho» a cuidar de sus amados chivos. Allí también en su espacio convivían Lupe y Polo, la especial pareja de avestruces que meses atrás había adquirido David. Eran cerca de las seis de la tarde cuando Gaelia llamó a David en llanto desesperado:

—Gordo, por favor, amor, ven al terreno, uno de los avestruces intentó saltar la cerca y con los alambres se degolló.

Boyer no creía lo que escuchaba. Subió a su auto y manejó con rapidez hasta el Kilómetro 8. Al llegar e ingresar al terreno no daba crédito a lo que veía: aquel avestruz se encontraba incrustado en la cerca de forma inexplicable, era como si de un

William Mercay

suicidio se tratara. El ave se encontraba con la cabeza clavada en los alambres, con el pico y los ojos abiertos, y la sangre goteando por sus alas caídas, entreabiertas. Analizando la situación, era complicado entender cómo, de qué forma había sucedido aquel accidente. David sabía que los avestruces son aves torpes, pero también que, aunque corrieran muy rápido, no podían alzar vuelo. Por ello, resultaba ilógico por completo creer que 25 hectáreas no eran suficiente espacio para el caminar de dos avestruces. Sin embargo, no quiso buscar en su mente razones, simplemente se encargó de sacar el cuerpo pesado del animal de la cerca y procedió a quemar los restos. Para ese instante, Gaelia lloraba como si de la muerte de un familiar se tratase. David la abrazó y la sacó del terreno como si salieran ambos de un funeral.

Luego de lo sucedido, David quiso despejar un poco la mente e invitó a su esposa a cenar a un hermoso restaurante a orillas de la costa donde se servía lo mejor en mariscos. La brisa marina movía las luces de las tenues velas que estaban en el centro de mesa. Él pidió un buen whisky que compartió con Gaelia. A su mesa se acercó un buen amigo de David.

—David, qué gusto verte por acá —saludó con genuina alegría Julián Ramírez.

—Caramba, Julián, qué bueno verte. Toma asiento, por favor. ¿Recuerdas a mi esposa?

—Claro que sí. ¿Cómo estás, Gaelia? —saludó Julián mirándola con un poco de desconfianza.

La conversación entre los tres se hizo amena. Entre risas y anécdotas, Gaelia hizo un comentario que le causó ruido emocional a David: «Julián, todo lo que tengo, mi avance como mujer, mis estudios en diseño y mi estabilidad me la debo a mí misma y a mi esfuerzo, yo siempre he podido avanzar sola». Esa afirmación incomodó hasta al invitado, pero la educación le hizo disimular, terminar la comida y retirarse de la mesa con una buena disculpa.

Ya solos, David le comentó a su mujer sobre lo que había manifestado. Ella solo sonrió y le dijo con mirada de inocencia: «Gordo, tú siempre me has apoyado y yo te amo tanto que podría dar por ti hasta un riñón, tú lo sabes, mis logros también son tuyos». David no estaba muy convencido de la sinceridad de esas palabras, pero como estaba obnubilado por ella, no se dio cuenta de que lo dicho por Gaelia no era amor. Y allí, en ese instante, se dejó llevar nuevamente por la suavidad de su voz, que le restaba importancia a lo que él sentía, pero llenaba sus vacíos con pasión desenfrenada, aquella que ella siempre prometía al llegar a casa.

William Mercay

CAPÍTULO XLI
SAMANÁ

La inteligencia de David siempre destacó. Desde muy niño su vivacidad y rapidez de aprendizaje impresionaba a sus padres, maestros y allegados. Aunado a ello, poseía una sensibilidad humana que escondía detrás de un carácter que inspiraba respeto, admiración y, en algunos casos, temor. Su gusto por hacer las cosas bien, con orden y limpieza, iba perfeccionándose a través del tiempo, y estaba seguro de que, para continuar su paso y dejar huella en esta vida, sin duda alguna debía cumplir con su palabra, no tener cuentas pendientes y sobre todo hacer lo que su corazón le pidiese. De tal forma había vivido y esa fe en la bondad y en la energía divina le había dado las herramientas emocionales necesarias para, en momentos de tensión, poder tomar las decisiones correctas o, por lo menos, las que le permitieran mantenerse a salvo.

Él amaba profundamente a Gaelia. Cada una de las decisiones que tomaba lo hacía en función de que ella esté bien, pues tenía la meta de sanarla. La había salvado, pero deseaba que realmente pudiese ser feliz y se valió de todas las herramientas que en

sus manos poseía para lograrlo. Fue así como, después de muchas conversaciones e investigaciones, David logró dar con el paradero de Martha León, la mujer que le había dado la vida a su esposa Gaelia y la había dejado atrás con sus hermanos hacía más de dos décadas.

Cuando Gaelia escuchó de los labios de David que había encontrado el paradero de su madre, sintió una mezcla de emociones que ella no supo cómo manejar o contener. Su mente empezó a traer recuerdos de aquella mujer: era de piel oscura, un poco más que la de ella misma, y áspera al tacto, como si llevase tierra en los poros. Gaelia también tenía una leve sensación de rememorar el aire que salía bajo su falda, pues era una pequeña que siempre halaba el vestido de mamá. No recordaba caricia alguna ni tampoco su rostro con claridad; tenía una imagen fija de sus piernas, tal vez porque ella llegaba solo a la altura de sus rodillas cuando Martha se fue. Gaelia no sentía conexión afectiva alguna con su madre, más bien un poco de cólera reprimida. Preguntas no había, porque su ser no precisaba de respuestas. No juzgaba su pasado, solo le interesaba el presente y cómo influiría en su futuro. Pero allí estaba David, con alma de psicólogo queriendo repararla, intentando convencerla de que era necesario hacer las paces con su pasado, que debía

William Mercay

sanar la relación con su madre para poder tener una mejor relación con sus hijos. Gaelia, en silencio, solo lo observaba, buscando en su memoria retazos, piezas que pudiesen completar esa parte de su vida.

Martha León se encontraba en un caserío dentro de la selva de Samaná. Aquel lugar había servido de refugio para su alma atormentada por todos los demonios que la perseguían luego de haber abandonado a sus hijos y haber herido, casi de muerte, a su pareja Manuel. Martha no le temía a la justicia, ella huía de algo que no podía controlar, de quien no se podía esconder. Veía constantemente sombras que la seguían y cuando cerraba sus ojos no encontraba la paz de la oscuridad; al contrario, las luces se encendían en su mirada y podía observar el dolor y el terror de las almas que ella había esclavizado a través del mal uso de sus conocimientos en santería y palería. Samaná, que era un lugar hermoso y paradisiaco, para ella se había convertido en la sucursal del infierno donde había pasado las últimas décadas. Lo que menos se imaginaba Martha es que su pasado volvería muy pronto.

Gaelia no pudo evitar aquel viaje a Samaná. La emoción e intención de Boyer era inquebrantable, así que ese viernes en la mañana la rutina fue otra: los

niños se quedaron en casa de doña Eva. David y Gaelia, vestidos cómodos y casuales, emprendieron camino hacia Samaná. La autopista Juan Pablo Duarte se hacía corta delante de la velocidad con que manejaba David. Para Gaelia, aquellas casi ocho horas de viaje no significaban nada más que un capricho de su esposo.

Al llegar a Samaná, el calor era agobiante, húmedo y pegajoso. Había también miles de mosquitos queriendo alimentarse de la sangre de aquel par de forasteros que bajaron de una camioneta Vitara color amarillo, que ahora era casi ocre por la cantidad de tierra que acumulaba. Lo que sí se veía reluciente era el vestido color perla que vestía Gaelia para la ocasión, que la hacía lucir elegante, femenina e incluso le daba un aire de bondad. Lo que no habían imaginado era que el trayecto que debían recorrer hasta el rancho de Martha León era selva tupida de barro y humedad. David, a pesar de que calzaba zapatos de suela, se puso en marcha llevando a Gaelia sobre el lomo de un amable caballo para cuidar que no pasara necesidad alguna. A Boyer el barro le llegaba hasta las rodillas, sus pies ampollados dolían, sus pantorrillas estaban agotadas, y el sudor había manchado su espalda y axilas, pero jamás se quejó. Ayudó a bajar a Gaelia del hermoso equino color caramelo que le sirvió de transporte y allí

William Mercay

estaban, delante de un rancho en peores condiciones de aquel en el que Gaelia fue abandonada con sus hermanos.

Martha había engordado, envejecido, pero su mirada denotaba lo mismo que la de Gaelia: soberbia, altivez y, por supuesto, vacío. Martha se levantó de su silla, detrás de ella salieron dos chicos de unos doce y quince años, respectivamente. Sus rostros reflejaban el descuido en la crianza y la falta de atención médica. Salió también una pequeña, Marina, morenita como la noche, con vida en la mirada, peinada con un par de colas de caballo a los lados de sus gorditas mejillas, inteligente y curiosa, que se acercó directamente a David y, con gracia, lo saludó y extendió su mano para guiarlo a la puerta del rancho. Él se dejó llevar inundado por la ternura y a la vez la pena de que aquella niña tuviese que vivir en esas condiciones que no le daban muchas probabilidades de un futuro digno.

—Negra, amor, abraza a tu mamá —le pidió David a Gaelia ante la frialdad del momento.

Gaelia abrazó a Martha como si se tratara de una desconocida, y para Martha el encuentro tuvo la misma validez que el que podría tener con cualquier vecino. No hubo química, no hubo cariño y

muchísimo menos nostalgia. Martha jamás preguntó por Valeria, que solo era una bebé cuando ella partió, mucho menos tuvo interés en Simón, pero no perdió la oportunidad de pedirle colaboración a Boyer, quien sacó de su billetera dos billetes de cincuenta dólares y se los entregó. No hubo agradecimiento alguno de parte de Martha y, al observar la situación, David tampoco lo esperaba. La incómoda visita solo duraría un par de horas, más por el deseo de descansar antes de emprender el trayecto de regreso por el tortuoso camino que por el deseo de compartir. El regreso era necesario antes de que terminara de entrar la noche y solo contaban con la luna como iluminación.

—Gaelia, vamos a adoptar a tu hermana Marina, vamos a sacarla de aquí. Ella es una niña sana, podemos brindarle una vida mejor.

—¿Estás loco, gordo? Amor, yo no voy a criar a una hija de Martha, ya mucho tengo con los tres míos.

David emprendió el camino de regreso con la nostalgia de no haber podido cambiarle la vida a la pequeña. Aquella noche descansaron en un hotel de Samaná. Era hermoso el lugar, perfecto para una luna de miel: el paisaje, el clima, la brisa marina, el sonido

William Mercay

de las aguas, los deliciosos platillos que les ofrecían. Gaelia disfrutaba de su momento de señora, mientras David meditaba en que toda belleza ocultaba espacios de oscuridad. En su caso, de ese viaje, él recordaría con tristeza la mirada de Marina, la hermosa niña de ojos vivos que dejó dentro del olvido en aquel rancho de la selva de Samaná.

William Mercay

CAPÍTULO XLII
SEÑALES

Las diversas inversiones manejadas por David Boyer en diferentes ciudades del mundo hacían necesaria su presencia, y por ello él seguía llevando una vida en movimiento. El mes de marzo traía consigo el calor de la Semana Santa. Para Monte Cristi era una época de turismo, por lo que sus costas se llenaban de visitantes y lugareños que deseaban disfrutar de las cristalinas aguas. Las calles se vestían de celebración, el pueblo se volvía colorido y la música era más abundante de lo cotidiano. David empacaba pues debía viajar a Ciudad de México y su vuelo saldría en solo seis horas. Gaelia en la cocina esperaba de forma impaciente su salida de casa. Él notaba su extraña actitud, pero prefería pensar que se trataba de la nostalgia de la separación y la tristeza de saber que en tres meses no compartirían el lecho matrimonial.

David tomó a Gaelia en peso y con sus piernas enlazadas a su cintura la llevó a la habitación, en donde le hizo el amor con la ansiedad de la despedida y la esperanza del reencuentro. Los labios de Gaelia se humedecían al acariciar David cada rincón de su cuerpo. Ella, con la piel erizada de

placer, le pedía un poco más mientras entrelazaban sus manos porque la intensidad de la penetración se salía de control. Los cuerpos sudaban y el agua salada que salía de sus poros era consumida a besos y mezclada a punta de caricias lascivas a la petición de «dame más», al susurro de un «te amo, negra». Cuando las uñas de Gaelia se clavaban en la espalda y arañaban desde el orgasmo el cielo, David la llenaba de placer y, satisfecho, se tumbaba a un lado con la esperanza de sentir a su mujer descansar sobre su pecho. Pero la realidad era otra, ya que Gaelia salía de aquel papel pasional con toda facilidad y se ponía en pie. Por sus muslos bajaba el producto de la pasión desbordada; ella, con indiferencia y sin decir una sola palabra, lo recogía con sus manos y se dirigía al baño sin siquiera mirar atrás. Al salir, la mujer que acababa de hacer temblar el mundo de David había desaparecido.

—Gordo, levántate ya. Debemos ir al aeropuerto o perderás el vuelo.

—Pero amor, aún hay tiempo, ven —respondió David tocando la cama del lado vacío—. Acuéstate conmigo un par de minutos.

—No, mejor ponte en pie. Es hora de salir.

El camino hasta el aeropuerto fue como cualquier día cotidiano. Gaelia, al volante escuchaba las instrucciones de David que, mirándola, le repetía: «No manejes el Porsche, dejé todos los pagos adelantados, hay comida para ti y los niños en casa, cuida del avestruz y los chivos, visita el terreno, recuerda que contraté a Augusto con su maquinaria para desmontar todo el espacio y, sobre todas las cosas, piensa mucho en mí». Gaelia escuchaba y asentía con la mirada fija en la carretera, aunque parecía fastidiada de escuchar la voz de David. Cuando por fin llegaron, David bajó de la camioneta y ella se despidió. Hubiese sido bonito que ella se quedase allí, esperando el vuelo que la separaría de su esposo por tres meses, pero ese no era el deseo de Gaelia. Se sentía ahogada, agobiada, necesitaba la libertad de no tener que responder preguntas. Ahora que contaba con medios económicos, le molestaba tener que explicar a David qué hacía.

La brisa golpeaba su cara y hacía sentir fría su sonrisa. En su pecho galopaban caballos a toda velocidad, iba camino a Monte Cristi sola. Gustavo, Piero y Gaia estaban con doña Eva. La casa era de ella, tenía dinero, auto, ganas y cero responsabilidades. Así veía Gaelia aquellos tres meses de ausencia de David. La soledad de la casa le parecía una bendición, el silencio del cual podía

William Mercay

disfrutar mientras estaba en la ducha, la amplitud de la cama, incluso sus pesadillas y premoniciones tenían otro sentido, eran solo de ella y ella las manejaría sin la absurda compasión y piedad que David constantemente le ofrecía. Aquella noche se dio una ducha larga, tensó su cabello y admiró en el espejo la nueva dentadura que se iba armando de a poco, gracias al tratamiento de ortodoncia que costeaba su esposo. Se sentía una diosa. Pintaba de rojo carmín sus labios cuando en su hombro izquierdo una voz le susurró:

—Eres una reina, mereces vivir como una reina, da igual que tengas tres hijos. —Gaelia le sonreía al espejo y del lado derecho la misma dulce voz le confirmaba—: Las hijas de Oshún nacieron bañadas en oro, no mereces menos.

Aquella certeza de las voces engrandecía la pasión que en su pecho ardía. Un pantalón ceñido al cuerpo para dejar notar las caderas, un top con escote en V, color dorado, hacía resaltar sus senos. Gaelia salió de casa bañada en agua de rosas y al volante del hermoso Porsche de David.

La noche prometía. En la barra del restaurant se encontraba Guillermo, el gerente del banco que tantos momentos de lujuria le había regalado. Un par

de miradas fue suficiente para que, descaradamente, ambos se escabulleran en la noche ante la vista de los curiosos. El espacio del Porsche no fue problema, puesto que la flexibilidad de las piernas de Gaelia le sirvieron para cabalgar a gusto sobre la erección de poca durabilidad de Guillermo, quien empañó los vidrios en tan solo un par de minutos sin permitir el orgasmo de Gaelia. Ella se sintió frustrada y con la ropa interior a medio subir bajó del auto a Guillermo para arrancar a la velocidad de la ira. Un mal giro fuera de control le regaló una abolladura a la puerta izquierda, situación que le amargó la noche. Gaelia llegó a casa y se metió en la cama, lanzando maldiciones sobre su suerte. Ya mañana resolvería lo que fuese necesario.

Con el pasar de los días, los recursos se agotaban. Si bien David había dejado los gastos básicos cubiertos y le había realizado el pago de su mensualidad, los excesivos gastos de Gaelia superaban cualquier expectativa. Llegando al terreno vio a Lupe, el avestruz que quedaba con vida después del accidente de Polo. Sonrió. Allí había dinero fácil corriendo en dos patas, de modo que, sin perder tiempo, concretó la venta a un precio mucho menor en el mercado: lo importante era la rapidez del dinero. Hecha la entrega y recibido el dinero,

William Mercay

protegida por la sombra de un alto arbusto del terreno, llamó a Boyer ahogada en llanto.

—Amor, amor… Lupe ha fallecido, vine al terreno y la encontré sin vida.

David nuevamente no podía creer lo que escuchaba. Por su mente solo pasaba la imagen de Gaelia tomando fotos alegres posando con Lupe a un lado. Realmente ella la amaba, por lo que, más que la pérdida del avestruz, le preocupaba el dolor y llanto de Gaelia. Trató de calmarla y le indicó que debía pedir ayuda para quemar los restos; ya cuando él regresara, ella podría explicarle mejor lo sucedido y juntos buscarían una respuesta.

Los días transcurrían y Gaelia seguía viviendo un torbellino de emociones, como si dentro de ella no existiera la calma. La abolladura de la puerta del Porsche la había pagado con la venta efectiva de Lupe, así que era un inconveniente solucionado. Pero, aparentemente, ella tenía un radar para los inconvenientes porque la tarde en que Augusto manejaba la maquinaria de desmonte por aquel amplio terreno, Gaelia sintió que la humedad se apoderaba de su entrepierna al verlo, era un calor humeante. Augusto tenía el poloche atado a la cabeza y, en su torso desnudo, el carbón de su piel brillaba

William Mercay

bajo las gotas de sudor del trabajo duro. Él la miró y lo supo: aquella hembra quería, necesitaba de un hombre. La química fue suficiente para que, en el silencio de la complicidad, Augusto subiera a la jeepeta de Gaelia y la acompañara a casa. Allí, entre las mismas sábanas que conservaban aún el olor del sudor de David, con el cuadro que adornaba la cabecera de la cama, allí, donde posaban sonrientes ella y su esposo, en apariencia enamorados, en el lecho matrimonial, Gaelia de espaldas gemía de placer ante las embestidas animales de Augusto.

El tiempo se agotaba, el regreso de David estaba cerca, ella necesitaba dinero. Más que necesitar, lo deseaba. Visitó a su madrina, quería pedirle favores a la diosa Oshun, o más bien deseaba utilizarla. Crisanta se negó por vez primera ante las solicitudes de su muchachita, pero podía ver que la ambición de ella no conocía fronteras. Quería ayudarla.

—Gaelia, Gaelia… lo que el santo da por capricho, el muerto lo cobra con atino —le repetía la anciana con amor, pero Gaelia no la escuchaba.

Las visitas a su madrina se acortaban con el tiempo. El único deseo de Gaelia era conseguir sus propósitos por el medio de lo que fuese necesario.

William Mercay

Abandonó el rancho de Crisanta con visible enojo, y manejando de retorno a casa llamó furiosa a David.

—Bueno, David, ¿cuándo piensas depositarme mi mensualidad? Tú sabes que yo tengo responsabilidades. No me has depositado.

—Pero bueno, negra, ¿qué forma es esa de saludar? Yo estoy trabajando, estoy ocupado. Además, ¿cuál es la urgencia? La casa está paga, tienes comida y las mensualidades de los empleados están cubiertas. ¿No te puedes esperar un poco hasta que yo vuelva?

—No, David. Envíame mi dinero, yo lo necesito —exigió Gaelia con autoritaria voz a su esposo.

—Está bien, negra, no te alteres, te haré el giro ahora mismo. ¿Pero pasa algo?, ¿los niños están bien?

—Todo bien, todo bien, quédate tranquilo.

Boyer quedó pensativo tras aquella llamada tan exigente y demandante. No obstante, no tardó en realizar el giro del dinero que tanto deseaba su esposa. Faltaban solo quince días para su vuelo de retorno a Monte Cristi, por lo que Gaelia querría dejar todo en orden para su regreso. Él se sentía seguro de

que ella lo extrañaba, pero que no sabía expresarlo con claridad.

La calma invadió el pecho de Gaelia al ver el dinero girado en su cuenta bancaria. Sonreía... Ese hombre era capaz de hacer por ella cualquier cosa, en sus manos lo tenía y de aquello no tenía duda.

El día del retorno llegó. Un hombre agotado, pero feliz de volver a su hogar, bajó del avión. Buscaba en su teléfono la forma de comunicarse con José Gabriel y Nicolás, con quienes la relación se había vuelto complicada por diversidad de factores: la adolescencia, el divorcio y, por supuesto, la distancia. Aun así, David cumplía con su responsabilidad de padre e intentaba mantener una relación con ellos, los amaba y no se podía permitir perderlos, moralmente sería un peso que no soportaría.

Boyer hubiese deseado ver a Gaelia en el aeropuerto, pero no fue así. Desde el amor desbordante que sentía, justificó su ausencia. Tomó un taxi. El camino se le hacía largo, complejo, caluroso; deseaba estar cuanto antes en su hogar. Al llegar, abrió la puerta del pequeño jardín y frente a esta hizo un extraño hallazgo: el cráneo de una vaca, con sus cuernos incorporados, se encontraba allí, en

su entrada. David no comprendía la extraña broma, si es que se trataba de un chiste, de la presencia de aquel cráneo.

– Gaelia, ¿qué es eso que está en la puerta? — comentó él, entrando a casa.

Gaelia se asomó por la ventana y con indiferencia le respondió – No es nada David, se le habrá caído a algún ganadero en el camino, ahora lo botamos. Esta respuesta vino acompañada de besos apasionados, de caricias insinuantes que hicieron a David soltar la maleta y perderse en la cama con Gaelia. Al final, ¿qué tanto podría importar el cráneo de una res? Era solo eso, un cráneo, él estaba en casa, entre los brazos del amor de su vida y eso era más que suficiente.

República Dominicana era su hogar, así lo sentía. Con el paso del tiempo, y aunque viajaba de manera constante, David se había adaptado a todas las costumbres de ese país. Por ejemplo, disfrutaba de sus platillos típicos como si de sus favoritos se tratase. No se podía negar que se sentía cómodo en las calles de Monte Cristi. En donde estacionaba su auto siempre había alguien que lo saludaba con respeto y admiración, esto porque trabajaba honestamente y brindaba oportunidades a dominicanos y haitianos por igual. Sonreía de forma franca y tenía su modo particular de luchar contra un sistema judicial y político que se encontraba viciado de corrupción e injusticia, porque eso sí destacaba de la personalidad de Boyer: no consideraba nada imposible. Pero su instinto siempre le abría las puertas, pues contaba con voces, ángeles o sueños que lo llevaban siempre de la mano, como si de recoger herramientas con un objetivo futuro se tratase. Fue esta intuición la que lo llevó a conocer un maravilloso lugar y vivir una experiencia que seguramente jamás podría explicar y olvidar.

En los pulmones de David el aire se enfriaba. Su sueño era profundo, su cuerpo se movía milimétricamente en la cama, las cortinas de la habitación se ondeaban con la brisa y le hacían sentir frío, su piel se enchinaba en reacción de solo estar cubierto por una fina sábana. Él se encontraba caminando, el espacio estaba nublado, miraba hacia abajo y sus pies descalzos estaban sobre un amplio camino de tierra. Hacía frío, la niebla era tupida y solo se escapaban de ella algunas ramas de una selva que parecía ser densa, pero equivocada de lugar. Boyer miraba a su alrededor. No sentía miedo, estaba acostumbrado a ver desde adentro, buscaba señales y respuestas.

—¿Por qué estaba allí? ¿Qué era lo que debía ver?

Cada una de estas interrogantes daban vuelta en su pensamiento una y otra vez. Sus pies se movían con cautela, un paso a la vez. De pronto allí, delante de sus ojos, se alzó una pirámide de cuatro partes en punta perfectas, en medio de la nada. David salió del sueño y bruscamente se sentó en la cama, lo cual asustó a Gaelia.

—¿Estás bien? —preguntó ella mirándolo con extrañeza.

—Sí, negra, estoy bien. Solo fue un sueño.

David se puso de pie, caminó descalzo hasta la mesa donde se encontraba el ordenador y empezó a investigar. ¿Una pirámide en República Dominicana?, se preguntaba en silencio. Quizás estaba equivocado, quizás era una simple sugestión por sus constantes viajes a tierras mexicanas. La investigación duró un par de minutos y allí estaba, la página informativa reseñaba:

La Pirámide Ciclópea está localizada en el centro de la Cordillera Central, dentro del parque nacional Valle Nuevo. Esta pirámide está dividida en cuatro secciones idénticas, cuatro piedras poliédricas de gran tamaño, que fueron talladas por artesanos españoles. Fue diseñada por el arquitecto Julio Hernández e inaugurada en 1958.

Era exactamente igual a aquella que se alzó delante de sus ojos hacía solo unos minutos, cuando viajó en sus sueños. Su impresionante arquitectura se mostraba en la imagen y más aún la cantidad de mitos y leyendas que se le adjudicaban a su poder energético. Su curiosidad empezó a subir en grandes cantidades y porcentajes, no había razones lógicas para realizar un viaje que le tomaría todo un día solo con la intención de ver aquella estructura. Sin

William Mercay

embargo, lo tenía muy claro: tenía que ir a aquel lugar y debía ser lo más pronto posible. La meta en los próximos días sería visitar la «Ciclópea».

Boyer sabía cuál sería su próximo destino, y no es que no haya conocido alguna pirámide antes, tampoco se trataba de un estudio arquitectónico, mucho menos turístico. Aquel sueño o premonición había logrado llamar su atención por completo, definitivamente debía ir hasta aquel lugar. Como era de esperarse, a Gaelia no le interesó mucho saber por qué él quería dar un viaje de seis horas hasta una tonta pirámide. Aquella decisión no la afectaba en lo absoluto; él podría irse de la misma galaxia si así lo desease, siempre y cuando cumpliera con sus compromisos económicos. David paró de comentarle a Gaelia aquel extraño sueño cuando ella simplemente le dio la espalda y continuó colocando unas cuencas dentro de un nailon; estaba haciendo, aparentemente, un collar. Cosas de mujeres, pensó él mientras se unía al silencio de su esposa.

Darío, el cantante, se había hecho amigo de David. Conocedor de la ruta, lo acompañó sin problema alguno. En el camino los dos hombres se turnaron al volante, compartieron chistes, refrescos y algunos snacks para burlar el hambre que hicieron el trayecto agradable. La carretera era angosta, con

algunas curvas de cuidado. No había negocios o tiendas, solo una que otra casa asomaba al fondo de los terrenos, espacios iluminados por el sol y otros donde reinaba una niebla repentina que los hacía bajar la velocidad para observar mejor la ruta. Las seis horas del trayecto no se hicieron sentir, el tiempo pasaba de forma casi imperceptible y, por ello, al llegar a su destino no existía fatiga, solo la expectativa de conocer la pirámide. Estacionaron el auto e iniciaron un camino de tierra en subida con el calor húmedo del Caribe en un principio, pero mientras más avanzaban el clima cambiaba de tal manera que se podría suponer que se encontraban a una altura considerable, por encima del nivel del mar. Allí se apareció, gris, perfecta, inmensa y arquitectónicamente imponente, la Pirámide Ciclópea.

No era un día turístico, así que la soledad acompañó la visita. Darío, conocedor de las historias, mitos y leyendas de República Dominicana, le comentaba de forma graciosa a David que se le adjudicaban a la pirámide hechos inexplicables, tales como sanaciones, contacto con extraterrestres e incluso misterios sin resolver. David, que nunca había sido un hombre impresionable, sonreía delante de las ocurrencias de su compañero. Sabía, no obstante, que existían energías que ocasionaban

William Mercay

inexplicables, por ello respetaba muchísimo lo desconocido y siempre prestaba atención a las señales. Esta virtud le había funcionado por años para salvarse de malas experiencias e incluso para levantarse de situaciones abrumadoras, pero lo que estaba a punto de vivir no lo podría haber imaginado antes y hasta hoy día le causa duda y curiosidad.

La conversación se alargó y el tiempo parecía haberse detenido. Tenían hambre y no habían visto lugar alguno para comer en todo el trayecto, así que regresar pronto a casa se estaba convirtiendo en prioritario. Boyer sintió una fuerte necesidad de orinar, de modo que se escapó entre los arbustos escuchando algunos gritos de broma de Darío.

—Cuidado que te llevan los extraterrestres… —le decía de forma jocosa.

David se detuvo detrás de un par de árboles, sació su deseo de miccionar y al terminar regresó al punto donde lo esperaba Darío. Este lo miró con cara de sorpresa.

—¿Hombre, pero por qué tardaste tanto?

—Pero si no tardé más de dos minutos — respondió David sonriendo, pensando que Darío le estaba jugando una broma.

—No, David, desde que fuiste hacia los árboles hasta ahora han pasado cerca de quince minutos.

David no daba crédito a las palabras de su acompañante. Era divertido de cierta manera creer que había pasado por alguna dimensión donde el tiempo se había vuelto relativo, aunque él no vio señal alguna, algo que le indicara algún tipo de abducción, si así podría llamarse. Hablaron sobre el incidente, pero no fue mucha la importancia que al final se le otorgó. Estaba ya cayendo la tarde y el hambre apremiaba. Subieron al auto y tenían clara la ruta que tomaron: se encontraban a seis horas de camino de Monte Cristi y a cuatro horas de Santo Domingo. A Darío lo esperaba su mujer, y David suponía que Gaelia lo extrañaba.

Iniciaron el recorrido a Monte Cristi. La carretera estaba bastante nublada, mucho más de lo que recordaban en su trayecto de ida. La tensión se sentía en el auto, no veían carros pasar a su lado y las luces altas no eran suficientes para iluminar ni siquiera un par de metros delante de ellos. El drama no era opción, ambos coincidían en que el camino era inequívocamente hacia Monte Cristi, pero lo que no entendían eran las razones de tanta niebla e incluso aquel frío húmedo que parecía haber entrado

William Mercay

al auto y mantenía los cristales con finas gotas que simulaban la garúa eterna de la selva. Avanzaban a una velocidad prudente cristales abajo y Darío asomaba la cabeza de vez en cuando por la ventanilla para ayudar en la visión a David que iba conduciendo. Era lógico que en algún momento la bruma terminaría y daría paso a la cálida tarde porque aún era temprano. Darío, algo desconcertado, sacaba la cuenta de las horas.

—Salimos del pueblo a las cuatro de la mañana, llegamos a la pirámide cerca de las once, todavía era temprano —comentó—. Cuando bajamos era casi la una de la tarde, no hay manera en que esté oscuro.

Darío entendía que sus cuentas eran inequívocas. David parecía ser sordo ante las palabras, solo estaba atento a las señales y allí estaba: fondo verde, bordes blancos y con letras que se iluminaban. Era un cartel que indicaba «Bienvenidos a Santo Domingo». Los dos no daban crédito a lo que leían. No podían haberse equivocado de ruta, ya que conocían perfectamente el camino. Y, aunque así fuera, era imposible que estuviesen llegando a la capital del país, pues el reloj marcaba las dos y media de la tarde y Santo Domingo se encontraba a cuatro

William Mercay

horas de camino desde el punto de partida donde se hallaba la pirámide.

El camino se fue aclarando, la niebla desapareció y volvió a iluminar el hermoso sol del trópico. David, a lo lejos, vio una hermosa casita de madera, humilde, pero visiblemente limpia, arreglada y con condición de hogar, de esos lugares donde la gente sabe y confirma que el dinero es un medio, no un fin para ser feliz. En la puerta, sentada en una silla artesanal, se encontraba una niña tejiendo una alfombra de colores. David la llamó, ella sonrió y mostró una dentadura blanca perla muy cuidada. Mientras se acercaba se notaba que sus trenzas estaban peinadas con dedicación, y su ropita, aunque no era nueva, estaba limpia y sin arrugas en la tela. La edad de la pequeña no superaba los seis años, pero su lenguaje era pausado, educado y con la modulación de un adulto.

—Buenas tardes, señor. ¿En qué lo puedo ayudar?

—Mi amor, ¿en dónde estamos? —preguntó David mirando admirado a la pequeña.

—Usted está entrando a Santo Domingo.

—Hija, ¿hacia dónde está Monte Cristi?

William Mercay

—Señor, debe dar la vuelta, está en el lado contrario.

David le dio las gracias a la niña y así él dio la vuelta para retornar. A diferencia de lo que había visto antes, la carretera estaba clara e iluminada de lado y lado, los restaurantes adornaban el camino ofreciendo platillos diversos a los que hacían el recorrido. Ambos no creían que solo treinta minutos antes habían pasado exactamente por la misma vía y solo habían enfrentado la niebla y la soledad. No entendían, no había explicación alguna para lo que acababan de vivir, y así fue como decidieron detenerse en un restaurante, tenían mucha hambre y el cansancio era evidente.

—Amigo, disculpe —preguntaron al mesero—, ¿es este el único camino que lleva a Monte Cristi y a Santo Domingo?

—Así es, señor, no hay carretera distinta. Hacia arriba llegará a Monte Cristi y hacia abajo lo espera Santo Domingo.

—¿Y siempre ha habido tantos restaurantes en la vía?

—Por supuesto, amigo, este es nuestro sustento.

Desconcertados ante la vivencia, los dos caballeros comieron en silencio. Reposaron y luego de abastecer las compras de snack y agua para el camino, emprendieron el retorno a casa intercambiando el volante del conductor, cansados. Llegaron sanos y salvos a Monte Cristi en horas de la madrugada del siguiente día. Darío se metió en la cama con su mujer que seguramente despertaría enojada por la ausencia, y David encontró a Gaelia despierta, no por esperarlo, al contrario, ella estaba entretenida viendo información de su interés en el ordenador. No hizo preguntas, no se interesó, y David estaba tan agotado que no tuvo tiempo de analizar tanta indiferencia. Una ducha y horas de sueño era lo que necesitaba. Al despertar podría reflexionar con más calma sobre aquel viaje y el misterio de haberse perdido en tiempo y espacio dentro de su propio auto.

William Mercay

CAPÍTULO XLIV
EL DESCARO SE VISTE DE OFENSA

Gaelia Márquez León vivía desde la enseñanza de las experiencias: en su infancia había observado de cerca la violencia, el hambre, el abandono y la injusticia. Ser víctima no fue un papel, sino una realidad presente y palpable. Al crecer entendió que en la vida existían caminos largos y otros que eran mucho más accesibles a la meta y se convirtió en una mujer audaz y conocía el poder de la palabra. Lo que no calculaba era que lo que fácil viene, fácil se va. Hacerse sorda ante las advertencias de su madrina Crisanta era una cuenta que se iba acumulando, un cántaro que en algún momento no soportaría la presión del agua, aunque ella intentara sostenerlo.

El teléfono sonaba de forma constante. David estaba ocupado, y cuando por fin lo tomó vio en la pantalla cinco llamadas perdidas de un número desconocido. Como hombre de negocios que era, pensó que se trataría de algún interesado en su proyecto. Quienquiera que fuese volvería a llamar. Y así fue: quince minutos después, el teléfono volvió a sonar, David lo tomó y en el último repique atendió con cordialidad:

—¡Hola, buenas tardes!

Una voz femenina visiblemente alterada respondió del otro lado del teléfono, haciendo una propuesta que, en otra situación, hubiese causado gracia a David, pero en este caso específico solo le produjo extrañeza.

—Buenas tardes, señor Boyer, le habla Tatiana Espinoza. Lo estoy llamando porque yo deseo hacer el amor con usted, que usted me haga suya, revolcarme en su lecho matrimonial, así como su mujer lo hizo con mi marido.

David no era un hombre de creer en chismes, mucho menos dudaría de la integridad de la mujer que amaba. Para él no existía la mínima posibilidad de que Gaelia, la mujer de su vida, lo hubiese traicionado. Sin prestar atención a aquellas palabras, David, con educación, le indicó a la señora que se había equivocado de persona y colgó aquella incómoda llamada.

Aquella tarde pensó algunos minutos en el suceso, pero su trabajo, su proyecto y su estabilidad dependía de aquello a lo que le prestara atención genuina, así que simplemente dejó a un lado ese pensamiento y dejó la llamada recibida en el olvido.

William Mercay

Gaelia vio las luces del auto de David iluminar la ventana de la casa y se apresuró a servir la cena. Esa noche vestía un particular pijama de encajes en color rojo que resaltaba su piel: David lo notó apenas abrió la puerta. La cena quedó a medias, pues Gaelia, de piernas abiertas, se subió sobre David. Sus movimientos eran suaves, pero contenían la presión necesaria para sentir cómo su virilidad crecía bajo el pantalón. Él intentó ponerse en pie, pero Gaelia no lo permitió.

—Shuuu… —le susurró al oído—. Esta noche mando yo.

Las palabras de Gaelia causaron el efecto deseado en David. Su piel se erizó y empezó a sentir que su corazón bombeaba sangre mucho más rápido de lo normal. Gaelia besaba su cuello con suavidad mientras desabotonaba la camisa azul cielo que él vestía. Al dejarle el torso desnudo pasó sus uñas por su espalda, mientras presionaba sus caderas en su aún oculto miembro a punto de estallar. David jadeaba, se desesperaba.

—Quédate allí, no te muevas —le ordenó a la vez que se levantaba.

Gaelia bajó y estando de rodillas dio libertad a la virilidad de Boyer. Lo tomó entre sus manos y

mirando a los ojos a aquel hombre perdido en la pasión saboreó cada centímetro y rincón de su miembro para tener el poder y que él perdiera el control. Era lo más excitante que podía vivir David, quien, sin aguantar más el deseo, la levantó y sobre la mesa de espaldas la recostó, la hizo suya con la misma pasión del primer día, pero con un amor mucho más profundo.

Más tarde en la cama, exhausto y con Gaelia acostada a su lado, no podía pensar en nada más que fuese la felicidad que sentía en ese instante al oír las palabras amorosas que Gaelia le decía.

—Gordo, hay una mujer que me envidia y me tiene muchos celos. Anda diciendo que yo me acosté con su marido y eso no lo puedo permitir. Mañana iré a denunciarla en la fiscalía.

—Está bien, negra —dijo David sin darle importancia—. Anda temprano y la denuncias, yo te apoyo.

Gaelia sonrió y se recostó en el pecho de David y nuevamente comentó lo que ya parecía un hechizo.

—Amor, no te imaginas cuánto te amo, yo te pedí así tal cual, yo le pedí al universo tu llegada.

Las palabras de Gaelia llenaban a David de satisfacción, de ternura e incluso le despertaban un sentido de protección. De alguna forma nublaban su razón. Aunque las señales de infidelidad para otros se mostraran con claridad, él no las veía porque estaba perdidamente enamorado de esa mujer.

La noche pasó sin sobresaltos. Al iluminar la mañana, David fue sorprendido por un enjambre de abejas negras en la entrada de la vivienda. Gaelia le entregó un aerosol con veneno para eliminar la plaga.

—Anda con esto, amor. Fumiga la parte de afuera y esos bichos morirán.

—Pero negra, debo ponerme mascarilla de seguridad, esto es tóxico.

—David, no seas cobarde, solo cúbrete la cara con un poloche. Hay que acabar con esa plaga, no vaya a picar a los niños.

David salió de la casa como si de un talibán se tratase. Un poloche de algodón atada a la cabeza cubriendo nariz y boca eran su única protección contra el químico que se dispensaba de aquel aerosol. De pronto empezó a sentir un leve mareo, náuseas y ardor en los ojos. Entró a la casa cuando ya sentía que el aire le faltaba.

—Gaelia, me siento mal, llévame al hospital.

—Qué dramático eres, gordo —respondió Gaelia con una sonrisa irónica—. Te doy un vaso con leche y eso se te pasa.

—De verdad, Gaelia. Llévame al hospital, no puedo respirar casi.

—Ya, está bien, David. Te llevo, pero es una pérdida de tiempo.

Las abejas negras murieron y David casi muere con ellas. Los médicos lo atendieron de emergencia y la doctora Guzmán a cargo se notó disgustada y molesta ante el trato indiferente de Gaelia hacia su esposo que estaba envenenado. Si hubiesen tardado unos minutos más sus vías respiratorias se hubiesen cerrado por completo. Gaelia seguía pensando que era una tontería, una simple exageración. David estaba recostado en una camilla y Gaelia no se acercaba siquiera; lo miraba desde la silla donde se encontraba sentada. Por la vía corría el tratamiento que limpiaba la sangre y las vías respiratorias envenenadas de David, y en su cabeza él trataba de buscar razones para la fría actitud de Gaelia. La lógica le decía que no las había, pero desde el amor desmedido que en su corazón habitaba solo podía pensar que aquella mujer carecía de empatía por lo

William Mercay

mucho que había sufrido a lo largo de su vida, pero con el discurrir del tiempo y con su amor, cuidados y protección, ella mejoraría. Este suceso, para David, simplemente había sido un accidente más.

William Mercay

CAPÍTULO XLV
LA VERDAD A GRITOS

Frente a una hornilla encendida por combustión de gas se encontraba Crisanta. Una olla manchada de trazos de carbón hervía ante sus ojos dejando escapar el aroma de las diferentes plantas que hacía reducir con calma para lograr un brebaje que aliviara los fuertes dolores de las articulaciones de una buena amiga. Aunque estaba de espaldas a la entrada de su casa, sabía que allí pronto aparecería su muchachita. Habían pasado cuatro años desde el día en que Gaelia entró a su hogar exigiendo el poder de amarrar a su hombre, no por amor, sino por capricho y ambición, pero con el tiempo la magia se va desvaneciendo, mucho más cuando no se realiza desde un acto de bondad. Sus palabras para Gaelia siempre fueron claras, aunque ella se negara a escucharlas.

Tal y como lo presentía, la puerta se abrió y cual torbellino, como siempre, entró Gaelia.

—¡Madrina! —expresó con gran alharaca, tratando de llamar la atención de Crisanta, que aún se encontraba de espaldas a ella, atenta a su preparación.

William Mercay

—Gaelia Márquez León —respondió Crisanta con calma en la voz—, resulta que esta tarde tu madrina sí soy, pero hace un tiempo cuando tocaste la puerta en compañía de tu hombre ignoraste tu relación conmigo y de tu madre Oshun. Fingiste desconocimiento, negaste tus raíces.

—¡No exageres, vieja, deja el drama! —dijo Gaelia, irreverente como de costumbre—. Tú sabes bien que no es conveniente que el hombre se entere de dónde provienen las mieles que lo endulzan.

—¿Las mieles que lo endulzan, Gaelia? Lo que no deseas es que ese buen hombre conozca la cuerda con la que lo atas.

—Madrina, esto no es una novela, es la vida real. Como hija de Oshun merezco vivir bañada en oro y haré lo necesario para que siga siendo así.

—Gaelia, Gaelia… Recuerda, lo que el santo da, el muerto lo cobra. Tienes que recuperar la cordura mientras aún tengas tiempo.

—No, Crisanta —refutó Gaelia con voz gutural—, yo necesito más, David no quiere poner a mi nombre el terreno y sus chivos. Haz lo necesario para que suceda.

William Mercay

Crisanta observó a Gaelia con detenimiento. Notó que su mirada estaba oscura y en su mandíbula un ligero marco varonil se había instalado, hasta sus hombros parecían más anchos. Y así como vio esos rasgos, también los vio desaparecer; volvió la estructura de mujer, de seducción. La virtud que entrega el tiempo se hace presente con cautela y sabiduría. Crisanta entendió en ese instante que no podía hacer nada para ayudar a su muchachita, ya que dentro de ella existían almas y cada una la habitaba a su antojo. Esta situación había salido de su alcance.

—Bueno, madrina, ¿qué tanto me miras? Dime, ¿qué debo hacer?

—Lo siento, mi muchachita —pronunció Crisanta en voz baja y con los ojos a punto de desbordar como un río—, lo siento mucho, pero ya de mi casa y de mis santos no sacarás provecho alguno para tus intenciones. Se te acaba el tiempo, Gaelia, solo siete años te regaló la magia para tener en tu poder a ese hombre, solo siete. Ya lo que estás viviendo es el ocaso.

—¡Maldita vieja bruja! —Gaelia reaccionó con furia—. ¡Tú me vas a ayudar, aún no termino con él, tú no me puedes abandonar!

William Mercay

—Lo siento mucho, muchachita mía. Pero debes salir de mi casa ya.

Llena de ira y lanzando maldiciones, Gaelia salió de la humilde vivienda jurando que Crisanta y todos sus santos se arrepentirían. Crisanta la vio partir, tal y como un día vio a Martha, y sintió que la tragedia era una constante en esas mujeres a las que tanto quiso.

Las tres y diecisiete de la mañana marcaba el reloj cuando Gaelia empezó a dar alaridos de terror. Sus gritos asustaron a los niños, quienes corrieron al cuarto matrimonial. David la zarandeaba de un lado al otro intentando despertarla de la pesadilla que la atrapaba. Aunque ella tenía los ojos abiertos como dos platos y miraba a la ventana como si la muerte misma estuviese allí parada, con su brazo derecho levantado, señalando con el índice hacia la nada, entre lágrimas y con la voz temblorosa, decía:

—¡Me quiere matar, allí está! ¡Míralo, carajo! ¡Él me quiere matar!

Gaelia se desvaneció en la cama de la misma forma repentina en la que entró en aquel extraño trance. Suspiró y sollozó como una pequeña niña y entró nuevamente en el sueño profundo. David no quiso despertarla de nuevo, al contrario, se levantó

de la cama y llevó a los niños a su habitación. Con palabras dulces los calmó.

—Mamá solo ha tenido un mal sueño.

—Mamá está maldita —sostuvo Piero.

—No, Piero, tu mamá solo tuvo un mal sueño. Ya vayan a dormir.

—Quiero ir con mamá Eva —pidió Gaia.

—Tranquila, mañana los llevo a casa de su abuela —prometió David.

David tomó un vaso con agua y volvió a la cama. Gaelia seguía sumida en la profundidad del sueño. A él le costó un poco más, pero ese espacio de silencio era diferente en esta oportunidad. Era como si un balde de agua helada le hubiese caído encima, bañándolo de la cabeza a los pies. No sentía lástima ni ganas de protegerla o de cuidar de ella, solo una extraña curiosidad. ¿Por qué Gaelia siempre se veía involucrada en comentarios masculinos?, ¿por qué Gaelia no ha sentido empatía por él cuando su vida corrió peligro?, ¿por qué Gaelia siempre tenía pesadillas donde alguien la persigue o asesina? David se quedó dormido entre todas las interrogantes. A partir de esa noche, la duda sería una constante.

William Mercay

CAPÍTULO XLVI
LA EVIDENCIA DE LOS CAMBIOS

Caía el sol. El mar se iluminaba como si en su superficie el brillo de las estrellas se encontrase; el cielo se teñía de acuarelas. David, sentado en el capó de su auto, contemplaba la maravilla de la creación. En su pecho anidaba la tristeza. No había mucho más que pudiese hacer para cambiar la realidad de los hechos, él ya lo sabía. Hacía un par de días había llegado de México, después de unos meses de ausencia por intereses comerciales. En la maleta de su viaje aún se encontraba el hermoso vestido color mostaza que compró. Cuando lo vio en la vitrina de la tienda, solo pudo pensar en lo guapa y atractiva que luciría su esposa si lo llevara puesto. Lo compró con alegría y, sin duda alguna, con la ilusión de llevarla de la mano a un hermoso restaurante, mostrando su belleza, de su brazo, como siempre. Pero en este retorno la realidad sería otra.

Gaelia siempre había sido una mujer de facetas: en la cama, apasionada como ninguna otra; en la calle, altiva hasta pecar de soberbia; con sus hijos, distante; y con él, con él era todas ellas, dependiendo de la situación. Gaelia había logrado

William Mercay

que David fuese todo y más de lo que ella se imaginó o, por lo menos, así lo entendía David.

Al volver a casa, encontró a Gaelia sentada en la cama disfrutando de uno de sus programas televisivos favoritos, soñando con una vida que ella ya tenía, pero que no valoraba. Quería más: sus ambiciones solían ser mucho más grandes de lo que era posible alcanzar. David la besó fríamente en los labios. La expectativa de llegar a casa y que su mujer se muestre feliz por su regreso siempre quedaba incumplida, lo cual él antes lo justificaba por el crudo pasado de Gaelia, pero ya habían pasado cinco años y David había sido amoroso, complaciente, honesto, amigo y amante, por lo que no consideraba justo que ni siquiera él reciba un poco de calidez. A Gaelia le extrañó aquel roce simple de sus labios, mas no dijo nada.

En un suspiro profundo, pero imperceptible para quien no prestara atención, David colocó la maleta encima de la cama y empezó a desempacar.

—Negra, vi este vestido —dijo, sacando la prenda con ilusión de su empaque—. Me pareció hermoso y solo pude imaginarlo en ti.

Gaelia tomó el vestido en sus manos y lo observó con detenimiento.

—¿Qué talla es?

—Te conozco de pies a cabeza, amor, estoy seguro de que está hecho a tu medida. Pruébatelo, por favor.

Gaelia deslizó el vestido desde su cabeza y este cayó cual perfecta cascada amoldándose a sus curvas. Se miró al espejo y, tal y cual lo había dicho David, se veía hermosa. Su piel iluminaba el vestido o el vestido iluminaba su piel. Ante el espejo, su reflejo le hizo ver nuevamente a una mujer bañada en oro, altiva, orgullosa. Sus senos salían a la perfección de aquel escote, la sedosa falda caía en pliegues perfectos, resaltando sus caderas, acariciando su piel.

—¡Gracias, gordo! —expresó Gaelia con genuina emoción.

Aquella noche hicieron el amor, como siempre que David volvía de algún viaje. Pasión desenfrenada, lujuria y un toque de maldad. Sin embargo, por momentos, él tenía la mente en otro lugar y no allí, en los besos húmedos y los gemidos de placer de Gaelia. No se trataba de que no la deseara, al contrario, aquella mujer era capaz de enloquecerlo, él le pertenecía en cuerpo, mente y corazón. El clímax llegó y con él la soledad, esa que

se siente en compañía. Ella durmió casi de inmediato, pero David no pudo pegar un ojo, se pasó la noche mirando fijamente el techo. Recuerdos sin explicación lo invadieron, las imágenes iban y venían, situaciones que había vivido pero que por amor las había dejado pasar. Recordó entonces cuando apenas la relación iniciaba, se vio sentado ante el ordenador, cuando sintió que se acercaba Gustavo; el pequeño no tendría entonces más de tres añitos.

—David, ¿tú eres casado?

—Sí, hijo. Yo soy casado.

—¿Y no sabes que tener dos mujeres es malo?

David no dio crédito a lo que oía en ese momento. Cómo podría un niño de esa edad tener tal razonamiento. Pero ahora, años después de aquel suceso, no podía evitar pensar que acaso fue un diálogo aprendido y con la finalidad de acelerar el divorcio con Pamela. Esta hipótesis era poco probable de comprobar, así como un par de experiencias más, pero ahora la duda estaba allí y aquello ya era bastante.

La noche pasó, David no sabía en qué momento el sueño lo había vencido, el cielo se aclaró

William Mercay

y un nuevo día se perfilaba. Se puso en pie, tomó una ducha, vistió con elegancia y frescura como de costumbre. Tomó desayuno rápidamente porque debía salir a cumplir deberes. Para David, el peor pecado de un hombre era mantenerse en ocio, sin ingenio ni productividad, así que, por más que su cabeza estuviese revuelta en mares de mil tormentas, continuaba con su rutina y compromisos. Tomó las llaves del auto, besó a su esposa y abrió la puerta.

—¡Carajo, negra! ¿Qué coño es esto? ¡Otra vez! —gritó furioso al ver en la entrada de su casa otro cráneo de res, similar al de un tiempo atrás, solo que este tenía los cuernos mucho más grandes.

Gaelia salió con calma, observó con indiferencia.

—¿Te vas a molestar, gordo, por unos simples huesos? ¡Eso debe ser una broma pesada de algún maldito hijo del diablo que no tiene nada que hacer!

Gaelia tomó por los cuernos aquel cráneo y simplemente lo echó al bote de la basura.

David nada comentó, pero sus pensamientos empezaron a unir situaciones. No podía quedarse con la duda de por qué, ya en dos oportunidades, en su puerta había aparecido el cráneo de una vaca con

cuernos incluidos; no era algo común y debía significar algo. La vida está llena de causalidades, no de casualidades, las cosas no suceden por magia, son más bien el resultado de influencias de la energía natural de la vida. Seguro de ello, salió de casa, sin decir palabra alguna. En su mente había decretado que la verdad, fuera cual fuese, iba a revelarse ante él más temprano que tarde.

William Mercay

CAPÍTULO XLVII
LA JAURÍA Y LA CARAVANA DE LOS CORNUDOS

En la sociedad actual, donde la tecnología impera, se hace difícil mantener los secretos a salvo. Las redes sociales han hecho un cambio innegable y contundente en la forma en que las personas se comunican e informan. De hecho, estas ventanas tecnológicas le han dado libertad de expresión a aquellos que en público no podrían decir ni la mitad de las palabras con las que describen, defienden e incluso juzgan de forma directa a través de las plataformas virtuales.

Monte Cristi era ejemplo para aquellos que lo observaban desde fuera. Para el turista era una costa con playas paradisíacas, deliciosos platillos y una interesante cultura mágica fortalecida por su frontera con Haití, mas, en su vida cotidiana los habitantes vivían al ritmo de una danza aparentemente tácita en la que existían estructuras morales y religiosas que, en teoría, no deberían ser quebrantables. Si ciertamente se habla de una sociedad bastante cerrada, también es acertado afirmar que las redes sociales no estaban ausentes, y eran utilizadas, como el común denominador, entre los habitantes adultos y jóvenes.

David siempre había manejado la tecnología desde la vista objetiva del negocio, la innovación y por supuesto el aprendizaje, es decir, para él no era más que una herramienta, que bien utilizada daba frutos generosos, económicos o educacionales, pero una herramienta al fin. David prefería mantener su vida privada y sus emociones fuera del ojo de las multitudes. No obstante, su alma humanista, filántropa, de justicia, encontró en el anonimato de las múltiples pantallas y usuarios una forma de expresar su descontento social sobre situaciones particulares que vio desarrollarse en Monte Cristi. Más allá de representar un partido de izquierda o un partido de derecha, David se consideraba un hombre sin bandera, un habitante de la tierra, al que le indignaban las injusticias. Creía en el poder de la palabra, en el peso de la verdad y sabía que existía una justicia viciada en muchos de los procesos legales dentro del territorio de Monte Cristi. Después de haber sido víctima de los múltiples lineamientos absurdos donde solo levantaba la vara el dinero, sintió la necesidad de luchar, o más bien colocar su granito de arena, para detener o por lo menos poner en evidencia las acciones de jueces, fiscales, abogados e incluso alcaldes que tenían precio.

La situación se tornaba cada día más aguda en Monte Cristi. Este grupo de poder, al que se le

William Mercay

conocía como «la jauría», estaba causando daños irreparables a ciudadanos honestos. Procuraban, protegían e incluso cubrían las injusticias que iban y venían por doquier, colocando trabas imposibles de superar a las personas de bajos recursos que buscaban calidad de vida, acceso a la justicia, servicios sociales y educación. Una manipulación sin precedentes que detenía pequeños emprendimientos, procesos legales e incluso ocultaba culpables que mágicamente desaparecían por la frontera haitiana antes de ser apresados, mientras otros inocentes pasaban sus días tras las rejas sin posibilidad de un juicio justo.

Ante todos los hechos y las trabas que encontró en su camino, David salió bien librado, en principio porque su inteligencia siempre lo había hecho un hombre precavido, que conocía y manejaba muy bien todos los lineamientos legales estuviese en el territorio que estuviese y no permitía que nadie le cerrara las puertas. Boyer estaba consciente de que no todos tenían las oportunidades que a él la vida le había regalado y por ello encontró una forma de hacer ruido, pero, como todo lo que emprendía, lograría hacerlo a lo grande. A través de una plataforma social popular, gratuita y pública hacía visible, y con pruebas contundentes, los manejos ilegales y fuera de la ley de «la jauría». Eran

denuncias anónimas, pero, sin necesidad de pedirlas, siempre recibía pruebas y testimonios de aquellos que habían sido víctimas directas de esta élite. Las miradas rápidamente se estaban posando en estas denuncias y pronto se hicieron virales. Nadie sabía quién estaba detrás, no lograban acceder y sacar aquellos datos de la red y, finalmente, David estaba logrando drenar y dar un respiro a todo lo que parecía ser un grito silencioso. Más adelante él mismo se encontraría batallando en aquella pantalla pública.

Los días de David transcurrían con normalidad. Dedicado y centrado en sus proyectos, superando obstáculos, de noche en noche entraba en aquella red social para ver las reacciones a las denuncias realizadas. Era domingo en la mañana y estaba solo en casa, frente al ordenador, cuando a su privado llegó una denuncia o quizás una queja sobre una página tradicional denominada «Los cornudos». Al visitarla, más por curiosidad que por responsabilidad social, se encontró con una cantidad alucinante de seguidores. Evidentemente su popularidad era innegable, no se sabía o no existían rastros de quién era el «periodista» detrás de aquellas noticias, no obstante, la página se refería de forma directa a los habitantes masculinos de la ciudad cuando habían sido víctimas de infidelidades por parte de sus esposas, novias o incluso prometidas.

William Mercay

Hasta este punto, era gracioso y hasta interesante ver la vergonzosa situación expuesta de tal manera, pero la sonrisa de David desapareció por completo al leer: «Aquellos a quienes les han sido infieles un aviso en su casa recibirán, de regalo y con cariño el cráneo con cachos de una res los visitará. No ignoren las señales que este servidor les dará, porque solo será la antesala del debut que en esta página protagonizarán».

El corazón de David empezó a latir más rápido de lo normal. Sus manos sudaban mientras recordaba los cráneos en la entrada de su casa. Bajando y leyendo la información encontró aquello que tanto temía pero que suponía: David encabezaba la lista como el cornudo más popular de todo Monte Cristi.

La pantalla del ordenador quedó parada en aquellas líneas y David experimentó un ataque de pánico, no por lo que pudiesen pensar de él a nivel social, sino por el dolor que se había instalado en su pecho. El amor de su vida, la mujer que amaba, había tomado su honra y la había pasado por el suelo, o por lo menos eso era lo que públicamente se veía, pero en el fondo de su corazón aún existía la negación: quería negar, negar una y otra vez la posibilidad de haber sido traicionado por su esposa.

El contenido expresaba que la coronación de los cornudos era para tres puestos. El primero lo había ganado David Antonio Boyer y se señalaba a Gaelia como la mujer más infiel de Monte Cristi, y con quiénes ella había tenido relación, textualmente:

«La señora Gaelia ha hecho de su esposo el cornudo número uno que merece la coronación al haberle sido infiel con el veterinario de la ciudad, con el gerente del banco, con el abogado Carbajal, con un operador de máquinas que abiertamente lo ha expresado en bares de la localidad, con varios turistas, con dos agrimensores, con el dueño de la mayor ferretería del pueblo, con un expolicía, con un diputado de renombre, con un exalcalde, y con un operador de la zona franca, entre otros».

Boyer sintió un escalofrío en el estómago, pero esta vez sacaba sus conjeturas, analizando que la mayoría de estos hombres nombrados eran todos casados. No pudo evadir en su mente el recuerdo que cuando él estaba casado con Pamela, ella le había enviado una foto seductora de espalda. «¿Es Gaelia una trepadora? ¿Hasta qué punto he sido un ciego? ¿Es esto amor, brujería o adicción?», se preguntaba.

La situación no podía ser más vergonzosa de lo que ya era; no obstante, David guardaba la esperanza en su corazón, realmente amaba a Gaelia,

William Mercay

así que le daría el beneficio de la duda. Todo aquello podía ser simplemente una confusión, de repente cuentos de un pueblo pequeño o un chiste de mal gusto. Con este razonamiento, David encontró algo de calma y, antes de actuar con emocionalidad, pensó en la forma de borrar su nombre de aquella horrible página. Trató de comunicarse de forma directa con los administradores de la página para indagar cuánto deseaban por sacar la información de allí. Un hombre común en tal situación hubiese simplemente pedido las pruebas de su engaño; un hombre con el ego herido habría respondido desde la ira y la prepotencia, deseando saciar su venganza y limpiar su nombre; pero David estaba locamente enamorado, así que respondió desde la dignidad y con toda la intención de limpiar y recuperar su relación. Él amaba con tal locura a Gaelia que, en el caso de que ella aceptara la responsabilidad y confesara haberle fallado, estaba dispuesto a hacer lo necesario para salvar su matrimonio.

Gaelia abrió la puerta de la casa. Desde que la llave ingresó en la cerradura, David se percató del sonido leve que hacían los metales al juntarse, mientras los engranajes giraban para que la seguridad de la puerta cediera y ella pudiese ingresar. Era una paradoja, David sentía exactamente lo mismo que la cerradura, el roce del metal, el sonido chirriante y

William Mercay

cómo se movían los engranajes de su pecho generándole dolor y angustia, desde que dejó el ordenador. Gaelia llegó a casa como cualquier otra tarde, tarareando la tonada francesa que le solía cantar su padre. Esto llevó a David lejos de la realidad y recordó que una tarde, a inicios de todo, cuando su alma y corazón no entendían por qué se sentían atraídos por aquella simple chica de pueblo, una amiga de Gaelia le comentó a David que ella estaba pasando por una mala situación, que estaba sola en su rancho, deprimida y sin medios para alimentar a sus tres hijos. A Boyer estas palabras le rompían el corazón, subió a su auto y fue a buscarla a su rancho. Al llegar quiso alegrarla y con sus dotes vocales le cantó desde la ventana: «Gaelia, Gaelia hermosa mía, hoy he venido a traerte alegría». Ella salió de la casa con una sonrisa radiante y él la llevo al supermercado local. «Escoge lo que tú y tus hijos necesiten, tómalo como el obsequio de un amigo», le dijo. Aquel día él jamás lo olvidaría.

David salió de su recuerdo mientras Gaelia entró. Ella notó la energía diferente. Esta vez él no la miraba con amor y deseo, sino con decepción, con tristeza, sentado delante del ordenador, que estaba apagado. Allí permanecía solo mirándola hasta que, sin poder esperar más, el nudo que había en su garganta se desató:

William Mercay

—Tenemos que hablar.

El rostro de Gaelia palideció por un instante, cambió por completo dejando al descubierto rasgos de altivez y soberbia aun sin saber de qué se trataba. No iba a permitir que absolutamente nada se interpusiera en los planes que tenía o en las decisiones que ella tomaría con respecto a su matrimonio, el cual para ella era simplemente funcional y conveniente.

David, con lágrimas en los ojos y un poco de ira en la voz sin gritarle, sin ofenderla, y hablándole desde el amor inició la conversación:

—A mi privado llegó una información, quisiera mostrártela —le comentó mientras encendía el ordenador.

Gaelia estaba tan atenta como las serpientes, quieta y de mirada fija, pero lista para cualquier situación. La página empezó a cargar y mostró aquel mensaje privado, en donde se invitaba a David a visitar la página «Los cornudos». De un salto, David le mostró la advertencia que hacía referencia a los cráneos de res y, por último, la estocada en donde se podía ver que David Boyer encabezaba la lista de los hombres más engañados del pueblo. Aquel listado

William Mercay

vergonzoso solo significaba que Gaelia le había sido infiel en más de una ocasión.

Gaelia miró con detenimiento cada línea con la expresión de una experta jugadora de póker. En su rostro no se mostró ni un ápice de preocupación o angustia; fría e indiferente leyó cada una de las palabras que David le mostraba. Su reacción en el primer momento fue a la defensiva.

—¡Gordo! —expresó con indignación en la voz—, ¿cómo es posible que tú creas eso de mí? He sido tu esposa, te he sido fiel y leal, he estado contigo en las buenas y en las malas. ¿O acaso no recuerdas que cuando llegaste a Monte Cristi no conocías a nadie? Yo te abrí las puertas de mi familia, te confié a mis hijos, dejé que entraras en mi hogar e hicieras vida de familia, conociste dónde reposan los restos de mi padre, crucé la selva de Samaná para que pudieses conocer a mi madre, te conté mi historia… ¿Y todavía así por mierdas del internet desconfías del proceder de tu esposa?

David la miraba a los ojos en silencio. En el fondo él sabía que ella mentía.

—Negra, yo solamente te estoy mostrando las pruebas de lo que me han enviado. Ahora solo quiero que me digas la verdad, porque tú sabes bien que si

no me la dices yo la encontraré —sentenció David—. Si tú me dices la verdad, yo te puedo perdonar y buscaremos la forma de recuperar nuestro matrimonio. Voy a hacer todo lo posible porque así sea.

Gaelia se sintió acorralada, sabía que en esta circunstancia aceptar una media verdad podría salvarla de ser descubierta por completo, así que cambió su discurso y su actitud como lo solía hacer a conveniencia. Lágrimas empezaron a brotar de sus ojos como si se tratara de la tragedia más grande que habría vivido.

—Quizás en algún momento, quizás en algún instante de impotencia por tus constantes viajes —dijo, llorando desconsoladamente—. Me sentía tan sola y desvalida que puedo haber cometido un error, pero, David ¡yo te amo! Yo daría hasta un riñón por ti si de eso dependiera tu vida. Te amo tanto como no he amado a nadie, siempre le pedí al universo a un hombre como tú, has sido la respuesta del universo ante mis oraciones. Vamos a intentarlo —suplicó— podemos lograrlo, vamos a sanar la relación y a la mierda lo que piensen esos malditos hijos del diablo que te han hecho llegar una información tan absurda. Yo he cometido errores, pero soy tu esposa y siempre te he amado. Por favor, vamos a terapia de pareja.

David escuchó atentamente y cada palabra de Gaelia le confirmaba que efectivamente sí, ella lo había traicionado. A pesar del dolor que aquello le causaba, David no pretendía perder su matrimonio. Ya había experimentado más de una separación, en la última había dejado atrás a sus hijos que tanto amaba, y no deseaba volver a pasar por lo mismo.

—Gordo, vamos a intentarlo… incluso puedo darte un fruto de amor. ¿No te gustaría tener una niña? Ya tienes a los dos hombrecitos, tengamos una morenita como yo.

Las palabras de Gaelia sacaron a David del silencio de sus pensamientos. Imaginó por un instante a Gaelia con una linda pancita de embarazo, vio a una niña café con leche corriendo en un amplio jardín. Se ilusionó por un momento y pensó, en medio de la esperanza de su corazón herido, que todo aquello tenía arreglo, que él era capaz de perdonarla porque la amaba, la amaba infinitamente y eso era algo que él no podría cambiar.

—Está bien, Gaelia, hagamos el esfuerzo. Vayamos a terapia.

David aceptó con sinceridad. No obstante, lo que no sabía es si podría luchar, no solo contra la desconfianza y la duda, pues estas se habían instalado

William Mercay

en él tiempo atrás,═sino contra algo mucho más grande: la decepción. Sentía el dolor de estar pasando por encima de su dignidad al aceptar una traición que antes no habría tolerado en ninguna circunstancia, aun viniendo de personas que lo habían amado de forma sincera y honesta. No sabía qué estaba pasando en su corazón, no sabía qué tanto amor había en él por aquella mujer, pero la decisión estaba tomada: elegía apostar por Gaelia una vez más.

William Mercay

CAPÍTULO XLVIII
LA UTOPÍA DE LA ESPERANZA

La noche de domingo se hizo extensa. Gaelia pensó por un instante en tratar de amenguar con pasión la guerra emocional que se acababa de desatar entre David y ella, pero en esta oportunidad tuvo miedo a su rechazo y decidió ser precavida. En el lecho matrimonial ambos trataron de descansar: Gaelia durmió sin peso ni problema, pero para David la historia fue todo lo contrario. Peleando entre pensamientos y atando sucesos que en algún momento ignoró, la mañana llegó y parecía que la noche había durado semanas. A él le dolía el cuerpo, pero ella estaba tan fresca como de costumbre. David entró a la ducha y rápidamente se vistió. Sin tomar siquiera el desayuno se despidió de su esposa con un beso, que más que beso pareció un breve roce, encendió su auto y partió.

Eran casi las once de la mañana cuando Gaelia lo llamó. Estaba en el terreno al pendiente del cuidado de los chivos, pero ya había logrado coordinar una consulta con una vieja amiga, psicóloga de profesión.

—David, ¿almorzarás conmigo hoy?

William Mercay

—No creo, Gaelia, estoy ocupado con algunos documentos.

—Entiendo. Quería comentarte que mañana, al final de la tarde, nos recibirá la terapeuta de pareja. Gordo, recuerda que prometiste intentarlo.

—Yo soy un hombre de palabra, Gaelia. Mañana iré contigo a la terapia y se hará lo que sea necesario.

David colgó la llamada dejando a Gaelia un poco enojada y hasta indignada por la fría actitud que aún mantenía David, pero confiaba en que la terapia lo tranquilizaría y así podría, sin duda alguna, volver todo a la normalidad.

Era martes y el sol empezaba a caer. La cita estaba pautada para las cinco de la tarde. David estaba dispuesto a hacer la inversión económica y de tiempo con tal de resolver la situación. En función de ello, Gaelia y él, vestidos para la ocasión, se presentaron en aquel consultorio. Entraron de la mano y esperaron pacientemente el ascensor; ingresaron a aquella caja eléctrica que parecía encogerse piso tras piso. David sentía que el aire le faltaba, estaba pasando por episodios de ansiedad frecuentes; la situación lo afectaba no solo emocionalmente, sino también a nivel mental. Al

final del pasillo había una puerta blanca con un simple letrero donde se podía leer:

Licenciada Patricia Benavides
Psicoanalista, psicóloga conductual, terapia infantil y de pareja

La secretaria los recibió con una sonrisa.

—Por favor, tomen asiento. ¿Les gustaría tomar agua, café o té?

—Muy amable, pero así estamos bien —respondió David con cordialidad.

—La licenciada los atenderá en un momento, ya debe estar por terminar con su paciente.

Para David hubiese sido bueno tomar un vaso con agua pues su garganta estaba seca y sus labios cuarteados. No había podido dormir, no se sentía del todo bien, tal vez se trataba de un cúmulo de tensiones que lo estaba empezando a afectar. Aunque él no se diera cuenta, siempre había sido un roble en cuanto a salud, emociones e incluso en las situaciones económicas graves, había podido mantenerse en pie, pero en esta oportunidad el dinero no podría comprar la tranquilidad ni la paz, solo la podría obtener trabajando en ella.

William Mercay

Gaelia, sentada con su mano puesta en la pierna de él, como marcando el territorio de lo que suponía le pertenecía, nada pensaba. En su soberbia estaba segura de que saldría bien librada de esta batalla, mientras él confiara en que ella deseaba realmente restablecer la relación. Se abrió la puerta del consultorio y salió una mujer alta, delgada, muy pocas curvas, cabello corto, grandes aretes, morena, lentes cuadrados. Le extendió la mano con una sonrisa.

—¡Señor Boyer! Todo un placer conocerlo. Gaelia, ¡qué bonito verte de nuevo! —dijo, mientras le daba un cariñoso abrazo.

Entraron directamente al consultorio. El ambiente blanco y minimalista, con un leve olor a lavanda, hacía sentir algo de paz. A esta sensación se unía el sonido del agua al caer de una pequeña cascada de piedras que adornaban una esquina de la habitación. Un enorme y cómodo sofá donde al sentarse se sentía cálidamente abrazado, y frente a este uno igual, pero individual, donde la profesional tomó asiento. De su lado derecho, sobre una preciosa mesa de caoba pulida, redonda y de tres patas, reposaba una libreta y una fina pluma, una jarra de cristal con agua, dos vasos de cristal y una caja de

William Mercay

pañuelos. Las preguntas iban y venían, las respuestas eran imaginables, o quizás predichas.

—¿Qué hace una pareja tan bonita y joven en terapia? —indagó Patricia.

—Tenemos problemas en nuestro matrimonio; ha habido algunas disyuntivas que queremos resolver —afirmó David, pero Gaelia fue más directa.

—Le he fallado a mi esposo. Pero no ha sido por mi culpa —se justificó—. Fue por sus ausencias constantes, por no estar presente totalmente en mi vida.

—Gaelia —interrumpió David—, no te falta nada: tienes techo, comida, comodidades, tus hijos tienen educación y siempre has tenido mi apoyo. Yo debo viajar para poder mantener nuestro hogar.

—Sí, David, es cierto, pero me hace falta tu compañía, tu amor, ese nunca lo he tenido.

—¿Cómo vas a decir que no has tenido mi compañía y mi amor? —respondió él indignado—. Si dejé un hogar establecido en Colombia por venir acá y quedarme contigo.

William Mercay

—Yo te he recibido a ti como mi familia. ¿Cómo es posible que puedas creer en los engaños que dicen las redes sociales?

Ante los tonos de voz que se elevaban de forma notoria, la licenciada Patricia atenta los observaba y tomaba nota de cada una de sus palabras, mas no intervenía. Cuando lo consideró prudente, lo hizo con una pregunta:

—David, ¿cómo te sientes con la idea de haber sido engañado?

A David se le hizo un nudo en la garganta, una presión en el pecho amenazaba con desbordarlo en llanto. No quería hablar de eso, no quería hablar de sentir, quería hablar de soluciones, quería ver la expresión de la cara de Gaelia y sentir nuevamente que esa mujer era el amor de su vida. Pero en él, aunque no quisiera aceptarlo, algo se había quebrado y ese algo posiblemente no tendría reparación alguna, aunque lo intentara.

Sin siquiera notar el efecto de la pregunta en David, Gaelia respondió ofendida, antes de que él pudiese hablar.

William Mercay

—Si lo he engañado o le he fallado no ha sido mi culpa, ha sido su responsabilidad por no haberme atendido como debió hacerlo.

En aquel momento lo que escuchó expresar de la terapeuta fue quizás un balde de agua fría para David.

—Ciertamente, Gaelia, si descuidan lo que tienen en casa, se llena ese vacío en la calle —afirmó.

En ese instante David se percató de una señal que no había visto antes. La consulta la había pautado Gaelia, aquel abrazo de recibimiento, la posición parcializada de la profesional y ahora la mirada y coqueteo que aquella delgada mujer tenía con David de forma sutil. La psicóloga era no solamente amiga de Gaelia, sino que, aparte de ello, estaba totalmente parcializada con la opinión de ella. No existiría solución posible si el mediador o la mediadora no era alguien totalmente neutral.

Gracias a su intuición, David entendió que aquello era una trampa para voltear la situación. Hacer de él el culpable y de Gaelia la víctima. Resultaba una posición mucho más sencilla de manejar, pero él no iba a caer en ese juego. Al terminar la sesión, la licenciada preguntó cuándo regresaría. David negó con la cabeza.

—Usted es amiga de mi esposa, eso es evidente, y carece de profesionalismo. No creo que sea productivo ni que sea sano el hecho de que sea usted quien sirva de mediadora en nuestro caso en particular. Agradezco su tiempo e incluso la intención que ha expresado de desear ayudarnos, pero no creo que sea la persona adecuada.

Gaelia se mostró fastidiada ante la opinión de David, pero la licenciada, de forma inteligente, respondió:

—Me parece bien. Si usted desea puede venir a terapia individual; las puertas están abiertas igualmente para atenderlo a usted, a su esposa o a ambos como terapia de pareja. Deseo realmente que puedan resolver la situación.

Entraron tomados de la mano a consulta y salieron en discusión. Gaelia se sentía molesta por no querer continuar con la terapia; acusaba a David de no desear reconstruir la relación. Él, por su parte, callaba, había mucho ruido en su mente, necesitaba silencio, deseaba pensar, deseaba encontrar soluciones. Gaelia, al ver que David no respondía, lo tomó de la mano y en una medida desesperada lo besó.

William Mercay

—Gordo, yo deseo recuperarte. ¡Tengamos una hija! —le expresó de nuevo.

—Gaelia, yo no puedo tener una hija contigo porque no sabríamos si nacería completamente sana. Los antecedentes mentales de tu madre y de varios de tus hermanos me aterran, no soportaría una hija con problemas de esa índole, mucho menos en nuestra situación —respondió David, frío de palabra y con la mirada indiferente.

El cierre de la conversación no fue el que ella esperaba. Se sentía ofendida y acorralada. Todo lo que había estado construyendo durante los últimos cinco años se estaba derrumbando ante sus ojos, ella necesitaba una forma de reconstruirlo, necesitaba una forma de recuperar el control. No podía contar con la magia en las manos de Crisanta, ya le había cerrado las puertas. Entonces cambió su posición y decidió que, si tenía que ir a la guerra, iría con todas las armas necesarias, y si iba a perder a David, le quitaría hasta el último centavo, pues, para ella, todo lo que había construido él en esos años a ella le pertenecía y era quien lo merecía.

David subió a su auto dejando a Gaelia en la entrada de aquel lugar. Necesitaba estar solo. Luego de este descubrimiento, empezó a sentirse realmente extranjero en República Dominicana. Tan

William Mercay

enamorado estaba que juraba que ese era su hogar. Ahora el desarraigo de su tierra empezó a doler, la separación de su familia empezó a ser mucho más evidente y mucho más triste de lo que había sido antes, sus hijos empezaron a ser más que una responsabilidad una añoranza, y la tristeza de haber terminado con un matrimonio que, si bien no era perfecto, había tenido a una buena mujer por compañera, empezó a pesarle en el corazón y en la conciencia. Empezó a gritar maldiciones al volante y a ahogarse en llanto. David sabía que este era el inicio del ocaso.

Esa noche escribió un pensamiento sobre la base de su propia experiencia: «Quien traiciona, será traicionado».

CAPÍTULO XLIX
EXTRANJERO

Era vísperas del cumpleaños de José Gabriel. David lo llamó, como lo hacía con cierta frecuencia, pero su primogénito estaba negado a hablar con él. Nicolás, por su parte, apenas accedía a saludarlo. Pamela, la madre de sus hijos, actuaba como siempre, con dignidad.

—Hola David, qué bueno escucharte. Deseo que todo esté marchando bien. Los chicos están bien, son unos hombres ya. Si los vieras… —decía con cierta nostalgia— José Gabriel tiene tu carácter, pero Nicolás… Nicolás es toda tu nobleza.

Pamela no conocía el trance emocional en el que se encontraba David en aquel momento. Era discreta, no hacía preguntas personales. Sin embargo, él la escuchaba y se cuestionaba por qué había sido capaz de abandonar su matrimonio; en ese momento las lágrimas bañaban su rostro como si de un pequeño perdido se tratase, y sí, se sentía perdido. Aquellas calles que fueron su hogar los últimos cinco años le parecían ajenas, el lecho matrimonial donde tantas noches amó a Gaelia se sentía incómodo. David no podía parar de imaginar cuántas noches o días de su ausencia su cama fue escenario donde ella y otro

William Mercay

hombre habían dado rienda suelta a la pasión. Gaelia había pisoteado su dignidad.

La situación no era menos tensa para ella. Esa mañana salió de casa mientras aún él dormía y sobre la mesa dejó reposando una fría nota: «Me voy a cuidar a los chivos, los niños están con su abuela, no vienen hasta el lunes». Gaelia.

Ella necesitaba huir, y no por miedo o por vergüenza, al contrario, sentía una especie de enojo por ver lo que consideraba «su logro» despedazarse. Sabía que no le correspondería nada a nivel económico si David solicitaba el divorcio, y ella consideraba que las 25 hectáreas le pertenecían, con chivos y rancho incluido, la jeepeta y hasta el dinero de las cuentas bancarias. No permitiría que le quitaran lo que, por derecho, según su criterio, a ella le pertenecía. Si había que iniciar alguna lucha, el primer golpe lo daría ella. De pie, frente a aquel despacho, Gaelia tocó la puerta de quien años atrás fue su buen amante. André, abogado de profesión, la miró con sorpresa. La última vez que ella estuvo allí fue en compañía de su esposo, David; ella misma lo llevó para iniciar un proceso legal. Aunque hacía mucho la pasión entre André y Gaelia se había apagado, entre ellos aún existía cierta complicidad, acaso atada a que Gaia era hija biológica de André, aunque haya sido reconocida por Salvador.

—¡Caramba, caramba! Dicen que cuando el río suena, piedras trae. ¿Qué haces por aquí, Gaelia Márquez?

—¡Mi buen amigo André! —saludó Gaelia con ánimo—, vengo a que me ayudes, si es posible.

—Claro, por favor, pasa y siéntate.

Gaelia entró a la fría oficina, observó el escritorio macizo y amplio de madera, la amplia biblioteca respaldada contra la pared y por supuesto el cómodo sillón reclinable. Recordó cómo, en algunas ocasiones, detrás del cerrojo de aquella oficina ella y André disfrutaron de los placeres del cuerpo. El abogado escuchó atentamente sus deseos.

—Creo que David me pedirá el divorcio pronto —inició— y yo firmé un acuerdo prenupcial de separación de bienes. Pero tenemos un terreno de 25 hectáreas y los chivos, además de dinero en las cuentas bancarias. Quiero lo que me pertenece, André —exigió Gaelia.

André sonrió, no por gracia, al contrario, le parecía increíble que Gaelia, aun teniendo el conocimiento legal de que nada le pertenecía, tuviese la osadía y la soberbia de venir hasta su despacho a hablar de exigencias que no le correspondían.

William Mercay

—Gaelia, cariño, creo que no has entendido, el acuerdo es muy claro. Lo que sea que tu esposo haya adquirido durante el matrimonio le pertenece solo a él. Aun cuando en los papeles de la compañía se establece que tú tengas acceso al 1% de las acciones, existe un 99% que está en poder del señor Boyer. Esta es una batalla legal perdida.

—No me vengas con pendejadas, André —expresó Gaelia, furiosa—. Él es extranjero, yo soy dominicana, debe haber alguna manera de poder cambiar la ley.

André pensó por algunos segundos en las palabras de Gaelia. Una parte de él agradeció que ella ya no estuviese en su vida como amante, porque evidentemente su ambición era mucha; por otro lado, estaba la niña, Gaia, quien se vería afectada por la situación de su madre y que, independientemente de que no haya sido reconocida legalmente por él, también era su hija. Fue por esta razón que tomó un trozo de papel, una pluma y anotó en él un número telefónico.

—Gaelia, la única forma en que podrías obtener lo que deseas es bajo una orden judicial. Si estás dispuesta a llegar hasta las últimas consecuencias, aquí tienes —dijo André, entregándole el trozo de papel—. Este es el contacto

personal de Luis Alberto Rigual, uno de los fiscales con más peso en Monte Cristi y gran amigo mío. Conversa con él, dile que vas de mi parte, a lo mejor él pueda ayudarte.

Gaelia tomó el papel y le sonrió, dio la vuelta al gran escritorio y se despidió con un beso cercano a los labios de su examante. Sin decir palabra alguna, abrió la puerta del despacho y salió.

Dos de la tarde y David manejaba rumbo a casa, o por lo menos era la intención inicial. Al salir en la mañana solo pudo ver la nota sobre la mesa donde Gaelia justificaba su ausencia. Pudo haber ido hasta el terreno a buscarla para conversar, para gritar su decepción, para llorar entre sus brazos tanta tristeza, pero aún existía dignidad.

La radio tocaba canciones de moda, pero Boyer tenía una hilera constante de pensamientos cabalgando en su mente. Cerraba los ojos y la veía a ella, podía sentir su aroma, el sabor de su piel. David tenía una necesidad inmensa de silencio y cuando logró por fin volver a la realidad se dio cuenta de que el rumbo de su auto había cambiado. Camino a la costa las lágrimas sintieron permiso de salir del campo que las reprimía, y empezaron a caer, inundando sus mejillas, salando sus labios y experimentando la sensación de un niño sin madre

William Mercay

en medio de la oscuridad. Y allí, justo allí donde el miedo y la frustración se encontraban con la decepción, del pecho de David salió un grito desgarrador, quizá el necesario para poder continuar.

La playa por fin aparecía. Sus pensamientos querían silencio, de modo que apagó la radio que aún sonaba, bajó la ventanilla y sintió la brisa marina como un golpe de la realidad. Esa no era su costa, no era su arena, no era la sal de su mar, era más extranjero que nunca. Todo aquello que lo hizo sentir en casa alguna vez, hoy le era ajeno; comprendió que había formado castillos en la arena. La relación idílica con la mujer que consideró por mucho tiempo el amor de su vida iba en picada. Él sabía que en este punto no había forma de reconstruirla, no había forma de repararla, aunque él lo desease con todo su ser.

Estacionó su auto y bajó, colocó sus pies descalzos sobre la arena, caminó rumbo a la orilla, ocupó una silla cerca del agua y un paraguas color verde lo protegía de la caída lenta de la tarde. Allí, con el vaivén de las olas del mar, pensó en las verdades que juró creer falsas: ese secreto a voces de la paternidad escondida de Gaia, la niña que se robó su corazón con carácter y malcriadez, a la que quiso y procuró como su hija. Suspiraba. Esta historia había empezado con el pie izquierdo, estaba destinada a

terminar con el peor de los dramas. Sonreía, nunca había visto una novela, ni siquiera la que su madre veía fielmente todas las tardes en casa, que tuviese tantas señales inequívocas y un protagonista tan enamorado. Sumido en sus pensamientos lo encontró Octavio, un vendedor de dulces de coco y piña de la zona.

—Señor, ¿le puedo decir algo? —le preguntó desde una distancia algo corta.

David decidió ocultar su tristeza e incluso su vergüenza detrás de las gafas oscuras de sol, pero aquel caballero simplemente insistió.

—¡Señor! ¡Oiga, le estoy hablando!

David volteó levemente la mirada.

—Dígame, amigo.

El caballero, acercándose a David, sin invitación alguna se sentó a su lado y empezó un hilo de conversación que parecía ser un monólogo.

— Yo se lo dije a ella, yo le dije «mija, no le haga eso a ese hombre, ese es un hombre bueno». Yo se lo dije a ella, que usted era un hombre bueno y que lo que estaba haciendo no estaba bien.

William Mercay

David no sabía qué sentir, mucho menos qué responder a la imprudencia de aquel vendedor. Pensaba que lo podría haber visto alguna vez por las calles de Monte Cristi. ¿Cómo era posible que ese hombre supiese más de su matrimonio que él mismo? ¿Cómo era posible que los engaños de su esposa hubiesen sido tan evidentes para todos, pero no para él? Era algo difícil de comprender y difícil de manejar para alguien que siempre había tenido el control, que siempre había podido manejar sus emociones y nunca había permitido que alguien dañara su autoestima o pisoteara su dignidad.

Octavio continuó con su monólogo. Aunque ya no lo escuchaba, solo se percató de que el hombre seguía allí cuando tocó su hombro en forma de despedida y continuó su camino. David tardó un par de minutos en levantarse, sentía que ya era hora de dormir, pero deseaba descansar, deseaba dormir, lo necesitaba. Manejó hasta la casa que compartía con Gaelia; al llegar no le pareció extraño no encontrarla, fue hasta en cierta forma un alivio pues no estaba preparado para enfrentarla. Tomó una muda de ropa en un pequeño maletín y se dispuso a irse aquella noche a un hotel. Mañana será otro día, pensó, esa noche necesitaba tiempo para él.

William Mercay

Gaelia despertó y sintió el vacío del lado derecho de la cama. David no estaba. Se había quedado dormida, no recordaba exactamente en qué momento, esperando su llegada, pero nunca llegó. No era mujer de preocuparse, mucho menos de sentir esa angustia que llena el pecho cuando se intuye que algo malo sucede con la persona amada. Gaelia tenía la habilidad de poder vivir con la mente en blanco, actuando únicamente a través de sus instintos, sin meditar mucho las consecuencias de sus acciones. Su personalidad la había formado entre el descaro, la manipulación y la indiferencia; de alguna forma estas eran sus armas para sobrevivir. Se levantó de la cama como si nada pasara y es que, en realidad, para ella nada sucedía. Se dio una ducha y, al salir, envuelta en una toalla blanca, se sentó a la orilla de la cama, tomó su móvil y marcó el número que le anotó André en aquel papel. El repique la hacía sentir ansiosa. Uno, dos, tres tonos.

—¿Sí? ¡Buenos días!

—Buenos días, ¿hablo con el señor Luis Alberto Rigual?

William Mercay

—Soy el fiscal Rigual. ¿En qué puedo servirle, señora?

—Señor fiscal, mi nombre es Gaelia Márquez, su número me lo dio un buen amigo en común, el señor André Carbajal. Tengo una situación legal y me gustaría saber si usted me puede ayudar.

—¿De qué se trata, señora Márquez?

—Es algo que me gustaría tratar en persona. ¿Usted cree que podamos reunirnos hoy día en su oficina?

—Mis ocupaciones son múltiples, pero tratándose de una amiga de André haré un espacio en mi agenda. La espero hoy día a las tres en mi oficina.

—Muy agradecida, señor fiscal, ahí estaré.

Gaelia cortó la llamada con la sensación de que todo aquello que deseaba lo obtendría. Volteó la mirada y tropezó con la pintura que colgaba sobre la pared de la cama. Allí aparecían sonrientes ella y David. La alegría en sus rostros podría haber significado felicidad, pero solo para David, pues para ella su matrimonio era simplemente un medio. Se levantó de la cama, vistió pantalones de caída suave color rosa, un strapless color blanco que mostraba lo suficiente de su escote y sandalias bajas en plateado, una de tantas que le había pedido a David como

capricho en cualquier salida al centro comercial. Brillo labial, trenzas perfectamente tejidas, largas y, por supuesto, perfume de rosas. La carta que pretendía jugar para obtener resultados era la única que conocía: la seducción.

Al otro lado del pueblo, en un sencillo hotel de la costa, la historia era diferente. Con un grito desesperado, un hombre despertaba de una terrible pesadilla. Aquel sonido ahogado de miedo que sale de la boca del estómago y solo termina cuando la realidad lo enfrenta, y aun así son necesarios un par de minutos para asentar el espíritu dentro del cuerpo, porque en definitiva el alma había sido sacudida con fuerza. Más que una pesadilla, lo que había visto David era digno de una historia literaria, una premonición o simplemente el trauma de la traición manifestada por el inconsciente, como aseguraría cualquier profesional de la psicología. Luego de aquella experiencia, la garganta de David estaba seca, deseosa de caudales de agua, sus labios quebrados y su cuerpo adolorido.

El cielo estaba completamente nublado, situación poco común en Monte Cristi. Cuando sucedía era presagio de tormenta. David caminaba descalzo, vestido de blanco, con sombrero a juego con su traje de lino suave y lentes de sol oscuros, sí, lentes de sol en pleno augurio de tormenta. Se sentía

William Mercay

triste, ocultaba su nostalgia observando sus pies dando un paso tras otro, hundiéndose en la arena. Miró a su alrededor y reconoció el parque del reloj, solo que en esta realidad el suelo estaba cubierto de blanca arena y la mar embravecida se podía escuchar y oler a pocos kilómetros. De la nada, un dolor incontenible invadió su pecho: era creciente, agudo, agonizante. David cayó sin fuerzas de rodillas en la arena, los sonidos empezaron a ser chirriantes, todo a su alrededor empezó a distorsionarse y poco a poco su cuerpo parecía pasar por un proceso ruidoso y transformador.

David observaba que su piel se oscurecía y ennegrecía, sus ojos se ampliaban y de sus orejas antenas crecían, se empequeñecía de manera sobrenatural, su espalda se encorvaba y le nacían verdes y duras fibras aladas. Se sentía desnudo, y lo estaba. Al observarse luego de que el dolor acabara, notó que sí, desnudo se encontraba, pero la respuesta era simple: los escarabajos no usan ropa. Expandió sus nuevas alas y con rapidez, sin control, llegó al árbol más cercano; allí se posó, agitado por su primer vuelo. Se encontraba maravillado de ser tan pequeño y sentirse tan libre a la vez, pero la sensación de alegría se opacó por su recuerdo humano, el de la risa de Gaelia, aquella que solía soltar a carcajadas

sonoras cuando compartía la complicidad del secreto con David.

Fue allí, justo en ese momento, cuando él tomó la decisión de volar hasta su casa; él quería verla, despedirse, porque presentía que no volvería a ser humano nunca más y antes de perder su memoria, quería por lo menos poder verla, y así, voló de rama en rama, posándose en cada lugar que pudiese brindarle descanso, protegerlo de los más grandes depredadores. Llegó por fin a lo que conocía como su hogar. Entró por aquella ventana desde donde solía mirar el pequeño jardín cada mañana. Observó los espacios, que permanecían cada uno de ellos como los dejó; voló suavemente a su habitación y se posó en la repisa donde un cofre guardaba el tesoro de los múltiples regalos que le había hecho a su esposa. En ese instante, como una pantalla de cine dividida en ocho partes iguales con degradé de colores, vio a Gaelia sobre aquel hombre, al cual no pudo verle el rostro, en su cama, cabalgando en la desesperación del orgasmo, mientras las manos grandes y oscuras guiaban el ritmo de sus caderas aferradas a la redondez de sus nalgas. Gaelia pedía más como si de una gata en celo se tratase. David sintió que se ahogaba, que el cuerpo de aquel escarabajo era demasiado pequeño para contener tanta ira, tanto dolor. Así empezó a despedazarse y la imagen de sus

William Mercay

pedazos fragmentados poco a poco lo despertó en un grito ahogado de miedo y dolor.

Cuando el cuerpo de David recuperó el movimiento después de despertar de aquella extraña pesadilla, por alguna razón no sentía su cuerpo. Enrojecidas las palmas de las manos y los pies, sentado al filo de la cama, se sirvió un vaso con agua de la jarra de cristal que acompañaba la mesa de luz, y lo bebió como si viniese de un naufragio de días en alta mar. Llevó sus manos a los ojos y los frotó, posiblemente con la intención de entrar en contexto con su cuerpo, con su humanidad, con la realidad. Tomó su móvil y sin sorprenderse, pero con profunda tristeza, confirmó lo que ya sabía. Eran más de las diez de la mañana y no tenía ningún mensaje o llamada perdida de su esposa; de nuevo las lágrimas de desesperación empezaron a brotar a caudales, vaciando su alma de tantas emociones que tenía revueltas, apretujadas, confusas.

La mañana para Gaelia estaba pasando sin sobresalto alguno. Ese día su papel de «buena madre» despertó por un instante. Salió de casa y compró frutas, pan y mantequilla de maní y se fue a casa de doña Eva a ver a sus hijos; al llegar, los niños la vieron y corrieron hacia ella. Muchos días habían permanecido bajo el cuidado de su abuela.

—¡Niños, despacio, por favor! —los abrazó brevemente Gaelia.

—Gaelia, los niños necesitan a su madre, por muy buena que sea su abuela.

—También necesitan a su padre, doña Eva, y yo no veo a Salvador por acá.

—Los hombres son más distantes, mija. Al final es la mujer la responsable de los hijos.

—Ya ellos están grandes, Evita —dijo Gaelia sonriendo—. Además, le hacen compañía. Aquí les traje algunas cosas para que no piensen que no los quiero.

—El amor no se trata de pan con mantequilla de maní, Gaelia.

—¡Ay, doña Eva! Si solo me va a regañar entonces me voy y los visito otro día.

—Está bien, mija, está bien. Mejor dime, ¿cómo estás?, ¿cómo está tu marido?

—Todo muy bien, Evita —dijo Gaelia con una sonrisa inexplicable de felicidad—, mi esposo está muy bien, trabajando como siempre, ¿no ves? —agregó, dando una vuelta, luciendo su vestimenta—.

William Mercay

Me mantiene como lo merezco, como una reina, como Salvador nunca lo hizo.

Doña Eva no respondió a los comentarios de Gaelia, quien siempre encontraba la manera de humillar en público o privado a Salvador; en el fondo se sentía feliz y tranquila de que ese matrimonio se hubiese terminado, porque vivía con el temor de que un día terminarían matándose. La visita de Gaelia a sus hijos no duró más que un par de horas. Al salir de casa de doña Eva respiró aliviada, como cuando se suelta una pesada carga; encendió su jeepeta y, coreando canciones de bachata moderna, manejó hasta el centro del pueblo. Se estacionó frente a una cafetería y desayunó como lo haría cualquier dama de sociedad: pidió café negro, jugo de naranja, huevos revueltos y tostadas con mermelada fresca. La escena parecía una novela con escenas en Miami y siendo ella la protagonista. Tomó su desayuno con la calma y la felicidad de tener todo bajo control, solicitó la cuenta y, al pagar, su sonrisa empezó a desvanecerse de ver que su dinero se agotaba. Tenía solo dos opciones: o lograba dejar sin nada a David, o lograba envolverlo de nuevo en su cama, pero algo debía hacer.

David manejaba concentrado en el camino, en completo silencio. Se dirigía hacia su terreno, debía poner las cosas en orden. Después de haber

pasado el torbellino de emociones que vivió y de descontrolarse al punto de tener que aislarse, necesitaba retomar la disciplina y el ingenio que lo habían llevado al éxito durante años. Llegó al Kilómetro 8 y allí estacionó su auto, abrió el portón y volvió al vehículo, condujo por el vasto espacio y de inmediato en su mente se empezaron a realizar planos de construcción de las infinitas posibilidades que aquel espacio le ofrecía. Se estacionó debajo de un gran árbol, bajó y fue a observar a los chivos —extraños animales, pensó—. Era complicado para él entender el gusto y amor desmedido que sentía Gaelia por aquella olorosas y barbudas criaturas. En ese momento no pudo evitar sonreír.

«David, David… ¿cómo puedes amar tanto a esa mujer que has sido capaz de complacer su capricho de tener chivos? No un perro, no un gato, ni siquiera un lorito, no, ella quería chivos», se dijo David a sí mismo de forma sarcástica en voz alta.

El reloj marcaba las tres menos quince y ya Gaelia se encontraba en la puerta de la oficina del fiscal Luis Alberto Rigual. Nunca había sido tan puntual para llegar a una cita, pero de aquella reunión dependía su estatus y por supuesto su estabilidad. Tocó dos veces y ya estaba a punto de tocar la tercera con impaciencia cuando la puerta se abrió. Un hombre bajo, de piel albaricoque,

William Mercay

achinado, de piernas delgadas y barriga prominente estaba delante de Gaelia. La impresión de desagrado en su rostro fue tan evidente que logró incomodar a aquel hombre.

—Disculpe, tengo una reunión a las tres de la tarde con el fiscal Luis Alberto Rigual —dijo Gaelia, barriendo con la mirada al caballero.

—Pues la reunión es conmigo —le sonrió con malicia el caballero—. Yo soy Luis Alberto Rigual, pase adelante, señora, y tome asiento.

Gaelia ingresó al despacho del fiscal con una sensación de náuseas que reconocía de su pasado. Podía sentir la mirada lasciva de aquel grotesco hombre pequeño en su trasero mientras ella caminaba. Un escalofrío recorría su cuerpo de pies a cabeza.

—Por favor, toma asiento y coméntame. ¿En qué te puedo ayudar, mi reina?

Gaelia formó una sonrisa ante el tono de la pregunta del fiscal, respiró profundo buscando en sus entrañas la valentía, la indiferencia, la soberbia que le había permitido mantenerse en pie durante años, y desde allí, desde el deseo del logro de objetivos respondió.

William Mercay

—Soy casada, mi esposo es el ingeniero David Boyer, el mismo que llegó a Monte Cristi con los autos eléctricos. Estamos pasando por una situación difícil en este momento porque él está seguro, por chismes del pueblo, de que yo lo he traicionado, y presiento que desea el divorcio, aunque aún no me lo ha pedido.

—Entiendo su situación. Lo que no me queda claro es en qué podría yo ayudarla.

—Resulta que mi esposo y yo firmamos un acuerdo de separación de bienes antes de casarnos; tenemos una empresa en la que yo figuro como accionista con el 1% de las acciones, el resto lo maneja él. Considero injusto que de todos sus bienes no me corresponda nada, después de haberle entregado mi vida durante seis años. Sé que ese documento tiene un valor que solo un fiscal podría romper. Ayúdeme, por favor.

El fiscal se levantó de su cómodo sillón, el cual emitió un chillido cuando abandonó su peso. Rodeó lentamente el escritorio hasta posarse frente a Gaelia; recostado en el escritorio, miraba fijamente el escote y la forma de sus senos.

—¿Engañaste a tu esposo, Gaelia? —preguntó sonriendo.

William Mercay

—Creo que eso no es importante —respondió Gaelia sin siquiera mirarlo—, lo importante aquí es que tengo tres hijos y no deseo quedarme en la calle y sin respaldo económico.

—¿Y esos hijos son de Boyer?

—No, no son de mi esposo. Pero igual considero que el terreno de 25 hectáreas, las cuentas bancarias y los autos me pertenecen porque yo soy su esposa.

La risa a carcajadas hizo eco en la oficina. A aquel hombre le parecía gracioso el descaro con el que Gaelia solicitaba derechos que no le correspondían. Y, sobre todo, siendo ella la que cometió la falta. Así que decidió hablar con claridad:

—En función de las circunstancias, mi reina, la única forma en que pudieses ser la dueña de la mayor parte de sus bienes sería que Boyer muriera y su familia en el extranjero no se diera por enterada, o en su defecto, que logremos llevarlo ante la ley y detenerlo quitándole posesión de todos sus bienes, lógicamente con alguna acusación falsa.

—Matarlo no es una opción —dijo Gaelia, como si lo hubiese tomado en cuenta en algún momento—, pero sí podemos llevarlo ante la ley. Dígame, ¿qué debo hacer?

—Caramba, caramba —dijo el fiscal impresionado—. ¿Estás dispuesta a llevar ante la ley a tu esposo?

—Estoy dispuesta a hacer justicia ante lo que deseo y merezco.

El fiscal se detuvo a espaldas de Gaelia y colocó sus ásperas manos sobre sus hombros. Gaelia sintió arcadas, pensó que en cualquier momento podría devolver el desayuno sobre el escritorio, pero respiró. El hombre se acercó a su oído exhalando un aliento mezcla de tabaco y café.

—Mi reina, tú me necesitas y yo te necesito. Si no tienes dinero para pagar mi servicio, podríamos negociar con algo más divertido y delicioso para ambos, ¿no crees? —le propuso con el mismo descaro que él consideraba que Gaelia manejaba.

—Señor Rigual —dijo Gaelia, tratando de que no se notara que su voz se quebraba—, yo soy una mujer decente, estoy casada, solo quiero lo justo.

—Ambos sabemos que la decencia se podría modificar ante la justicia, ¿no? Además, Gaelia, yo también vivo en Monte Cristi, el único que está ciego de amor por ti es Boyer, no te equivoques.

Gaelia se levantó de la silla con indignación y asco. «Gracias por su atención, fiscal, yo me retiro»,

William Mercay

dijo y se dirigió a la puerta. Antes de que saliera, aquel hombre sonrió y le respondió: «Cuando se te acabe la racha de dignidad, aquí te espero mi reina».

Gaelia abandonó el despacho con la sensación de impotencia más grande que había sentido en mucho tiempo; ella estaba acostumbrada a utilizar sus dotes de mujer sensual como moneda de cambio, pero era distinto cuando era ella quien seducía y mantenía en control la situación. Este hombre la había llevado a recordar los momentos más oscuros de su vida: aquellos besos sucios de su padrastro cuando niña, la tarde con el basural cuando los tres jóvenes la atacaron sin razón y, por supuesto, las múltiples humillaciones que le hizo padecer Salvador durante los años de matrimonio. Gaelia se sentía nuevamente víctima y era algo que la incomodaba, que la llenaba de ira; quizás, solo quizás si el fiscal hubiese sido un poco más discreto en sus insinuaciones, o le hubiese pedido una gran cantidad de dinero, habría sido ella quien utilizara el arma de la seducción, pero aquel hombre había invadido su espacio, se había burlado de su necesidad, la había hecho sentir como mercancía de cambio sin ningún valor y ella era una reina.

La situación había puesto a Gaelia en otra posición; su fragilidad femenina estaba en evidencia y no tenía el control. Aquello la obligó a cambiar el

camino a tomar, cualquier solución era buena siempre y cuando ella mantuviera su estatus económico, pero como no estaba en sus planes irse a la cama con el cerdo del fiscal, concretó un plan alterno. El mar sería su aliado y la magia estaba en sus manos. A paso lento y meditando lo que haría, dejó la jeepeta estacionada y se fue por flores: compró girasoles grandes como el sol, rosas en apertura primaveral y claveles, muchos claveles. Aquel ramo en sus manos la hacía resaltar. Además, compró un tarro de miel de abeja, dos metros de cinta dorada para ella y roja para él, un par de velas blancas con aroma a rosas. No quería volver a casa, pues no sabía si David estaba allí; por el momento no era prudente verlo.

Gaelia ya no contaba con el apoyo de Crisanta, ella lo sabía, y aunque había aprendido de su madrina la magia que tenía en sus manos y los rituales que practicaba, necesitaba ayuda. La decepción estaba instalada en el cuerpo de David, por lo cual si no lograba reconquistarlo no habría forma posible de que él regresara a su vida. Años atrás, cuando realizó el primer ritual de atadura para tener a David, ignoró las advertencias de tiempo y consecuencias. Su madrina le advirtió que la magia se desvanecería en el tiempo, que cerca de los siete años ella debía conseguir el amor sincero de aquel

William Mercay

hombre o lo perdería para siempre; por su parte, la viva imagen del guerrero Shangó le advirtió sobre su soberbia y capricho, dejándole en claro que David era su hijo, que él lo protegía. Gaelia recordaba aquellos encuentros como si hubiesen sido ayer, le parecía increíble que seis años estaban por cumplirse. La conciencia de la pérdida y la poca probabilidad de evitarla era infinitamente agotante para ella; deseaba reestructurar la magia que le había permitido tener a David y manejarlo a su antojo, pero en su contra jugaban muchos factores, el principal era que Crisanta le había cerrado las puertas de su casa. Siendo así, tomó una desesperada decisión.

Ismael era un anciano haitiano conocido en Monte Cristi por hacer cualquier tipo de encargos en palería, un brujo que trabajaba de la mano de la muerte y los cuentos de camino confirmaban que lo que decía se cumplía. Vivía en una zona humilde, donde el peligro estaba a la orden del día. Al caer la tarde, Gaelia iba de camino a este lugar, aturdida por tantos problemas en su cabeza; llevaba todas las compras que había hecho, las cuales consideraba necesarias para restablecer aquella atadura. Los pasos que daba iban aparentemente en soledad, pero se sentía más observada a medida que se adentraba en las oscuras y malolientes calles. Todo parecía una eternidad, el camino se alargaba, hasta que por fin

llegó a la puerta de la vivienda, un número resquebrajado de barro la identificaba: 8.

Era poco probable sorprender a una mujer como Gaelia, pues había visitado varios infiernos a lo largo de su vida y tenía fama de hacerse amiga de los demonios, pero las condiciones de la vivienda la impresionaron, a pesar de que ella había vivido de forma muy humilde la mayor parte de su niñez y de su juventud. Aquella casa destartalada parecía de un cuento de brujas, pues el techo tenía espacios hundidos y las paredes estaban a un paso de despedazarse. Por un instante Gaelia dudó en continuar, pero una voz a su derecha le susurró:

«Ya estás aquí, entra y haz lo necesario. Eres una reina y como reina debes vivir».

Animada por su compañía invisible, Gaelia tocó la puerta. Cuando esta se abrió, un hombre alto pero encorvado, viejo y de piel áspera y grisácea, delante de ella estaba de pie. Parecía igual en tamaño que Gaelia, pero al observarlo detenidamente era evidente que si lograse tomar una postura adecuada podría llevarle unos veinte centímetros por encima. Las palabras parecieron quedarse atoradas en la garganta de Gaelia cuando el hombre la vio a los ojos. Él sonrió; sus dientes estaban incompletos y

William Mercay

tenían un color muy similar al óxido, de su boca emanaba un fétido aroma que solo podría asociarse a una enfermedad estomacal, porque no habría manera de que el cigarrillo, el tabaco o incluso el licor crearan tanta podredumbre. Ismael no parecía sentir la mínima vergüenza por su condición física. Sonreía, pero su sonrisa no expresaba precisamente alegría; había algo de ironía.

—Señora, cómo ha tardado en llegar… llevo tres días esperándola.

—Disculpe, creo que se ha equivocado, es la primera vez que vengo —afirmó Gaelia titubeando.

—No, no, no, yo la estaba esperando. Sabía que iba a venir, por favor, pase adelante.

Gaelia pasó rozando el cuerpo esquelético del hombre por la angosta puerta. La casa desde la entrada se veía oscura, era casi imposible identificar lo que había dentro de ella. A Gaelia le recorrió electricidad por la columna al descubrir que se trataba de un solo ambiente. En una esquina, un catre con un colchón tan viejo que guardaba la silueta del anciano en el centro, un sofá donde reposaban tres gatos y un perro con pelos en algunos lugares y otros no. Pero eso no era lo realmente impactante: había dos grandes altares, velas, cintas de colores, ramas,

William Mercay

tabacos, flores, vasos con agua, botellas de licor, un cráneo y huesos, huesos evidentemente humanos.

Ismael le ofreció una vieja silla a Gaelia, la despojó de las flores amarillas y sonrió mientras comentaba a sí mismo «si no hay santo, no hay muerto… si no hay muerto no hay santo», caminó hacia un estante del que sacó una estera bastante vieja, la extendió en el suelo, se dirigió al altar, tomó su bolsa de piedras y caracoles, dejó las flores en agua ante el cráneo, no sin antes decir una oración que a Gaelia le pareció un extraño susurro, y luego se sentó como si de una flor de loto se tratase.

—A usted su casa de santo le ha dado la espalda —sentenció—. Crisanta es blanca, su luz la conozco hace mucho, no sé cómo la convenciste de un capricho como este. Ella debe quererte mucho, mija.

—¿Usted conoce a mi madrina?

—Entre la oscuridad y la luz somos solo almas de ángeles y demonios. Tu madrina y yo no somos amigos, pero tampoco enemigos.

—¿Cómo sabe usted de mí?

—La muerte te conoce, has estado jugando con ella.

William Mercay

—Yo jamás le he pedido nada a la muerte —afirmó Gaelia con soberbia.

—¿Y es que acaso no sabes que sin muerto no hay santo?

Gaelia ya sentía desesperación. Los olores de la vivienda se mezclaban unos con otros, tenía náuseas y la cabeza empezaba a dolerle; no tenía tiempo para acertijos.

—Señor Ismael, ¿usted puede ayudarme? ¿Sí o no?

—Aquí la única que te puede ayudar eres tú misma, hija. Las advertencias han sido muchas y tu terquedad se mantiene. Las acciones tienen consecuencias.

—Estoy dispuesta a pagar el precio que sea necesario, pero quiero a mi hombre de vuelta.

—Tus palabras son semillas y sus flores recogerás.

Ismael tomó los caracoles y los lanzó sobre la estera. Lo que vio en ellos borró de su rostro la sonrisa. Los tomó nuevamente, volvió a lanzarlos y se repitió aquel patrón. Se detuvo y observó de frente a Gaelia: su mirada era similar a la de un padre cuando va a dar una advertencia.

William Mercay

—Ese hombre del cual has probado su nobleza tiene una gran protección sobre él. De blanco y rojo lo verás, Shangó lo hará brillar, y si continúas con tu insensatez la cabeza perderás.

—Yo soy hija de Oshun y los hijos de Shangó no se resisten a mi miel. Mi hombre es el único que debe perder la cabeza por mí.

—Yo no soy tu padre para cuidarte. Si tú deseas el trabajo, el trabajo te haré, pero las consecuencias de tus actos pagarás el día que no has de imaginar. Yo con la muerte ando, pero a ti la muerte te andará. Mañana con el amanecer ofrece la sangre de un chivo negro al mar, baña su cuerpo con miel y en el cementerio de Monte Cristi lo enterrarás atado con tu nombre y el del hombre que poseerás. Pero antes de esto algo debes recordar: contra el despertar del alma de un hijo de Shangó es difícil luchar.

—Gracias, señor Ismael, eso inmediatamente haré. ¿Cuánto le debo?

—Nada, señora, vaya y complazca su ego. Lo que el muerto hace, el muerto cobra.

Ismael se levantó y le dio la espalda. Con su indiferencia le hizo entender a Gaelia que ya no era grata su presencia; ella tampoco deseaba permanecer

William Mercay

allí, así que se puso en pie, salió del lugar y caminó rápidamente hasta la jeepeta. Al subirse respiró, por fin tendría una solución; lo que escuchó fue lo que debía hacer, pero las advertencias no le parecieron importantes, no podía perder más tiempo.

La noche estaba cayendo. Gaelia no deseaba abrir más el abismo entre ella y David, pero no podía volver a casa sin antes realizar el ritual que el viejo palero le indicó. Al pensarlo, decidió jugar una de sus cartas para así poder ganar un poco de tiempo. Marcó desde su móvil una llamada para David.

—Hola, David, por favor no cuelgues, escúchame —dijo apenas escuchó la voz de su esposo del otro lado del móvil—. Sé que no estamos en un buen momento, yo me siento bastante mal con toda esta situación, solo te pido por favor que no tomemos decisiones sin antes conversar.

—Gaelia, creo que ya no hay nada de qué hablar.

—Por favor, David —dijo Gaelia en tono de ruego—, vamos a vernos mañana, sé que no deseas dormir en nuestra casa, pero permíteme verte mañana. Cenemos juntos, por favor, yo cocinaré para ti.

William Mercay

David se encontraba ya en la habitación de hotel que había sido su refugio desde la noche anterior, sin embargo, al escuchar la voz de Gaelia con tanta emoción y sentimiento su corazón volvió a acelerarse, y aunque deseaba con el alma tener dignidad y no seguir cayendo en su juego, accedió a verla la noche siguiente. Para Gaelia, que él aceptara fue un triunfo, un espacio de tiempo que le permitiría hacer el ritual necesario. Sabiendo que David estaba ausente, volvió a casa, cenó ligeramente y durmió un par de horas. Eran las tres de la madrugada puntualmente cuando encendió la jeepeta y condujo hasta el Kilómetro 8, entró al terreno y buscó entre los chivos aquel que le pareció más atractivo. Degollarlo fue sencillo, la única molestia que sintió fue manchar de sangre el hermoso pantalón de lino rosa que aún vestía. Hizo todo lo pedido, se aseguró de dejar claro en sus oraciones y peticiones aquello que deseaba.

«Yo, Gaelia Márquez, te ato a ti, David Boyer, te ato a mi alma, te ato a mi corazón y te ato a mi cuerpo. Que no exista mujer que levante tu virilidad, solo yo; que no veas con deseo a nadie más, solo a mí; que tu amor me pertenezca y que hagas todo lo necesario para complacer mis deseos».

La tierra de aquel camposanto era más oscura de lo normal, pero Gaelia no sentía temor. En aquel momento, luego de degollar al chivo, viajar y lanzar

William Mercay

su sangre al mar y terminar con el entierro en el cementerio, en lo único que podía pensar era en borrar las huellas de lo sucedido, botar la ropa manchada, lavar la jeepeta y, por supuesto, encontrar la manera de justificar la ausencia de aquel chivo; en aquello pensaría después. Tenía el día por delante y una cena que cumplir para David. Debía realizar los preparativos, lo demás era lo de menos.

La noche se hizo presente. Gaelia tenía el cuerpo cansado, desde que realizó el ritual en plena madrugada, no había podido parar para dormir, pero aquello no importaba. David llegaría a casa a las ocho de la noche en punto a cenar, ella lo conocía bien y sabía que la puntualidad era una de sus características. Limpió y ordenó la casa, compró mariscos frescos y se esmeró en el arreglo de la mesa, digna de una cena romántica. Se puso el vestido color mostaza que David le trajo de México y se perfumó con agua de rosas. David abrió la puerta puntualmente y su sonrisa natural dejó ver a Gaelia que aquella batalla ya la tenía ganada. O, por lo menos, una parte de ella.

—Estás hermosa, Gaelia.

—Gracias, mi amor —respondió coqueta ante el saludo de David.

William Mercay

La noche transcurrió sin sobresaltos. Cenaron con vino blanco incluido y puede que el licor o el fuego del momento, le hiciera a David olvidar la seguridad que tenía de pedirle el divorcio. La botella de vino quedó vacía en la mesa al lado de algunos langostinos, mientras besaba frenéticamente a Gaelia. Con su mano izquierda tocaba sus senos y con la derecha se abría paso entre la humedad de su intimidad; ella estaba cerrada, angosta. David se excitaba más y más al tratar de abrirse camino; su erección explotaba bajo el pantalón. Gaelia, apresurada, desabotonaba el refugio que impedía su salida, y cuando por fin tuvo la virilidad de David ante sus ojos la besó suavemente con sus labios, la saboreó mientras veía el fuego arder en la mirada de su hombre que la puso en pie y la cargó en peso mientras entraba en ella violentamente, la llevó a la cama y la embistió con amor y lleno de tristeza a la vez, mientras Gaelia le repetía «David, yo soy solo tuya, soy solo tu mujer», y sus palabras le hacían arder el pecho hasta que juntos explotaron en un orgasmo que parecía haber sido el más profundo de toda su existencia. David cayó agotado y Gaelia se escondió en su pecho, guardando la sonrisa de haber ganado aquella batalla.

Amaneció con un cielo radiante, despejado, azul claro, con el sol subiendo la temperatura. Las

William Mercay

sábanas blancas estaban inundadas de sudor, no sabían si se trataba de la noche de pasión o del aumento de calor, pero ello no parecía ser problema. David caminó en dirección a la ducha, y Gaelia se disponía a organizar la escena que quedó en la noche sobre la mesa.

Era una mañana en la que en el aire existían dudas, miedos y reconciliación, donde el culpable intenta enseñar a la víctima que vale la pena la segunda oportunidad. Así pensaba David mientras el agua helada recorría su cuerpo. A lo mejor, Gaelia necesitaba ese terremoto en su matrimonio para reflexionar y mejorar su actitud. Por su parte, Gaelia sentía que era indomable y que no existía nada que no pudiese lograr. Ella había ganado una vez más, David estaba allí, había amanecido en su cama. Lo único que debía asegurar era que desistiera de la idea del divorcio.

La mesa estaba dispuesta para el desayuno. Ambos, frescos luego de la ducha, se dispusieron a comer. Aquel instante era sagrado para David, así que Gaelia se lo hizo ameno, sin tocar temas álgidos e incluso con momentos de risa y caricias.

—Gordo, yo te amo —le dijo cabizbaja al culminar de desayunar—, quizá no he sido la mejor

William Mercay

esposa, pero tú eres lo que he soñado toda mi vida, por favor, recuperemos nuestro matrimonio.

En este punto el pecho de David ardía. La pasión que sentía por aquella mujer siempre había sido incontenible y la amaba, la amaba con locura, solo que ahora sus sentidos estaban despiertos y así fue como tomó la decisión, apostando por el corazón, pero prometiéndose a sí mismo no volver a bajar la guardia; esta vez le daría la oportunidad a Gaelia, pero sería observador, crítico y por supuesto se pondría a él mismo como prioridad. La amaba, de aquello no existía la mínima duda, pero el sueño del escarabajo había sido demasiado real, por ello no iba a permitir que su don de premonición pasara por alto. Se iba a responsabilizar de su amor por Gaelia, pero también de él como hombre.

—Yo te amo y voy a creer en ti. Vamos a recuperar nuestro matrimonio, pero debes poner de tu parte y ser un equipo. ¿De acuerdo?

—Así será, mi amor, así será —dijo Gaelia, sintiendo la emoción del triunfo en el pecho.

David se levantó de la mesa y le comentó que iría al terreno, ya que deseaba planear sobre su espacio un proyecto que tenía en mente. Gaelia sabía que David no podía darse cuenta de la ausencia de un chivo.

—Gordo, hoy no, por favor, tomemos un par de días para estar juntos y solos. Vayamos a la playa, recuperemos los días perdidos.

A David la idea le agradó. Realmente se sentía agotado y necesitaba un espacio de paz, así que aceptó. Juntos recogieron algunas prendas de ropa y se alistaron para pasar un par de días en el hotel de siempre, donde solían reunirse en pequeñas lunas de miel cada vez que David volvía de sus viajes comerciales. Gaelia parecía estar feliz, pero dentro solo pensaba en cómo justificaría la ausencia de aquel chivo; tendría dos días para pensarlo y eso era suficiente. Por ahora el divorcio ya no era una preocupación, lo que se propuso lo había logrado tal y como siempre lo dispuso.

William Mercay

La reconciliación para David fue un hecho del que dudaba. Ciertamente, Gaelia parecía sentir un amor inusual por él y lo demostraba física, emocional y verbalmente. No había una noche en que Gaelia no buscara la piel de David, las mañanas eran dulces en cada desayuno y por lo menos recibía un par de llamadas de ella durante el día, recordándole lo mucho que lo amaba. David hubiese agradecido e incluso se hubiese sentido feliz y halagado de tantas atenciones, pero, luego de todos los sucesos, su corazón se encontraba en alerta. Lógicamente no podía, aunque así lo deseara, creer al cien por ciento en la Gaelia que ante él se mostraba.

Ocho días de luna miel, así podría definir Gaelia el trato que le había dado a David en la última semana: cada detalle lo había preparado con minuciosidad, siempre con la intención de que él volviera a ser el hombre entregado a ella como lo había sido los últimos seis años. No obstante, aunque ella se comportaba de forma dulce, pasional y sumisa, David respondía con un amor aparentemente equilibrado, y no cedía ante sus caprichos.

Era martes y Gaelia estaba ingresando al terreno. Había podido evitar la presencia de David con diferentes excusas, pero aun así sabía que debía justificar la ausencia del chivo. Mirando a los alrededores se percató de que dos perros grandes y de pelaje oscuro, se encontraban jugando dentro del terreno y sintiendo una satisfacción inexplicable, con la idea que se atravesó en su cabeza y que de inmediato llevó a cabo: del rancho de insumos que se hallaba allí, sacó un par de sobres de veneno para ratas, los mezcló con cabezas de gallina y llamó a los perros, con ello los alimentó. Ella no sabía a quién pertenecían, pero aquello no tenía importancia, esos perros serían la excusa perfecta para la falta del chivo. Gaelia esperó pacientemente, observó el proceso, sin una gota de piedad miraba al par de perritos agonizar de dolor con el efecto del veneno. Un par de horas bastó para que perdieran la vida y cuando se aseguró de que estaban muertos, al tocar sus cuerpos con la punta de su pie, llamó a David.

—Gordo, mi amor, necesito que vengas al Kilómetro 8, han entrado dos perros agresivos y creo se han comido o destrozado a un chivo. Ven, por favor.

—¿Tú estás bien, Gaelia? ¿Palué no los vio? Es extraño que no me haya comentado nada.

William Mercay

—Palué seguro anda tomando por ahí con mujeres. David, por favor, ven.

David colgó la llamada, dejó la fila del banco donde se encontraba y manejó hasta el Kilómetro 8. Al llegar y entrar al terreno se percató de los cuerpos de ambos perros; sus dudas fueron muchas al observar que ambos canes eran grandes, pero parecían ser de corta edad. Eran macho y hembra y tenían collar y placa en sus cuellos. David bajó del auto y se acercó a observar la chapa en el cuello de los caninos.

—Pero negra, por Dios, estos perros tienen dueño. ¿Qué ha pasado? —dijo, sin siquiera saludarla.

—Ay, David, su dueño es un irresponsable, esos perros me han matado un chivo, los he contado y uno falta.

—Gaelia, si estos animales hubiesen destrozado a uno de los chivos, en su hocico hubiese sangre acumulada y los restos del animal estarían aquí en el terreno.

—Amor, no sabemos desde cuándo están esos perros acá —refutó Gaelia, mientras que con su pie trataba de ocultar un envoltorio del veneno tirado en el suelo.

William Mercay

David se percató del movimiento y no podía creer que su esposa hubiese tenido la sangre fría, para asesinar a ese par de animalitos de una forma tan cruel; sin embargo, prefirió quedarse callado. Ahora que veía a Gaelia en sus múltiples facetas, entendía que aquella mujer a la que sin duda alguna amaba, era capaz de cualquier acción que ella considerara necesaria para lograr sus propósitos.

—¡Palué! —gritó David, llamando al cuidador del terreno.

—Buen día, señor Boyer, aquí estoy —respondió Palué, que venía de lo alto del monte, completamente bañado en sudor y con machete en mano.

—Palué, ¿me puedes decir de dónde salieron estos animales?

—Señor Boyer —respondió Palué, sintiendo la mirada de Gaelia sobre él—, ellos llegaron esta madrugada, estaban jugando por los alrededores, les di agua pensando que en cualquier momento alguien los buscaría.

—Bien, Palué. ¿Y sabes o sentiste si atacaron a alguno de los chivos?

—No que yo haya visto señor, no los vi cerca de los chivos.

—Está bien, Palué. Por favor, saca de aquí a estos perros, entiérralos pronto y colócales cal por encima antes de que alguien los vea.

—Sí, señor.

Gaelia sintió la mirada de reproche de David, pero él nada le comentó con respecto a lo sucedido, solo caminó y le dijo «ven conmigo, vamos a comer». David ingresó a su auto y Gaelia lo siguió en el camino desde la jeepeta. Estaba algo confundida, la actitud que mostraba David era fría. No había ira, pero estaba segura de que tampoco había amor. Se sentía en una habitación donde poco a poco se estrechaban las paredes.

Entre David y Gaelia la tensión permanecía. Ella fingía un cariño desbordante y él la escudriñaba con la mirada. Las acciones y palabras, caricias y besos de su mujer lo hacían dudar. Sentados ante la mesa del restaurante, ambos comían en silencio y de pronto David miró a Gaelia a los ojos.

—Gaelia, ¿tú podrías asegurarme, jurarme por tu propia vida, que no me has traicionado más de una vez?

—Gordo, mi amor, no debemos volver a la misma discusión, yo te amo, jamás volveré a fallarte.

William Mercay

Recuerda que tú eres el amor que le pedí a Dios durante mucho tiempo.

David la escuchó, pero dentro de su corazón sabía que sus palabras estaban infectadas de mentiras, de interés, de manipulación, y era esa seguridad lo que le causaba más dolor. Había compartido su vida con una mujer capaz de manejar a su antojo los deseos y sentimientos humanos, que no tenía compasión con los animales, y más allá de eso, lo que más le quemaba el pecho era la certeza de amarla aún con profundidad desde sus entrañas.

—Gordo, ¿estás bien?

David asintió con la cabeza y le hizo una seña a la mesera solicitando la cuenta, pagó y ambos se levantaron. David caminó detrás de Gaelia hacia donde los autos estaban estacionados.

—Amor, doña Eva está en la casa, fue a llevar a los niños. Yo debo ir a comprar algo de comida en el supermercado, por favor espérame en casa.

A David le extrañó el hecho de que Gaelia quisiese ir sola al supermercado, pero no sentía ganas de cuestionar su proceder en aquel momento, así que solo subió al auto y manejó con destino a casa, viendo la camioneta de Gaelia perderse hacia una ruta diferente. Lo más difícil de manejar para un ser

humano es la pérdida de la dignidad, pues se siente como tocar fondo. Si bien es cierto que tocar fondo no significa nada más que un impulso para subir, también es cierto que David deseaba mantener su dignidad; por ello, por su cabeza, aunque la idea estaba presente, no se le ocurrió ni por un segundo seguir la ruta de Gaelia. Con el corazón a mil por hora siguió destino a su casa, donde los hijos de la mujer que por años había amado estaban a la espera de atención.

Piero y Gustavo ya eran un par de preadolescentes que debatían con David opiniones sobre la vida desde su perspectiva, pero Gaia aún conservaba la ternura de la niñez y ese carácter idéntico al de su madre que la hacía irreverente, pero David se había ganado un lugar en su corazón porque siempre la había tratado con cariño y respeto, le había enseñado lo bonito de ser niña, y Gaia con el tiempo fue disminuyendo la rebeldía que en un principio demostraba ante David. Llegó a quererlo y a profesarle cariño de hija. Doña Eva lo sabía y lo agradecía.

—Señor Boyer, qué bueno verlo por acá. Aquí le dejo a los niños, ya cenaron y se bañaron. Pensé por un instante que podría ver a su madre, pero supongo que tiene otras prioridades.

William Mercay

—Doña Eva, muchas gracias, no se preocupe. Gaelia está haciendo algunas compras, pronto volverá a casa.

Doña Eva tomó su cartera, besó y abrazó a los niños con cariño y se dispuso a marcharse, pero antes le dijo a David: «Señor Boyer, es usted un buen hombre. Merece una buena mujer». David se quedó frío con la afirmación de aquella señora, que en su vida había sido tan solo la abuela de los hijos de su esposa, pero agradeció que la vida, a través de las palabras de doña Eva, le esté abriendo los ojos. La despidió con respeto.

Piero y Gustavo estaban cada uno en su cama, listos para dormir, pero la pequeña Gaia quería un cuento. David, con su ingenio siempre a flor de piel, empezó a narrar la historia de un niño que regalaba lo que su padre le daba como mesada y, en lugar de guardarla o comprar dulces, se divertía subiendo a una alta mata de mango de su colegio y desde lo alto hacía caer centavo por centavo, mientras reía al observar cómo los niños de abajo corrían y competían para recogerlos. Ese niño era David. Gaia reía a carcajadas con la historia, cuando de pronto su carita se puso seria y le dijo a David en voz de susurro:

—David, cuando tú te vas de viaje, mamá nos deja donde la abuela y ella se va a la casa de su amigo.

—¿Qué amigo, Gaia? —preguntó David, con un nudo en la garganta.

—Se llama Jaime, dice mi mamá que son amigos desde el colegio. Yo sé dónde vive, te muestro.

Gaia tomó con su manita a David y lo llevó afuera. Ambos subieron al auto y David siguió las instrucciones de Gaia hasta que llegó a una vivienda humilde de la zona y vio allí la camioneta que él le había regalado a Gaelia.

—Esa es la casa de Jaime, David. Allí viene mi mamá cuando tú no estás en casa.

—Está bien, Gaia, no te preocupes, todo va a estar bien. Vamos a casa, debes dormir y olvídate de esta situación, son cosas de adultos y se resolverán.

Boyer regresó a casa, acostó a Gaia en su cama y con un beso en la frente le deseó buenas noches. Fue a su habitación y allí, sentado a un lado de la cama, observaba el retrato que él mismo había pintado en el que Gaelia y él aparecían. Allí, en cada trazo, se reflejaba un amor tan grande como el dolor

William Mercay

que en ese momento David sentía. Era momento de pensar y decidir con inteligencia.

Jaime Gerardo Andueza era un hombre alto, delgado, de piel morena clara. Su familia era de Santo Domingo, pero habían llegado a Monte Cristi desde que él era muy niño. Tenía gusto por el dinero fácil, de modo que acostumbraba a invadir terrenos y luego venderlos. En ese momento trabajaba para un exnarcotraficante de la zona. Había conocido a Gaelia una década atrás, cuando era solo la víctima de un esposo violento; entre ambos nació una amistad cómplice con noches de sexo innegablemente morbosas, pero a Jaime jamás le incomodó la idea de ser el amante de Gaelia, pues sabía que ella lo buscaba como refugio y él, en su código moral, no tenía reparo alguno en poseer la mujer de otro hombre. Andueza nunca había sentido amor por ella, por mucho tiempo consideró que se trataba solo de buen sexo, pero aquel último año las cosas habían cambiado. Gaelia lo visitaba con más frecuencia e incluso lo había invitado un par de noches a su lecho matrimonial; le hablaba de lo que harían con las 25 hectáreas y los chivos en cuanto se divorciara y en los planes lo incluía. En este punto no había vuelta atrás: Jaime estaba perdidamente enamorado y haría lo que Gaelia le solicitara.

William Mercay

Mientras David escribía notas al desorden en una libreta, tratando de explicar las emociones que lo ahogaban, Gaelia se encontraba desnuda, bañada en sudor y sonriendo en los brazos de Jaime.

—Necesitaba verte, mi amor. Ya no soporto a David, no quiero seguir fingiendo. Se ha vuelto desconfiado y extraño, estoy segura de que se quiere separar y me quitará todo.

—Vida mía —dijo Jaime en un suspiro—, ese hombre nada te quitará, tenlo por seguro, aquí estoy yo para cuidarte y defender lo que te pertenece.

Jaime apretó en sus brazos a Gaelia para confirmarle el apoyo que en palabra acababa de darle. Gaelia se puso en pie y comenzó a vestirse. «Ya debo irme», dijo. Jaime la observaba como si de una diosa se tratase. Ya vestida, dio un beso apasionado a su acompañante, tomó el par de bolsas con compras del mercado, su cartera, subió a la jeepeta y se marchó a casa, donde un hombre con el orgullo herido la esperaba.

Gaelia estacionó su camioneta con la tranquilidad de tener todo bajo control. David vio las luces iluminar el frente de la casa y su corazón se aceleró. Un sentimiento de miedo, ira y tristeza lo invadió y desde ese instante sintió el temor de que la situación se saliera de control. Estaba seguro de que

William Mercay

Gaelia sería incapaz de aceptar la culpa ni asumir responsabilidad alguna de sus acciones, por lo que no valía la pena una discusión o conversación entre ellos; pero tampoco podía dormir a su costado, no podía besarla, ni menos refugiarse entre sus brazos. La amaba, pero odiaba todo el dolor que sentía apretado entre el pecho y la espalda.

Gaelia llegó a la casa con una alegría que no combinaba con el ambiente; los niños dormían y David estaba en silencio en la habitación. Dejó las compras sobre la mesa, entró al cuarto matrimonial, se acercó a David con la intención de besarlo, pero él esquivó sus labios.

—Gaelia, siéntate, por favor.

—¿Ahora qué sucede, David?

—Te haré solo una pregunta y quiero que me respondas con sinceridad, por favor. ¿Quién es Jaime?

La expresión de Gaelia cambió por completo, en su mirada había impresión; sin embargo, guardó la calma.

—¿De qué hablas, gordo? Jaime es un viejo amigo de la infancia.

—¿Y por qué si es un buen amigo yo no lo conozco?

—Ay, David, por Dios, me tienes harta con tus celos y desconfianza.

—Entiendo, Gaelia. Recogeré mi ropa y esta misma noche me iré de aquí, creo que lo más sano es separarnos.

—Pero David, ¿de qué hablas? Hemos estado bien, ¿por qué te quieres separar?

David no le respondía. Terminó de empacar su ropa y ella salió detrás de él repitiendo entre furibunda y llorosa «¡esto no se quedará así, David, tú no me puedes abandonar!». Pero David tenía un nudo en la garganta y temía que si decía una palabra se desbordaría su ira contenida. Subió a su auto y manejó hasta el hotel que días atrás había sido su refugio; en la recepción lo recibieron con cariño, como a cualquier turista. Allí lo entendió: jamás había formado parte de la comunidad de Monte Cristi, siempre había sido un extranjero.

William Mercay

Capítulo lii
La Guerra

La noche fue larga para David. Recuerda haber visto los primeros rayos de sol iluminar el cielo mientras por fin lo vencía el sueño; sus ojos estaban inflamados y ardían, se había asegurado de llorar lo suficiente, de que no quedara una sola lágrima más. Como conocedor de caminos sabía que justo en ese momento tendría que vestir armadura porque se avecinaba una batalla campal. Toda separación, de hecho, lo era, pero en este caso la situación era otra, ya que él era extranjero y ella conocedora de las dotes de la manipulación; él tenía el poder económico y ella lo deseaba. Estaba claro para él que en Gaelia no existía amor, compasión, mucho menos agradecimiento, y bajo esa premisa se preparó de adentro hacia afuera, dejando salir el dolor, para poder enfrentar los próximos días. La tibia mañana con su brisa fresca permitió que David tuviese un sueño reparador; todo el agotamiento que había sentido en las últimas semanas quedó anidado entre las sábanas de la cama. No soñó nada, apenas cerró los ojos entró en la paz de la inconsciencia. Pasaron tres o cuatros horas antes de que llamaran a su puerta.

—Servicio a la habitación.

William Mercay

—Por favor, ahora no, venga más tarde —dijo David, que recién abría los ojos, incómodo por la claridad y sin tener aún idea de la hora.

David siguió acostado, con la mirada fija al techo. Luego vio en su móvil que faltaban tan solo diez minutos para que el reloj marcara las dos de la tarde. No había probado bocado y empezaba a sentir hambre. Se levantó y se vio al espejo: hacía un par de días que no se afeitaba. Aquella imagen en el reflejo era la de un hombre derrotado, sintió pena de sí mismo. Entró a la ducha, abrió la llave de agua fría y la dejó caer. Sentía que su cuerpo despertaba músculo a músculo, dejó que la espuma del jabón limpiara las heridas que él no podía ver pero que sabía que existían, y levantó su cara frente al agua para desinflamar los párpados. Salió de la ducha, toalla en la cintura, frente al espejo se afeitó con cuidado, loción, desodorante, ropa cómoda y lentes oscuros de sol. Había perdido una batalla, quizá el corazón jugó en su contra, pero no perdería la guerra; se defendería de lo que fuese necesario.

Exactamente como las brujas en los pueblos, así apareció Gaelia en plena madrugada en la puerta de Jaime. Los golpes lo sobresaltaron, mas al escuchar la voz de su amante corrió a abrirle la puerta.

—Cariño, ¿qué haces aquí? Es tarde.

William Mercay

—¡Jaime! ¡Lo sabe! ¡No sé cómo, pero lo sabe! David me enfrentó, me preguntó quién eras tú. Traté de manejarlo, pero fue casi imposible porque él estaba seguro y decidido. ¡Se ha ido de la casa, estoy segura de que presentará el divorcio! —gritaba Gaelia, caminando con desesperación de un lado al otro en la sala de la vivienda.

—Gaelia, por favor, cálmate. Encontraremos juntos la solución.

—¡No, Jaime, no! Él me dejará sin nada, me quitará todo lo que por ley me pertenece.

—Haremos lo que sea necesario antes de que te quite lo que es tuyo —afirmó Jaime, mientras la abrazaba para calmarla.

—¿Eres capaz de lo que sea por mí, Jaime? —preguntó Gaelia mientras lo besaba.

—Sí, Gaelia, te amo y soy capaz de lo que sea por ti.

—¡Tenemos que matarlo! —concluyó Gaelia.

La cara de Jaime se transformó en una expresión de sorpresa ante la petición de Gaelia. En un principio pensó aceptar, pero luego se negó. Esta negativa sin duda alguna no era límite para Gaelia, pues sabía que si David moría era ella quien

heredaría sus bienes, y también los hijos del anterior matrimonio de David. Ya luego ella se encargaría de no darles ni un solo peso a ese par. Solo debía convencer a Jaime, así que empezó a besar lentamente su cuello mientras le hablaba.

—Lo llamaré, será de noche y en el terreno. Él irá, porque sé que todavía me ama y si siente que estoy en peligro, irá. Le diré que hay ladrones llevándose a los chivos, él irá a defenderme, allí le das un tiro certero con un arma que yo misma te daré; al confirmar su muerte desechamos el arma donde nadie pueda encontrarla, te vas a tu casa y yo llamo a la policía, les digo que fueron los asaltantes y hago mi papel de viuda. No hay manera de que nos descubran, heredaré todo y estaremos juntos por fin, amor mío.

Jaime escuchaba a medias las palabras de Gaelia. Estaba perdido en su olor, en su calor, en el deseo. Escuchar el plan tan fácilmente le pareció sencillo, un precio muy bajo a pagar por pasar el resto de su existencia con Gaelia y, además, con el dinero suficiente para tener una buena vida. Esa noche nació un plan entre sábanas, sudor y gemidos de placer, un juego de ajedrez donde con astucia se moverían las piezas con la idea de ver caer al rey, todo bajo el dominio de las pasiones de la reina manejando a un simple peón. Aunque sonara ilógico, aunque fuese

William Mercay

arriesgado, Jaime aceptó ser quien accionaría el gatillo, siempre y cuando Gaelia estuviese a su lado.

Los grandes cambios necesitan grandes acciones. Gaelia debía ganar un poco de terreno, lograr que David confiara tan siquiera un diez por ciento en ella y no sabía jugar cartas diferentes que no fuesen el deseo. Tomó una larga ducha, y así, con la cara lavada y la vestimenta más sencilla de su closet se presentó en la puerta de la habitación de hotel donde sabía que David se hospedaba. Tocó una vez, dos veces, escuchaba en el fondo que David preguntaba «¿quién es?», pero ella no respondía, sabía que corría el riesgo de que al saber que era ella no abriera la puerta, así que simplemente insistió. Cuando David, un poco cansado de la constancia y ganado por la curiosidad, abrió la puerta, allí frente a él estaba Gaelia, ahogada en lágrimas que parecían no parar.

—Está bien, David, te diré la verdad.

David no podía creer lo que veía; Gaelia parecía no haber dormido o comido. Sus lágrimas parecían sinceras y por ese instante sintió pena, era tanto lo que ella dependía de él —pensó— que estaba dispuesta a decir la verdad. Imaginó que había batallado consigo misma durante horas para poder llegar hasta su puerta en ese estado de soledad,

William Mercay

tristeza y desesperanza. La tomó de la mano, la invitó a pasar, a tomar asiento en el cómodo sofá y le sirvió un vaso con agua.

—Por favor, toma un poco, necesitas calmarte.

—¿Tendrás algo un poco más fuerte? Disculpa, pero en este momento siento que lo necesito.

—Está bien, Gaelia, pediré un whisky.

David tomó el teléfono de la habitación y llamó a la recepción. A los minutos un caballero tocó a la puerta, con una bandeja pequeña que contenía una botella de whisky de buena edad, un cubo con hielos y dos vasos. David recibió y entregó la propina correspondiente, cerró la puerta y procedió a servirle un trago a Gaelia, quien lo tomó en seco y de un sorbo. Luego pidió otro y David también se sirvió uno para él.

—Te escucho —le dijo, sentándose en el extremo de la cama.

Gaelia bajó la mirada en una expresión de vergüenza absoluta y empezó a relatar:

—Jaime Gerardo Andueza es un amigo de la infancia, hacía mucho tiempo que no coincidíamos, por eso no lo conocías. En tu último viaje a México yo me sentía muy sola y triste, fui a la barra del

William Mercay

restaurante Costa Brava a tomar un trago, a distraerme un poco, me encontraba sola. Él se me acercó y conversamos, nos reencontramos. Con la charla y la emoción de volvernos a ver confundimos la situación y nos besamos. Pero te juro, David, te juro por mis hijos, que solo fue eso, un beso. Luego ambos nos dimos cuenta de aquel error, porque él tiene una pareja a la que ama mucho y yo estoy casada contigo, que eres el hombre de mi vida. Entonces decidimos rescatar la amistad, sí, es cierto, yo visito su casa, pero allí está su esposa y lo hago solo porque es el único amigo que tengo que me ha apoyado en toda la situación contigo. Por favor, David, cree en mí. Yo puedo presentarte a Jaime sin problema alguno, te negué en un momento que lo vieras solo porque me asusté, pero no lancemos a la basura seis años en los que nos hemos amado como nadie más.

Gaelia por fin se quedó en silencio, con la mirada fija en su tercer vaso de whisky. David la escuchaba con atención. Su mente le pedía no creer en sus palabras, era evidente que aquella mujer conocía muy bien el arte de la manipulación, sin embargo, allí estaba ella, inflamada de tanto llorar, con un agotamiento que era evidente. Sí, David era un hombre razonable, y en ese momento seguía siendo un hombre enamorado, por lo que la idea de Gaelia con otro hombre era algo que no toleraba. Aún

William Mercay

la amaba, aún le ardía el cuerpo de pasión de tan solo verla, había algo en ella que cuando estaba cerca él deseaba tenerla o protegerla. David se levantó de su asiento, dejó el vaso sobre la mesa y se acercó a Gaelia, la acarició y solo pudo pronunciar una frase: «Juntos encontraremos la solución». Gaelia levantó la cara y lo besó, solo eso bastó para que la chispa se encendiese y una vez más terminaran enredados en las sábanas, sedientos de pasión.

Amanecer con Gaelia entre sus brazos fue para David un sabor agridulce. Se culpaba por haber caído; su mente le decía que había perdido este movimiento en la tabla de ajedrez, pero su corazón estaba aliviado, como cuando colocan anestesia a una herida que dolía increíblemente. La herida estaba allí, abierta, pero dormido el dolor. Gaelia despertó en la misma actitud de sumisión con la que en la noche había tocado la puerta.

—Buenos días, gordo, gracias por permitirme pasar la noche contigo. ¿Podemos ordenar algo de desayunar?, tengo hambre.

—Claro, negra, desayunemos.

La mañana transcurrió como la de dos novios que estaban probando un día juntos: ducha, desayuno, caricias y un par de tímidas sonrisas. Gaelia parecía genuinamente arrepentida.

—¿Quieres regresar a casa, David?

—Creo que debemos tomar las cosas con calma, Gaelia. Me quedaré unos días acá, deseo pensar; luego, si las cosas marchan bien, regresaré a casa.

—Está bien, amor, será como tú lo desees.

La sumisión de Gaelia ante la decisión de David lo impresionaba, le daba algo de esperanza de que ella haya recapacitado con respecto a todo lo sucedido. Gaelia se vistió y se despidió con normalidad, con la ilusión en el rostro de que todo estaría bien, o por lo menos esa fue la percepción de David. Encendió su camioneta con destino a casa, luego iría a verificar el estado de los chivos, eso fue lo que comentó. Él también salió, estaba atento a la solución de su pasaporte y visa pues pronto, por razones de negocio, debía volar hasta ciudad de México y esto era algo que no podía descuidar, ya que sus socios habían puesto en él la confianza y una inversión de envergadura.

El día transcurrió sin mayor sobresalto. Un par de llamadas de Gaelia durante la tarde solo para consultar preocupaciones cotidianas. «¿Amor, lograste almorzar?, gordo, más tarde iré a ver a los chivos». No había en su voz mayor cambio, solo la necesidad de informar, de saber o de escuchar la voz

de David y sentir que todo estaría bien. Bueno, nuevamente era la percepción de David ante los hechos.

La noche cayó sin aviso. Al fijarse en su reloj ya eran un poco más de las diez de la noche y David aún se encontraba sentado en la mesa del restaurante, conversando con unos buenos conocidos de la zona. Sintió cansancio y sueño, se despidió, y de camino al auto su teléfono empezó a sonar. Se vio tentado a no atender, pero cuando vio en la pantalla el nombre de Gaelia, quiso saber la razón de una llamada tan tardía, así que atendió.

—Amor, he salido al terreno, voy acompañada de un amigo, parece que unos ladrones han ingresado y quieren robarse todos los chivos, por favor, ven a ayudarnos.

—Pero Gaelia, ¿qué sucede?

—Gordo, por favor, nos vemos en el terreno.

La llamada finalizó y David quedó con la duda de por qué Gaelia iría en compañía de un amigo al terreno. Luego, desde su corazón, recordó la noche apasionada que habían vivido hacía pocas horas y por ello confió. Manejó con rapidez, no solo por los maleantes y los chivos, sino porque su esposa, que él había elegido, lo necesitaba.

William Mercay

Gaelia sentía que la adrenalina le corría por las venas. Durante el día había practicado con Jaime cada uno de los pasos a dar para eliminar para siempre a David, así como se eliminan los objetos cuando estorban. Ella le haría señas hacia la parte interna del terreno, y en cuanto David ingresara, se aseguraría de que esté ubicado en el rango de tiro y Jaime halaría el gatillo; de allí en adelante su amante debía irse a casa y Gaelia se encargaría del resto.

Parecía ser sencillo, pero la historia fue totalmente diferente: David llegó al lugar, ingresó al terreno, estuvo en el rango de disparo y nada le sucedió. Salió ileso de aquella emboscada, como si supiera cada paso que debía dar para mantener su vida en pie. Él salió manejando su auto con el alma en un hilo luego de ver, sentir y oler la muerte de cerca, con la dignidad y el orgullo sin espacio para un golpe más. Solo atinó a enviar un mensaje a la mujer que tanto amó.

«No hay vuelta atrás, Gaelia Márquez, hoy has intentado quitarme la vida. Tú no amas a nadie, solo eres capaz de pensar en ti misma. Quiero el divorcio».

En los días siguientes, Gaelia intentó por todos los medios hablar con David. El temor de una denuncia la abrumaba, pero también conocía el alma

noble de aquel que había sido su esposo por varios años. Lo buscó en el hotel, pero David ya había cambiado su refugio y solo se comunicaba con ella mediante mensajes, pues para él era la única manera de establecer límites y no ponerse en riesgo. La noche en que Gaelia intentó traicionar a David quitándole la vida fue el cierre de una puerta que jamás volvería a ser abierta.

William Mercay

CAPÍTULO LIII
LA COFRADÍA

Los días pasaron rápidamente y con ello a Gaelia le llegó la resignación de que no podría hacer nada que lograse convencer a David de su inocencia. Su amigo André le había informado que tenía conocimiento de muy buena fuente de que David ya se encontraba tramitando los documentos correspondientes al divorcio. Conocer esta noticia llenó a Gaelia de soberbia, de ira, no por el hecho de perder su matrimonio, sino porque entendía que el porcentaje de posibilidades de quedarse sin un solo peso era mucho y eso no lo podía permitir. Su relación con Jaime era buena, aquel hombre era capaz de seguir su palabra sin siquiera analizar el peso de las acciones, pero él era un simple habitante de Monte Cristi, sin poder o riqueza alguna, y ella se negaba a volver a vivir en la miseria.

Gaelia caminaba de un lado al otro en la habitación que por años había compartido con David. De pronto, cuando todo era oscuridad, un recuerdo le trajo un rayo de luz. ¡Luis Alberto Rigual!, dijo en voz alta como si conversara con alguien más, y de pronto su actitud cambió. Se duchó, vistió, maquilló y se perfumó, mientras cantaba una bachata

y bailaba a su son. Faltaba muy poco para que el reloj marcara las cuatro de la tarde. Gaelia subió a su jeepeta y con inusual alegría manejó hasta la oficina del fiscal. Ella ganaría, de aquello no tenía la menor duda.

El sonido hueco de los tacos de Gaelia, que caminaba como una leona, hacía eco en el mármol de las oficinas del fiscal Luis Alberto Rigual. Tocó a la puerta una sola vez. El fiscal no esperaba visitas, al contrario, estaba alistando y recogiendo su portafolios para retirarse a casa, donde lo esperaban su mujer y tres de sus hijas.

—¿Quién es? —preguntó.

—Gaelia, Gaelia Márquez León —se escuchó la respuesta con voz firme, pero seductora. Rigual se apresuró a abrir la puerta.

—¡Vaya, vaya! —exclamó con sarcasmo—. ¿Qué tenemos por acá? ¿A qué se debe su visita, señora Márquez?

Rigual la miraba de arriba abajo. Gaelia escondió el asco, la repulsión, y tomó su cara con ambas manos. Sintiendo la capa de grasa que la cubría, con su mano derecha lo acariciaba.

—Tú, Luis Alberto, tú me has traído hasta acá —le respondió.

William Mercay

Gaelia, con un suave roce, lo apartó de la puerta y pasó a la oficina sin previa invitación. Tras ella, Rigual, sin dejar de observar cómo movía aquella mujer las caderas, cerró la puerta.

—A ver, ¿en qué puedo ayudarte, Gaelia? Porque recuerdo que tu última visita por acá no fue tan satisfactoria como ambos deseábamos —afirmó el fiscal, mientras reía.

—Luis, amigo querido, el pasado ya pasó —contestó Gaelia de forma seductora—. Aquí ambos apostamos y ambos ganaremos, tú me puedes ayudar en mucho. Siempre y cuando cumplas con tu palabra, yo cumpliré con la mía.

—¡Ah, caray! ¿Es que ahora Gaelia Márquez tiene palabra? —dijo con sorna el fiscal.

—Así es, tengo palabra. Necesito que hagas todo lo posible para que David Boyer no me quite mis tierras.

—Ummm, por ahí escuché que ya tu esposo estaba haciendo la introducción de la demanda de divorcio; aparentemente no has tenido la oportunidad de hacerlo cambiar de opinión, por eso te encuentras acá.

—Que yo haya tenido esa oportunidad o no, no es relevante en este caso. Lo que necesito es que

se haga justicia y que él me dé lo que me corresponde: mis tierras, el dinero de las cuentas y, por supuesto, los chivos.

—Todo tiene un precio, querida Gaelia.

Gaelia conocía perfectamente las intenciones de aquel cerdo y por ello había decidido usarlas a su favor. Dio la vuelta al gran escritorio subiendo levemente la falda de su vestido y abrió las piernas dejando en secreto justo aquello que aquel hombre anhelaba. Allí, justo en donde aquel fiscal firmaba y sellaba todo tipo de documentos, ella estaba dejando clara su oferta.

Rigual empezó a sudar. Se encontraba impresionantemente excitado, seducido, sentía cómo su piel se erizaba y debajo de su pantalón una erección empezaba a armarse. Delante de él se estaba haciendo realidad lo soñado muchas veces: tener la posibilidad de estar entre los brazos de aquella mujer que tenía fama de tener los labios más carnosos de todo Monte Cristi, y de hacer con ellos maravillas. No lo había logrado antes por no estar en la posición para tenerla, pero todo, absolutamente todo dependía de él en esta ocasión y no la iba a dejar pasar.

—Gaelia, conozco bien tus armas, sé de todas tus capacidades, pero en este juego yo soy el rey. Sé que conoces muy bien cómo atrapar a un hombre,

William Mercay

pero yo no quiero que me atrapes, yo solo quiero el trato justo, darme el gusto, nada más. El pago necesario por lo que deseas, bien sabes que es un riesgo para mí, pero lo haré por ti. Sin embargo —dijo el fiscal mientras la miraba con morbo desmedido—, tienes que estar consciente de las posibles consecuencias. Esto no tendrá vuelta atrás, no hay malcriadez válida, el señor Boyer podría terminar tras las rejas e involucrado en un proceso legal engorroso. Tu esposo tiene los documentos que le corresponden para ser dueño de esas tierras que tú deseas quitarle, y esto significará una batalla que no sé si estás dispuesta a librar.

—Esas tierras me pertenecen —aseguró Gaelia con ira en la mirada—, yo fui quien le mostró el lugar, yo le pedí que adquiriera ese espacio, yo le di seis años de mi vida. Sin mí, él nada sería. ¿Y así me paga? Quiero las tierras, quiero las cuentas, lo quiero absolutamente todo. Quiero que David Boyer pague la humillación de abandonarme, que se quede sin nada y si es posible en prisión o muerto, me da igual. Yo soy Gaelia, una reina —continuaba su monólogo sin recordar la presencia del fiscal—, todo lo merezco, todo me corresponde, yo nací para vivir bañada en oro.

—Muy bien, así lo vamos a hacer —aseguró Rigual, dudando por un instante de la salud mental

William Mercay

de aquella mujer, después de haber escuchado sus palabras y manifestaciones—. Moveré las piezas necesarias. Es bueno saber que no te afecta que pudiese quedar en prisión tu esposo —mencionó nuevamente el fiscal, buscando luego de sus palabras una reacción de piedad o empatía en Gaelia.

—Te repito, querido mío —respondió Gaelia, acercándose a Rigual como una gata en celo—, no me importa si termina en la cárcel, no me importa si termina muerto, con tal de yo obtener lo que deseo. A ti no debe importarte tampoco, Luis, porque al final lo que quieres lo tienes aquí, en tu oficina; puedes tomarlo cuando gustes.

Luis Alberto vio en los ojos de Gaelia el vacío, ese que solo podía reconocer en los múltiples casos de psicopatía que había observado en el ejercicio de su profesión, y aunque deseaba con locura poseer a aquella mujer, entendió que debía actuar con cautela y astucia; debía ser él quien tomara las riendas del proceso y decidir cómo se harían las cosas. No pondría en riesgo su cargo público, tampoco su nombre dentro de la élite de «la jauría de los fiscales», mucho menos su matrimonio de veinte años. Él se comería con todo gusto aquel pastel, pero lo haría bajo sus términos, así que, ignorando cómo la pasión le hacía hervir la sangre, le indicó a Gaelia las reglas a seguir.

William Mercay

—Muy bien, Gaelia, el negocio se hará, pero será bajo mis términos; no será cuando tú quieras, esto se hará a mi manera. Debes tener calma y hacer caso a todas las indicaciones que yo te dé. Este tipo de procedimientos tienen que ser hechos con inteligencia. Déjame hacer las cosas a mi forma.

Rigual tomó una tarjeta de la gaveta principal de su escritorio y en ella escribió una dirección, un día y una hora, y se la entregó a Gaelia con una suspicaz sonrisa.

—Desnuda, depilada, perfumada y dispuesta a complacerme debes esperarme en esa dirección, ese día y a la hora exacta. En ese momento cobraré mis favores, soy un hombre de palabra y por los favores cobrados cumpliré lo que deseas.

Gaelia no tenía muchas opciones, estaba en sus manos y ella lo sabía, así que solo respiró profundo, como quien guarda el miedo en los pulmones, y lo miró. Aún con la duda de creer o no creer en la palabra de aquel tipo, se acercó y rozó sus labios con los de él, susurrándole al oído, dejando que el aroma tibio de su aliento rozara su piel.

—Tú mandas, mi dulce fiscal, confío en ti. Nos vemos en dos días, y te prometo que vivirás el momento más caliente de toda tu existencia.

Gaelia sentía que las entrañas se le revolvían, pero no dejó que su sensación fuese evidente. Salió de aquella oficina con ganas de una ducha, asqueada, recordando episodios de su vida que por años había luchado para olvidar. Al principio no entendía, ya que antes había podido utilizar su cuerpo como arma y eso para ella estaba bien, pero en esta ocasión no lograba asociar el sentimiento, hasta que de pronto un recuerdo la invadió: una niña, la noche, el ahogo, el dolor, olor a tabaco, sudor, dolor. Como si regresara al momento, entendió que aquella niña era ella y que el olor era el de Manuel, el esposo de su mamá. Ahora lo entendía: Luis Alberto Rigual le recordaba a Manuel, al miedo de su infancia. Pero Gaelia se sacudió la tristeza, los recuerdos, y se vistió de indiferencia. Ya no tenía cinco años, ahora nadie la utilizaría, nadie la violentaría, ella era quien decidía.

El fiscal Rigual llegó a la oficina en su horario habitual, se echó en su sillón de cuero, suspirando, como si hubiese tenido un largo camino a pie, cuando la realidad era que acababa de tomar un abundante desayuno en casa y el chofer lo había traído hasta la puerta del edificio. Rigual pensaba, solo eso, pensaba de forma constante en el embrollo en que se había metido comprometiendo su palabra para hundir a David Boyer; no lo conocía, pero sabía

William Mercay

que era un hombre justo y que trabajaba honestamente; tenía buenas amistades y alma de justiciero. Sin embargo, las ganas de poseer a Gaelia eran grandes, así que simplemente hizo un nudo de sus dudas y levantó el teléfono. Marcó el número de su vieja y gran amiga, la fiscal titular Dahiana Bejarano.

—Mi querida amiga Dahiana, te saluda Luis Alberto Rigual.

—Caramba, compañero, qué gusto saludarte. ¿Cómo estás de salud?, ¿tu esposa e hijas bien?

—Todo bien, amiga, todo bien. Disculpa que te ocupe, pero tengo un caso un poco delicado que debe ser trabajado con discreción y quisiera contar con tu apoyo.

—Claro, Luis, por supuesto, en todo lo que me sea posible, cuenta conmigo. A ver, coméntame, ¿de qué trata?

—Hay un caballero, un inversionista extranjero, David Boyer. ¿Lo conoces?

—No lo conozco en persona, pero sé de quién me hablas. Él fue quien produjo el vídeo de nuestro Darío y trajo esos autos elegantes, los eléctricos.

William Mercay

—Exactamente, Dahiana, ese caballero. El hecho es que es esposo de una buena amiga, Gaelia Márquez, pero ha decidido divorciarse, y resulta que tiene matrimonio por separación de bienes y pretende dejar sin nada a quien fue su esposa. Estamos hablando de un extranjero que desea aprovecharse de la bondad de una de las mujeres de nuestra ciudad, no podemos permitirlo.

—Te entiendo perfectamente, Luis. Admiro la nobleza con la que defiendes a nuestras mujeres. Dime exactamente, ¿qué podemos hacer?

—Pues, Dahiana, estamos hablando de cuentas bancarias, una propiedad de 25 hectáreas con cuarenta chivos dentro de ella. Este caballero ya metió la demanda de divorcio, creo que deberíamos retener el proceso mientras encontramos la manera de retener sus bienes, evitar su salida del país y entregar lo que le pertenece a la señora Gaelia.

—Entiendo, Luis, no te preocupes, ya mismo me encargo de hacer los procesos del señor Boyer más pesados y complicados. Lograremos lo justo, que su esposa se quede con lo que le corresponde. Te estaré comunicando los avances.

—Muchas gracias, Dahiana, sabía que podía contar con tu apoyo. A ver cuándo van a la casa a cenar, a mi esposa le encantaría verlos.

William Mercay

—Pronto, mi querido Luis. Un gusto haber conversado contigo.

Unas horas más tarde, David recibió en la recepción del apartado del hotel, que era por ahora su nuevo hogar, una notificación con sello del tribunal principal de Monte Cristi. Al abrirlo, leyó con sorpresa que existía un proceso legal en su contra por robo de chivos y, más allá de ello, por violencia intrafamiliar, siendo la víctima la señora Gaelia Márquez León de Boyer, quien se encuentra en tratamiento psicológico debido a las secuelas emocionales. Firmaba el despacho de la fiscal titular. Con aquella carta en mano, David no supo qué hacer. Por unos segundos se sintió perdido, hasta que desde su interior una voz susurró: «Tú puedes, defiéndete, no te rindas».

William Mercay

El infierno viene por niveles y David estaba a punto de conocerlos todos. Eran solo las cinco de la mañana cuando sus ojos se abrieron como si la alarma estridente e interminable de un despertador sonara al lado de su oído. Ya era el día, el día que debía presentarse al juzgado. David seguía sin entender, o tal vez sí entendía, pero no lo podía creer: desde su llegada a Monte Cristi se había comportado con respeto hacia la ley y sus costumbres; mientras Gaelia fue su esposa jamás le había alzado la voz, mucho menos le puso un dedo encima. Además, todos aquellos bienes que poseía eran fruto de su trabajo, de su esfuerzo y de la credibilidad que tenía como albacea de sus socios. La situación que estaba viviendo parecía irreal. En los dos últimos meses había perdido siete kilos, la comida no era su prioridad. Sus socios lo esperaban en México, él debía viajar, pero no podía abandonar Monte Cristi si tenía un proceso legal en su contra. Todo esto parecía ser un enredo tejido con agujas desde la distancia.

Vestido de traje y con la documentación correspondiente llegó David a las oficinas del juzgado. Como era de esperarse, la fiscal no lo

atendió a la hora citada, la espera duró un poco más de cuarenta y cinco minutos, lo cual aumentaba sus niveles de ansiedad y de impotencia. Cuando por fin lo hizo pasar, David se puso de pie, erguido, con la cabeza en alto y caminó hacia la oficina con dignidad. La magistrada, por su parte, lo miraba con desprecio; él lo notó.

—Buenos días, señor Boyer. Usted ha sido citado a esta fiscalía debido a que tiene un proceso de investigación abierto. Le comentaré: usted puede contar con un abogado de defensa si así lo desea; los cargos en su contra tienen peso de gravedad.

—Entiendo, magistrada, pero quisiera saber ¿de qué se me acusa?

—Bueno, señor Boyer, el caso es que la señora Gaelia Márquez, con quien actualmente tiene un proceso de divorcio, ha colocado una denuncia por maltrato físico y psicológico. Aunado a ello, la señora Márquez nos ha informado que fue coaccionada a firmar un acuerdo prematrimonial, mediante el cual no posee derechos a los bienes que adquirió durante los años que compartió vida marital con usted; estos incluyen un terreno ubicado en el Kilómetro 8 de 25 hectáreas y la cantidad de cuarenta chivos.

—Entiendo de lo que se me acusa; sin embargo, considero que no procede ninguno de los

cargos en mi contra. Aquí le entrego copia legal de la documentación, donde usted podrá comprobar que existe una empresa que me respalda y confirma que el dinero en mi haber no me pertenece; soy simplemente el que gerencia la inversión de mis socios, quienes se encuentran en México y Colombia, yo soy solo su representante legal en República Dominicana. Por otro lado, los chivos, que son treinta y nueve, pertenecen la mitad a la señora Gaelia Márquez y la mitad a mi persona, pero no tengo inconveniente alguno en que sea ella quien los tenga todos como propiedad. Aquí puede ver, señora fiscal, que, aunque mi decisión de divorcio es irrevocable, no estoy dejando en desamparo a la señora Márquez, pues también le dejo en propiedad una camioneta marca Vitara y un terreno de dos hectáreas con una construcción de vivienda en proceso. Presentando estas pruebas, considero que el proceso legal no procede.

Dahiana Bejarano era una mujer corrupta, aunque simulaba ser justa, que pertenecía hacía muchos años a la élite de Monte Cristi. Cuidaba mucho su puesto y, desde luego, el estatus de su familia. Cuando revisó con detenimiento los documentos presentados por David, entendió que a nivel legal no se podría hacer nada, pues todo se encontraba dentro de los parámetros establecidos.

William Mercay

Siendo así, también había que tomar en cuenta que el señor Boyer era un hombre inteligente y conocedor de las leyes. La prisión, por tanto, no era una opción, pues no había precedentes. En aquel momento a Dahiana Bejarano solo le quedó la opción de ganar tiempo para torcer las leyes a su conveniencia.

Bejarano, en una segunda reunión con Boyer, le solicitó dinero, pero no con palabras, sino deslizando suavemente el dedo índice con el pulgar, mientras le decía «cómo vamos a solucionar este problema...». Boyer se negó a seguir el juego y denunció por varios medios; sus quejas empezaron a dañar la imagen de la fiscal titular, lo que la enfureció aún más. Ella lo quería en prisión preventiva; ya existía complicidad con Gaelia, pues habían pactado negocios si doblegaban al extranjero ante la ley. La jueza que tomó el caso no permitió la prisión solicitada por la fiscal, aunque, como caso atípico, ordenó que Boyer firmara durante un año cada quince días ante la fiscalía. Ni a un sospechoso de narcotráfico se le obligaba a firmar tan seguido.

Ante esta lamentable situación, la economía de Boyer se vio truncada. Casi al año encontró una nueva compañera para su vida, pero la batalla con Gaelia, y ahora liderada por la misma fiscal, seguía.

Doce meses después, un viejo conocido se acercó a saludar a Boyer en un café y luego le dio un abrazo con la finalidad de hablarle discretamente al oído.

—David, amigo, debes salir de Monte Cristi lo más pronto posible. Existe gente de poder que no te tiene en buena estima y te quiere perjudicar por todas tus denuncias públicas, principalmente la mafia judicial y el entorno de la fiscal Bejarano. Te quieren matar David, no esperes más.

En otra ocasión David hubiese tomado aquellas palabras como un chiste de mal gusto, pero en su situación entendió que aquel mensaje estaba cargado de sinceridad, así que actuó con calma, pero sin dejar de perder de vista el norte. Se levantó de la mesa, pagó la cuenta y agradeció la atención con una sonrisa. Ya en su auto, repasó en su mente lo que debía hacer. Al llegar a la habitación conectó su portátil. Revisando las redes sociales se encontró con una fotografía reciente de Gaelia en su cama con «su amigo de la infancia», Jaime, y en el pie de página figuraba la expresión: «Tú estás curando mis heridas», mientras sobre la cabecera de la cama aún se podía observar el cuadro que David había pintado con tanto amor, en donde ambos aparecían uno al lado del otro. Aquella imagen era la fuerza que necesitaba. David ingresó a una página de venta de boletos y

William Mercay

adquirió el vuelo más próximo fuera de República Dominicana. Su hermana lo recibiría en Perú mientras lograba poner en orden toda la situación que el divorcio le había desordenado. Ya con el boleto a su nombre, pasaporte en mano y maleta armada, David saldría a primera hora de la mañana rumbo al aeropuerto para alejarse de todo aquello que se había convertido en una horrible pesadilla.

Cinco de la mañana nuevamente. David se encontraba tan alerta que se despertaba antes del amanecer. Su vuelo aún saldría al final de la tarde, pero él identificaba su ansiedad, podía sentir la presión en el pecho y las ganas de hacer mil cosas, pero a la vez no podía mover su cuerpo. No se reconocía, estaba fuera de su zona de confort, se sentía solo y evidentemente agobiado. Se obligó a permanecer entre las sábanas un par de horas más, encendió el televisor y evitó ver canales locales, ni siquiera entendía el porqué, quizás en su cabeza existía tanto temor, que le angustiaba la idea de verse reflejado en las noticias por alguna manipulación de las redes de Gaelia. Canal tras canal pasaba hasta que se detuvo en una película, antigua, pero interesante, *Mujer Bonita*, estrenada en los años ochenta, pero seguía siendo un clásico; esa historia de la prostituta por necesidad que esconde una noble mujer lo hizo pensar que Gaelia era exactamente lo contrario:

cómo era posible que mostrara una imagen de bondad, que lograra vender la historia de ser una buena madre y una esposa abnegada cuando la realidad se vestía de otros colores.

El amanecer llegó lleno de tonos naranja. David llamó a la recepción, debía alimentarse. Ensalada de frutas, granola, jugo de naranja y café negro le ayudarían a tener la energía necesaria. Tomó desayuno sentado viendo el mar que le ofrecía el paisaje desde el tercer piso del hotel, luego se dio una larga ducha, alistó sus pertenencias, hizo algunas llamadas a personas de confianza para dejar sus asuntos a cargo mientras él podía regresar y apersonarse. La última llamada la hizo a su compañera de viaje, una buena amiga que había conocido semanas atrás, y que había sido su soporte en la situación tan tormentosa. Camila Mondragón era una bella dominicana que se había esforzado por terminar sus estudios universitarios en leyes y que no pertenecía al círculo de Monte Cristi, al contrario, era ajena a él. Dedicada a avanzar, honesta, bondadosa y humilde, la situación de David la estremeció al conocerlo llorando a solas en el malecón; desde ese día, ella se dedicó a apoyarlo de forma desinteresada, y cuando él le comunicó que se iría a Perú para proteger su integridad física, ella no dudó en ofrecerle compañía; ya luego ella volvería.

William Mercay

El viaje hasta el aeropuerto estuvo colmado de silencios. Ella observaba a David, perdido con su mirada en la costa como si de una película francesa en blanco y negro se tratase. Hubiera querido despedirse de alguna forma, no era justo que al final de la historia él tuviese que salir de Monte Cristi como un extranjero, cuando en seis años le dio más al pueblo que cualquier local. Llegaron al aeropuerto y al pasar por la revisión migratoria el oficial permite a Camila abordar, pero detiene a David.

—Señor Boyer, disculpe, pero no puedo dejarlo abordar el avión. Usted tiene prohibición de salida de República Dominicana.

La impresión de David se notó en su cara, Camila se detuvo y preguntó las razones. No había motivos legales. Él había cumplido con firmar durante un año cada quince días. Esta prohibición, por tanto, estaba viciada y no era legal. David se sentía con las manos atadas, pero no podía permitir que lo retuvieran en tierras dominicanas.

—Aborda este avión, te prometo que nos veremos en la ciudad de Lima, lleva contigo mi equipaje. Ten buen viaje —le dijo a Camila.

Camila no era una mujer de dramas y entendió perfectamente lo que pretendía David. Aunque estaba un poco asustada por las presiones políticas

que evidentemente él estaba enfrentando, ella confiaba en su agilidad, así que tomó el vuelo sola. David salió del aeropuerto nuevamente, pero esta vez solo tenía con él su pasaporte y el dinero con el que contaba. En un instante lo había decidido: cruzaría la frontera de Haití por los caminos verdes y desde Haití volaría al Perú; no permitiría que lo apresaran sin razones justas, él tenía dos hijos a los que anhelaba volver a ver, si esta era una prueba de la vida, pues la superaría como lo había hecho con todas las anteriores.

Hacer los contactos para salir por la frontera con Haití fue sencillo aunque costoso. David pagó lo necesario, a pesar de que ello causaba un desajuste importante a sus finanzas. Esa misma noche realizó el viaje. Las horas pasaron lentas y la noche hacía más tenebroso aquel trayecto. Amaneció y David estaba en tierras haitianas. Un baño rápido en un hotel económico, un café y un paquete de galletas bastó para recuperar el ánimo; tomó un taxi hasta el aeropuerto y el primer vuelo hacia Lima. No hubo problema alguno en migración de Haití, el sello de salida fue inmediato. La calma le trajo tristeza y las lágrimas brotaban una a una por la humillación de la salida. El piloto informó el pronto aterrizaje en el aeropuerto internacional Jorge Chávez de Lima, Perú. Las largas horas de vuelo no alcanzaron para

William Mercay

descansar, no estaba seguro de qué haría al bajar de aquel avión, pero lo importante es que estaba a salvo.

David caminaba a paso lento, acaso porque venía perdido en su propio pensamiento. Al pasar por la puerta de desembarque, allí estaba de pie Camila con la sonrisa de lo logrado. A David le conmovió el apoyo de aquella mujer, quien en poco tiempo había sido leal en la tormenta. Ella no se había movido del aeropuerto, estaba atenta a cada vuelo, segura de que David lo lograría, y así fue. La celebración de aquel genuino encuentro se selló con un cálido abrazo que solo decía «todo está bien, estás a salvo».

CAPÍTULO LV
CUATRO AÑOS DESPUES

Sentado en la isla de la cocina, David observaba con gracia cómo Camila danzaba de un lado al otro al ritmo de la radio mientras preparaba el desayuno. Ella lo cuidaba y él lo sabía. La amaba, la amaba con cordura, con madurez, con responsabilidad afectiva y ella agradecía ese amor. El camino no había sido sencillo: David se vio obligado a comenzar desde cero, pues el proyecto de sus autos había muerto en Monte Cristi, había perdido estabilidad económica, también se enfrentó a los señalamientos de sus socios que se sintieron defraudados, pero en todo el proceso Camila estuvo allí, firme, amable, dando la cara por David, quien fue su amigo y ahora era su esposo.

La vida colocó las cosas en su lugar de a poco. David se reencontró con sus hijos e incluso pudo conversar y pedir perdón de forma genuina a Pamela, quien, a pesar de haber sido una esposa fiel y comprensiva, se vio afectada por aquella locura de amor que hizo a David botar su matrimonio por la borda. José Gabriel y Nicolás no pudieron evitar querer abrazar a su padre al verlo de nuevo; el tiempo había pasado y aunque las razones para guardar rencor eran abundantes, la nobleza de

William Mercay

arrepentimiento de David encontró la bondad de los corazones de sus hijos, con quienes ahora mantiene una relación bonita, cordial y de afecto.

Aunque hubo momentos económicos difíciles, David logró recuperar legalmente las 25 hectáreas que fueron la más grande ambición de Gaelia Márquez. Y aunque él no deseaba volver a Monte Cristi, Camila sí viajaba con frecuencia y se encargaba de que el nuevo proyecto inmobiliario que se inició en el espacio del Kilómetro 8 marchara a buen ritmo. David logró entender que en ocasiones se debe soltar el control y aprender, dejarse ayudar, apoyarse en aquellas personas que muestran lealtad, y este aprendizaje le trae paz. No le guarda rencor a Gaelia Márquez León; para él, ella solo fue una maestra oscura y lo importante es que él aprendió la lección.

David disfruta la calma del mar del Pacífico y la compañía de una mujer con garra que lo ama en equilibrio. Por fin, después de tanto, la vida le devuelve la oportunidad de dedicarse al arte, y por ahí el viento comentó entre voces que Gaelia es la inspiración de una gran obra, no por amor, sino por justicia.

William Mercay

La maldad en la vida real no se asemeja a las novelas; los villanos protagonizan capítulos intensos, pero el drama en exceso molesta, fastidia y hace huir a los espectadores. A Gaelia el papel de víctima le funcionó durante el tiempo en que su personalidad manipuladora se dio a conocer y se hizo viral mediante las redes sociales y, lo que es peor, a través de la conciencia de la comunidad de Monte Cristi. El abandono de sus afectos se hizo cada día más visible; ya nadie le creía la historia del extranjero que la abandonó y sin nada la dejó. La vida se encargó de mostrar a todos la verdad.

Piero, Gustavo y Gaia no toleraban vivir con su madre, así que terminaron viviendo de forma definitiva con doña Eva, quien era feliz cuidando y atendiendo a sus nietos; ellos hacían más llevadera su soledad. Gaelia se aisló en el pequeño terreno de dos hectáreas en donde un rancho a medio hacer era el hogar de Jaime y de ella, entre los chivos y un viejo caballo. Vivía publicando en redes sociales su felicidad y humildad, una historia que nadie le compraba ya. Gaelia sabía de los avances de David, ya que en el pueblo se seguía hablando de los

William Mercay

proyectos innovadores que venía logrando. La ciudad estaba creciendo gracias a su aporte y, aunque ya no estuviese físicamente en Monte Cristi, no había un día en que ella no escuchara su nombre: siempre a sus oídos llegaba algún comentario de lo bonito que iba todo en la construcción del Kilómetro 8, o lo inteligente y graciosa que era la señora Camila Boyer. Aquello hacía sentir a Gaelia el fuego de la pérdida en sus entrañas. Era común encontrarla hablando a solas, incluso algunas veces Jaime se asustaba al verla haciendo rituales, vestida de blanco, cavando hoyos en la tierra y vertiendo en ella la sangre de algún chivo o gallina. Jaime no entendía, pero tampoco hacía preguntas y así era mejor.

Una tarde, despeinada y loca de ira, encendió la jeepeta oxidada que mantenía con ella y manejó hasta el Kilómetro 8. Aún no sabía la razón, solo obedecía a las voces en su cabeza que le decían «ve, ella está allí», «aquí la única reina eres tú», «mátala». Gaelia reía y respondía: «Sí, soy una reina».

Al llegar al gran portón que ahora protegía la entrada del terreno, la vio. Allí, de pie, con la sonrisa amplia, blanca y sincera, estaba Camila, atenta a una videollamada, con brillo en la mirada.

—Mi amor, todo marcha muy bien. Tranquilo, mañana tomo el primer vuelo y estaré de nuevo contigo.

—Sí, mi amor, vuelve pronto, te extraño.

Por alguna razón, la locura de Gaelia agudizó sus oídos, y al escuchar después de tanto tiempo la voz de David, una explosión de ira se le anudó en la boca del estómago. Sin pensarlo, cruzó la autopista con la finalidad de alcanzar a Camila, quien solo se percató de su presencia cuando la escuchó gritar de forma gutural. Al fondo una bocina sonó.

—¡¡Cuidado!! —gritó Camila con desesperación.

Pero fue muy tarde. Aquel camión sin control lanzó el cuerpo de Gaelia dos metros más allá, haciendo que golpeara una valla publicitaria donde se leía: «La casa de tus sueños, a tu alcance. Residencias Boyer, refugio, calma y seguridad». El estallido de sangre fue digno de una película de terror, pero lo que más impactó a los funcionarios de la policía, tránsito y medicina forense, fue el desprendimiento de la cabeza del cuerpo y que, aun así, con un trauma tan severo, sus ojos estuviesen abiertos y la sonrisa siguiera intacta. Muchos comentaron que una expresión de soberbia se dibujaba en su rostro.

William Mercay

Para el funeral de Gaelia Márquez León solo se presentó doña Eva con sus hijos, que no tenían lágrimas para dar. Delante del ataúd cerrado, lloraba desconsoladamente Crisanta, aquella anciana que hubiese deseado con el alma salvar a su «muchachita», y en un rincón se encontraba sentado Jaime, como si fuera solo un familiar distante.

David lloró al recibir la noticia, mas su llanto no fue de dolor, sino de pena. Gaelia le había hecho mucho daño, pero de alguna forma la vida la había llevado por aquel camino. Si él hubiese podido ayudarla de alguna otra manera, a lo mejor el final de la historia sería otro.

David demostró ser un caballero y, por petición de él, Camila cubrió todos los gastos de aquel vacío sepelio y se encargó de que tuviese hermosos girasoles y rosas amarillas. También extendió sus condolencias a Piero, Gustavo y Gaia haciéndoles llegar un aporte económico para sus estudios. Crisanta observó todos los hechos y se acercó con cautela a Camila.

—Señora Boyer, ¿me permite un minuto de su tiempo?

—Claro, doña Crisanta, dígame.

William Mercay

—Por favor, hágale llegar a su esposo mi agradecimiento, dígale que lamento mucho haber participado en la magia que hizo que él perdiera la cabeza por Gaelia, y que siempre debe agradecer a Shangó, su padre, que fue quien salvó su vida aquel día en el terreno, cuando el arma no soltó la bala certera. Entréguele este presente y dígale que es un hombre de bien.

Camila, impresionada ante la confesión de Crisanta, tomó en sus manos la bolsa de terciopelo rojo que le entregó la anciana y la guardó en su cartera. Un par de días después, nuevamente en casa con su esposo, le comentó lo sucedido y le dio el presente que Crisanta le había enviado. David abrió la pequeña bolsa y dentro había una pulsera simple y sencilla de cuencas blancas y rojas. Al lado, una nota escrita con una letra temblorosa y desigual:

«Los hijos de Shangó son adivinos y nobles. Tienen madera de líderes y son buenos para el amor». Ashé para ti, hijo mío.

David le contó a Camila que nadie sabía nada de lo sucedido aquella madrugada en el Kilómetro 8. Esa noche David durmió en paz, al fin. Después de tanto tiempo recién se había enterado por qué perdió la cabeza por amor, y por fin lo supo: nunca fue amor. Y aunque aquel amuleto no sería parte de su

William Mercay

vestimenta, siempre reposaba en su mesa de noche, agradeciendo a la magia, sea cual fuere su nombre, haberle permitido salir con vida de la emboscada de Gaelia, aquella maldita mujer.

FIN

William Mercay es un profesional con formación en filosofía, psicología y derecho, con una maestría en Educación Superior y un doctorado honoris causa. Para 2026 proyecta culminar su doctorado en psicología. Se ha desempeñado como ingeniero de proyectos, emprendedor, escritor y artista plástico, manteniendo desde siempre una curiosidad constante por el conocimiento.

Proveniente de un contexto de limitaciones económicas, ha construido su trayectoria a través del estudio, el trabajo y la exploración de distintos campos, desde la filosofía y el arte hasta el diseño industrial. Su experiencia personal y profesional lo llevó a recorrer diversos países de América Latina, enfrentando retos que influyeron en su visión crítica sobre la educación, la política y el sistema judicial. Gran parte de su formación ha sido también autodidacta.

William combina distintas áreas de interés con el propósito de comprender y aportar desde una perspectiva amplia y reflexiva. Su obra *La Mata Perros* recoge elementos de su experiencia personal y, en el ámbito literario, adopta el seudónimo de David Boyer.